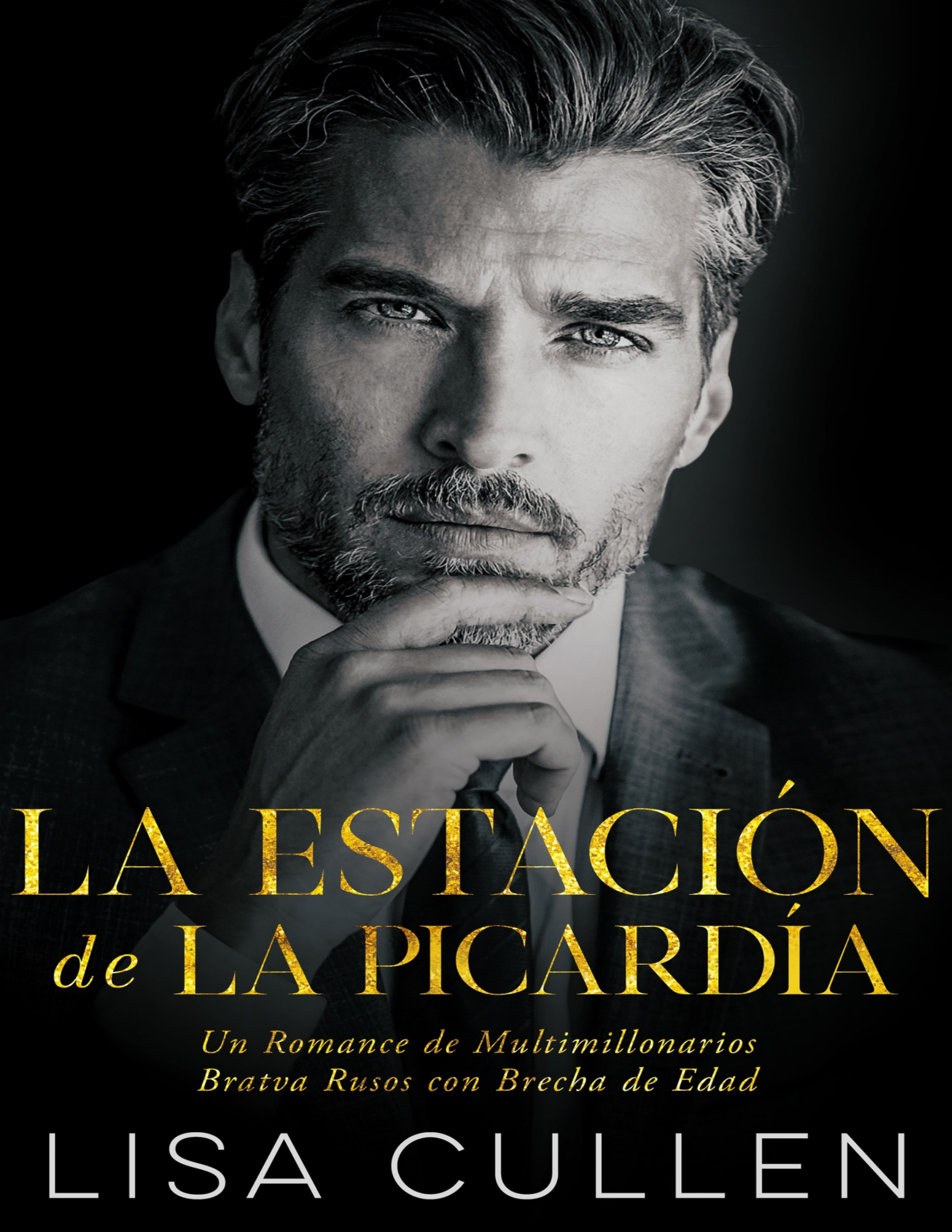




LA ESTACIÓN *de* LA PICARDÍA

*Un Romance de Multimillonarios
Bratva Rusos con Brecha de Edad*

LISA CULLEN

LA ESTACIÓN DE LA PICARDÍA

**UN ROMANCE DE MULTIMILLONARIOS
BRATVA RUSOS CON BRECHA DE EDAD**

LISA CULLEN

ÍNDICE

[Blurb](#)

1. [Camille](#)
2. [Dimitri](#)
3. [Camille](#)
4. [Dimitri](#)
5. [Camille](#)
6. [Dimitri](#)
7. [Camille](#)
8. [Dimitri](#)
9. [Camille](#)
10. [Camille](#)
11. [Dimitri](#)
12. [Camille](#)
13. [Dimitri](#)
14. [Camille](#)
15. [Dimitri](#)
16. [Camille](#)
17. [Dimitri](#)
18. [Camille](#)
19. [Dimitri](#)
20. [Camille](#)
21. [Dimitri](#)
22. [Camille](#)
23. [Dimitri](#)
24. [Camille](#)
25. [Camille](#)
26. [Dimitri](#)
27. [Camille](#)
28. [Dimitri](#)
29. [Camille](#)
30. [Dimitri](#)
31. [Camille](#)
32. [Dimitri](#)
33. [Camille](#)
34. [Camille](#)
35. [Dimitri](#)
36. [Camille](#)
37. [Camille](#)
38. [Dimitri](#)
39. [Camille](#)
40. [Camille](#)

[Epílogo](#)

[Epílogo Extendido](#)

Copyright © 2024 by Lisa Cullen

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

 [Creado con Vellum](#)

BLURB

**Era lo bastante mayor para ser mi padre.
Podría haber asesinado a mi novio.
Y yo ya no podía resistirme a él.**

Mi novio no solo estaba muerto, sino que me había dejado con un importante préstamo a mi nombre a un capo de la mafia.
Cuando Dimitri Federov, un playboy ruso guapo y rico, se presentó en mi puerta, me entró el pánico.

Quería dinero para pagar la deuda. Dinero que yo no tenía.

Me dio una solución: pagar con mi cuerpo. Me negué categóricamente, pero la indecente propuesta permaneció en mis pensamientos, recordándome para siempre lo que podría haber sido...

Sin embargo, cuando Dimitri ejercía su fascinación sobre mí, me resultaba aún más difícil resistirme a él y mucho más fácil olvidar que era un jefe despiadado... un asesino.

Y cuando le concediera lo que deseaba tan desesperadamente, ceder a nuestros deseos y seguir ese instinto hasta alcanzar su embriagador clímax... No habría forma de detener los oscuros deseos de Dimitri.

Una noche me dejó con el mayor secreto de mi vida... Tenía que asegurarme de que Dimitri nunca descubriera que me había dejado embarazada.

La Estación de la Picardía es la historia de un amor picante y oscuro que tiene como protagonistas a los Bratva. ¡Lee la historia ahora si no puedes saciarte de multimillonarios Bratva rusos con un interés amoroso y una gran diferencia de edad!

Si quieres leer historias sobre otros irresistibles héroes de la mafia.... La serie de los hermanos Federov continúa con el segundo libro, que sigue al hermano de Dimitri, Alexei. ★

CAMILLE

"¡N o, no, está demasiado caliente!" grité, arrancando la olla de la cocina mientras veía cómo la cremosa beurre blanc se rompía ante mis ojos. Entonces me eché a llorar.

El pobre Louis parecía que acababa de recibir una bofetada, con los ojos abiertos de miedo. "Lo siento, Chef. Solo giré la cabeza por un momento..."

Parecía totalmente abatido mientras mis lágrimas caían con fuerza y rapidez, derramándose por mis mejillas a torrentes. No pude contenerme. No solía llorar por algo tan trivial como una salsa quemada, ni siquiera en mitad del servicio, no cuando se trataba de un simple arreglo consistente en añadir agua mientras se batía para volver a emulsionar la mantequilla. Pero las dos últimas semanas habían sido de las peores de mi vida.

"No pasa nada", balbuceé, limpiándome bruscamente las mejillas. "¿Sabes cómo arreglarlo?"

Louis asintió energicamente.

Hannah, mi mejor amiga y anfitriona, entró en la cocina por el alboroto y, cuando sus ojos encontraron los míos, bajó los hombros.

"Cami, vete a casa", dijo por enésima vez.

Sin embargo, no podía. Era la jefa de cocina, la única de mi restaurante, Le Fleur, y tenía la obligación de hacer frente al ajetreo del viernes por la noche, fuera cual fuera mi estado.

Me levanté, sacudí la cabeza y me acerqué a la parrilla. "Estoy bien", dije, evitando la severa mirada color avellana de Hannah.

Ella apoyó las manos en las caderas y se inclinó para hablar en voz baja. "Has sufrido una gran pérdida personal, querida. Nadie te guardaría rencor si cerraras el restaurante unos días, o incluso una semana si lo necesitas. Y estoy segura de que sobreviviríamos - con salsas quemadas y todo - aunque nos dejaras llevar el restaurante sin jefe de cocina."

"No sufrí ninguna pérdida, Hannah. Asesinaron a Roy. ¿Por qué si no iba a preguntar la policía si tenía enemigos?". Nuevas lágrimas amenazaban con brotar al recordar aquella llamada telefónica en la que me informaban de que mi novio - desde hacía dos años - había sido encontrado muerto

en el incendio de una casa.

La frase "circunstancias sospechosas" se había pronunciado más de una vez mientras yo lloraba a lágrima viva, pero nadie había querido decirme cuáles eran esas extrañas circunstancias debido a la investigación en curso. Por lo tanto, me habían dejado hacer conjeturas y llorar de un tirón.

"Sé lo que estás pensando, Cami. Y lo comprendo perfectamente. Simplemente creo que te estás presionando mucho intentando cocinar y llevar un negocio siete días a la semana cuando ni siquiera has tenido tiempo de procesarlo."

Deslicé la sartén fuera de la cocina y mantuve las manos ocupadas. "No necesito tiempo para procesar. Cocinar me ayuda a despejarme y, ahora mismo, cuanto menos piense, mejor. Además, papá nunca se ha tomado un día libre y yo tampoco lo necesito".

"No ayudas con esa última afirmación, cariño", dijo Hannah secamente.

Cuando la miré mal, levantó las manos en señal de rendición. Pero yo sabía que tenía razón. Mi padre murió de un infarto masivo antes de cumplir 45 años, probablemente debido en parte al estrés de trabajar tantas horas para criarme solo y llevarme a la universidad.

No obstante, abrir este restaurante era mi sueño y el de papá, y no iba a dejar que lo destrozara solo porque mi vida personal se hubiera hecho añicos.

"Estoy bien", dije definitivamente. "Estaré bien. Vuelve ahí fuera y atiende a nuestros clientes. Yo estaré bien aquí dentro".

Hannah soltó un fuerte suspiro y me dio un apretón en el hombro antes de volver por la puerta batiente que daba a la parte delantera de la casa, con su coleta rubia como la miel balanceándose.

"La beurre blanc está lista, chef", dijo Louis disculpándose, acercándose a mí.

"Bien, bien. Gracias, Louis". Le cogí la olla con una sonrisa forzada y terminé de servir.

Fue una larga noche de trabajo agotador, el ajetreo parecía no tener fin y, cuando me desplomé, tenía los ojos cansados y el cuerpo agobiado por el dolor. Pero lo conseguimos. A las diez miré a mi personal en la cocina. Estaban limpiando, llevando los platos sucios a Marie, nuestra lavavajillas, y desinfectando las superficies de acero inoxidable.

Secándome el sudor de la frente, volví a mi puesto para asegurarme de que estaba impecable.

"¿Cami?" dijo Hannah tímidamente desde la puerta de la cocina.

"¿Sí?" Levanté la vista e inmediatamente dejé de limpiar al ver la expresión de aprensión que recorría el rostro de mi mejor amiga.

"Hay un hombre fuera que ha pedido hablar con la propietaria".

"¿A estas horas de la noche?" Me quedé perpleja. Normalmente los críticos gastronómicos me avisaban de su presencia antes de que cerrara la cocina, y no se me ocurría nadie con quien tuviera una cita. "Enseguida voy", añadí, limpiándome las manos en el delantal.

Revisé mi puesto para asegurarme de que lo había apagado todo - un hábito que mi padre me había inculcado de niña - y luego seguí a Hannah hasta el comedor.

El local estaba vacío e inanimado, con una suave música de jazz por los altavoces que parecía casi demasiado alta sin el bullicio de los clientes comiendo, hablando y riendo.

Apartándome los mechones de pelo castaño de la cara, me acerqué a la mesa del anfitrión y el corazón me dio un vuelco. El caballero que me esperaba - un hombre de negocios, a juzgar por su aspecto, con un traje elegante y el pelo oscuro y ondulado peinado a la perfección - era guapo. Debía de medir más de metro ochenta, con un físico musculoso y bien definido. Una buena cantidad de vello facial sombreaba su fuerte mandíbula, llamando la atención sobre sus labios.

Sus ojos grises se cruzaron con los míos cuando me acerqué, y una sonrisa depredadora levantó las comisuras de sus labios mientras me miraba de arriba abajo de un modo que me hizo sentir expuesta, casi desnuda. Y aunque parecía lo bastante mayor como para ser mi padre, la mirada de agradecimiento que volvió a posarse en mi rostro hizo que se me revolviera el estómago.

"Hola, soy Camille Anderson", dije con una voz que sonaba más segura de lo que me sentía en presencia de aquel desconocido. Extendí la mano mientras acortaba la distancia que nos separaba e hice un esfuerzo por ser profesional, a pesar de que había sido él quien había preguntado por mí a una hora tan tardía.

"Dimitri Federov", se presentó, con una pizca de acento ruso saliendo de su lengua.

Aceptó mi mano y, en lugar de estrecharla, acercó mis nudillos a sus labios. Sus ojos grises no se apartaron de los míos mientras rozaba el dorso de mi mano con un suave beso.

Con un grito de sorpresa, retiré rápidamente la mano, apretando el puño en un intento de sofocar el cosquilleo que me subía por el brazo. "¿En qué puedo ayudarle, Sr. Federov?". Esta vez mi voz vaciló ligeramente.

"Por favor, me llaman Dimitri", dijo, y su voz grave me hizo estremecer. Entonces la sonrisa del hombre de negocios se levantó mientras sus ojos brillaban peligrosamente. "Y he venido porque el pago de tu préstamo ha vencido. He venido a cobrarlo".

Su tono suave y acogedor estaba en total contradicción con las palabras que salían de su boca, y por un momento me quedé petrificada, sin estar del todo segura de haber oído correctamente.

"Yo... ¿Perdona? Te has equivocado de persona. No tengo un préstamo", dije cuando por fin recuperé la voz.

Sus oscuras cejas se alzaron como si estuvieran ligeramente sorprendidas, pero la sonrisa no vaciló en ningún momento. "¿Ah, no? Entonces, ¿por qué mis papeles indican tu negocio como garantía de un importante préstamo personal que ya ha vencido?".

¿Acaso había diversión en su voz? Estaba bromeando. La irritación brotó en mi interior. Fuera lo que fuese lo que pensaba poner en marcha, no tenía tiempo para ello. Ni energía. Lo único que quería era ponerme el pijama más cómodo, acurrucarme en el sofá con mi película favorita y llorar la muerte de mi novio. Pero, ¿acaso ese idiota pensaba que era la noche adecuada para joderme? No lo creía.

"Ya te he dicho que no he embargado mi negocio, ni lo haré nunca. Así que debes marcharte". Impuse toda la autoridad que pude a mi voz, aunque mi estómago aún tembloroso no ayudaba.

"Tengo papeles que no están de acuerdo con usted, señorita Anderson", afirmó el apuesto

desconocido.

Puse las manos en las caderas. "Muy bien. ¿Por qué no me enseñas esos supuestos documentos?"

"Con mucho gusto", dijo Dimitri. Luego hizo un gesto hacia una mesa cercana. "¿Me permites?"

"Adelante". Le hice un gesto para que se acercara, aunque por mi tono no era precisamente bienvenido a mi restaurante.

El alto hombre de negocios depositó el maletín sobre la mesa y cerró los pestillos antes de sacar un documento de su interior. Aproveché para estudiar su rostro cincelado, el matiz plateado de las sienes, buscando algún motivo subyacente. No encontré nada en su expresión.

Tocó el documento como para asegurarse de que era el correcto antes de darle la vuelta delante de mí y entregármelo. Se lo arrebaté de la mano con una furia innecesaria y bajé lentamente los ojos de los suyos para leer su contenido.

El documento parecía bastante oficial. Esbozaba un préstamo de medio millón de dólares, poniendo mi restaurante como garantía. La sangre se me heló en las venas cuando llegué al final de la página y encontré una ingeniosa falsificación de mi firma. Y junto a ella, la de Roy. Mi novio me había traicionado. Me había utilizado.

Parecía que había dado en prenda mi negocio seis meses antes, sin decírmelo. No tenía ni idea de para qué necesitaba medio millón de dólares. Nunca había dicho que necesitara un préstamo.

"Se trata de mi novio, Roy. No de mí. Y lo hizo sin que yo lo supiera", dije con firmeza, empujando los papeles hacia Dimitri Federov.

"Sí, bueno, tu novio dejó de pagar hace unos meses, y mi gente me informó de que antes de eso pasaba mucho tiempo en los casinos, así que probablemente se los jugó", explicó despreocupadamente. "El contrato estipula que el impago me da derecho a reclamar el restaurante como garantía. Así que, como su novio dejó de devolverme las llamadas, he venido a cobrar. Tiene dos opciones, señorita Anderson".

Se acercó a mí, invadiendo mi espacio personal y obligándome a levantarle la vista. El corazón se me aceleró en el pecho. El aroma masculino del cuero y el pino llenó mi nariz mientras inhalaba bruscamente y tragaba con fuerza.

A pocos metros de distancia, el hombre me intimidaba mucho más de lo que me había dado cuenta en el primer encuentro y un escalofrío me recorrió la espalda. Pero me negué a echarme atrás.

"O me pagas la totalidad o me quedo con tu negocio", afirmó suavemente, su voz era casi una caricia, aun cuando amenazaba con quitarme toda mi vida.

"No puedes hacer eso", dije con firmeza, manteniéndome firme. Me lamí los labios repentinamente resecos y clavé la mirada penetrante de Dimitri Federov. "Ni siquiera sabía lo del compromiso y, además, mi novio está... muerto". Mi voz se quebró en la última palabra.

El rostro de Dimitri mantuvo la misma expresión tranquila y vigilante, y poco a poco me di cuenta, con creciente horror, de que ya lo sabía. Un frío pavor se me metió en los huesos cuando

un nuevo pensamiento afloró en mi mente. Si sabía que Roy estaba muerto, ¿significaba eso que tal vez era él quien lo había matado?

Tan pronto como se presentó el pensamiento, se solidificó como un hecho innegable dentro de mí. Roy había perdido el dinero. No podía devolver lo que debía, así que Dimitri le había matado. Y ahora estaba allí para cobrarlo. Tenía que tener cuidado, o haría lo mismo conmigo.

DIMITRI

El miedo en los llamativos rasgos de Camille Anderson me dice que no tiene dinero. ¿Quién lo tendría? No me sorprende que Roy Lochte actuara a escondidas de su novia y pidiera un préstamo que no podía pagar. Parecía un baboso desde el principio.

Pero ahora que estamos en esta situación, no puedo simplemente romper el contrato e irme. Mis hermanos y yo no ganamos tanto dinero perdonando deudas impagadas. Siempre cobramos, y por eso me envían a mí.

Aun así, tengo algunas alternativas que podría sugerir a esta seductora y voluptuosa belleza si cree que no puede pagar. Aunque sé que mis hermanos se enfadarían, me siento dispuesto a dar un respiro a esta tentadora y fogosa joven cocinera.

"Si no crees que puedas pagar la deuda en su totalidad, quizá esté dispuesto a dejarte pagarla a plazos...", sugiero.

Inmediatamente, las líneas de preocupación alrededor de sus ojos azules se suavizan, diciéndome que su mayor temor es perder su negocio.

"Podrías compensarme con favores sexuales", sugiero juguetonamente, estirando la mano para tocar un mechón de pelo castaño que cae de su moño desordenado. Lo digo más bien en broma. La despampanante joven aparenta casi la mitad de mi edad. Pero aun así, la idea me atrae. Si ella estuviera interesada.

"¿Cómo te atreves?", exclama, y sus mejillas se tiñen de un delicioso tono rojo al dar un paso atrás y chocar contra la pared que tiene detrás. "Nunca vendería mi cuerpo a ti".

Esa última afirmación se me clava en la piel de una forma que los comentarios no suelen hacer, planteando un desafío que me hace desear hacerle cambiar de opinión. "¿No a mí?" insisto, acercándome de nuevo.

"A cualquiera", aclara con fuerza, sus ojos chasqueando con fuego frío. "Y mi negocio es perfectamente capaz de pagar el embargo si me das más tiempo".

"Hmm", tarareo, considerando la oferta.

Camille da un paso a un lado, alejándose de la pared antes de retroceder más. "Puedo demostrártelo", ofrece, su voz se vuelve cada vez más urgente. "Solo... déjame prepararte algo, y podrás juzgar por ti mismo si mi negocio merece un préstamo a largo plazo".

Divertido por la sugerencia, me encojo de hombros. "De acuerdo. Impresióname".

Camille suelta un suspiro de alivio, llamando la atención sobre sus generosos pechos, y yo recorro su cuerpo con la mirada una vez más. Es bajita, con curvas en todos los sitios adecuados, y cuando se vuelve para entrar en la cocina, no puedo evitar seguir el contoneo de sus caderas.

Incapaz de perderla de vista, me uno a ella en la cocina y atravieso la puerta batiente un instante después que ella. Los miembros del personal, vestidos con batas de cocinero, lanzan miradas curiosas en mi dirección, pero ninguno dice nada mientras se dedican a limpiar el impoluto espacio.

"¿Cuánto tiempo lleváis en el negocio?", pregunto, posándome junto a los fogones cuando Camille los enciende.

Suelta un chillido sobresaltado, se aparta de mí de un salto y se lleva la palma de la mano a sus amplios pechos. "Me has asustado. ¿Qué haces aquí?"

"Quiero verte trabajar, contemplar la magia, saber que mi inversión merecerá la pena". Mis labios esbozan una sonrisa perversa mientras ella frunce el ceño en mi dirección.

"De acuerdo. Pero no toques nada... por favor". Parece reconsiderar su tono duro y añade el "por favor" en el último momento.

Levanto las manos para mostrarle que no las tocaré, y me apoyo en la encimera para verla cocinar. "No has respondido a mi pregunta", digo tras varios instantes de silencio.

Camille corretea por la cocina, recogiendo provisiones con una confianza que no tenía cuando nos encontramos antes. Y verla en su elemento la hace mucho más atractiva.

"¿Cuál es la pregunta?", me mira de reojo.

"¿Cuánto tiempo llevas en el negocio?"

"Algo más de un año".

Impresionante. Soy consciente de lo bien que le ha ido a su restaurante en la meca culinaria de San Francisco. Investigué un poco para averiguar su valor cuando Roy pidió el préstamo por primera vez, para asegurarme de que sería una garantía adecuada. ¿Pero ascender tan rápidamente tras solo un año en el negocio? Eso requiere talento.

Me quedo callado una vez más y observo con interés cómo golpea un trozo de carne; su expresión intencionada me hace preguntarme si se está imaginando mi cara bajo su ablandador. Una vez bien machacada, la sazona antes de ponerla en la parrilla. Luego se dirige a los fogones para preparar una salsa.

En cuanto Camille parece aceptar mi presencia, el resto del personal también lo hace. Lo admiro. Parecen confiar en ella como su jefa y demuestran que su opinión se valora y se toma sin rechistar. El personal de cocina termina rápidamente su trabajo y sale por la puerta de atrás,

deseando tímidamente buenas noches a la dueña y chef del restaurante.

Ella hace todo lo que puede, me prepara una chuleta de cordero rociada con lo que parece una salsa de arándanos, y añade zanahorias caramelizadas y patatas alevines como guarnición. Lo emplata todo como una artista, añadiendo romero como guarnición.

Luego hace un gesto hacia la puerta giratoria, indicando que yo la guíe.

Elijo una mesa en el centro de la sala, una que aún tiene los cubiertos puestos, esperando a su próximo cliente. En lugar de seguirme directamente, Camille se detiene en la barra y habla en voz baja con el camarero, que un momento antes había estado reponiendo provisiones.

Se detiene para descorchar una botella de vino tinto y sirve una copa.

Con facilidad familiar, Camille se acerca a la mesa con mi comida, y al verla se me hace la boca agua. No solo por el hecho de que mi largo día en la oficina haya retrasado mi cena, sino también por la forma en que sus ojos azules me atrapan con una mirada atrevida.

"Su cena, Sr. Federov", dice con elegancia, subrayando mi apellido mientras me pone delante el plato y la copa de vino. "Chuleta de cordero con una llovizna de balsámico de arándanos, zanahorias glaseadas, frescas de nuestro huerto, y patatas fingerling asadas; acompañado de un cabernet sauvignon 2016, para su placer".

Da un paso atrás y junta las manos detrás de ella, como si esperara mi veredicto. Y, de repente, sé que es peligrosa. Porque me parece demasiado atractiva. Y se supone que estoy aquí por negocios, adquiriendo otro restaurante para el considerable imperio de mi familia.

"Ven, siéntate", le digo, acercándole la silla a mi derecha y negándome a tocar mi comida hasta que obedezca.

Tras varios segundos de vacilación, Camille se desliza en el asiento a mi lado. Solo entonces corto la carne impresionantemente tierna y me meto un trozo en la boca. La explosión de sabor me aturde momentáneamente, y mi masticación se ralentiza mientras saboreo el mejor bocado que creo haber probado nunca.

Desvío la mirada hacia el rostro en forma de corazón que tengo a mi lado y veo que una sonrisa se dibuja en sus labios de abeja. Sabe lo buena que es. Y esa sonrisa orgullosa puede que sea lo más sexy que he visto nunca.

Después de un bocado y un sorbo de vino, me tomo mi tiempo para saborear la obra maestra culinaria que ha puesto ante mí. No sé cómo puede ser tan joven y tener tanto talento a la vez, pero comería aquí todos los días de la semana.

"¿Y bien?", pregunta nerviosa mientras sigo degustando mi plato sin decir palabra.

"¿Cuántos años tiene, señorita Anderson?", pregunto, y aunque es atrevido, me muero por saberlo.

El color tiñe sus mejillas de porcelana. "¿No sabes que es de mala educación preguntar eso a las mujeres?", exige, con los ojos brillantes.

Me río por lo bajo, disfrutando de su consternación. "Solo pregunto porque este es uno de los

mejores corderos que he probado nunca, y nunca he conocido a un chef con este nivel de habilidad a una edad tan temprana".

Su rubor se intensifica y Camille baja los ojos a la mesa. "Bueno, gracias".

"Tienes... Voy a suponer que veinticinco". Parece más joven, pero un hombre puede tener esperanzas.

Sus ojos azules se abren para encontrarse con los míos, y luego los entrecierra. "Cumpliré veinticinco en junio", dice lentamente, con una voz cargada de sospecha. "¿Cómo lo sabes?"

Me encojo de hombros. "Por suerte".

Camille frunce los labios, pero no discute. En lugar de eso, me observa mientras como otro bocado.

Trago deliberadamente y me giro para mirarla. "¿Y abriste este restaurante sola?"

Se encoge de hombros. "Mi amiga Hannah me ayuda a dirigirlo. Ella contrata y dirige al personal del restaurante mientras yo me encargo de la cocina. Pero sí, Le Fleur es mi restaurante". Dice esto último casi posesivamente, recordándose por qué estoy aquí.

Ahora que me he deleitado con la que ha resultado ser una de las mejores comidas de mi vida, tengo que volver a los negocios. Pero antes tengo que probar algo.

Volviéndome hacia la joven chef, la cojo de la mano y tiro de ella para acercarla, moviendo a Camille de su silla a mi regazo en un movimiento rápido. Tiene tiempo de soltar un aullido de sorpresa antes de que atrape sus labios con los míos.

La atracción eléctrica chisporrotea como un cable entre nosotros. Sabe ligeramente a glaseado balsámico, ácido y crujiente. Y sus suaves labios ceden ante los míos, amoldándose a mi beso como si estuvieran hechos para mí. Su cuerpo rígido demuestra su conmoción y, sin embargo, cuando le acaricio el labio inferior con la punta de la lengua, no se aparta.

Al contrario, parece relajarse, sus músculos se relajan mientras la estrecho. Sus labios se separan en un suspiro y yo aprovecho para profundizar el beso, tan tentado por su sensual figura y su delicioso sabor que tengo que probar más.

Nos besamos durante un largo rato, y cuando Camille por fin se separa, parece nerviosa en el mejor de los sentidos. Tiene las mejillas sonrojadas por la excitación y los labios rojos e hinchados por mis caricias exploradoras.

Se revuelve en su asiento, con los ojos azules desorbitados por la confusión y la sorpresa. "¿Qué ha sido eso?", jadea, con la respiración agitada y los pechos subiendo y bajando de forma espectacular.

"He decidido hacerte una nueva oferta", le digo con calma, ignorando su pregunta. A mis hermanos no les gustará la osadía, pero no puedo dejar que Camille se me escape de las manos. "En lugar de quitarte el restaurante u obligarte a devolver el préstamo en su totalidad, te compraré el restaurante directamente. Creo que vale lo suficiente como para pagarte 1,5 millones de dólares. Al contado. De ahí podemos descontar el importe del préstamo. Y entonces tú y yo seremos socios".

Su mirada de horror absoluto me dice su respuesta mucho antes de que consiga recuperar la voz. Sus labios se mueven en silencio durante varios segundos, abriéndose y cerrándose como si intentara formular una frase.

Finalmente, jadea: "¿Cómo puede ser eso una asociación empresarial? Suena como si me estuvieras quitando el negocio".

"Solo que serías un millón de dólares más rica", replico lógicamente. "Y seguirías siendo el jefe de cocina, dirigiendo tu restaurante exactamente como lo has hecho durante el último año. Yo sería una especie de inversor invisible".

La expresión de Camille se transforma en una tormenta de furia, sus ojos centellean como relámpagos, y su belleza en ese momento es impresionante.

CAMILLE

"¡E n absoluto!" protesto.

Respiro hondo y cierro los ojos un momento, intentando calmarme porque sé que perder los nervios no ayudará en nada. Mi vida podría fácilmente encontrarse en peligro, y Dimitri Federov ya ha demostrado que los límites no le importan lo más mínimo. Por no mencionar que es claramente una persona peligrosa.

Me imagino los últimos momentos del pobre Roy, probablemente tan aterrorizado como yo ahora, antes de morir por orden de Dimitri. Ya fuera por la propia mano de Dimitri o por uno de los hombres que envió para seguir a Roy, no me cabe duda de que el usurero que tengo delante es un asesino.

Mi simpatía por Roy se mezcla con un resentimiento recién descubierto, las emociones entran en conflicto en mi interior cuando pienso en que mi novio muerto es la razón por la que me encuentro en esta situación en primer lugar.

No puedo creer que hiciera algo tan estúpido e imprudente por mi restaurante. Un negocio que él sabía que significaba tanto para mí. Confié en Roy, le hablé con todo mi corazón de mi padre y de lo mucho que quería abrir este restaurante en su honor. Roy sabía que este lugar era mi sueño, así que esta traición es mucho más intensa. Roy me utilizó y luego me abandonó.

Y ahora estoy atrapada tratando con un hombre que me aborda como si fuera el dueño del mundo. Como si pudiera hacer lo que quisiera, incluso besarme. Que lo hiciera prácticamente al mismo tiempo que intentaba intimidarme no hace sino aumentar mi angustia.

La sola idea de ese beso me lo recuerda vívidamente. Puedo sentir sus labios contra los míos como un fantasma. La forma en que me reclamó audazmente. Un escalofrío involuntario me recorre la espalda. Aterrorizada como estoy por encontrarme en esta situación, no pude evitar responder a su caricia fuerte y segura. Me perdí por un momento en el calor abrumador de su boca sobre la mía. La forma en que su lengua se deslizaba entre mis dientes.

Al recordarlo, mi vientre se calienta de nuevo.

"¿No?" insiste Dimitri, sacándome de mi ensueño, con sus labios curvados en esa sonrisa

diabólica una vez más. Sus ojos me dicen que cambiaré de opinión antes de que acabe conmigo. "¿Tan poco te atrae la idea de trabajar conmigo?".

Al contrario, este hombre me resulta mucho más tentador de lo que debería. Pero no puedo perder mi restaurante. No por un estúpido préstamo que Roy pidió sin decírmelo. ¿Para qué necesitaba el dinero? ¿Tiene razón Dimitri? ¿Roy se lo jugó?

La idea me revuelve el estómago. También me hace sentir mucho menos culpable por la innegable atracción que siento hacia este oscuro y amenazador desconocido.

"Esto es mi negocio, Sr. Federov", afirmo, utilizando intencionadamente su apellido para intentar que mi cerebro vuelva a funcionar.

"No por mucho tiempo, al parecer". Los ojos de Dimitri danzan juguetones.

¿Está bromeando conmigo?

Tengo la sensación de que no busca únicamente dinero. Si lo fuera, ¿no estaría dispuesto a aceptar mis pagos de tan buen grado como aceptó los de Roy? Por otra parte, sabe exactamente qué decir para que me estremezca. No, este hombre es muy hábil presionando para asegurarse de que recibirá el dinero que le deben. Y ha venido a quitármelo todo.

Ya había oído hablar antes de las familias de delincuentes rusos de los alrededores de San Francisco; hombres dispuestos a apostar muy alto a la hora de conceder préstamos, porque siempre podrían llevarse lo que les deben en kilos de carne si fuera necesario.

Y yo he caído sin querer en una de sus trampas.

"Por favor, este restaurante lo es todo para mí", suplico, sintiendo que las paredes se cierran a mi alrededor.

No puedo perder a Le Fleur. Es todo por lo que he trabajado tan duro. Es todo lo que me queda para mantener el legado de mi padre, para honrar su memoria. Dejarlo en manos de un codicioso jefe de la mafia iría en contra de todo aquello en lo que creía mi padre. Él se basaba en el trabajo duro y la remuneración honesta, en la pasión por lo que hacemos y en cambiar el mundo a través de nuestro amor por la cocina.

¿Cómo podría mantener eso bajo la propiedad de un hombre dispuesto a matar a mi novio por una deuda impagada? Sí, estoy furiosa con Roy por haberme puesto en esta situación. Me duele saber lo profundamente que me ha traicionado. Pero no puedo entregar sin más la pasión de mi vida. O mi integridad.

Tiene que haber otra manera.

"Déjame hacer los pagos", suplico, volviendo a mi oferta original. De todas formas, ese era el objetivo de que le preparara una comida a Dimitri, y ahora se niega a darme una respuesta. "Aunque no he gastado ni un céntimo del dinero que le prestaste a Roy y, francamente, no lo considero como una deuda que deba pagar, lo haré".

Sostengo la intensa mirada gris de Dimitri mientras expongo mi caso, apoyando la mano en la mesa para afirmar mi determinación.

"Si me das tiempo, podré devolver el préstamo. Lo haré".

Dimitri enarca una ceja, especulativo y divertido, y me estudia en silencio.

"Sinceramente, creo que es lo menos que puedes hacer", insisto cuando no puedo soportar más su silencio, "teniendo en cuenta que fuiste tú quien hizo una mala apuesta con el préstamo en primer lugar".

"¿Y por qué fue una mala apuesta?", pregunta, su diversión crece visiblemente.

"Bueno, porque, al parecer, Roy no pensaba devolverlo", suelto, y contengo mi temperamento antes de que me meta en más problemas.

Dimitri suelta una risita intensa y musical que me eriza la piel.

"Desde mi punto de vista, creo que hice una apuesta aún mejor de lo que había previsto", dice, con los ojos brillantes de risa.

"Pero..." Ni siquiera sé cómo terminar de responder. Mi cuerpo está haciendo cosas extrañas, dejándome el cerebro embrollado y el estómago hecho un nudo. Todo esto es demasiado.

"Verá, señorita Anderson, cuando firmé el préstamo que me daba derecho a este restaurante en caso de que Roy Lochte no me devolviera el dinero", sus ojos recorren la habitación, captando todo lo que pretende reclamar, "no tenía ni idea de que tú estabas aquí. Por eso te he ofrecido rescindir el contrato. Veo que tienes bastante... talento. Y me gusta bastante la idea de que te tenga debajo de mí".

El fuego me lame el vientre y jadeo ante la absoluta falta de decoro.

"Como gerente de mi restaurante, por supuesto", añade Dimitri. Su mirada rebosa alegría reprimida.

"Por supuesto", aprieto los dientes.

"Pero si estás segura de que no quieres vender...". Deja la frase sin terminar, colgando la zanahoria expertamente ante mí.

"Le Fleur no está en venta", afirmo con rotundidad, golpeando la mesa con la mano.

"Bueno, entonces no veo por qué no debería considerar tu oferta. Te diré una cosa: me lo pensaré y volveré a hablar contigo. Mientras tanto, prométeme que considerarás mi oferta. Es más que generosa, teniendo en cuenta el aprieto en que te encuentras".

Sin palabras, observo cómo Dimitri termina su copa de vino, se limpia la boca y deja la servilleta junto al plato vacío. Luego se levanta y se abrocha la chaqueta de diseño.

"¿Trato hecho?", pregunta mientras me levanto con él.

Intento cerrar bien la puerta tras él.

"Sí, de acuerdo", acepto, aunque ya sé que no cambiaré de opinión. No después de años soñando con la idea de este restaurante.

"Bien".

Entonces el alto y musculoso usurero acorta la distancia que nos separa. Una mano fuerte se desliza alrededor de mi cintura hasta encontrar la parte baja de mi espalda. La otra me toma por la nuca y me atrae firmemente contra su pecho ancho y macizo.

No tengo tiempo para pensar. Tiempo para respirar. Cuando Dimitri se echa hacia mí para robarme otro beso, lo único que puedo hacer es quedarme paralizada. Sus labios encuentran los míos y su calidez me hace sentir una oleada de excitación en la piel.

La pasión con la que me besa me deja sin aliento, y mis rodillas se debilitan de repente, mis fuerzas se desvanecen bajo su férreo agarre. A pesar de mí misma, un suave gemido se escapa de mis labios, y los de Dimitri se curvan en una sonrisa perversa mientras sus dedos me peinan el pelo. Al mismo tiempo, su lengua baila para acariciarme el pliegue de la boca.

Me roza entre los dientes, me saborea profundamente, y me estremezco violentamente ante el fuego que estalla en lo más profundo de mi ser. Puede que sea un gángster de la mafia, pero este hombre besa mejor que nadie que yo haya conocido.

No debería querer esto. No debería quererlo. Está jugando conmigo, demostrándome que puede tomar lo que quiera cuando quiera, y yo no puedo hacer nada al respecto.

Aplano las palmas de las manos contra su pecho ridículamente musculoso y empujo con determinación contra él. No se resiste, lo que me permite forzar el espacio entre nosotros y romper nuestro beso, si bien mantiene su mano firmemente apoyada en el plano de mi espalda.

Probablemente es algo bueno, teniendo en cuenta que me tiemblan tanto las rodillas que no sé si podré mantenerme en pie.

"¿Qué crees que estás haciendo?" siseo, con un tono de furia evidente.

Dimitri se ríe y me suelta lentamente para dar un paso atrás. Agarrándome al respaldo de la silla que hay a mi lado, intento poner los pies en la tierra. Porque este hombre me atrae mucho más de lo que debería. Sus besos hacen arder mi alma, y lo odio.

"Así es como me gusta cerrar los tratos", dice juguetonamente, con un acento cada vez más pronunciado en su distracción, mientras sus ojos vuelven a recorrer mi cuerpo con aprecio.

"Dudo mucho que besaras a mi novio antes de firmar el contrato de ese préstamo", contesto, cruzando los brazos sobre el pecho para intentar desequilibrarlo del mismo modo que él sigue provocándome a mí.

Una risa cálida y espeluznante surge de lo más profundo de su pecho, el sonido llena la habitación como si fuera música. Los rasgos cincelados de Dimitri se suavizan con su amplia sonrisa, revelando unos dientes blancos y rectos. "Tienes razón. Por lo general, reservo los besos para las mujeres hermosas que me entregan su alma", dice cuando su risa se apaga.

La ansiedad me hace un nudo en el estómago y el corazón me martillea en el pecho. Esas palabras me afectan demasiado. Porque me he ofrecido a hacer un trato con el mismísimo diablo, casi vendiéndole mi alma en un regateo para conservar mi restaurante.

Con una cortés inclinación de cabeza, Dimitri se endereza su elegante corbata roja y se dirige hacia la puerta. El timbre tintinea ligeramente mientras desaparece en la noche. Por un momento, lo único que puedo hacer es quedarme mirando.

Se me pone la carne de gallina en los brazos al darme cuenta del peligro que acabo de correr. No solo es muy probable que me haya encontrado cara a cara con el asesino de Roy, sino que además me he atrevido a desafiarle a defender mi restaurante. Y ahora, me comprometo a pagarle un dinero que no tengo en un plazo de solo Dios sabe cuánto tiempo.

¿Qué he hecho?

DIMITRI

"En otras palabras, ¿no tienes nada?" exige Maksim, con voz áspera e implacable.

"Tranquilo, hermano mayor. Lo tengo todo bajo control", insisto, apoyándome en la esquina de su escritorio mientras intento librarme de una discusión en medio de nuestra reunión familiar semanal.

Alexei se pasa una pelota antiestrés de mano en mano mientras me observa en silencio desde el moderno sofá de cuero de la esquina del despacho. Se le dibuja una sonrisa traviesa en los labios, y pongo los ojos en blanco. Es normal que a mi hermanito le divierta que le eche la bronca.

"Ese contrato está muy atrasado. Y a menos que pienses resucitar a Roy Lochte, no entiendo tu punto de vista. Explícame por qué no tenemos la propiedad de Le Fleur", exige Maksim, apretando los dedos y apoyando los codos en el escritorio.

"Pareces un villano cuando te sientas así", me burlo, sonriendo complacido.

Maksim gruñe, deja caer las palmas de las manos sobre la superficie de caoba y se levanta de la silla. "Tienes cierta debilidad por la chef, ¿es eso?".

Mi sonrisa vacila ligeramente antes de volver a forzarla. Que mi hermano llegue al meollo de la cuestión. Maksim es demasiado perspicaz para su propio bien, o al menos para el mío. Ojalá esa aguda perspicacia se extendiera a su prometida, una modelo avariciosa. Pero, de momento, no ha habido suerte.

"Que Camille Anderson me parezca atractiva o no no tiene nada que ver con la oferta que le hice", insisto, sin ser del todo sincero. Si fuera un hombre de sesenta años con entradas y cara rubicunda, las probabilidades habrían sido mucho menores. Pero no le hice la oferta simplemente porque la encuentro increíblemente bella y tentadora.

Alexei resopla, y tanto Maksim como yo le lanzamos miradas asesinas. Nuestro hermanito levanta las manos en señal de rendición, siempre dispuesto a ceder en asuntos de negocios cuando se trata del imperio familiar. Le importa un bledo qué restaurantes tenemos o a quién prestamos dinero. Los intereses de Alexei se centran más en la seguridad, por eso está a cargo del equipo de vigilancia y seguridad de nuestra empresa. Insistimos en que participe en estas

reuniones para mantenerle informado.

Sacudiendo la cabeza con un suspiro, Maxim me estudia. "Quizá estés demasiado cerca de ella", sugiere. "Quizá debería encargarme de la adquisición del restaurante y dejar que te centres en otro proyecto si no puedes manejar el asunto profesionalmente".

Aprieto los dientes y lucho por contener mi irritación. Enfadarme con Maksim no hará más que apoyar su sugerencia de que estoy demasiado implicado. "Si crees que es lo mejor", le digo con indiferencia una vez que controlo mi temperamento. "Pero te aseguro que mi oferta redundará en beneficio de nuestra empresa. Esta chef es excepcional y sé que no renunciará a su restaurante fácilmente. Quitárselo podría hacerla irse, y eso es lo último que queremos para el negocio".

Es un argumento convincente, y aunque no es toda la verdad, Camille es una chef excepcional. Perderla perjudicaría considerablemente nuestra adquisición.

Alexei levanta una ceja en señal de aprobación silenciosa, pareciendo apreciar mi nuevo argumento de defensa. Aparto la mirada de él con disimulo, sin interesarme realmente por lo bien que crea que estoy apoyando mi argumento.

Quiero esto y, francamente, rara vez presiono para que se tomen decisiones empresariales porque confío en el ojo de Maksim para los beneficios. Pero esta vez, sé que tengo razón. Y aunque no la tuviera, esta es nuestra empresa. Me he ganado mi lugar en ella, igual que mis hermanos.

"¿Tan buena es?" pregunta Maksim, observándome atentamente.

"Recibió grandes elogios en la revista 'Sabores de San Francisco', y lleva abierta menos de dos años. Sí, es así de buena. Considéralo una inversión para convencerla de que venda, en lugar de quitarle el restaurante". Percibiendo debilidad, me aparto del escritorio de mi hermano para mirarle directamente a la cara.

Maksim se muerde el interior de la mejilla y mira el papeleo que tiene sobre el escritorio bajo las palmas de las manos. "¿Cuánto has ofrecido?"

"Uno coma cinco".

Su mirada vuelve a dirigirse a la mía, sus ojos grises tienen la misma mirada familiar de desaprobación que todos heredamos de nuestro padre.

Me encojo de hombros. "Ella vale más que la deuda que Roy tenía con nosotros. Y no podría ofrecerle comprárselo a cambio de una hoja en blanco. Eso es esencialmente tomar el negocio como garantía de lo que nos debe. Un millón para mantener a una chef a la que garantizo que recuperará eso en beneficios en uno o dos años".

"No me gusta apostar los beneficios al éxito o al fracaso del talento de una cocinera. En los restaurantes, podemos tener éxito o conseguir beneficios vendiendo los inmuebles. Me estás pidiendo que apueste un millón a que una chica va a causar impacto en un sector que ya se está estrangulando a sí mismo con la aparición de nuevos restaurantes cada dos semanas. La mayoría fracasan". El discurso plano y totalmente lógico de Maksim me crispa los nervios.

"Su contraoferta fue pagarnos a plazos". No me gusta la idea de aceptar dinero de Camille. No después de que quedara claro que ni siquiera sabía que Roy había pedido un préstamo a su nombre. Pero más que eso, me frustra que Maksim se oponga tan rígidamente a mi oferta.

Y tanto si quiere apoyarla como si no, tengo la intención de atenerme a la inversión. Si consigo que Camille venda, lo haré con mi propio dinero. Porque la quiero. Aunque no deba.

"¿Cuánto te ofreció pagar?" pregunta Maksim, intrigado.

"No lo dijo, pero parece segura de que sus beneficios podrían permitírselo. Pero quiero que acepte la venta. Al final, le prometo que será un mejor negocio. Y tengo formas de presionar. Puedo conseguir que venda".

Nadie me había rechazado nunca a la hora de la verdad, y pude verlo en sus ojos la otra noche. La estaba convenciendo. Solo era cuestión de tiempo que acabara con ella.

Por el rabillo del ojo, veo que Alexei vuelve a sonreír mientras sacude la cabeza. El sonido de la pelota antiestrés al chasquear entre sus manos no hace más que exaltarme, y me vuelvo para mirarle fijamente una vez más.

Un ligero golpecito en la puerta interrumpe nuestro encuentro.

"Entra", ordena Maksim, erguido y peinándose el pelo oscuro hacia atrás.

Un momento después, Symphony entra pavoneándose, con sus largas piernas mostrando el dorado de su falso bronceado. Vestida con tacones de aguja y un vestido negro ajustado que solo cubre lo esencial, la prometida de mi hermano presume de sus cosas sin pudor.

Con el pelo rubio peinado a la perfección y maquillada como para una sesión de fotos, Symphony parece más una muñeca Barbie que una modelo. Pero supongo que eso es lo que les gusta a algunos tíos. A mí no. Me gustan las curvas naturales y la piel de porcelana que brilla sin tantas cremas ni polvos. Como Camille. Esa chica tiene una belleza natural desbordante.

"Hola, chicos". Nos saluda a Alexei y a mí con un movimiento despreocupado de sus uñas postizas de camino a la mesa de Maksim.

Alexei se levanta de su asiento en el sofá, imitando exactamente mis pensamientos. Se suspende la reunión.

"No hemos terminado de hablar de esto, Dimitri", afirma Maksim mientras Symphony le rodea el cuello con los brazos, inclinándose hacia él con un ronroneo cariñoso.

"Sí, sí". Le hago medio gesto con la mano por encima del hombro y cierro la puerta tras de mí. Mientras tanto, pienso tomármelo como un acuerdo silencioso.

"Así que una chef, ¿eh?" pregunta Alexei, dándome un codazo con las costillas.

"¿Por qué te empeñas en molestarme como a un niño?". Me quejo, dándole un empujón cariñoso.

"Bueno, soy yo el niño".

"Tienes treinta y ocho años".

"Sí, pero Maksim se comporta lo bastante como un palo en el barro por los dos, así que no veo por qué tengo que hacerlo yo".

Resoplo, poniendo los ojos en blanco hacia Alexei. Mi hermano pequeño siempre ha sido el más salvaje de nosotros. Puede que sea letal, pero es casi imposible conseguir que se tome la vida en

serio. Prefiere salir de fiesta con chicas en yates y volar a Ibiza el fin de semana que pensar en hacer crecer la empresa.

No es que le culpe. Se divierte como un loco. Y cuando se trata de seguridad personal, es el mejor que hay.

"¿Te gusta?" insiste Alexei, negándose a dejarse disuadir.

"Es guapa, inteligente y sabe defenderse", admito mientras nos dirigimos al ascensor. "Pero eso no significa que sienta algo por ella. Se trata del negocio que tiene entre manos y de nuestra mejor estrategia para adquirirlo".

Parece que estoy haciendo un mal trabajo incluso para convencerme a mí mismo. Quiero a Camille. Desde el momento en que puse mis ojos en ella, me enganchó con sus curvas, sus penetrantes ojos azules. Y una vez que la probé, quise mucho más.

No debí hacerlo. Bastó un beso para llevarme por este camino. Y por mucho que quiera discutirlo con mis hermanos, mis intereses son cualquier cosa menos profesionales.

Aun así, no puedo quitármela de la cabeza, y si le quito el restaurante a Camille, daré un portazo a cualquier potencial que podamos tener.

"Lo tienes mal", observa Alexei con una sonrisa burlona.

Le doy otro empujón mientras las puertas del ascensor se abren con un tintineo y Alexei entra a trompicones.

"¿No vienes?", me pregunta mientras me giro para continuar por el pasillo.

"Voy por las escaleras", le digo, haciéndole una seña por encima del hombro.

Las risas me siguen por el pasillo hasta que se cierran las puertas, llevando a mi hermano por los cincuenta pisos hasta el vestíbulo. Adoro a mis hermanos. Pero algunos días, me gustaría golpearles la cabeza. Ambos por motivos distintos.

Maksim porque siente la necesidad de controlarlo todo y Alexei porque prefiere el caos a cualquier orden mundial. Pero sobre todo porque saben leerme como a un libro. Por mucho que lo intenté, no conseguí convencer a ninguno de los dos de que mis razones para comprar Le Fleur son legítimas.

Y puede que mi juicio esté nublado cuando se trata de Camille.

Pero no pienso dejar que eso me detenga.

CAMILLE

"**A**quí es donde se imprimen los billetes", digo, señalando la sencilla máquina que hay justo encima de mi cabeza, al principio de la cola. "Cogemos la copia amarilla. La copia blanca pasa por la ventanilla al encargado de la comida, y tú eres el último en la línea cuando se trata de garantizar que todo esté emplatado y listo para llevar. Solo deja pasar la copia amarilla cuando estés seguro de que todo está listo".

"Sí, Chef". Mi aprendiz de chef, Hank, parece bastante listo.

Ya le he enseñado la disposición de la cocina y le he hecho preguntas sobre cómo cocina la carne y dirige al personal que le rodea. Puede que haya tardado semanas en ceder a la insistencia de Hannah, pero por fin he cedido y he contratado a un segundo jefe de cocina, solo para algunas noches lentas entre semana.

Tras perder a Roy y no tener a nadie que me sustituyera, he aceptado que necesito ayuda. Y el restaurante puede permitírselo. Estamos ganando mucho dinero, así que es hora de relajar mis riendas. Lo justo para evitar el agotamiento en caso de que se produzca otra situación.

Ahora que la decisión está tomada y Hank está aquí, formándose, no puedo decir que odie mi decisión. Será agradable tener tiempo para ponerme al día. Quizá incluso pasar algún tiempo cocinando de forma creativa para poder cambiar algo el menú. Sin embargo, la idea de entregar mi preciada posesión, aunque solo sea por unas noches a la semana, me pone de los nervios.

Intento no ser una de esas madres gallinas que se fijan en cada pequeño detalle. Y hasta ahora, Hank no me ha decepcionado. Pero este es apenas su tercer día.

"¿Cami?" Hannah asoma la cabeza por la puerta batiente, con una sonrisa pícaro en la cara. "Ese apuesto hombre de negocios ha vuelto y pregunta por ti".

Se me revuelve el estómago. Sé exactamente de quién está hablando. Así es como se ha estado refiriendo a Dimitri durante la última semana. No me atrevía a contarle todo lo que había pasado. Aún estoy intentando asimilar que es real.

"Gracias, Hannah. Hank, ¿por qué no te tomas un descanso para comer?", le sugiero.

"Claro, jefe". Me dedica una sonrisa amable, y agradezco que, además de lo que ha demostrado

ser un sólido conjunto de habilidades como chef ejecutivo, Hank parezca un tipo que se deja llevar.

A diferencia del hombre que me espera ahí fuera.

Me quito el delantal, me aliso el vestido y respiro hondo, preparándome para otra ronda con el Sr. "Consigo lo que quiero cuando lo quiero". Reprimiendo la nerviosa expectación que bulle en mi interior, me recuerdo a mí misma que este es el mismo hombre que mató a Roy. Y ahora está aquí para quitarme mi restaurante. No le dejaré.

Siguiendo a Hannah a través de las puertas batientes, sigo sus dedos mientras hace un gesto hacia la barra y el inmaculadamente vestido Dimitri Federov.

"Estaré delante pasando los cubiertos si me necesitas", dice, guiñándome un ojo.

La tensión se me enrosca en el pecho cuando me acerco al ruso, un hombre alto y bastante intimidante. Está apoyado en la barra, con una taza de café negro recién hecho de Le Fleur en la mano.

"Señorita Anderson", saluda, esbozando una peligrosa sonrisa en cuanto me ve acercarme. "Buenos días".

Echo un vistazo al reloj que hay sobre la barra y veo que son las once. En mi opinión, ya casi no es mañana, pero me guardo mis pensamientos. Y mis manos. No voy a cometer el mismo error dos veces e ir a por un apretón de manos.

"Sr. Federov. ¿Qué le trae hoy por aquí?"

Dimitri pasa un largo dedo por el borde de su taza humeante. Luego su mirada gris se desplaza juguetonamente hacia la mía. "He venido a llevarte a almorzar".

Me burlo, cruzando los brazos sobre el pecho. "¿Y qué te hace pensar que tengo tiempo para almorzar? Tengo que prepararme para la cena de esta noche".

"¿Y solo tú puedes hacerlo?", replica, echando un vistazo al restaurante.

Le lanzo una mirada fulminante, manteniendo una distancia de varias sillas entre nosotros para poder mantener la cabeza erguida. "Mi personal está bien formado, si es eso lo que preguntas".

"Pues entonces, seguro que pueden cortar unas cuantas verduras sin tu supervisión". Dimitri se levanta como si estuviera decidido y deja su taza medio vacía hacia el borde interior de la barra. "Gracias por el café, Trent".

Nuestro camarero de los viernes por la noche asiente cortésmente y esboza una sonrisa amistosa mientras sigue organizando su puesto de trabajo. Parece completamente a gusto con el gángster usurero al que acaba de servir el café. Sin ninguna preocupación. Oh, qué ingenuo es respecto a lo que realmente ocurre aquí.

"Ven", ordena Dimitri, acortando la distancia entre nosotros.

Trago saliva cuando su mano me toca la parte baja de la espalda y me guía hacia la puerta principal con un aire de confianza que hace que mis entrañas se vuelvan gelatina.

"¿Va todo bien?" Pregunta Hannah, haciendo una pausa en su trabajo.

No. Me está sacando de mi restaurante un usurero asesino que amenaza con quitarme el negocio a menos que acepte su ridículo soborno. "Sí, está bien. Volveré antes de que abramos. ¿Puedes echarle un ojo a las cosas, asegurarte de que todo el trabajo de preparación esté terminado a tiempo? ¿Y enviar a Hank a casa? No sé cuánto puede durar la reunión".

Miro a Dimitri, pero su silenciosa diversión no me dice nada.

"Claro", asiente Hannah, con una sonrisa brillante y cómplice, como si pensara que voy a dejar el trabajo para tener una cita o algo así. "Diviértete", me dice cuando suena el timbre que anuncia nuestra marcha.

Está claro que cree que tengo una cita. Yo, en cambio, me pregunto hasta qué punto es inteligente permitir que este hombre pérfido me lleve a un lugar desconocido. Al menos sabe que tiene que tenerme de vuelta antes de que abra el restaurante si quiere evitar sospechas. Aunque no tengo la sensación de que este "almuerzo" sea una estratagema para llevarme a algún lugar apartado y matarme, espero.

Justo enfrente, junto al bordillo de la acera, hay un elegante Lamborghini negro con una pintura que brilla como la luz de las estrellas bajo el resplandeciente sol de California. Me quedo boquiabierto cuando Dimitri se acerca a la puerta del acompañante y me la abre.

"¿Vamos?", sugiere, extendiendo la mano como si quisiera ayudarme a subir al coche. Pero sus ojos de acero me dicen que no es una petición.

Trago saliva con nerviosismo, cierro la boca y me deslizo en el asiento delantero, agarrándome al dobladillo de la falda para no deslumbrarle e ignorando deliberadamente la mano que me ofrece. Dimitri suelta una risita baja antes de cerrar la puerta tras de mí y abrirse paso por la parte delantera del coche.

"¿Vienes a por mi restaurante cuando paseas por San Francisco en un coche como este?", le exijo en cuanto se desliza en el asiento del conductor.

El aroma masculino de su colonia llena el pequeño espacio mientras cierra la puerta tras de sí, haciéndome la boca agua al traerme el recuerdo de sus labios sobre los míos en un instante.

"La gente no se hace rica siendo blanda y dejando que otros la pisoteen. Independientemente de que te guste o no, el trato se acordó, las condiciones se fijaron antes de que le diéramos un céntimo a tu novio. Y él optó por ofrecer tu restaurante a cambio del préstamo", dice Dimitri racionalmente, con un tono suave y uniforme, al que parece no importarle tener que explicarme la situación una vez más.

Luego pone el coche en marcha y sale al bullicioso tráfico de la ciudad. Jadeo cuando se abre paso hacia el carril izquierdo y pisa a fondo, lanzándonos hacia delante. Me agarro con fuerza las rodillas, me trago el corazón e intento no mostrar mi miedo.

"¿Adónde me llevas?" Pregunto mientras volamos calle abajo hacia el puente Golden Gate. Me empiezan a sudar las palmas de las manos al imaginarme algún lugar abandonado con una tumba poco profunda ya cavada.

"Ya te lo dije, a almorzar". Dimitri me dedica una sonrisa pícaro.

"Ya hemos pasado por delante de cinco sitios de almuerzo perfectamente adecuados", señalo, con la voz temblorosa. No me gusta que me lleve fuera de la ciudad. Todo en mí grita que debería huir. Este hombre es peligroso. Fui una idiota al subirme a su coche.

Cuando salimos de San Francisco, la ciudad desapareciendo tras nosotros junto con el icónico puente que sirve como mi mejor referencia de casa, el coche empieza a aminorar la marcha. Nos salimos de la autopista, y aún estoy debatiendo si rodamos lo bastante despacio como para poder saltar. Tal vez si salgo corriendo, él no pueda detener el coche ni dar la vuelta para seguirme antes de que yo encuentre algún lugar donde esconderme.

Muevo la mano hacia el tirador de la puerta, miro por la ventanilla del acompañante y el corazón me da un vuelco. Sé dónde estamos. Un momento después, Dimitri entra en el aparcamiento del Galley, un restaurante de lujo que sirve el mejor brunch de Sausalito, si no del propio San Francisco.

Papá y yo solíamos venir aquí en ocasiones especiales, como cuando me graduaba en el instituto o recibía mi carta de aceptación en el programa de hostelería de la USF. Sorprendida por la elección de Dimitri, me detengo y, de repente, es demasiado tarde. Aparca el coche cerca de la puerta y apaga el motor.

"¿Tiene hambre?"

Mi estómago responde por mí, soltando un sonoro rugido que hace que los labios de Dimitri se curven en una sonrisa. En mi trabajo, el almuerzo es la comida habitual del día. Así que aún no he comido nada. Prefiero probar cosas aquí y allá, lo que me permite controlar la calidad sin excederme.

¿Pero el Galley?

No sé cómo oponerme. Mi furia por haber sido sacada de mi restaurante contra mi voluntad se atenúa ligeramente cuando Dimitri me conduce al interior del elegante restaurante. Y me recuerdo a mí misma que Hannah es más que capaz de asegurarse de que la cocina esté totalmente preparada y el restaurante listo para que yo entre por la puerta. Ya lo ha hecho antes.

Dimitri da su nombre al anfitrión y, aunque hay un montón de clientes en la sala de espera, nos acompañan directamente a una mesa con vistas a la bahía. Alguien tuvo que mover hilos importantes para esto. Ni siquiera cuando papá reservó con un mes de antelación nos garantizaron un sitio tan privilegiado.

"Dos mimosas, y que no falten", le dice a las camareras antes de que se vayan, sin importarle que no nos hayan pedido nada.

La camarera asiente nerviosa y se va corriendo hacia la cocina.

"Esta noche tengo que trabajar", puntualizo secamente.

Dimitri me dirige una mirada atrevida. "¿Y que pasa?"

Me ruborizo. "Nada".

"¿Tu jefe te va a despedir si bebes algo?"

"No tengo jefe", replico. Es entonces cuando veo el camino tan fácil en el que me ha metido.

Dimitri sonríe, sus labios perfectos se curvan sobre su rostro cincelado. "Eso sería igual de cierto si me vendieras tu restaurante, ¿sabes? No veo nada de malo en tomar unas mimosas antes del trabajo".

Estoy medio tentada de demostrarle lo peligroso que puede ser para una chef beber durante el día. Pero no quiero perjudicar a mi propio negocio solo para demostrar algo. En lugar de eso, levanto el menú con decisión, impidiéndole verme.

"Vuestras mimosas", dice nuestro servicio un momento después, poniéndonos las copas de champán delante. "¿Estáis listos para pedir?"

"Pediré el Galley benedict", digo sin demora, dándole mi menú al joven camarero. Es lo que pido siempre que vengo aquí.

"Muy bien. ¿Y para usted, señor?", dice el camarero, volviéndose hacia Dimitri.

"Lo mismo para mí", dice, enarcando una ceja y entregándome también su menú.

"Enseguida". El camarero se aleja a grandes zancadas.

Por la expresión de su cara, casi espero que Dimitri me pregunte si he estado aquí antes. Tengo la respuesta en los labios, una respuesta sarcástica a punto de ser pronunciada. En lugar de eso, sus ojos grises estudian mi rostro durante unos largos segundos, y luego recorren mi cuerpo hasta el vestido rojo que me sienta como un guante.

Prefiero llevar ropa de negocios durante el día, cuando tengo que reunirme con otros profesionales del sector, y luego ponerme la bata de cocinera antes del trabajo. Aun así, me gustan los tejidos elásticos que facilitan el movimiento, porque mi trabajo requiere un esfuerzo físico constante. Y aunque las mangas largas y el cuello alto me mantienen modesta, de repente me siento expuesta, como si el fino tejido fuera mucho más escaso de lo que me había dado cuenta al salir de casa esta mañana.

"Véndeme Le Fleur", exige Dimitri, con un tono insistente pero juguetón, como si supiera lo que voy a decir a continuación.

"No". El rechazo sale de mis labios antes incluso de darme cuenta de que lo estoy diciendo.

Dimitri suelta una risita grave y oscura. "¿Has considerado siquiera mi oferta?"

Me río. "¿Y tú has considerado la mía?" replico, echándome hacia atrás y cruzándome de brazos.

"Por supuesto", dice él, con los ojos bailando.

"¿Y?"

"Seguiría prefiriendo comprar tu restaurante. Es un buen negocio, del que te beneficiarías mucho", afirma.

"¿Y si no quiero vender?". Le desafío, porque intuyo que la opción que me ofrece no tiene mucho de opción. Si no vendo, me quitará Le Fleur sin pensárselo dos veces. Esa posibilidad hace que el corazón me martillee contra el pecho, y un hilillo de sudor me recorre la nuca.

"Entonces tu pago está atrasado", afirma con calma.

Me tiembla el pulso. ¿Eso significa que aceptará pagos aplazados? No consigo entender a Dimitri. Todo lo que dice suena como un mensaje críptico que tengo que interpretar antes de comprender todas sus consecuencias.

"¿Qué tipo de pago esperas?" pregunto, conteniendo la respiración mientras rezo para que no diga una cifra superior a diez mil. Aunque sería una exageración, podría echar mano de mis ahorros para conseguirlo.

"Me satisfaría tener sexo en un baño público". Ladea la cabeza despreocupadamente, mirando por el pasillo que conduce a los baños del Galley.

Se me hiela la sangre en las venas.

Me trago una oleada de pánico.

"¿Cómo dices?" Pregunto, con la voz entrecortada por la ansiedad.

La risita que retumba en el pecho de Dimitri es toda la respuesta que obtengo. Siento calor en el estómago ante el peligroso sonido.

"Eso no es... No voy a...". Balbuceo las palabras mientras me esfuerzo por encontrar la forma de decirle que no, aunque mi cuerpo arda al pensarlo. "Puedo darte cinco mil dólares como pago inicial", afirmo finalmente, redirigiendo la conversación antes de perder hasta la última pizca de dignidad.

"Lo aceptaré", dice Dimitri, con los labios crispados por la diversión. "Aunque debo decir que preferiría probarte a ti".

Inclinándose hacia delante para apoyar los codos sobre la mesa, Dimitri me dirige una mirada ardiente y, de repente, no puedo respirar. No puedo pensar.

¿Qué acaba de decir?

DIMITRI

"¿Cómo dices?" Camille jadea, sus ojos azules se abren de golpe.

Me encanta el color que tiñe sus mejillas. Un rojo delicado sobre su tez cremosa. No me canso de provocarla. Normalmente, no tengo que esforzarme con las chicas, pero me gusta este juego. El orgullo y la determinación de Camille para mantenerme a distancia la hacen aún más atractiva.

Porque me gusta la persecución.

"No puedes ir por ahí diciéndole esas cosas a la gente", sisea, acercándose, como si temiera que el personal del restaurante la oyera.

Se me dibuja una sonrisa en los labios. "¿Y por qué no?"

"Bueno, empecemos por el hecho de que intentas quitarme mi negocio. No puedes pensar que aceptaría tus insinuaciones cuando prácticamente intentas chantajearme con mi restaurante". Sus ojos se entrecierran en una mirada acusadora.

El término "chantaje" suena feo cuando sale de sus labios y, aunque técnicamente estoy en mi derecho de quitarle su negocio, no quiero discutir sobre el contrato que firmó su novio. "Puede que no. Pero encuentro el desafío que planteas bastante... divertido".

La ardiente rebeldía de Camille le confiere un orgullo casi regio cuando vuelve a apartarse de la mesa. "¿Desafío?", repite, con un tono de sorpresa evidente.

"Las mujeres no suelen rechazarme", afirmo con naturalidad.

Sus cejas perfectamente perfiladas se fruncen y Camille guarda silencio el tiempo suficiente para que empiece a preguntarme qué está pensando.

Finalmente, cuando habla, su tono resuena con resentimiento. "¿Esto es un juego para ti?".

"Al contrario, me tomo mis asuntos muy en serio. Pero, como he dicho, tu resistencia me desconcentra mucho".

Sus labios se separan como para discutir, pero antes de que pueda responder llega nuestra

comida.

Camille se echa hacia atrás para dejar espacio al camarero, que deja nuestros platos sobre la mesa.

"¿Puedo servirlos algo más?", pregunta, mirando entre nosotros.

"No, gracias. Esto tiene una pinta deliciosa", digo, sin dejar de mirar a Camille.

Sus mejillas se ponen rojas y el camarero se marcha con una cortés reverencia. En cuanto se va, Camille coge su mimosa de la mesa y se la bebe de tres tragos.

Estoy consiguiendo llegar a ella.

Y me gusta, porque se me mete en la piel sin siquiera intentarlo. Esos seductores ojos azules y esos labios tan besables, sus amplias curvas. Me gustaría volver a probarla, el dulce sabor a miel de su boca. Quiero probar más de ella.

Mientras corta su Benedict y da el primer bocado, me doy cuenta de que estoy celoso del tenedor que se desliza entre sus labios para llevarle la comida.

"¿Has estado aquí antes?" pregunto mientras me vuelvo hacia mi plato. Pero ya sé la respuesta. Pude leerla en su cara en cuanto entramos en el aparcamiento.

Camille se aclara la garganta. "Mi padre y yo solíamos venir aquí".

"¿Solíamos?" insisto.

"Murió. Hace unos años". Oigo el dolor en su voz y mantiene la mirada fija en la comida.

"Lo siento". Y, para mi sorpresa, lo digo de verdad.

Su tristeza me conmueve y, aunque no sé cómo murió su padre, siento un intenso deseo de consolarla.

"¿Estabais muy unidos? observo, planteándolo como una pregunta para ver si se abre.

Asiente y deja los cubiertos, aunque apenas ha tocado la comida. Un momento después, el camarero coloca un vaso de mimosa junto y se lleva el vacío. Ella le dedica una sonrisa de agradecimiento y engulle una generosa cantidad de burbujeante zumo en cuanto él se marcha.

"¿Te pongo nerviosa?" pregunto, observándola atentamente.

Camille se queda quieta, con los dedos posados en el pie de su copa. Luego se entretiene cortando otro bocado de benedict. "Bueno, no hemos empezado precisamente en los mejores términos", insinúa antes de colocarse el tenedor entre los labios.

Mastica con delicadeza, saboreando cada bocado como pocos saben hacerlo.

La considero durante unos segundos, y su franqueza me parece interesante y digna de aprecio. "No tienes por qué temerme, Camille", afirmo. La sensación sensual de su nombre de pila rodando por mi lengua por primera vez despierta mis sentidos.

No ofrezco ese lujo a cualquiera. Mi negocio se nutre del miedo de la gente a lo que pueda

hacerles si no pagan sus deudas. Pero, por alguna razón, me desagrada la idea de asustar a Camille. Quizá sea porque está claro que ha sido víctima por culpa del vago de su novio. Aun así, quiero que confíe en mí, que baje la guardia para que podamos explorar esta intensa atracción magnética que siento hacia ella.

Un temblor visible recorre su cuerpo y Camille traga saliva. Asiente con la cabeza antes de volver los ojos a su plato.

Aunque tengo la intención de seguir agobiando a Camille con la venta de su restaurante, la dejo comer su almuerzo en paz. En lugar de eso, mantengo una conversación informal, haciéndole preguntas sobre su vida: dónde creció, qué le gusta hacer en su tiempo libre y con quién lo pasa.

Enseguida me doy cuenta de que cocinar no es solo lo que hace Camille. Es parte integrante de lo que es. Y dedica poco tiempo a la relajación o a las aficiones. No me extraña que no supiera nada de la adicción al juego de Roy Lochte. Esa chica trabaja constantemente. Probablemente ni siquiera sabía que él desaparecería en los casinos durante varios días seguidos.

Cuando terminamos de comer, llevo a Camille de vuelta a Le Fleur, y ya sea por las dos mimosas que se ha tomado en ese rato o por la conversación informal, parece haber perdido parte de la tensión de su cuerpo.

"Gracias por el almuerzo", me dice mientras la ayudo a salir del coche y subir a la acera frente a su restaurante.

"Ha sido un placer". Le dirijo una sonrisa y le hago un gesto para que entre.

Lo hace, parece aliviada cuando se da la vuelta y se dirige a la puerta principal. La sigo a través del restaurante y por un pasillo trasero pintado de un azul intenso y bordeado de elegantes apliques. Al llegar a una puerta a mitad del pasillo, Camille la abre y se desliza dentro.

Se me dibuja una sonrisa en la comisura de los labios. No esperaba que la siguiera.

Mi sospecha se confirma un momento después, cuando me uno a ella en el pequeño despacho y cierro la puerta suavemente tras de mí. "Acogedor", observo, mirando el escritorio desordenado que ocupa el centro de la habitación, los archivadores metidos cómodamente en la esquina más alejada.

Camille suelta un grito aterrorizado y se gira para mirarme. "¿Qué haces aquí?", exige. "No deberías estar aquí. Lárgate".

Me río mientras acorta la distancia que nos separa para intentar sacarme de la habitación.

"¿Qué crees que estás haciendo? ¿Por qué me has seguido hasta aquí?"

"No me despedí como es debido", bromeo, y mis ojos bajan hasta sus labios mientras recuerdo nuestro primer encuentro. Sé que está mal mezclar los negocios con el placer, tentarme con alguien mucho más joven, perseguir a Camille cuando acaba de perder a su novio, pero es demasiado seductora.

Su respiración se entrecorta en un jadeo silencioso cuando sus insistentes empujones se detienen, y Camille traga saliva. Sus ojos azules se clavan en los míos, llenos de emoción, aunque no consigo descifrar qué es lo que siente.

"Deja que te lleve a una cita de verdad", insisto.

Sus ojos se abren de par en par, sorprendida, y da un lento paso atrás.

"El hecho de que no quieras pagar el préstamo con sexo no significa que no podamos divertirnos juntos", le insisto, acortando la distancia que nos separa y cogiéndole suavemente la barbilla.

Sus labios se separan como si quisiera decir algo, y yo cedo a la tentación, trazando lentamente la tentadora línea de su labio inferior con la yema del pulgar.

"Seré todo un caballero", murmuro, inclinando su barbilla mientras acorto lentamente la distancia entre nuestras bocas. Pero no la beso. Todavía no.

Deseando prolongar la deliciosa tensión que zumba entre nosotros, la miro profundamente a los ojos, prometiéndole en silencio un nivel de placer que nunca antes había conocido.

Por un momento, me quedo ahí, a escasos centímetros de sus labios, con nuestros ojos fijos en una silenciosa batalla de voluntades. Puedo ver el conflicto y la indecisión en su mirada, la guerra entre su orgullo y la atracción que siente por mí. Porque ella también tiene que sentirlo. Esta conexión entre nosotros es fundida y eléctrica.

La culpa me recorre mientras admiro la vibración juvenil de su rostro. Es lo bastante mayor para tomar sus propias decisiones, pero aún considerablemente más joven que yo. Tal vez me esté aprovechando de su vulnerabilidad.

Vacilo, debatiéndome entre mi necesidad de ella y el instinto de mantenerla a salvo. Del mundo. De mí. Pero antes de que tenga la oportunidad de contenerme, de impedir que persiga mi deseo carnal, ella me besa.

Poniéndose de puntillas, Camille acorta la distancia entre nuestros labios. El calor me recorre el pecho cuando nuestras bocas chocan en un beso centelleante. Sus talentosas manos de chef me aprietan el pecho, esta vez enroscándose en las solapas de mi traje para acercarme más.

Gimo como un hombre hambriento que come por primera vez en días cuando su lengua se introduce entre mis dientes, profundizando nuestro beso. Peinando con los dedos sus mechones castaños, acaricio detrás de la cabeza de Camille con una mano, y con la otra busco su cadera.

Exploro lentamente la curva de su cintura, la rodeo con el brazo y la aprisiono contra mi pecho. Camille jadea en mi boca cuando nuestros cuerpos se encuentran firmemente, y mi polla se endurece al instante.

Camille y yo nos besamos con una pasión recién descubierta. Toda su vacilación y resistencia parecen haberse desvanecido, sustituidas por una seductora necesidad que me enciende la sangre y hace que me corra a toda velocidad por las venas.

"Te deseo, joder", gruño, moviendo las manos para explorar su cuerpo mientras la hago retroceder hasta que sus caderas topan con el borde del escritorio.

Con la respiración agitada en sus pulmones, Camille guía mi mano desde su pelo, bajando por la curva de su cuello y la clavícula hasta tocar sus pechos. Amaso la carne flexible y un gemido voraz me recorre el pecho cuando ella suelta un gemido sexy.

Vuelvo a encontrar sus labios y devoro a la chef fogosa con una necesidad ansiosa. Por mucha resistencia que me haya ofrecido, sé sin la menor duda que ella también lo desea. Porque me besa con la misma pasión, arqueando la espalda mientras se aprieta contra mi mano.

Y cuando aprieto hacia delante, presionando mi erección contra su suave carne, ella suelta otro leve gemido. Me rodea el cuello con los brazos, acercándose aún más, y aprovecho para explorar sus curvas, pasándole ambas manos por las caderas hasta agarrarle el culo redondo.

Luego la levanto, abriéndole las piernas mientras las envuelvo alrededor de mi cintura, y la dejo suavemente sobre su escritorio. La tela elástica de su vestido se desliza por sus muslos para acomodarse a mí, deteniéndose en el pliegue de sus caderas. La visión de su carne expuesta me vuelve loco y no puedo contenerme.

Encuentro su rodilla y subo lentamente la mano por su pierna sedosa hasta que mis dedos se deslizan por debajo del dobladillo del vestido.

Suelto un gruñido de agradecimiento cuando me doy cuenta de que lleva tanga, le toco el culo desnudo y Camille jadea en mi boca.

"Eres tan perfecta", ronco contra sus labios. "Quiero estar dentro de ti".

Y, para mi asombro, Camille asiente.

CAMILLE

El fuego chisporrotea por mis venas cuando las fuertes manos de Dimitri exploran cada centímetro de mí. La sensación de su gran mano ahuecando mi pecho, la urgencia con la que me agarra el culo, aquella vara de hierro de su excitación presionando contra mí. Nunca me había sentido tan viva.

Y cuando envuelve mis piernas alrededor de sus caderas, levantándome sobre el escritorio como si no pesara nada, la excitación húmeda empapa el fino encaje de mis bragas. Porque por muy aterrador que sea Dimitri, también es embriagadoramente sexy.

No puedo dejar de pensar en sus palabras durante la comida, en el reconocimiento de que cuando rechazo sus insinuaciones, eso casi alimenta su persistencia. Me parece que el desafío que presentas es bastante... desviador. Tu resistencia me distrae mucho...

Me ha dado una idea.

¿Y si puedo utilizar su interés por mí en mi propio beneficio?

Me niego a ser su puta, a pagar una deuda que no tengo vendiendo mi cuerpo a Dimitri. Aunque está claro que no abandona la idea de comprar mi restaurante, ni de querer acostarse conmigo. Pero quizá si le doy lo que quiere, esté más dispuesto a dejarme pagar el préstamo con el tiempo.

También podría ayudarme a acercarme a él, lo suficiente como para saber cómo murió Roy. Y si encuentro pruebas de que Dimitri mató a mi novio, podré llevárselas a la policía. Si detienen a Dimitri, podría librarme por completo de la deuda de Roy. Porque seguramente en la cárcel él podría hacer cumplir el contrato.

Espoleada por el valor líquido de dos mimosas durante el brunch, actué según mi audacia momentánea cuando vi mi ventana de oportunidad. Y ahora, mientras me pierdo en la abrumadora electricidad del tacto de Dimitri, pienso que mi plan a medio cocer podría funcionar.

Pensarlo enciende un fuego en mi interior y, de repente, no me siento mal por ceder al deseo que late por mis venas. No puedo negar que Dimitri me excita de una forma que nunca antes había conocido. Sus manos me exploran con una pericia que promete la más profunda sensación de satisfacción. Entonces, ¿qué hay de malo en darme un poco de placer mientras salgo de esta

monstruosa deuda que me dejó Roy?

"Quiero que lo digas, Camille", ronronea Dimitri mientras se restriega con más insistencia entre mis muslos.

Dios, dice mi nombre como una caricia, la suave curva de su acento ruso lo hace sonar maravillosamente exótico, y me estremezco mientras una cálida excitación se agolpa en lo más profundo de mi ser.

"¿Decir qué?" jadeo antes de volver a besarle profundamente.

Su lengua se desliza entre mis labios en una tentadora imitación de cómo quiero que me penetre: exigente y codiciosa, como me siento yo.

Entonces sus dedos se enredan en mi pelo. Se enroscan en las raíces, haciendo palpar mi núcleo. Y cuando me da un ligero tirón, forzándome a echar la cabeza hacia atrás para que lo mire a los ojos, un jadeo involuntario de placer sale de mis labios.

"Dime que quieres que te folle", me ordena. Luego, sin dejar de agarrarme el pelo, se inclina hacia mí para dejarme una línea de besos centelleantes por la garganta hasta la clavícula.

"Te quiero dentro de mí desesperadamente", gimoteo, con el coño palpitando de anticipación.

Un hormigueo de alivio recorre mi cuero cabelludo cuando Dimitri me suelta el pelo, intensificando el placer mientras su mano desciende lentamente por mi cuerpo, tocando y amasando, acariciando y provocando cada centímetro de mí a medida que avanza.

Su otra mano me agarra con fuerza por el culo, manteniéndome firme en el borde del escritorio mientras mis piernas se vuelven gelatinosas. Cuando llega al dobladillo de mi vestido, sus dedos acarician la parte interior de mi muslo, haciéndome cosquillas en la piel con su tacto de pluma.

Respiro estremecida, mi excitación consume mi mente y de repente olvido mi plan. Todos mis pensamientos se centran en mi repentina e intensa necesidad de que me alivie, de que calme la presión que se acumula en mi interior como un volcán.

Su mano se mueve por debajo de mi vestido, encuentra la parte más alta de mis muslos, y jadeo cuando sus dedos se enganchan en la fina tela de mis bragas. Luego, dos gruesos dedos me acarician entre los pliegues.

"¿Así?", bromea, trazando mi húmeda raja antes de presionar con los dedos dentro de mí.

No es suficiente, pero una oleada de placer me recorre mientras mis paredes se aprietan ávidamente a su alrededor.

"Más", le suplico, agarrándolo por la nuca y atrayendo sus labios hacia los míos.

Me besa con una exigencia feroz, su lengua reclama mi boca con el mismo ritmo provocador que sus dedos me penetran. Gimo cuando encuentra ese punto oculto dentro de mí, el que me hace gritar cada vez que lo toca.

Utilizando el pulgar para rodear mi clítoris y hace crepitar un placer eléctrico por todo mi cuerpo. Un hormigueo de excitación me entumece los dedos de las manos y de los pies mientras avanzo hacia el orgasmo a una velocidad alarmante.

"Dime lo que quieres, Camille", jadea, su profundo barítono vibra en mí como un terremoto.

"Quiero correrme", gimoteo, aferrándome a él mientras mi cuerpo zumba por la intensa necesidad de liberación.

"Entonces pídemelo amablemente".

"Por favor, joder, ¡déjame correrme!" Imploro, estremeciéndome violentamente contra su palma. Mis caderas se agitan con urgencia, casi levantándome del escritorio.

"Córrete para mí, kotenok", ronronea, con el pulgar aplastándome el clítoris.

Así exploto a su alrededor.

Con el coño palpitante, me agarro a sus dedos como a un tornillo de banco, palpitando con un intenso orgasmo mientras mi clítoris se estremece en éxtasis. Mordiendo con fuerza mi labio inferior, evito gritar. Porque apenas consigo recordar dónde estoy y que no soy la única que está en el restaurante en este momento.

Dimitri sigue acariciándome el clítoris con los dedos, hasta que ha extraído de mi cuerpo hasta la última gota de éxtasis. Físicamente agotada, mis músculos se relajan mientras me invade una abrumadora sensación de satisfacción.

"Eres tan sexy", ronca Dimitri, con la voz enronquecida por el esfuerzo de contenerse.

Abro los ojos y veo que los suyos grises arden de un hambre insaciable. Y en un instante, mi deseo vuelve a la vida. Estoy en apuros. Porque este hombre es peligrosamente bueno en lo que hace. Sabe exactamente cómo tocarme, y esos ojos me desnudan con una necesidad insaciable que me dice que apenas estamos empezando.

Lentamente, saca sus dedos de mi coño chorreante, y la excitación recubre el interior de mis muslos.

"¿Todavía quieres más, kotenok?", bromea, con sus ojos bailando.

Pero dos pueden jugar a este juego, y ahora que he hecho una apuesta, no estoy dispuesta a echarme atrás. Cojo la mano con la que me acaba de meter el dedo y me la llevo lentamente a la boca, sin dejar de mirarle.

El aire sisea entre sus dientes cuando separo los labios para meterme sus dedos húmedos en la boca. Mis propios jugos ácidos cubren mi lengua mientras le lamo los dedos, chupándoles mi excitación.

"Chertov", gruñe en ruso, haciendo que una nueva descarga de adrenalina recorra mis venas.

No sé lo que acaba de decir, pero el sonido me parece demasiado delicioso.

Luego se inclina detrás de mí para barrer el desorden de documentos y material de oficina de mi mesa. Los lápices resuenan en las paredes y los papeles caen al suelo revueltos. Pero no me importa. El movimiento hizo que su fuerte pecho chocara con fuerza contra el mío y, con el mismo movimiento, me tumbó de nuevo sobre mi escritorio.

"Dime lo que quieres", vuelve a exigirme.

Y esta vez, no quiero hacerme la tímida. Porque nunca en mi vida había deseado el sexo tan desesperadamente. "Quiero correrme en tu polla", murmuro, mordiéndome el labio mientras mi piel se enciende con una nueva necesidad.

Dimitri suelta un gruñido, su rostro fuerte y hermoso intenso de deseo. Se tumba encima de mí y aprieta mi cuerpo contra la firme superficie del escritorio mientras me besa profundamente. Aún puedo sentir mi resbaladiza excitación en los labios, y saber que debe saborearla en mi lengua hace que mi cuerpo se ponga a cien.

Gime apreciativamente, consumiendo mis labios con un fervor estremecedor, y sus caderas rechinan hacia delante, separando mis muslos hasta que siento su erección como una barra de hierro contra mi clítoris recubierto por los encajes de mi ropa interior.

Entonces sus manos se deslizan bajo la tela elástica de mi vestido. Empujándolo hacia arriba por encima de mis caderas, deja al descubierto mi tanga de encaje, rojo a juego con mi color del día. Sus dedos se enganchan alrededor de la cintura de mis bragas, y las guía hacia abajo sobre mis caderas y mis gruesos muslos de trueno, como solía llamarlos Roy.

No tengo tiempo de sentirme tímida mientras Dimitri baja el cordón hasta más allá de mis zapatos. Mis dedos están demasiado ocupados desabrochando el cinturón y la cremallera de sus pantalones. En cuanto termino, se baja la fina tela por las caderas y se quita los bóxers al mismo tiempo.

Su polla se libera y jadeo, rompiendo nuestro beso para contemplar su impresionante tamaño. Nunca había visto a alguien tan grande. Un destello de nervios revolotea en mi vientre cuando me pregunto si será demasiado grande.

Me peina el pelo con sus largos dedos, y el pulgar de Dimitri se alinea con mi mandíbula cuando me inclina la cabeza para que le mire a los ojos. La intensidad de su mirada gris me lanza en silencio la misma pregunta que ya me ha hecho dos veces. ¿Es esto lo que quiero?

Y aunque inicialmente no era mi motivo para iniciar este camino pecaminoso, descubro que lo deseo mucho más de lo que debería. Quiero sentir lo bueno que puede ser el sexo. Porque Dimitri ya ha demostrado ser un amante hábil. Sabe exactamente cómo excitarme y provocarme.

"Fóllame", le suplico. "Por favor", añadido, cuando sus ojos brillan peligrosamente.

"No tengo condón", afirma como última línea de defensa antes de que llevemos esto más allá del punto de no retorno.

"Tomo la píldora".

Volviéndome a apoyar en el escritorio, Dimitri me besa desde la garganta hasta el escote del vestido. Luego, se levanta. Sus manos descienden por mi cuerpo, trazando la curva de mi cintura y recorriendo mis anchas caderas. Me agarra de cada muslo antes de engancharme las piernas alrededor de su cintura. Luego me agarra por las caderas y me empuja con fuerza hacia el borde del escritorio.

El movimiento inesperado me arranca un chillido de sorpresa. Pero cuando mi culo está al borde del precipicio, siento su polla dura, con la punta suave rozándome la raja. Su gruesa polla separa mis pliegues y me estremezco de anticipación cuando encuentra mi entrada.

Entonces me penetra.

Jadeo ante la intensidad con la que me estira, llenándome como nunca antes lo había hecho. Es casi doloroso y, sin embargo, cada centímetro más profundo parece despertar un nuevo cosquilleo de excitación. Y cuando por fin se detiene, apenas puedo creer que quepa todo él. Mi coño palpita con la erótica sensación de estar casi demasiado lleno.

"Me siento tan bien", ronca, con sus dedos clavándose en mis caderas con urgencia.

"Qué bien", gimo en señal de acuerdo.

Y entonces empieza a mecerse.

Lentamente al principio, entra y sale de mí como si quisiera darme tiempo para aclimatarme. Y realmente lo necesito. Cada vez que me penetra profundamente, me recorren la columna vertebral y las extremidades unas ráfagas brillantes de hormigueo de placer. Y a medida que su ritmo aumenta, también lo hacen las sacudidas de placer.

"¿Te gusta?" murmura Dimitri, con voz provocadora.

Estoy tan excitada que ni siquiera me importa. "¡Sí!" Jadeo, con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos en blanco.

"¿Estás lista para correrte, kotenok?"

"Sí. Oh, Dios, por favor", gimo, intentando mantener la voz baja a través de mis pensamientos llenos de lujuria.

Un instante después, el pulgar de Dimitri encuentra mi clítoris y empieza a rodear el sensible bulto al mismo tiempo que me folla. Su penetración se vuelve cada vez más firme con cada embestida. Y cuando la cabeza de su polla encuentra mi punto G, siento que asciendo rápidamente hacia un segundo orgasmo. Algo que ningún novio se había tomado nunca la molestia de hacerme alcanzar.

Como si sintiera que me aproximo rápidamente al clímax, Dimitri me pellizca suavemente el clítoris entre el pulgar y el índice. Haciéndolo rodar ligeramente, provoca una impactante combinación de placer y dolor que libera mi orgasmo antes de que me dé cuenta de que ha llegado el momento.

Un grito silencioso sale de mis labios mientras me arqueo con fuerza sobre el escritorio. El aire desaparece de mis pulmones al convulsionarme por la intensidad del placer, y me estremezco cuando la euforia embriagadora hace estallar estrellas en la parte posterior de mis párpados.

Con las paredes palpitando alrededor de su polla, lo mamo hambrienta, con el cuerpo pidiéndole que penetre más, que me abra y me llene hasta que grite de placer.

Dimitri gime, con un profundo sonido de agonía. Y cuando por fin recupero el sentido para abrir los ojos, veo su musculoso cuello tenso por el esfuerzo, con las venas abultadas.

"¿Te duele?" pregunto, con la confusión surgiendo en la niebla de mi éxtasis.

Menea la cabeza y una fina sonrisa curva sus labios. "Al contrario, me estás poniendo muy difícil no correrme".

Frunzo el ceño mientras por mi cerebro pasan pensamientos fragmentados antes de que pueda seguir para expresarlos. Finalmente, me aferro a uno. "¿No quieres venir?"

Una risita profunda retumba en el pecho de Dimitri, reverberando en mí y provocando una oleada de réplicas que me hacen palpar el clítoris. El aire corre entre sus dientes al inspirar bruscamente, y la sonrisa desaparece de su rostro. Su lugar lo ocupa una ardiente lujuria que me hace estremecer.

"Entonces, ¿por qué...?" Empiezo a preguntar, aún intentando comprender.

"Me gusta ver cómo te corres", ronca. "Sentir tu apretado coñito chorreando sobre mí".

Mueve las caderas hacia delante para acentuar su afirmación. Y aunque sigue siendo casi demasiado grande para mí, se desliza fácilmente dentro de mí por lo mojada que estoy.

"¿Estás lista para correrte conmigo otra vez?", bromea juguetonamente.

"Sí", gimo mientras me penetra hasta la médula, inclinándose hacia delante para rodearme la cintura con los brazos.

"Bien", murmura. Luego me levanta del escritorio.

Con un movimiento fluido, su polla se desliza fuera de mí. Apenas toco el suelo con los pies antes de que me gire y me ponga de espaldas a él, jadeo cuando me inclina sobre el escritorio. Me levanta el dobladillo del vestido por encima de las caderas, dejando al descubierto mi culo. Una mano fuerte me amasa la mejilla mientras la otra me sujeta a la superficie plana.

"Tienes el mejor culo que he visto nunca", elogia, dándole muestras de afecto.

Luego me da una fuerte bofetada.

Grito, sorprendida por el golpe inesperado. Cuando mi piel arde bajo su palma, un deseo profundo y sucio se funde en mi interior. Nunca antes me habían azotado, y nunca supe cuánto lo deseaba hasta ese preciso momento. Sin embargo, mientras Dimitri me mantiene dominada y reclama mi cuerpo para sí, me doy cuenta de que deseo su castigo tanto como sus elogios.

Aterradoramente vulnerable, respiro con dificultad y mis pezones sensibles presionan dolorosamente contra la madera. Apoyo las palmas de las manos en la superficie fría y saboreo su tacto bajo mi cara ardiente. Entonces, la cabeza de su polla, aún resbaladiza por mis jugos, vuelve a encontrar mi entrada.

DIMITRI

La visión del culo redondo y llenito de Camille, desnudo y esperando ante mí, hace que mis pelotas palpiten de dolorosa necesidad. He necesitado todo mi autocontrol para no reclamarla con fuerza y rapidez, para follármela con toda la fuerza que quisiera.

Pero pude sentirlo en cuanto entré en ella.

Camille nunca ha cogido a nadie tan grande como yo. Y a decir verdad, no creo que haya tenido polla en mucho tiempo. Porque, joder, está apretada. Casi demasiado, pero sin duda lo bastante como para perder la cabeza por la necesidad de estar dentro de ella.

Aun así, quiero que disfrute cada segundo. Quiero hacerla gritar mi nombre y que siga suplicándome más. Nunca había visto a una mujer tan sexy. Nunca había sentido que alguien se deshiciera tan completamente a mi alrededor. Y estoy dispuesto a hacer que lo haga una y otra vez.

Si no fuera porque Camille tiene que volver al trabajo, estaría tentado de ver cuántas veces puedo hacer que se corra. Pero sospecho que no le gustaría que uno de sus empleados entrara y me encontrara follándomela sobre su escritorio.

Manteniéndola sujeta a la superficie con una mano, le masajeo la otra nalga desnuda y le doy un segundo azote para igualar las huellas rosadas que marcan su carne. Esta vez, Camille gime, y un hilillo de excitación incipiente cubre sus pliegues resbaladizos.

"¿Te gusta, sucia kotenok?" Insisto, saboreando cómo se estremece cada vez que la llamo gatita en mi lengua materna.

Camille se muerde el labio inferior hinchado por el beso y asiente contra la superficie del escritorio.

"¿Quieres más?" Tiento, dejando que la cabeza de mi polla se deslice entre sus pliegues para extender su creciente humedad.

"Sí", gime.

Le doy un tercer azote y jadea.

"¿Sí, qué?" exijo, amasando la carne que enrojece rápidamente.

"Por favor", maúlla.

"Buena chica". Me meto entre sus pies y la obligo a separar más las piernas, dejando su coño totalmente al descubierto. Luego le paso los dedos por los pliegues brillantes, aprovechando su propia excitación para acariciarle el clítoris.

Camille solloza, sus piernas vibran mientras la acerco a un tercer orgasmo. Pero me detengo justo antes, saboreando su gemido devastado cuando mi contacto desaparece. No la haré esperar mucho. Estoy tan cerca de correrme que no sé si podré aguantar mucho más, y esta vez quiero correrme con ella.

Guiando mi polla hasta su apretada entrada, introduzco solo la punta. Luego, cambiándome para agarrarla por la cadera con una mano y manteniéndola inclinada sobre el escritorio con la otra, le meto la polla hasta los huevos. Esta vez, parece que no puede contenerse.

Camille grita y tiembla mientras su coño se aprieta a mi alrededor. Le rodeo las caderas para acariciarle el clítoris con los dedos, incitándola a una nueva descarga. Simultáneamente, me muevo dentro de ella, y esta vez no puedo contenerme.

La lleno con cada embestida, con la polla hinchada y casi dolorosamente dura por lo bien que se siente. Su coño apretado y húmedo se cierra a mi alrededor con cada penetración implacable, como suplicándome que me corra dentro de ella.

"Oh, Dios, ¡voy a correrme!", jadea mientras la presión aumenta en la base de mi columna.

Mis pelotas se tensan y sus palabras entrecortadas casi me deshacen.

"Di mi nombre", le ordeno, penetrándola con fuerza y rapidez.

"Dimitri", gime, y sus labios se separan en una hermosa O mientras su coño estalla a mi alrededor.

El sonido de mi nombre en esos labios tentadores es todo lo que necesito. Como si apretara un gatillo, disparo dentro de ella, empujando en sus profundidades mientras me corro con fuerza. Ráfaga tras ráfaga de esperma caliente la llenan. Camille palpita a mi alrededor, su coño se agita con su propia liberación mientras su clítoris palpita contra mis dedos.

Respiramos agitadamente mientras nos retorremos juntos, y la lleno tanto que el semen rezuma alrededor de la base de mi polla y gotea por su sexy raja. Apenas puedo creer la intensidad de mi orgasmo.

Nuestra primera vez juntos fue caliente y rápida, pero con esa pequeña muestra, sé que quiero más.

Quiero todo Camille.

Quiero tomarme mi tiempo.

Y quiero hacer que se corra durante toda la noche. Tocarla de formas que nunca hubiera imaginado y hacer realidad sus deseos más oscuros.

Porque ahora que sé lo deliciosa que es, creo que nunca tendré suficiente de ella.

Pero este no es el momento ni el lugar. Ni siquiera he comprobado si la puerta de su despacho tiene cerradura, y sé que no somos los únicos que estamos aquí. Aun así, no pude evitarlo. En cuanto me besó, tuve que tenerla. Y cuando me dijo que ella también me deseaba, nadie en la verde tierra de Dios iba a impedírmelo.

Cuando nuestra respiración se calma, salgo lentamente de ella. Doy un paso atrás, la suelto y ella se pone en pie temblorosamente. Nuestras miradas se cruzan y una sonrisa perversa se dibuja en mis labios. Su risa entrecortada hace que mi polla se retuerza de deseo, a pesar de que acabo de tenerla. Estoy deseando volver a hacerlo.

Pero no ahora. Me agacho, me vuelvo a meter en los pantalones, los cierro y me abrocho el cinturón con destreza. No es demasiado pronto, porque llaman a la puerta.

"Joder", sisea Camille, intentando rápidamente enderezarse el vestido alisándoselo sobre las caderas. Se mete las bragas por debajo del escritorio, sin tiempo para volver a ponérselas.

"¿Cami?", pregunta alguien, girando el picaporte antes de asomar la cabeza al interior.

Es la misma azafata rubia que me saludó la primera noche que hablé con Camille.

El cariñoso apodo me sorprende de algún modo y, mientras me peino rápidamente, echo una mirada furtiva a la voluptuosa cocinera que está de pie junto a su mesa. Camille le sienta mejor: rellenita, suave y sexy, como ella.

"Hola, Hannah, ¿qué pasa?", pregunta, intentando alisarse su pelo despeinado. Por suerte, para empezar estaba recogido en un moño desordenado, así que no parece demasiado sospechoso.

"¿Va todo bien?" pregunta Hannah, y sus ojos color avellana se entrecierran con preocupación mientras su mirada se dirige hacia mí.

"Bien, bien", le asegura Camille, alisándose el vestido con nerviosismo, una vez más.

"Vale", dice Hannah vacilante, aunque lo deja caer. "¿Es un mal momento?"

"No, en absoluto. Dimitri, eh, el señor Federov ya se iba". Camille me dedica una sonrisa.

"Claro", le digo, con una sonrisa en los labios ante su evidente despido.

"Estupendo". Hannah entra ahora en la habitación con más confianza, dejándola abierta para mí.

"Entonces, volveré a verte pronto", digo, enarcando una ceja juguetonamente hacia Camille, aunque dispuesta a guardar su secreto.

"Sí, por supuesto", asiente ella, con un adorable rubor coloreando sus redondas mejillas.

"Señoritas". Con una ligera inclinación de cabeza, salgo de la habitación, cerrando la puerta tras de mí.

Puede que sea la primera vez que una chica me disculpa después del sexo, y aunque podría considerarlo degradante, de alguna manera, el lado luchador de Camille me resulta mucho más atractivo. No tiene reparos en decir lo que quiere. Y no me cabe duda de que prefiere mantener una imagen profesional en el trabajo.

Puedo respetarlo.

Sobre todo después de ver lo traviesa que puede llegar a ser.

Mejor dejar que sus empleados piensen que es tan disciplinada como me hizo creer tras mi primera impresión de ella. Puedo guardarme su pequeño y sucio secreto para mí.

Vuelvo por el pasillo y entro en el restaurante. Mientras tanto, en mi cabeza flotan planes para la próxima vez que vuelva a estar con Camille. Porque el sexo con ella no ha hecho más que hacer que la desee más. Así que, cuando vuelva a verla, quiero que sea una cita de verdad. Una cita lujosa en la que pueda experimentar todo lo que puedo ofrecerle.

Y por si fuera poco, podemos terminar la noche en mi ático. Ver lo salvaje que puede llegar a ser entre las sábanas.

El timbre tintinea sobre mi cabeza cuando abro la puerta y salgo al sol de San Francisco. Aunque estamos a mediados de junio, una brisa costera todavía corta el aire, trayendo consigo el olor salado de la bahía.

Inhalo profundamente, tomándome un momento para apreciar la perfección de este día. Sabía que disfrutaría del almuerzo en el Galley, ya que mi familia es la propietaria y solo compramos los mejores restaurantes de la ciudad. Pero no empecé el día esperando acostarme con Camille.

Al contrario, únicamente esperaba dar un pequeño paso adelante en nuestra posible relación. Pero ella me sorprendió cuando mi coqueteo burlón se convirtió en algo real. Me besó. Quería acostarse conmigo. Eso era lo último que yo había previsto. Y definitivamente no pensaba en tener un polvo de ese calibre.

Al soltar el aliento, miro al otro lado de la calle cuando un movimiento me llama la atención. Y la sonrisa que se había extendido por mi rostro momentos antes se desvanece.

La puerta de cristal de la tienda de ropa de diseño se abre y reconozco inmediatamente al hombre esbelto de mediana edad que sale. Con el pelo oscuro peinado hacia atrás, Aleksandr Volkov tiene un aspecto tan asqueroso como él.

Flanqueado por dos fornidos esbirros que fruncen el ceño, Aleksandr no parece tanto el pakhan de Bratva que conozco como un magnate de los negocios asustado de su propio éxito. No es que pueda culparle. Propietario de los dos casinos más conocidos de San Francisco, no tiene miedo de pisar fuerte.

Se ha colocado firmemente en mi lista de mierdas durante el último año con la compra no de uno, ni de dos, sino de tres de los restaurantes en los que he puesto mis ojos. No sé si lo hace intencionadamente o si simplemente le ha cogido el gusto al rentable negocio de adquirir establecimientos de alta cocina.

Mis manos se cierran en puños cuando nuestras miradas se cruzan a través de varios carriles de tráfico, y tengo la repentina y abrumadora sensación de que se divierte haciéndome enfadar. Porque, cuando su mirada oscura se detiene en la mía, una lenta sonrisa se dibuja en su rostro.

Me pongo de los nervios instintivamente, repentinamente territorial, cuando su mirada se desvía hacia la elegante letra cursiva que revela el nombre de Le Fleur. En el ladrillo rojo de abajo están

grabadas las palabras doradas "Alta cocina francesa". Prácticamente marcan una diana en el negocio que tanto ansío adquirir.

La sonrisa de satisfacción que sigue me revuelve el estómago cuando Aleksandr asiente burlonamente. Luego se da la vuelta para caminar calle abajo sin preocuparse por nada. Su delgado cuerpo no tarda en desaparecer tras las imponentes figuras de sus dos guardaespaldas.

Sin embargo, mientras observo su figura en rápida retirada, me invade una horrible sensación de presentimiento.

Y así, sin más, mi día perfecto se hace añicos.

CAMILLE

"Tiene muy buena pinta, Hank. Fantástico". Apartarme y dejar que mi chef ejecutivo plenamente capacitado dirija la cocina es más difícil de lo que pensaba, pero esta noche estoy probando si puede arreglárselas solo.

De momento, todo va bien.

Hank, un hombre de unos sesenta años nacido en Nueva Orleans, sabe bastante de cocina francesa, aunque con un toque definitivamente Cajún. Pero fue un buen contratado. Aprende rápido y tiene las ideas bien organizadas, dirige mi cocina como un barco ordenado, y al personal parece gustarle tanto como a mí.

Y ahora ha demostrado que puede ocuparse de un domingo más ajetreado de lo normal sin necesidad de que yo intervenga.

"Gracias, Chef". Hank se toma el tiempo necesario para mostrarme una sonrisa blanca y brillante mientras sirve la bouillabaisse.

"¿Cami?" pregunta Hannah, entrando en la cocina.

Sé lo que va a decir en cuanto levanto la vista. Echo un vistazo al reloj y me doy cuenta de que son casi las nueve, cuando ya ha pasado lo peor del ajetreo de la cena. Buen momento.

"Ha vuelto", canturrea Hannah con una sonrisa de oreja a oreja.

Pongo los ojos en blanco. Dimitri lleva más de una semana pasándose por aquí todas las noches para preguntarme cuándo será nuestra verdadera cita, y yo sigo posponiéndolo. Parece que el sexo con él funcionó mejor de lo que pretendía, al menos en lo que se respecta a acercarlo. Es persistente. Eso se lo reconozco. Y tiene una lengua de plata.

"¿Estás bien solo durante un rato?" le pregunto a Hank.

"Sí, señora". Me dedica otra sonrisa brillante. Eso, combinado con su acento sureño, hace que me resulte tan familiar y amistoso. En cierto modo, me recuerda a mi padre, y eso hace que mi corazón se estremezca de pérdida.

"El sexy hombre de negocios ruso ha venido a verte todas las noches de esta semana", susurra

Hannah con aire de complicidad mientras permanece a mi lado, uniéndose a mí en mi camino hacia el puesto de los anfitriones. "¿Por fin vas a tener otra cita con él?".

"Eso no era una cita", insisto, recordando el almuerzo al que me obligó a ir con él... y el sexo apasionado que siguió en mi despacho.

En cuanto Dimitri se fue, Hannah estaba encima de mí, preguntándome qué había pasado y si nos habíamos besado. Al parecer, se me notaba en la cara. Menos mal que no me preguntó si habíamos tenido sexo ese día. Porque no puedo ocultarle un secreto a mi mejor amiga. Sabe cuándo miento.

"Vamos. Está claro que le gustas. Te mereces tomarte una noche libre. Deja que te invite a cenar. Roy nunca lo hizo".

"Eso es porque trabajo de noche, Hannah. Y Roy y yo hicimos cosas...". Aunque no en mucho tiempo.

En el último mes, desde que me enteré de la muerte de Roy y luego supe que fue a mis espaldas a poner mi restaurante como garantía, he reflexionado mucho sobre aquella relación.

Roy y yo pasamos buenos momentos. Sobre todo al principio. Pero nuestra relación no fue precisamente la más sana hacia el final. No cuando yo trabajaba todo el tiempo y Roy apenas parecía darse cuenta. Antes de que muriera, hacía más de un mes que ni siquiera teníamos relaciones sexuales. Estar con Dimitri me había hecho recordar eso. Porque Roy y yo nunca habíamos tenido sexo así.

"Sí, vale", se burla Hannah sarcásticamente, como si recogiera los pensamientos directamente de mi cerebro. "Lo único que digo es que te mereces divertirte un poco. Y ese hombre tiene pinta de pasárselo muy bien".

Riendo, le doy a mi mejor amiga un juguetón golpe con el hombro.

Hannah me acompaña a la mesa donde Dimitri está sentado por la noche. Ha probado algo nuevo cada vez que me visita, despertando mi creatividad al pedirme que cocine lo que me inspire.

"Camille", me saluda desde su mesa, sus ojos parpadean apreciativamente cuando encuentro su mirada.

"¿Otra vez?" bromeo, acomodándome en el banco de enfrente.

Hannah sigue andando, guiñándome un ojo por encima del hombro cuando nos deja solos.

"Aún no me has dicho cuándo puedo llevarte a una cita en condiciones", señala Dimitri.

"Estoy en ello", coqueteo. Aunque con Hank totalmente entrenado y pareciendo sentirse completamente cómodo en la cocina, supongo que ya va siendo hora de que deje a mi nuevo chef probar una noche por su cuenta.

"Bueno, mientras tanto, no veo nada de malo en probar todo lo que Le Fleur tiene que ofrecer", dice Dimitri, y sus ojos recorren mi cuerpo para recordarme que me ha probado a mí y también la comida. "Al fin y al cabo, aún tengo la esperanza de que cambies de opinión y aceptes venderme el restaurante".

Y ahí está. La persistencia de la que parece que no puedo escapar. El recordatorio constante de que estoy en deuda con este magnífico mafioso ruso y que mi mejor forma de salir de ella es jugar su juego volviéndolo a mi favor.

Entrar, acercarme, averiguar lo que pueda sobre cómo murió Roy realmente, y luego entregar a Dimitri a la policía para poder librarme del préstamo. Me hormiguean los nervios al pensar en lo que implica mi plan.

Aunque no hemos tenido relaciones sexuales desde aquella primera vez, no puedo sacarme de la cabeza aquel día en la oficina. Y mi cuerpo, al menos, parece totalmente de acuerdo con la idea de volver a acostarme con Dimitri. Con suerte, eso disuadirá sus implacables ofertas hasta que pueda librarme de él por completo.

"No va a ocurrir", insisto. "Así que puedes dejar de tener esperanzas".

Dimitri se acerca conspiradoramente a mí en su asiento, haciendo que se me acelere el pulso. Bajando la voz hasta un susurro, dice: "Al final siempre me salgo con la mía".

Trago saliva con fuerza, con la piel encendida cuando vuelve a mirar mi cuerpo con descaro. Pero me niego a caer en sus bromas coquetas. "Bueno, esta vez no", afirmo, apoyando las palmas de las manos en la mesa y levantándome para inclinarme sobre ella. "Porque Le Fleur nunca estará en venta".

Dimitri sonrío perversamente. "Tal vez".

Volviendo el tema a su pedido de comida, le pregunto: "¿Quieres una cena sorpresa?".

"Por favor", acepta, dejándome escapar.

Vuelvo a la cocina y veo que todo funciona perfectamente. Hank se inclina sobre los fogones; sus rizos apretados de color gris hierro, su tez rojiza y su figura saludable se convierten rápidamente en una visión familiar en la línea.

"¿Te importa tomarte un descanso mientras pruebo una nueva receta?" le pregunto.

"Adelante", dice mientras emplata su último pedido.

He estado pensando en el coq au vin como nuevo plato del menú, y ya que tengo un sujeto de prueba perfecto, podría ver cómo lo reciben. Pero no será la versión tradicional cocinada a fuego lento. Más bien quiero probar a marinar el pollo antes de freírlo en la sartén. Luego pienso reducir la salsa para rociarlo más como un glaseado y colar las verduras salteadas para conservarlas como guarnición.

Mi personal trabaja a mi alrededor, terminando los platos para los clientes que aún esperan su cena. Mantengo la parrilla encendida, atendiendo los pedidos que llegan mientras cocino la comida de Dimitri. Este es mi elemento, donde me siento más a gusto. Poco a poco, me tranquilizo, recuperando el control de mi cuerpo mientras trabajo con la comida que tengo ante mí.

No sé por qué Dimitri me desconcierta, pero parece que no puedo estar mucho tiempo en su presencia sin perder la cabeza. Tal vez sea la forma en que me mira. Sus intensos ojos grises parecen ver a través de mí. Me hace sentir desnuda y expuesta, tanto física como mentalmente.

Y cada vez que me desnuda con sus ojos, siento como si viera exactamente lo que quiere. Me halaga y me pone nerviosa a la vez. Al ser de constitución más corpulenta, aprendí desde muy joven que no tengo la figura que la sociedad podría considerar más bella. Se burlaron mucho de mí por ello durante todo el instituto.

Como fui una de las primeras chicas en desarrollar curvas, los chicos nunca perdían la oportunidad de llamar la atención sobre mi escote o hacer bromas lascivas sobre los trastos que tenía en el maletero. Y aunque nunca me hicieron llorar por mi imagen corporal, he desarrollado un sentimiento de timidez del que es difícil deshacerse.

Así que cuando Dimitri me lanza esas miradas, me desestabiliza por completo. Porque mira mi cuerpo como si fuera el mejor postre que jamás ha visto, como si quisiera devorarme. Y saborearía cada bocado.

Luchando por mantener mi cuerpo bajo control, me obligo a centrarme en mi plan. Llevo demasiado tiempo posponiendo mi cita con Dimitri, asustada por lo fácil que me pone. Pero mientras le sirvo la cena, sé que tendré que seguir adelante si quiero tener éxito.

"¿Estás listo para pasar una noche trabajando sin mi ayuda?" le pregunto a Frank mientras le vuelvo a poner los fogones.

"Sí, Chef", dice, radiante, como si le hubiera concedido el mayor de los honores.

"¿Mañana?"

"No te defraudaré", me asegura.

"Estupendo. Se lo diré a Hannah. Si necesitas algo..."

"Me aseguraré de pedírselo", promete, pareciendo saber lo difícil que me resulta ceder el control de mi cocina.

Suelto el aliento que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo y devuelvo a Hank una sonrisa. "Estupendo".

Luego recojo el coq au vin de Dimitri y lo llevo al restaurante.

"Mañana por la noche estoy libre", digo, poniendo el plato de Dimitri delante de él.

Levanta la vista de su teléfono para contemplar su comida y luego sigue las curvas de mi cuerpo hasta mi cara. "¿Me estás pidiendo una cita mañana?", bromea, con los ojos danzantes.

Vuelvo a sentarme en el banco frente a él, intentando ignorar el temblor de excitación que florece en mi vientre. "Creo que, técnicamente, soy yo quien responde a tu pregunta de cuándo puedes llevarme a una cita", matizo con descaro.

"Entonces, mañana", acepta.

Por dentro, respiro aliviada. Aunque mi trabajo no ha hecho más que empezar, he dado el primer paso para averiguar qué le pasó a Roy y poder salir de esta deuda. Y, con suerte, ganar más tiempo.

"¿Y qué voy a comer esta noche?" pregunta Dimitri, dirigiendo su atención al pollo bellamente

emplatado sobre un lecho de puré de patatas y adornado con champiñones, zanahorias y cebollas perla.

"Coq au vin, al estilo Camille. Quiero tu sincera opinión porque aún no lo he añadido al menú. Tarda demasiado en cocinarse a la manera tradicional, así que he ajustado la receta, pero quiero asegurarme de que sigue teniendo suficiente sabor".

Dimitri se ríe mientras cruzo las manos y las pongo sobre la mesa, mirándole fijamente.

"De acuerdo", acepta, coge los cubiertos y corta la pechuga de pollo.

Mastica en silencio durante unos instantes, recordándome la primera comida que le preparé y lo angustiada que había sido la espera. Ahora, aunque sigo intentando ganármelo para salvar mi negocio, lo que está en juego es mucho menos importante. Porque su aprobación no pone en juego el destino de mi restaurante.

"Es maravilloso", confiesa después de tragar saliva.

Sonrío.

"¿Lo ha cocinado tu nuevo chef?", pregunta. "¿El que has estado entrenando?".

"Esto lo he hecho yo. Pero ya le he explicado la receta. Gracias a él, mañana por fin tendré una noche libre", admito.

"¿Desde cuándo te tomas un tiempo para ti?". Pregunta Dimitri, arqueando una fuerte ceja.

Resoplo entre los labios mientras intento recordar mi último día libre completo. "Tres... años...". digo dubitativa.

"Te has demorado", observa, volviendo a cortar su carne.

Me río y me pongo en plan encantadora para que mi estratagema resulte más convincente. "Sí, estoy deseando que llegue nuestra cita. No me gustaría pasar mi primera noche libre en años con nadie más que contigo".

Una leve sorpresa se dibuja en su rostro, y Dimitri hace una pausa momentánea que me hace preguntarme si no habré exagerado demasiado. Sus ojos grises me estudian con atención, y mis mejillas se calientan al pensar que he desperdiciado mi oportunidad por ser demasiado obvia.

Pero entonces una sonrisa curva sus hermosos labios. "Bueno, entonces tendré que asegurarme de que lo disfrutas a fondo".

El tono sugerente de su afirmación hace que un escalofrío de anticipación me recorra la espalda, y trago saliva mientras intento recuperar el equilibrio una vez más. Tengo que superar el efecto que Dimitri ejerce sobre mí si quiero que mi plan funcione como quiero.

CAMILLE

"¿Estás segura de que no quieres que me quede?" pregunta Hannah, apoyada en el marco de la puerta de mi despacho, con el abrigo colgado del brazo.

Ha sido una noche larga. Después de despedir a Dimitri, me tomé el resto del tiempo para asegurarme de que Hank tendría todo lo necesario para llevar el restaurante al día siguiente sin mí. Y ahora es casi medianoche, mientras intento terminar de registrar los sueldos antes de irme a casa.

"No, en serio. Estoy bien", prometo. "Ya llevas aquí más tiempo del necesario". Le sonrío desde detrás del portátil.

"De acuerdo", dice dubitativa. "Oye, estoy orgullosa de que te hayas tomado una noche libre".

Me río. "Gracias. Pero en serio. Si me necesitas, estaré aquí en un santiamén. Llámame si algo va mal, ¿vale?"

"En primer lugar, nada va a salir mal", afirma levantando un dedo. "Y en segundo lugar, aunque ocurra, estoy segura de que podré arreglármelas. Puede que esta sea tu idea, pero yo he estado aquí desde el principio, Cami. Sé cómo funciona este lugar y prometo cuidar de nuestro bebé".

"¿Nuestro bebé?" bromeo.

"Sí. Puede que tú seas la madre, pero yo soy sin duda la tía honoraria de Le Fleur, como mínimo. Así que deja de preocuparte. Ve a divertirte con el Hombre de Negocios Ruso Sexy, y quiero que me lo cuentes todo cuando vengas el martes".

"¿Por qué sigues llamándole así?" pregunto.

"Porque me preocupa que si utilizo su verdadero nombre te desmayes sobre mí. Dimitri", trina, y luego se deja caer contra el marco de la puerta llevándose el dorso de la mano a la frente. "En serio, hasta su nombre es sexy. No puedo creerme tu suerte".

"¿Qué quieres decir?" Frunzo el ceño.

"¿Pierdes a un novio - que reconozco que tenía su encanto, aunque Roy fuera un poco vago y se aprovechara de ti - y, dos semanas después, un atractivo y carismático papi con un acento sexy y

un cuerpo que podría matar, entra por la puerta principal preguntando por ti por tu nombre? Vamos".

Mi corazón tartamudea ante sus acertadas palabras, y trago saliva mientras me pregunto si Dimitri mató a Roy con sus propias manos. Desde luego, es lo bastante fuerte para hacerlo. Me levantó como si no pesara nada.

"Y está claro que le gustas", continúa, ajena a mi conflicto interior. "Prácticamente lleva dos semanas acosándote, viniendo aquí a verte desde que te niegas a tomarte un descanso".

Se ríe, y me uno a ella, aunque su apreciación me preocupa más de lo que me gustaría admitir. No le he contado lo que pasa realmente. No me atrevo a contarle todo lo que ha pasado desde que Dimitri entró en mi vida. Y aunque tiene razón, Dimitri Federov es peligrosamente sexy, no es por eso por lo que acepté tener una cita con él.

Aun así, supongo que sería inteligente contarle a alguien mi plan por si algo sale terriblemente mal en nuestra cita de mañana. Sería mejor que alguien supiera que debe llamar a la policía si no me presento a trabajar el martes.

Pero antes de que pueda armarme de valor para contarle mi plan, Hannah vuelve a empujar el marco de la puerta. "Vale, vale. Conozco esa mirada. Dejaré de molestarte para que puedas terminar y volver a casa. Pero, en serio, disfruta de tu día libre, ¿vale?".

"Vale", acepto, con el estómago encogido por su marcha.

"Te quiero", me dice mientras desaparece por la esquina.

Y entonces me quedo sola pensando en lo estúpido que puede ser mi plan. ¿Acostarme con un gángster ruso con la esperanza de evitar que se lleve mi restaurante mientras intento desenterrar sus profundos y oscuros secretos? Más me vale no meter la pata.

Si fuera algo menos importante, quizá me pensaría dos veces mi plan. Pero no puedo perder Le Fleur. Significa demasiado para mí.

Suspirando, vuelvo a la pantalla del ordenador.

Una hora más tarde, cierro por fin el portátil y me froto los ojos somnolientos. Estará bien dormir un poco mañana por la mañana. Me levanto de la silla, recojo la chaqueta y el bolso y me dirijo a la puerta del despacho.

Antes de apagar la luz, echo un último vistazo a la habitación. Mis ojos se posan en la superficie del escritorio sobre el que Dimitri me había doblado, y el recuerdo me hace entrar en calor. En realidad, estoy deseando que llegue mañana por la noche por más de una razón. Porque, aunque estoy ansiosa por saber qué le ha pasado a Roy y recuperar mi libertad, también estoy segura de que Dimitri tiene planeado un bis para nosotros.

Se me acelera el pulso al pensar en sus manos sobre mí una vez más.

Apago la luz del despacho, sumergiendo la habitación en la oscuridad, y cierro la puerta. Luego avanzo por el tenue pasillo hasta el comedor principal.

Hago un último barrido, compruebo la cocina y la puerta trasera para asegurarme de que todo

está apagado y cerrado por la noche. Luego me dirijo a la sala principal.

El comedor abierto, con todas las sillas vacías, está inquietantemente silencioso sin la música de fondo que sale de los altavoces del techo. Nunca me ha gustado cerrar sola, aunque me he acostumbrado a ello en el último año porque odio pedirle a nadie que se quede conmigo.

Apago las últimas luces y pongo el cartel de cerrado, abro la puerta principal. El timbre tintinea una alegre despedida mientras cierro la puerta tras de mí. Rebuscando en el bolso, busco las llaves a ciegas mientras me giro para cerrar el cerrojo.

Al deslizar la cerradura y sacar la llave, un miedo helado, repentino e inexplicable me recorre la nuca. Se me eriza el vello de los brazos al tener la espeluznante sensación de que alguien me observa. Girándome hacia la calle, la escudriño en busca del origen de mi reacción.

La calle está prácticamente vacía, aparte de unos cuantos coches aparcados en la acera más alejada y mi pequeño VW Escarabajo verde menta a media manzana de distancia. Por un momento, estoy segura de que me lo estoy imaginando, porque nada se mueve bajo el resplandor constante de las farolas.

Todas las tiendas del otro lado de la calle parecen oscuras y cerradas, con los escaparates vacíos salvo por los expositores promocionales.

"Tienes que calmarte, Cami. Estás dando rienda suelta a tu imaginación", me digo, y el sonido de mi propia voz me tranquiliza un poco.

He pasado mucho tiempo pensando en todas las terribles posibilidades que podrían ocurrir si me acerco a Dimitri Federov. Debe de estar empezando a afectarme.

Entonces, justo cuando me giro hacia mi coche, mis ojos se posan en un pequeño coche negro aparcado en la esquina. Se me para el corazón al darme cuenta de que hay alguien en el asiento del conductor. Está demasiado oscuro para distinguir su cara o algún rasgo distintivo. Pero en cuanto lo veo, estoy segura de que me está observando.

Un sudor frío me recorre la frente mientras me debato entre volver a entrar y encerrarme en el restaurante. Podría llamar a la policía. Dudo que pudiera llegar a mi coche antes de que vinieran a por mí. Me quedo paralizada por la indecisión, con el terror atenazándome el pecho.

Mis manos tiemblan violentamente cuando el motor del coche negro retumba y, antes de que tenga tiempo de huir, sus faros brillan en la carretera. Luego se aparta del bordillo y se aleja doblando la esquina.

Temblando de pies a cabeza, permanezco inmóvil un momento más. Tengo la extraña sensación de que quienquiera que fuese me había estado esperando. Esperando a que me fuera. No sé por qué han decidido marcharse ahora. Quizá porque les he visto y temían que les viera la cara.

No lo sé. Pero no puedo llegar al coche lo bastante rápido en medio del pánico. Y no me atrevo a respirar hasta que me he subido al asiento delantero y he cerrado bien la puerta tras de mí. Al borde de la hiperventilación, arranco el coche temblorosamente y salgo a la calle.

Pero no puedo dejar de temblar. Necesito contarle a alguien lo que me acaba de ocurrir. Aunque sé que es tarde, marco el número de Hannah y espero impaciente a que suene el teléfono.

"¿Hola?", contesta al quinto timbrado, con la voz ronca, como si la hubiera despertado.

"Perdona. ¿Estabas dormida? Me muerdo el labio, arrepintiéndome de repente de mi llamada impulsada por el pánico.

"Mmm. No pasa nada. ¿Qué tal? ¿Va todo bien?", pregunta grogui.

"Acabo de cerrar por la noche y estoy bastante segura de que alguien me estaba vigilando". Le describo lo ocurrido: la sensación espeluznante que tuve, la figura oscura en el coche y cómo la persona se alejó en cuanto la vi.

"Dios mío, Cami. Eso es terrorífico. ¿Te encuentras bien? ¿Quieres que llame a la policía?".

"No, no. Estoy bien. Ahora estoy de camino a casa, y él no se quedó. Solo... necesitaba hablar con alguien".

"No creerás que esto tiene algo que ver con tu chico ruso, ¿verdad? Es decir, antes estaba bromeando sobre que te acosaba, pero...".

"¿Pero qué?" pregunto.

"No sé. Últimamente viene mucho por aquí, y el momento parece un poco sospechoso. Quizá".

Considero si Dimitri podría ser capaz de seguirme. No está completamente fuera de lo posible. Sobre todo teniendo en cuenta que lo más probable es que asesinara a Roy. Es claramente peligroso. Y parece tener cierto desprecio por las normas y el espacio personal.

Pero esta noche no he reconocido el coche. Definitivamente no era el Lamborghini en el que me llevó a almorzar el otro día. Por otra parte, con el dinero que tiene, probablemente pueda permitirse más de un coche, o quizá contratar a alguien para que me acose por él.

Aun así, el momento me parece extraño. Si quería vigilarme, ¿no lo habría hecho antes de que yo aceptara salir con él? Aunque, ¿quién puede decir que esta persona no me ha estado vigilando todo el tiempo? Quizá esta noche sea la primera vez que me doy cuenta. Dios, espero que no.

"Seguro que es una coincidencia", digo con ligereza. "Probablemente se trate de alguien que estaba esperando a despejarse antes de volver a casa o algo así. ¿Verdad? Seguro que estoy montando un escándalo por nada". Esa posibilidad me produce una intensa sensación de alivio y, de repente, siento que puedo respirar. "Vete a la cama, Hannah. Siento haberte despertado".

"Chica, puedes llamarme cuando quieras. ¿Seguro que estás bien?"

"Estoy bien. De verdad. Ahora que lo hablamos, creo que me he puesto los pelos de punta mientras cerraba. A veces dejo que mi imaginación saque lo mejor de mí". Y la idea de que alguien pueda estar observándome es demasiado inquietante.

"De acuerdo. Nos vemos el martes".

"Dulces sueños", digo.

"Tú también", murmura Hannah somnolienta antes de terminar la llamada.

Me ha ayudado hablarlo con ella. Ahora estoy segura de que ha sido una coincidencia. Probablemente esa persona estaba durmiendo en su coche después de haber bebido demasiado, y

yo la desperté al salir del restaurante. Apuesto a que por eso se marchó tan deprisa.

Aun así, no puedo evitar mirar por el retrovisor más de una vez durante el trayecto para asegurarme de que nadie me sigue a casa.

DIMITRI

"¿A dónde me llevas?" pregunta Camille desde el asiento del copiloto de mi Lamborghini, con un tono entre excitado y nervioso mientras me observa.

"A cenar", le digo burlón mientras me abro paso por las ajetreadas calles de San Francisco.

La comida es nuestra primera parada, pero tendré que llevarla a la última planta de mi ático para que podamos cambiar el coche por un medio de transporte más adecuado. Lo que no le he dicho es que el restaurante donde comeremos está en Carmel. Y necesitaremos mi helicóptero para llegar antes de que se ponga el sol.

"¿Eso es todo lo que me vas a decir?", exige, cruzando los brazos sobre el pecho. El gesto intensifica el tentador escote por encima de la línea corazón de su ajustado vestido.

Está deslumbrante con este vestido de satén azul que le hace resaltar los ojos. Cuando le dije que se vistiera para una velada elegante, no había imaginado que tendría un conjunto tan deslumbrante. Supongo que porque estoy acostumbrado a verla con batas de cocinera o delantales.

Pero esta noche parece disfrutar de la oportunidad de arreglarse. Por una vez lleva el pelo suelto, peinado con rizos castaños sueltos que caen en cascada por un hombro, dejando al descubierto parte de su largo cuello. Y esta noche lleva un poco más de maquillaje, lo justo para acentuar la hermosa forma casi felina de sus ojos.

"No quiero estropear la sorpresa", insisto, desviando la mirada para encontrarme con la suya. Una sonrisa se dibuja en mis labios antes de volver a centrar mi atención en la carretera.

Camille resopla. "De acuerdo".

Es un corto trayecto en coche hasta el alto rascacielos con mi ático en lo alto. Dejo el coche en manos del aparcacoches, ayudo a Camille a levantarse del asiento antes de guiarla hasta el vestíbulo y llevarla a los ascensores.

La cintura ceñida que desemboca en la falda vaporosa de su vestido azul hace que la tela se mueva como el agua a su alrededor. Y cuando sus tacones golpean el suelo de mármol, me fijo en la gran abertura que deja al descubierto un muslo voluptuoso.

"Estás preciosa esta noche", digo, tomándome un momento para apreciar cada centímetro de ella mientras nos detenemos a esperar a que llegue el ascensor.

Camille se sonroja de un delicado color rosa. "Gracias.

Se abren las puertas y entramos en el pequeño espacio. Utilizando mi mando, accedo a los botones superiores y elijo el que nos llevará a la azotea.

"No sabía que este edificio tuviera un restaurante en la azotea", observa Camille, fijándose en el botón que se ilumina.

"No lo tiene", le digo tímidamente. Me encanta cómo se estremece ante el nuevo misterio, sus ojos azules intentando desentrañar mis secretos.

La tensión crece entre nosotros en el silencio que sigue, y la idea de tocar a Camille, de empujarla contra la pared del ascensor y besarla me acelera el pulso. Pero esta noche pienso mimarla a conciencia antes de llegar a eso. Porque quiero que su primera noche libre en tres años sea una que no olvide.

Las puertas se abren hacia la azotea y Camille sale, con un rostro que revela su nerviosismo. Por un momento, me pregunto si tendrá miedo a las alturas. Apoyando una palma estabilizadora en la parte baja de su espalda, señalo hacia las escaleras al aire libre que conducen al helipuerto. Es entonces cuando ve el helicóptero que nos espera arriba.

Se le escapa un jadeo, mueve la cabeza en mi dirección, mirándome con total incredulidad. "¿Vamos a cenar en helicóptero?", me pregunta.

"Me imaginé que lo preferirías a la hora y media de trayecto hasta Carmel".

"Nunca he estado en un helicóptero", confiesa mientras me permite guiarla hacia la aeronave.

"Pues entonces, esta noche es una buena noche para ser la primera". Le guiño un ojo.

Subimos al helicóptero, nos abrochamos los cinturones mientras el piloto pone en marcha las palas del rotor. Camille parece fascinada por la experiencia, mirando a un lado y a otro, intentando captar todas las vistas mientras nos elevamos suavemente de la pista de aterrizaje.

Grita algo por encima de la ruidosa máquina, y yo le doy unos auriculares antes de ponerme los míos.

"Esto es increíble", repite con voz clara a través del auricular.

"Me alegro de que pienses así".

El cielo es de un brillante dorado rosado con el sol poniente, y mientras sobrevolamos la bahía de San Francisco, el agua parece reflejar los colores brillantes, intensificando la belleza de la puesta de sol. Los edificios brillan a lo largo del perfil de la ciudad, sus luces como estrellas contra el horizonte que se oscurece rápidamente.

Camille se pega a la ventanilla, con la palma de la mano apoyada firmemente en el marco metálico, mientras observa el mundo allá abajo.

"¿Por qué Carmel?", pregunta una vez que la ciudad es un lejano destello de luz a nuestras

espaldas.

A estas alturas, no veo qué tiene de malo decírselo. "Es donde está mi restaurante japonés favorito".

Los ojos de Camille se abren de par en par al considerar la información. "Entonces, ¿vuelas a menudo?"

Me encojo de hombros despreocupadamente. "Cuando me apetece sushi".

Su rostro se ilumina de entusiasmo y, de repente, me alegro de haber elegido ese sitio.

El vuelo a la ciudad costera es relativamente corto y el trayecto en coche desde el helipuerto hasta el restaurante costero llamado Oishī es aún más corto. Un amplio jardín japonés conduce hasta la puerta principal, con un idílico puente peatonal sobre un estanque koi justo antes de la entrada cubierta del edificio.

"Buenas noches, Sr. Federov", nos dice la anfitriona nada más entrar.

Camille parece sorprendida por el comedor vacío. La única persona aparte de nosotros y el anfitrión es un pianista que está sentado en el rincón más alejado de la sala, haciendo cosquillas a las teclas con delicadeza.

"Por aquí", le indica la anfitriona, dedicándole a Camille una amplia sonrisa antes de volverse para acompañarnos a los mejores asientos de la casa.

"¿Dónde está toda la gente?" murmura Camille para que solo yo pueda oírla.

Divertido por su aparente necesidad de guardar el secreto, suelto una risita y le susurro: "He reservado todo el restaurante para esta noche".

Camille se detiene en seco y me mira boquiabierto. Me detengo con ella, me giro y enarco una ceja.

"¿Has reservado todo el restaurante?", repite, esta vez un poco más alto.

"¿Por qué no?" Sonrío maliciosamente.

"Bueno, para empezar, no entiendo cómo al dueño le puede parecer bien perder esa cantidad de ingresos. A menos que pague un ojo de la cara por el espacio".

"Seguro que no le importará", bromeo, haciendo un gesto a Camille para que tome asiento.

Y aunque parece dudosa, termina de caminar hacia la mesa junto a la ventana y se desliza en el asiento de bambú. "Gracias", le dice a la propietaria antes de que la mujer se marche.

Luego vuelve los ojos hacia mí.

"¿Y por qué estás tan seguro de que a la dueña no le importaría?", me desafía mirando a su alrededor, a la impresionante vista del océano, antes de fijarse en la auténtica decoración japonesa. "Este sitio parece caro. Seguro que ganan una fortuna cada noche".

Mi sonrisa se intensifica mientras me acerco a la mesa, susurrando conspiradoramente. "Porque soy yo el dueño".

Sus ojos se clavan en los míos, evaluándome con severidad.

"Bueno, mi familia es la propietaria".

Camille frunce el ceño. "¿Otra adquisición empresarial cuando alguien se retrasó en el pago de un préstamo?", acusa, cruzando los brazos sobre el pecho en esa postura descarada que empiezo a apreciar cuando lleva ese vestido.

"No, más bien fui un ángel inversor para una familia que soñaba con abrir un local como este. Acababan de emigrar a América y querían abrir un restaurante, pero solo podían permitirse un pequeño carrito. Así que les adelantamos el dinero y construimos juntos este negocio. Piensa que es más como una sociedad, aunque técnicamente seamos los dueños del restaurante".

"Hmm". Camille frunció los labios con escepticismo.

"¿Le apetece un poco de vino de ciruela esta noche, señorita?", le ofrece un camarero, mostrándole la botella para que pueda ver la etiqueta.

"Sí, por favor".

Hago un gesto con la cabeza al camarero cuando se dirige a mi copa, y una vez que ambos hemos bebido un trago, se marcha de nuevo.

"Za zdaróvye", digo levantando mi copa de vino.

El color tiñe las mejillas de Camille cuando levanta su copa y la choca delicadamente contra la mía. "Salud", dice ella.

Luego bebemos a sorbos. Cuando deja la copa, sus ojos se vuelven hacia el espacio abierto que nos rodea, con una mirada a la vez interesada e impresionada.

"Entiendo por qué querías invertir en este lugar. Los detalles son tan perfectos, el ambiente tranquilo. Alguien sabía realmente lo que hacía", dice con admiración.

"Puede que yo no sea un chef con talento, pero tengo buen ojo para los que sí lo tienen", digo jugueteonamente, mirándola fijamente.

Camille me devuelve la mirada y se paraliza al darse cuenta de que mi afirmación iba dirigida a ella. "Por muy halagador que sea, no necesito tu ayuda. Le Fleur ya es un negocio de éxito y no necesito que me rescaten".

"No hablemos de negocios esta noche, ¿eh? Es tu primera noche libre en tres años. ¿Por qué no te relajas y disfrutas?".

La afirmación pretendía ser una broma, pero noto el alivio que descarga sus hombros, liberando tensiones que yo no sabía que llevaba encima. Y aunque ha aceptado esta cita y ha demostrado un claro interés por estar conmigo, parece que aún no ha bajado del todo la guardia.

Aunque no puedo culparla, teniendo en cuenta cómo empezamos, esperaba que empezara a sentirse más cómoda conmigo durante la semana pasada.

"Vuestra cena", dice el camarero y nos trae la comida en un tiempo récord.

Llega en una gran bandeja de sushi tallada con la forma de un barco. Brillantes lonchas de

pescado crudo, aguacate y mango cubren bocados envueltos en algas con tobiko naranja brillante y crujientes guarniciones de tempura.

Camille da un grito ahogado, con los ojos azules redondos al contemplar las innumerables variedades.

"No estaba seguro de lo que te gustaría, así que pedí uno de cada", le digo.

"No bromeas. Espero que no pretendas que me termine la mitad". Suena sin aliento por el asombro.

"Espero que comas hasta hartarte", le digo.

Preparamos cada uno un cuenco de salsa de soja, condimentada con el tradicional wasabi. Y espero a que Camille elija su primer trozo de sushi. Maneja los palillos como una experta, coloca delicadamente un rollito de mango en su lengua y mastica lentamente.

Un gemido de agradecimiento sale de sus labios mientras sus ojos se cierran.

"¿Está bueno?" supongo antes de elegir un trozo para mí.

"Mejor que bueno. Puede que sea el mejor sushi que he probado nunca", dice, tapándose la boca para hablar alrededor del bocado.

Hay algo en lo mucho que Camille aprecia la comida que me parece totalmente sexy. Aunque no dice nada explícitamente sexual, tengo la sensación de que su disfrute va más allá del buen sabor y la comida que sacia el hambre. Experimenta el valor de un sabor excepcional con todo su cuerpo, saboreando cada bocado mientras lo degusta lentamente.

Y me parece casi sensual la forma en que guía los bocados entre sus labios carnosos, así como los silenciosos sonidos de placer que coinciden con cada nuevo sabor. Cuando empezamos a ir más despacio, mi polla ya palpita de necesidad, mi cuerpo está dispuesto a ver hasta qué punto puedo hacerla disfrutar de esta comida.

"¿Postre?" Le ofrezco cuando por fin deja los palillos, admitiendo su derrota.

Se echa hacia atrás en la silla, con una expresión de intensa satisfacción en el rostro.

"Mmm, no sé dónde lo pondré, pero después de esa exquisita comida, tengo más que un poco de curiosidad por lo que puede hacer este sitio".

Le hago señas a nuestro camarero para que se acerque y llega en un instante.

"A la señora le gustaría saber qué tienen de postre".

"Tenemos helado de matcha, macarons de té verde y una crème brûlée de miel y hibisco, todo hecho hoy en casa", me dice cordialmente.

Camille suelta un gemido de anhelo, con los hombros caídos, como diciendo que la elección es imposible.

"Tomaremos uno de cada", afirmo con seguridad sin apartar los ojos de la deliciosa mujer que tengo delante.

"Muy bien, señor".

Cuando el camarero se marcha, Camille se inclina hacia delante y susurra: "¿No podemos comernos todo eso! ¿Qué haces?"

"Te aseguro que no se desperdiciará", le digo juguetonamente.

Camille niega con la cabeza, pero una lenta sonrisa se dibuja en su rostro mientras levanta el vino de ciruela para beber otro sorbo. Entonces sus ojos se desvían hacia la ventana y los últimos colores brillantes pintados en el cielo cada vez más oscuro.

"No puedo crearme este lugar. La comida, la música, las vistas... Es irreal".

"Me alegro de que te guste". Aprovecho para admirar el perfil de Camille, las suaves curvas de su mejilla, su pequeña nariz de botón, la suave punta de su barbilla.

El pelo le cae por la espalda en una espesa cascada de ondas, de un color tan inusual como seductor. Me sorprende ligeramente su impresionante longitud. En el restaurante siempre lo lleva recogido, y yo había supuesto que le caería justo por debajo de los hombros, pero es lo bastante largo como para llegar a la mitad de su voluptuosa cintura.

Todo en ella es atractivo. Y me resulta casi imposible contener el deseo de tocarla.

"Vuestros postres", dice nuestro camarero, colocándolos en el centro de la mesa y proporcionándonos una cuchara a cada uno.

"No puedo creer que hayáis pedido los tres", dice Camille, pero eso no le impide probarlos. Y su gemido de agradecimiento merece totalmente la pena.

La observo con un interés desenfrenado mientras se saca lentamente la cuchara de entre los labios, disfrutando de su bocado de helado de matcha con una alegría totalmente pecaminosa. Un momento después, abre los ojos y me encuentra mirándola fijamente.

"¿No quieres?", me pregunta, con un rubor adorable al mirar hacia abajo para ver que no he probado bocado.

Niego con la cabeza, y su rubor se intensifica mientras deja la cuchara suavemente sobre el plato.

"Lo que de verdad quiero es verte tocarte sola", afirmo con valentía para dejar claro que mi falta de apetito no tiene nada que ver con su ansia de azúcar. Tiene todo que ver con lo dispuesto que estoy a pasar al siguiente capítulo de nuestra cita.

Ver cuántas veces puedo hacer que se corra en una noche.

Mi franqueza parece surtir efecto, borrando por completo su momentánea timidez cuando se queda boquiabierto de incredulidad.

"Ahora mismo", añado.

"¿Qué, aquí?", pregunta ella, moviendo la cabeza de un lado a otro mientras mira alrededor del restaurante vacío, como si esperara encontrar a un montón de clientes mirándonos boquiabiertos.

Sus ojos se posan en el pianista, que está de espaldas, concentrado en las teclas del piano.

"¿Y el personal?", susurra, su rubor se intensifica de forma imposible.

"No se atreverían a mirar lo que es mío", gruño, con un hambre creciente.

Camille se muerde el labio nerviosamente, con ojos inseguros. Pero cuando me levanto y le ofrezco la mano, ella coloca los dedos voluntariamente contra mi palma.

Tiro de ella para que se levante, y su respiración se acelera mientras la rodeo con el brazo para que sienta mi creciente necesidad presionando su abdomen. Guiándola lentamente hacia atrás, la conduzco a una larga mesa, lo bastante grande como para acomodar a una fiesta de buen tamaño.

Retiro la silla del fondo y la dejo a un lado antes de agarrar firmemente las caderas de Camille y subirla a la mesa. Jadea cuando la dejo sobre ella y me coloco entre sus rodillas, separando sus muslos gruesos y sensuales.

"Mastúrbate para mí, Camille", murmuro, acercándome a sus labios.

Ella suelta un suspiro tembloroso y asiente lentamente. Luego cierra los ojos y me inclino para besar sus labios suavemente separados. Manteniéndola distraída con mi lengua, bajo las manos por sus caderas hasta encontrar la alta abertura de su vestido de cóctel.

Y cuando encuentro la piel cálida y sedosa que hay debajo, separo las capas de tela, dejando al descubierto sus piernas suaves. Camille jadea en mi boca mientras mis manos suben una vez más, moviéndose bajo el vestido hasta encontrar el suave encaje de sus bragas.

Las voy bajando centímetro a centímetro, dispuesto a disfrutar plenamente de cada segundo de esta velada con ella, y ella se retuerce cuando la tela le hace cosquillas en la piel, deslizándose lentamente por el interior de sus muslos.

De espaldas a la cocina, con los muslos desnudos frente a la pared de ventanas del restaurante, estoy seguro de que Camille puede verse reflejada allí, con el cielo nocturno oscureciendo la vista más allá del cristal. Parece darse cuenta de su presencia cuando sus ojos se desvían momentáneamente por encima de mi hombro y luego se centran en mi cara.

Me meto las bragas en el bolsillo y le sonrío perversamente. "Puede que me las quede de recuerdo", ronroneo. Luego, agarrándola de nuevo por las caderas, guío a Camille de nuevo sobre la mesa hasta que sus altos tacones topan con la superficie plana.

Apoyándose con las palmas de las manos detrás de ella, Camille parece momentáneamente perdida, y no me importa decirle exactamente lo que espero de ella.

"Dobla las rodillas y abre las piernas" le ordeno, guiando un pie de tacón alto hasta su posición mientras ella hace lo mismo con el otro.

El movimiento permite que su vaporosa falda se abra una vez más, revelando su coño desnudo en toda su perfección. Me pongo a su lado y me inclino para susurrarle al oído.

"Ahora, juega con tu coño. Quiero ver cómo te corres, kotenok".

Camille se estremece cuando le pellizco ligeramente el lóbulo de la oreja. Y vacilante, se desplaza para apoyarse en una palma mientras su otra mano avanza entre sus piernas. Puedo verlo todo en el reflejo de la ventana: los dedos de Camille cuando empiezan a acariciarse entre

sus pliegues, el suave temblor de sus muslos, la forma en que sus ojos encuentran los míos y arden de excitación fundida.

"Eso es", elogio, sin dejar de mirarla un instante más, antes de inclinarme para apretar los labios contra la suave curva de su garganta.

Camille gime y su cabeza cae hacia un lado, permitiéndome acceder a su tierna carne. La exploro con la boca, con la lengua, bajando lentamente hasta su clavícula expuesta y luego por todo su pecho. Sus senos se hinchan con cada respiración acelerada, luchando por liberarse de su jaula, y quiero verlos en todo su esplendor.

Pero aún no.

Cuando los jadeos sensuales de Camille se hacen más insistentes, desvío mi atención hacia el verdadero espectáculo y vuelvo a acercarme al extremo de la mesa. Sus pequeños pies, calzados con tacones de aguja negros de tiras, se apoyan en la mesa, haciendo que sus hermosas pantorrillas se flexionen y se abulten.

Incapaz de resistirme, cojo un zapato con la mano y, levantando el pie, empiezo por el tobillo y subo besando lentamente por la línea interior de la pierna.

"¡Oh, Dios! respira Camille, con la pierna temblorosa bajo mi agarre, y puedo oír su creciente excitación.

Apoyando su tobillo en mi hombro, me inclino para morder y besar el interior de su muslo sedoso. Sus dedos trabajan por encima de mí, acariciando su raja y luego rodeando su clítoris mientras juega consigo misma en una tentadora exhibición.

Mi polla palpita al contemplar su placer, la excitación que recorre su sexy raja. Respirando su aroma celestial, masajeo sus muslos con las manos mientras la observo, sin querer perderme ni un segundo del provocativo espectáculo que está montando.

Porque ahora que está consumida por su creciente excitación, las inhibiciones de Camille se han desvanecido por completo. Sus ojos se clavan en mi alma cuando me reta a mirarla sin participar. Y necesito todo mi autocontrol para no unirme a ella.

Sus labios forman una O perfecta mientras su espalda se arquea y su escote se derrama por encima del escotado escote de su vestido. Camille, la imagen de una sirena, vestida con el azul intenso del océano, emite los sonidos más dulces que jamás he oído. Y al igual que las criaturas inmortales de los mitos griegos, me atrae hacia ella.

Me cautiva su canto, me hechiza su belleza, me atrapa su cuerpo seductor.

Y justo cuando creo que no puedo aguantar más, Camille suelta un jadeo celestial.

Sus piernas se sacuden mientras sus dedos tiemblan sobre su coño húmedo y, por la expresión de intenso alivio que le invade la cara, se ha corrido aquí mismo, en medio de mi restaurante, para que yo la vea. Los músculos se relajan a medida que su orgasmo se aleja y Camille se detiene lentamente.

"Hmm", tarareo apreciativamente.

Luego doy un paso atrás alrededor de la mesa, colocándome detrás de Camille mientras ella se hunde satisfecha contra mi pecho.

"Mi turno", le murmuro al oído, y ella se estremece deliciosamente contra mí.

Su cabeza se apoya suavemente en mi hombro mientras le rodeo la cintura con un brazo y la atraigo más hacia mí. Con las rodillas aún flexionadas y los muslos tentadoramente abiertos, Camille parece demasiado sexy cuando vuelvo a ver su reflejo en la ventana.

Y sujetándola firmemente con un brazo, alargo el otro para encontrar sus dedos apoyados delicadamente en la cara interna de su muslo.

Luego toco su coño húmedo y caliente.

Camille gime, su cuerpo vuelve a la vida mientras inspira profundamente. Y acaricio con los dedos su pliegue resbaladizo. Está tan húmeda e hinchada de necesidad que me duelen las pelotas de estar dentro de ella. Pero tenemos tiempo más que suficiente para eso.

Primero quiero verla correrse en mis dedos.

Un gemido sale de sus labios cuando le pellizco suavemente el clítoris, que se retuerce bajo mis caricias.

"¿Te gusta, kotenok? le digo. "¿Te gusta que te toque en medio de mi restaurante?".

"¡Sí!", jadea, su respiración se acelera y sus pechos vuelven a hincharse.

"¿Quieres que te haga correrse otra vez encima de esta mesa?".

"Mmmm, por favor", gime.

Introduzco dos dedos en sus profundidades y saboreo la sensación de su coño apretándose a mi alrededor, ávido de la penetración que tanto desea. Al mismo tiempo, muevo la otra mano, rodeándole el hombro para poder deslizar los dedos por debajo de la tela de satén de su vestido.

La carne flexible se desprende del vestido, cayendo de su sujetador a mi palma. Y el tenso pezón me aprieta con fuerza la palma de la mano. Un gruñido retumbante sale de mi garganta ante la forma sexy en que la suave carne rezuma entre mis dedos.

"Oh, Dios!", gime Camille, arqueándose contra mi palma mientras sus caderas se abalanzan sobre mis dedos.

"Pronuncias mi nombre, kotenok, cuando quieres que te deje correrse. Dios no tiene nada que ver con lo que hacemos aquí", gruño posesivamente.

"Dimitri", exhala ella como una súplica.

"Buena chica", exclamo, amasándole el pecho mientras rodeo su clítoris con la yema del pulgar.

Sus paredes se tensan en torno a mis dedos, exigiendo más mientras la acaricio hasta encontrar su punto G. Camille se muerde ferozmente el labio para intentar ahogar su grito de placer.

No sirve de nada.

El pianista continúa con su canción sin perder el ritmo. Y los camareros saben que no deben molestarnos ahora.

"Ven por mí, Camille", ordeno, intensificando mi presión.

Y cuando su cabeza se inclina hacia atrás y sus labios se separan al liberarse, reclamo su succulenta boca.

Tragándome su grito de placer, le devoro los labios.

Saboreo la sensación de su coño cuando estalla alrededor de mis dedos.

El palpitir de su clítoris contra mi pulgar.

Los cálidos jugos cubren mi palma mientras Camille se estremece con fuerza. Y ella tiembla contra mí, su cuerpo completamente deshecho mientras se corre con fuerza.

Continúo prestándole atención hasta que se desvanece la última de sus agitadas contracciones, y me quedo embriagado por la sensación de su placer. Me muero de ganas de que vuelva a hacerlo.

Pero Camille suelta un gemido de profunda satisfacción mientras se desploma sin fuerzas contra mí. Me río mientras la estrecho contra mí, dejándole un momento de euforia.

Aprieto los labios contra su sien antes siquiera de pensar en lo que estoy haciendo, y la inusual muestra de afecto me pilla por sorpresa. Aunque, afortunadamente, Camille parece demasiado perdida en su propia satisfacción como para pensar mucho en ello. Pero sus ojos se cruzan con los míos en el reflejo de la ventana.

Lentamente, retiro los dedos de su coño. Y los lamo juguetonamente, sin apartar los ojos de los suyos, mientras su expresión pasa de la sorpresa a algo mucho más hambriento.

"Sí, era exactamente el postre que quería", le digo.

Camille se estremece contra mí y vuelve a morderse el labio inferior.

"¿Qué te parece una copa en mi casa?" le ofrezco. Aunque tengo la intención de prolongar esta velada mucho más.

Ella traga saliva. "Me parece bien", acepta, con la voz entrecortada.

Luego se incorpora, como si de repente recordara que no estamos solos. En un instante, se cubre las piernas desnudas con los pliegues del vestido y se aparta modestamente de la mesa. Suelto un leve murmullo de diversión cuando ella, cohibida, vuelve a meterse el pecho en el vestido, recomponiéndose.

Mira de reojo hacia el pianista y parece aliviada de encontrarlo exactamente igual que antes. Luego dirige la mirada hacia la cocina para confirmar que nadie la ha estado observando. Es entonces cuando vuelve a relajar los hombros.

"Te lo dije. Nadie se atrevería a mirar lo que es mío", bromeo.

Su radiante rubor es la única respuesta que obtengo. Y es todo lo que necesito.

"Ven", le digo, ofreciéndole la mano.

Y me llena de intensa satisfacción cuando la coge sin rechistar.

CAMILLE

El viaje en helicóptero de vuelta a San Francisco está repleto de tensión sexual, ya que mi mirada se cruza con la de Dimitri en numerosas ocasiones. Pero me niego a hacer algo con un piloto a menos de cinco metros de distancia. No importa lo excitante que me haya parecido la experiencia de que Dimitri me metiera los dedos en medio de su restaurante.

La forma en que tomó el mando de la situación tan completamente.

Era embriagadoramente sexy.

Y ahora, mientras mantengo las piernas firmemente cruzadas durante el vuelo a través de la bahía, soy intensamente consciente de que mis bragas siguen metidas en su bolsillo.

El helicóptero aterriza encima del mismo edificio alto y grandioso donde subimos en ascensor antes de cenar. Sigo a Dimitri al interior y al único ascensor que llega tan alto.

El ascensor tarda unos instantes en llegar y aún menos en abrirse, dando paso al lujoso ático de la última planta.

"Estás de broma", afirmo rotundamente mientras contemplo el enorme apartamento en planta abierta.

Los suelos están cubiertos de mármol blanco, y una escalera de cristal sube por un lado del inmenso salón abovedado, conduciendo a un segundo nivel. La cocina, a la izquierda, es lo bastante grande como para que quepa todo el apartamento. Está separada de la sala de estar únicamente por una enorme encimera en isla que contiene el fregadero y los fogones, con armarios debajo.

Dos paredes enteras son de cristal que alcanza la altura de dos plantas. Desde ellas se ve la ciudad y la bahía, incluidos el puente Golden Gate, Alcatraz y hasta el muelle 39, al este.

"¿Hay algo raro?" pregunta Dimitri, con un tono rico casi inocente.

"Si estás a punto de decirme que aquí es donde vives", afirmo, girando para captar todos los detalles.

Una mesa de cristal con un hermoso jarrón de flores frescas decora la entrada abierta.

Impresionantes obras de arte moderno, abstracto y colorido cubren las paredes.

"Bueno, entonces, ¿qué debo decirte?" bromea Dimitri, con sus ojos grises bailando cuando por fin me giro para mirarlos.

"¿Vives aquí?"

"Este es mi apartamento, sí", asiente, moviendo los labios ante mi incredulidad.

"Ni siquiera sabía que existieran lugares así", admito, volviéndome para contemplar los finos sofás grises y la elegante mesa de centro colocada sobre una alfombra blanca afelpada que parece lo bastante suave como para dormir sobre ella.

"Entonces quizá deberías pasar más tiempo conmigo", dice Dimitri, y su suave acento hace que la sugerencia sea mucho más tentadora. "Este es el tipo de lugares de los que está hecho mi mundo. ¿Vino?", me ofrece, alejándose de mí mientras se dirige a la barra de bar que hay en la pared del fondo de la cocina.

"Por favor", acepto, dirigiéndome hacia el sofá.

Hasta ahora la noche no ha ido como yo quería. Tenía la intención de hacer hablar a Dimitri, tal vez abrir la puerta a la deuda que pesa sobre mi cabeza y abrirme camino hacia lo que le ocurrió a Roy.

Pero el lujo de aquel maravilloso restaurante japonés y sus impresionantes vistas me desviaron del camino, y lo que siguió al postre... me descarriló por completo. Por eso acepté la copa nocturna.

Quizá ahora encuentre el hueco para indagar más en lo sucedido. A ver si consigo que Dimitri se abra y me confíe su secreto. O al menos sentar unas buenas bases.

"Cuéntame, Camille", dice Dimitri, robándome la palabra mientras se reúne conmigo en el sofá y me tiende un vaso de vino tinto. "¿Cómo empezaste a cocinar?"

"En realidad, por mi padre. Era chef y crecí en la cocina con él. Me enseñó casi todo lo que sé". Sonrío cálidamente ante los gratos recuerdos que me inundan al mencionarlo. Pasaba las mañanas haciendo crepes y gofres, las tardes corriendo por su lugar de trabajo, cumplimentando pedidos. Doy un sorbo a mi vino mientras me pierdo en aquellos maravillosos momentos.

"¿Pasabas mucho tiempo con él en el trabajo?" pregunta Dimitri.

Asiento con la cabeza. "Era padre soltero y no podía permitirse una guardería. Pero los restaurantes son como una gran familia, en cierto modo. Así que, mientras no me metiera debajo de los pies, a nadie parecía importarle vigilarme demasiado. Y a todos les encantó una vez que tuve edad suficiente para que me pusieran a buen recaudo". Me río cariñosamente ante la fresca oleada de recuerdos que me vienen a la mente.

Dimitri replica mi risa, y su hermosa sonrisa suaviza sus rasgos fuertes y cincelados. "¿Así que empezaste tu primer trabajo de cocinera a los cuántos años?"

"¿Trece?" No estoy del todo segura, ya que técnicamente no se me permitía trabajar en la cocina hasta que cumplí dieciséis años. Pero papá siempre me dejaba practicar aquí y allá. "Aunque si

alguna vez llamasen los servicios de protección de menores, mi respuesta oficial era dieciséis".

Dimitri se ríe, el sonido grave y retumbante hace que mi corazón se estremezca. "No me extraña que seas tan buena cocinera".

Sonrío de orgullo, sabiendo que gran parte de mi educación proviene directamente de un chef con una pasión tan profunda por la buena comida.

"¿Y tu madre no estaba?", pregunta, enarcando una ceja.

Niego con la cabeza. "Murió al dar a luz".

"Lo siento". Su tono es sincero, su rostro cambia de divertido a serio cuando la conversación toma un rumbo de tristeza.

Me encojo de hombros. "No pasa nada. Mi padre nunca me dejó sin amor ni atención. Eramos uña y carne, y tuve una infancia maravillosa gracias a él".

"¿Y te inspiró para abrir tu propio restaurante?" sugiere Dimitri, cuya observación es impresionantemente perspicaz.

"En realidad, papá y yo habíamos imaginado dirigir juntos Le Fleur. Hablábamos de abrir un restaurante de cocina francesa, compartiendo las tareas de jefe de cocina. Idear juntos nuevos platos para el menú". Mi sonrisa vacila al pensar en lo diferente que es mi realidad sin mi padre.

Nunca me había tomado el tiempo de reconocer hasta qué punto éramos un equipo y cómo influyó en mi estrategia empresarial cuando murió. Hannah ha sido un salvavidas, asumiendo responsabilidades sin vacilar, sin dejar nunca de cubrirme las espaldas. Me ayuda de una forma muy distinta a como lo habría hecho mi padre, pero sinceramente no creo que hubiera podido hacer realidad mi sueño sin ella. No después de que papá falleciera.

"Por eso es tan importante para ti tener tu propio restaurante", observa Dimitri, con una mirada intensa que se clava en lo más profundo de mi alma.

Asiento, perdida en su mirada cautivadora, y de repente me doy cuenta de lo fácil que me resulta abrirme a Dimitri. Quizá sea el alcohol, pero me siento extrañamente a gusto con este hombre alto, moreno y peligroso.

Dimitri me quita la copa de vino de la mano y deja las dos bebidas sobre la mesita. Luego se acerca, eliminando la distancia que nos separa mientras su rodilla roza la mía.

"Eres excepcional, Camille. ¿Lo sabes?", me pregunta con voz ronca, mientras me toma la barbilla con la mano para estudiarme la cara de cerca.

Se me agitan los nervios en el vientre y me chupo los labios repentinamente secos.

Sus ojos se desvían hacia abajo, captando el rápido movimiento, y el calor recorre mi cuerpo cuando se inclina hacia mí. Dimitri me besa con una ternura estremecedora y cubre mi boca con la suya. La excitación se desenrosca en mi estómago mientras el aire desaparece de mis pulmones.

Dimitri me pide acceso de una forma tentadoramente íntima. Mi boca se abre en un grito ahogado y, antes de que pueda pensarlo demasiado, me dejo llevar por el beso y mis dedos se

enredan en su espesa cabellera negra.

Un leve gemido de agradecimiento retumba en su garganta mientras profundiza nuestra conexión, su lengua se desliza entre mis dientes para enredarse con la mía. Y aunque las cosas vuelven a intensificarse y aún no he preguntado por Roy, me doy cuenta de que estoy intensamente agradecida de que Dimitri no me haya pedido ni una sola vez que compre mi restaurante esta noche. Incluso ha tocado el tema sin insistir más. Así que, en cierto modo, al menos mi plan para entretenerme está funcionando.

Eso es lo que tengo que decirme a mí misma, porque mi cuerpo está dispuesto a tirar esos pensamientos por la ventana.

Unas manos fuertes me tocan las caderas cuando Dimitri y yo empezamos a besarnos apasionadamente. Y entonces me levanta del sofá y me pone encima de él. Coloca un muslo a cada lado de su regazo y me pone a horcajadas sobre él.

Soy muy consciente de cómo mi falda vaporosa crea una barrera casi inexistente entre nosotros.

Y sigo sin llevar ropa interior.

Mi vestido se abre a lo largo de la raja, dejando al descubierto uno de mis muslos. La gran palma de Dimitri lo aprovecha al instante, su mano pasa de mi cadera a acariciar la carne expuesta de mi muslo.

"Podría comerte", respira contra mis labios, y mi interior se tensa deliciosamente.

Al rodearle la nuca con más fuerza, me parece una idea sorprendentemente espectacular. Unos brazos fuertes me rodean la cintura y me aprietan contra su ancho pecho, y noto la presión urgente de su erección, que lucha por liberarse de sus pantalones ajustados.

La idea de Dimitri llenándome, con su dura polla enterrada dentro de mi coño, me hace palpar ansiosamente. Y de repente, no se trata de mi plan de ganar tiempo para el préstamo o de conseguir información sobre Roy. Me consume una necesidad ardiente.

"Cógeme ", le suplico, besándole apasionadamente mientras giro las caderas para mostrarle exactamente lo que quiero decir.

Un gruñido grave retumba en su pecho, vibrando contra mis pechos, y él me levanta del sofá, poniéndome de pie con un movimiento fluido.

Nunca nadie me había cargado así. Enrollo las piernas alrededor de sus caderas y él camina a ciegas, abrazándome como si nada. La anticipación me recorre las venas ante todo lo que Dimitri podría hacerme.

Su andar cambia, y rompo nuestro beso momentáneamente para mirar de reojo a nuestro alrededor. Suelto un grito ahogado cuando veo el suelo muy por debajo, una fina lámina de cristal que nos sostiene mientras él sube las escaleras sin esfuerzo.

Dimitri suelta una risita sombría y yo me aferro más a él, volviendo la cara hacia su cuello mientras se me cae el estómago. No es que tenga nada en contra de las alturas, pero tampoco es que me gusten mucho.

"¿Te preocupa que te deje caer, malen'kiy kotenok?" Se mofa Dimitri, con su voz grave cerca de mi oído.

"No cuando me aferro a ti así", murmuro, apretando los muslos alrededor de su cintura.

Un gruñido retumbante vibra desde su pecho hasta el mío, poniéndome la carne de gallina en los brazos y la espalda. Entonces llegamos al final de la escalera y el alivio me inunda.

Girando rápidamente a la izquierda, Dimitri entra en el enorme dormitorio principal. Decorado en grises y negros oscuros, el espacio parece tan elegante y moderno como el resto de su apartamento. Y a lo largo de la pared del fondo, el cristal se extiende una vez más desde el suelo hasta el techo, con vistas a la bahía.

Dimitri me lleva a la cama y me tumba suavemente sobre ella. Sus manos recorren mi cuerpo, explorando mis curvas mientras se endereza, dejándome desparramada sobre sus sábanas mientras me desnuda con la mirada.

"Quiero jugar contigo toda la noche", promete, haciendo que las mariposas estallen en mi vientre.

Estirada sobre el mullido colchón, le sonrío lánguidamente, tentándole a hacer de las suyas.

Dimitri se quita la fina chaqueta gris acero de su traje, que llama la atención sobre la plata de sus ojos. Luego trabaja lentamente en su corbata de seda roja.

"Quítate el vestido", ordena, con los ojos brillantes. "Despacio".

Sentada, le miro a través de las pestañas mientras busco detrás de mí la cremallera del vestido. Me chupo parte del labio inferior entre los dientes y me lo muerdo mientras obedezco, dejando que me mire mientras se saca la corbata del cuello de la camisa a un ritmo tentador.

El calor de su vista se intensifica cuando me levanto de la cama y me doy la vuelta para mostrarle mi espalda. Después del sexo apasionado, caliente y rudo en el que no nos habíamos tomado el tiempo de desnudarnos, esta lenta y provocadora excitación me está volviendo loca.

Me hormiguea la piel cuando me bajo las mangas de los hombros y miro a Dimitri. Sus dedos se abrochan los botones de la camisa, pero sus ojos no se apartan de mí. Y cuando se abre la camisa, se me seca la boca al instante.

Puede que Dimitri sea mayor que yo, pero su cuerpo no se parece a nada que haya visto antes. Tiene unos músculos fuertes que le recorren el pecho y el vientre, formando unos abdominales que me aceleran el corazón.

Tiene el pecho cubierto de tatuajes, aunque no puedo distinguir el dibujo con la camisa puesta. Contengo la respiración, muriéndome de ganas de ver todo su cuerpo.

Al hacer una pausa, Dimitri arquea una ceja, y el calor se acumula en mis mejillas al darme cuenta de que solo puedo ver el espectáculo si él lo hace. Estoy tan absorta en mi propia tentadora exhibición que dejo de desnudarme.

Tiro del vestido hasta que baja por mis brazos y, en cuanto se libera, revolotea por el suelo y se acumula alrededor de mis pies. Vestida solo con mi corpiño y unos tacones altos, me siento

intensamente expuesta. Porque Dimitri nunca me devolvió las bragas.

Una sonrisa perversa se dibuja en su rostro mientras los ojos de Dimitri recorren mi espalda desnuda y mi cintura hasta llegar a mi desnudo trasero. Luego, en silencio, se quita la camisa y la deja caer al suelo detrás de él.

Jadeo ante la perfección de su cuerpo. Músculos fuertes y tonificados ondulan bajo su piel. Sus anchos hombros y abultados bíceps parecen tan grandes como para levantarme y abrirme por la mitad.

El tatuaje que antes no podía distinguir es un intrincado diseño rizado que sube por un lado de las costillas como si fuera fuego, se arremolina sobre el pectoral, se derrama por el hombro y serpentea por el brazo. Es un alboroto de dibujos definidos y amenazadores, pero al mismo tiempo se curva sensualmente sobre su glorioso físico como una caricia.

"¿Te gusta lo que ves?", bromea sombríamente, con un tono peligroso que hace juego con el fuego de su mirada. Sus manos bajan hasta el cinturón y se lo desabrochan a un ritmo despreocupado.

"Sí", murmuro sin aliento y asiento con la cabeza.

Levantando un dedo, Dimitri lo hace girar, indicándome que me dé la vuelta para mostrarle más de mí. Súbitamente tímida por mi cuerpo en comparación con su figura divina, doy un paso lento, cubriéndome con los brazos todo lo que puedo.

Un atisbo de irritación se dibuja en su rostro masculino. Dimitri se saca el cinturón de las trabillas y avanza con decisión. Se me corta la respiración cuando se detiene frente a mí, imponiéndose en toda su gloria física.

"¿Crees que puedes esconderte de mí?", pregunta rotundamente, con un tono de voz de repente letal.

El corazón me da un vuelco y pienso por un instante que quizá sepa por qué me acuesto con él. Lo ha descubierto y ahora estoy muerta.

Alargando la mano con la velocidad del rayo, Dimitri me agarra por las muñecas y me las fuerza por detrás. Jadeo, demasiado sorprendida para responder con rapidez, y un grueso cuero me envuelve los brazos, confinándome. Noto la hebilla del cinturón cuando lo aprieta con fuerza, atrapándome las manos para que esté indefensa.

El miedo se apodera de mi garganta, acallando el grito que casi estalla de mí.

Entonces los dedos de Dimitri me peinan el pelo, me acunan la cabeza y me obligan a mirarle. "Tu cuerpo es perfecto, y quiero verlo, adorar cada centímetro. No puedes taparlo. Esta noche no".

Sus palabras me calientan como un volcán y, de repente, mi miedo se funde en algo mucho más excitante.

Cerrando el espacio que nos separa, Dimitri me besa ferozmente, su lengua reclama mi boca mientras esta se abre asombrada. Gimo ante la forma posesiva en que me toca, me devora. Una mano recorre lentamente mi cuerpo mientras los dedos de la otra se enroscan en mi pelo,

agarrándolo con firmeza mientras me mantiene prisionera contra él.

Sus dedos encuentran los ojales de mi corpiño y, gancho a gancho, me libera de la lencería. Jadeo cuando el sostén sin tirantes cae al suelo detrás de mí, dejando al descubierto cada centímetro de mi carne ante él.

Con los brazos atados firmemente detrás de mí, mis pechos se presionan con avidez, y mis pezones se endurecen contra los firmes planos de su pecho.

Al apartarse, Dimitri rompe nuestro beso y da un paso atrás para verme de verdad. El hambre de su mirada hace desaparecer cualquier duda que pudiera albergar, y mi piel se calienta al sentirme de repente más sexy que nunca.

"Krasivyy", ronronea. "Eres perfecta".

Se inclina lentamente hacia mí y su mirada fundida se cruza con la mía. Sus manos se extienden por detrás de mí para desabrochar suavemente el cinturón y me suelta. Siento un gran alivio al saber que no tiene intención de atarme para lo que sea que haya planeado, aunque me sorprende la pizca de decepción que se mezcla en mi interior.

"No te preocupes, kotenok. Tendremos tiempo de sobra para jugar al bondage antes de que acabe contigo", promete como si leyera el conflicto en mi mente.

Trago con fuerza, intentando desalojar el corazón de mi garganta. Entonces Dimitri sonrío perversamente.

"Tumbate en la cama", me ordena.

Pero cuando me agacho para quitarme los tacones de tiras y obedecer, me agarra la muñeca.

"Sobre. La. Cama", me dice tajante.

Sin apenas atreverme a respirar, hago exactamente lo que me dice. Dejándome puestos los zapatos de tacón de aguja, me deslizo en el centro de las sábanas sedosas y le observo mientras espero.

"Buena chica", elogia, haciendo que una oleada de excitación recorra mi cuerpo. Entonces Dimitri se quita los zapatos, se desabrocha el botón y la cremallera de los pantalones de un tirón.

Se los baja por las caderas, dejándolos en el suelo, y una vez más, me siento cautivada por su enorme tamaño. La gruesa polla de Dimitri está completamente erecta. Unas líneas profundas forman una V que desciende desde sus abdominales hasta su ingle, como una flecha. No es que nadie pueda pasar por alto el impresionante espécimen que me mira.

Su punta roja e hinchada brilla de líquido preseminal, y mi núcleo se aprieta ante la idea de tenerlo dentro de mí una vez más.

"Dobla las rodillas y abre las piernas para mí", me ordena, igual que hizo en el restaurante.

Me paso las manos por los muslos, la cintura y los pechos, y hago lo que me dice, montando un espectáculo al mismo tiempo. Dimitri suelta un gemido bajo, sus ojos se embriagan al verme. Luego se acerca a mí.

Unas manos fuertes me agarran las rodillas y me abren las piernas, aunque mi instinto natural es cerrarlas ante su repentina proximidad. Sus labios encuentran la tierna carne del interior de mi pierna y, al igual que hizo en el restaurante, Dimitri me besa lentamente el muslo.

Pero esta vez mis dedos no me cubren el clítoris, que empieza a palpar.

Está peligrosamente cerca de mi coño, me acaricia con los labios, me mordisqueea con los dientes, me hace cosquillas con el suave roce de su vello facial. Y justo cuando creo que va a meterme los dedos, su lengua se desliza entre mis pliegues.

Con los ojos desorbitados, me levanto de la cama sobresaltada. Porque nadie me la había metido antes. Roy siempre pensó que era asqueroso, y nunca tuve mucho tiempo para los chicos ni para disfrutar de la típica experiencia salvaje universitaria. Y nunca supe que pudiera sentirse tan bien.

Dimitri me recorre lentamente la raja, con la lengua jugueteando al llegar al sensible manojito de nervios de su cúspide. Gimo mientras me recorre un placer embriagador que me sube por el cuerpo en oleadas.

Y cuando zumba apreciativamente contra mí, casi me deshago.

"Dios, Dimitri", gimo, sorprendida por lo cerca que estoy ya del orgasmo.

Unos dedos fuertes me aprietan los muslos, inmovilizándome las piernas mientras Dimitri me acaricia con más insistencia entre mis pliegues, su lengua lame mis jugos antes de hacer rodar la superficie cálida y húmeda sobre mi clítoris intensamente sensible.

Todos los pensamientos sobre por qué estoy aquí o qué se supone que debería estar haciendo desaparecen cuando caigo en un éxtasis celestial, disfrutando de mi tiempo con Dimitri mucho más de lo que jamás hubiera creído posible. Porque nunca nadie me había hecho sentir tan bien.

Ha despertado algo en mí, una sensualidad que no sabía que poseía, una confianza que me permite relajarme por completo y disfrutar de lo bien que me hace sentir. Un hambre que no estoy segura de poder saciar nunca.

No con nadie más que con él.

Dimitri lame y chupa mi coño, prodigándoles una atención que hace temblar mi cuerpo. Y entonces, cierra la boca alrededor de mi clítoris y empieza a chupar.

"¡Oh, joder!" grito. Mientras me corro violentamente, mi orgasmo me atraviesa como un tren de mercancías. Con los pechos agitados, me sacudo bajo Dimitri, que me aprisiona con sus fuertes brazos y me agarra las caderas con fuerza.

Mis dedos se enroscan en sus sedosas sábanas, haciendo bolas el tejido mientras mi coño palpita, mi clítoris late sin cesar. Y cuando los labios de Dimitri por fin me sueltan, me desplomo sobre la cama jadeando.

"Creo que te gusta que te coma el coño", bromea Dimitri, limpiándose mis jugos de la barbilla con la palma de la mano. Sus ojos grises danzan peligrosamente.

"Mm-hmm", gimoteo, asustada por no tener realmente la capacidad de hablar. Porque tengo el

corazón alojado en algún lugar dentro de mi.

Entonces se mueve, acechando hacia delante para colocarse entre mis caderas mientras acerca su cara a la altura de mis pechos. "Estas bellezas me han estado provocando toda la noche", murmura.

Me coge el pecho, mete un pezón entre sus labios y lo chupa, haciendo que se erice mientras la excitación se agolpa en lo más profundo de mi ser. Luego se acerca al otro pezón, despertando mi excitación mientras también lo pone duro.

"Pon las manos sobre la cabeza, Camille", murmura mientras sus labios suben por mi escote hacia la garganta.

Los nervios florecen en mi vientre, pero ahora me resulta más fácil confiar en Dimitri. Al menos con respecto a mi placer. Porque sabe cómo hacer cantar a mi cuerpo. Con la mirada encapuchada, observo su rostro, sosteniendo sus ojos mientras guío mis brazos hacia arriba por encima de mi cabeza hasta que mis dedos rozan el cabecero.

Las manos de Dimitri siguen las mías mientras se desplaza para alinear nuestros cuerpos, sus dedos se entrelazan con los míos hasta que nuestras manos se juntan.

"Dime lo que quieres", murmura, con sus labios rozando ligeramente los míos.

"Quiero que te corras dentro de mí", suspiro, y una vertiginosa excitación se me enrosca en el vientre. No suelo decir guarradas, pero Dimitri me las saca, me hace sentir atrevida mientras exige conocer mis deseos.

Tararea con anticipación cuando la cabeza de su polla se alinea con mis pliegues húmedos, y se desliza entre ellos para encontrar mi entrada. Mi clítoris se estremece mientras mi interior palpita de necesidad.

Entonces empuja lentamente en mis profundidades, estirando su polla y llenándome deliciosamente.

DIMITRI

El coño caliente y mojado de Camille se aprieta en torno a mi polla mientras la penetro con suavidad, con la intención de tomarme mi tiempo. Sacarle hasta la última gota de placer. Su cuerpo suave y curvilíneo se arquea debajo de mí, sus pechos me presionan firmemente los mios mientras la penetro a fondo.

Empujo hasta que me entierro dentro de ella con fuerza y disfruto de la forma en que se estremecen sus paredes. Tras una noche viendo a Camille correrse con sus propios dedos, con los mios y con mi lengua... Me duele la necesidad de hacerla correrse en mi polla.

Otra vez. Y otra vez.

Mientras me balanceo lentamente dentro y fuera de ella, Camille suelta un gemido de lujo.

Quiero saborear el placer que sale de sus labios.

Inclino mi boca sobre la suya y la beso profundamente. Y ella me devuelve el beso, levantando la cabeza de la cama para mantener nuestros labios pegados.

Sus dedos se aprietan en torno a los mios mientras le sujeto las manos por encima de la cabeza, manteniéndola cautiva y reclamando su cuerpo para mí. Sus pezones rozan mi pecho y su tensa excitación me estimula.

Me encanta la fricción entre nuestros cuerpos. Me enciende las venas y me hace desear volverla loca. Empujando cada vez más rápido, giro las caderas con cada movimiento, rozando su clitoris y estimulando su punto G al mismo tiempo.

Camille gime y se sacude ávidamente contra mí. Entonces sus piernas me rodean por las caderas. Con los pies aún calzados con esos zapatos de tacón tan sexys, me clava las puntas con fuerza, estimulándome.

Con la polla envuelta en sus estrechos pliegues y su coño agarrándome con firmeza, la follo deliberadamente, conduciéndola hacia la liberación. Y cuando sus piernas empiezan a temblar, sé que está cerca.

Emite gritos de placer cuando empiezo a penetrarla con más fuerza. Y entonces echa la cabeza

hacia atrás, con los ojos en blanco mientras grita ahogadamente.

Un instante después, explota a mi alrededor, su coño palpita y agarra mi polla mientras se deshace debajo de mí.

Me zumban todos los oídos cuando toda la sangre fluye hacia mi polla, endureciéndola y engordándola aún más hasta que jadeo para contener mi inminente orgasmo.

Camille se estremece debajo de mí, su cuerpo se debilita momentáneamente, y le suelto las manos.

Me agacho y le levanto las piernas una a una, enganchándole las rodillas con los codos.

Y mientras sigo deslizándome dentro y fuera de su resbaladizo agujero, le levanto las piernas, abriéndole los muslos. Gimiendo, se apoya en el cabecero mientras yo atrapo sus rodillas junto a sus pechos, con sus sensuales tacones al aire.

Ahora su coño está totalmente expuesto y a mi merced mientras la penetro profundamente.

"Oh, joder", sisea, sus paredes se estrechan alrededor de mi polla.

"¿Te gusta?" ronco, moviendo las caderas para estimularla más.

"¡Sí, sí!", jadea, y abre los ojos.

En sus profundidades azules, puedo ver la intensidad de su deseo. Lo desea tanto como yo. Y quiero dárselo hasta que me ruegue que pare. Cualquier duda o vacilación sobre nuestra diferencia de edad hace tiempo que ha desaparecido. Porque Camille me desea. Puedo ver el hambre en sus ojos.

Me deja voraz, decidido a sacarle hasta la última gota de placer. Respira agitadamente mientras acelero el ritmo, deslizándome en su húmedo coño y saliendo mientras me deleito con el agonizante placer de su cuerpo perfecto.

Camille, tan maleable y flexible, se somete completamente a mí, su cuerpo se mece con mis embestidas, sus ojos son insondables charcos de éxtasis.

No tengo que preguntarle si está a punto de correrse. Lo lleva escrito en la cara, la lujuria vidriosa de su mirada, la tentadora forma en que sus labios se entreabren en anticipación. Y no puedo aguantar mucho más. Estoy tan cerca que siento que voy a implosionar.

"Corre por mí, kotenok", gimo, a punto de liberarme.

Ella lo hace, su cuerpo tiembla violentamente mientras sus piernas se sacuden suavemente contra mi férreo agarre. Su coño sufre espasmos, apretándose como una prensa alrededor de mi dura longitud.

Empujando dentro de ella, vengo con fuerza, mis pelotas se vacían al verter mi semilla en sus profundidades.

Respirando con dificultad, me detengo poco a poco, saboreando las réplicas que palpitan alrededor de mi polla. Cada vez que mi erección se estremece en respuesta, su clítoris se sacude. Me encanta cómo su cuerpo responde a mí, la intensidad de su placer.

Me excita ver su cuerpo juvenil y hermoso tan ansioso por recibir todo de mí.

Nos quedamos quietos, con los pechos agitándose al unísono mientras jadeamos juntos. Los músculos de Camille se relajan en mi agarre. Y yo salgo lentamente de ella, dejándola que se tumbe cómodamente en la cama.

Me pongo de espaldas a ella, miro al techo y pienso si ha sido el mejor polvo que he tenido nunca. No sé exactamente qué es, pero hay algo en Camille que me vuelve completamente loco.

Y aunque voy bajando poco a poco del subidón de mi liberación, ya estoy pensando en cómo quiero cogerla después, en qué posturas quiero verla.

Camille se mueve a mi lado, se pone de lado y se acerca para apoyarme la mejilla en el hombro y el muslo en el abdomen. Irradia calor, que se filtra por mi piel mientras se acurruca contra mí.

Le paso un brazo por los hombros y rozo con el pulgar su piel suave como la seda. No suelo abrazar a las mujeres después de follármelas. No me gustan los abrazos tiernos ni las conversaciones de almohada.

Pero Camille es tan dulce y atractiva. Me encanta ver sus curvas, la forma en que sus pechos flexibles me oprimen. Y sus dedos trazan un delicado dibujo sobre mis costillas y mis pectorales. Se me cierran los ojos mientras asimilo el suave roce, a medio camino entre el cosquilleo y la caricia que me eriza el vello de los brazos.

"Tu tatuaje. Es precioso", murmura, con su aliento susurrando en mi piel.

Tarareo pero no digo nada más, contento de disfrutar de sus dedos diestros trazando el contorno de mi tatuaje.

"Háblame de tu familia", me dice cuando estoy peligrosamente a punto de dormirme.

"¿Qué quieres saber?", murmuro, abriendo los ojos para mirar su gruesa cabellera de rizos castaños.

"Bueno, en la cena mencionaste que tu familia era propietaria de Oishī y me hizo pensar que hemos hablado de mi padre y de cómo crecí, pero no sé nada de ti. ¿Tienes hermanos? ¿Dónde viven tus padres? ¿De dónde eres?". Camille suelta una suave carcajada, como si se diera cuenta de lo poco que sabe.

Hablar de mi vida personal suele ser otro tema prohibido. O las chicas saben exactamente quién soy y con quién estoy emparentado, o prefiero mantenerlas en la oscuridad. Pero oír la historia de Camille me hace querer abrirme de algún modo, compartir una pequeña parte de mí como hizo ella.

"Bueno, tengo un hermano mayor, Maksim, y un hermano menor, Alexei. Dirigimos juntos una empresa, Federov Brothers Investments, y el banco que nuestro padre abrió poco después de traernos a América", le explico.

"¿Y cuándo fue eso?", pregunta ella, inclinando la cabeza para mirarme.

"Hace ya mucho tiempo. Tenía unos trece años, creo".

"¿Y has vivido en San Francisco desde entonces?" insiste Camille.

"Sí". Solo pensar en mi pasado hace que los recuerdos de nuestra vida en Moscú inunden mi cerebro. Rara vez pienso en mi infancia allí. Parece que fue hace toda una vida.

"¿Y tus padres?"

"Mi madre sigue viva. Vive en nuestra finca familiar, al sur de aquí".

Ella asiente suavemente, sus brazos me dan un ligero apretón como si hubiera captado el hecho de que mi padre está muerto pero no quisiera deprimir el ambiente.

"Así que un negocio familiar, ¿eh?", pregunta juguetona.

Miro hacia abajo para encontrarme con su mirada provocadora. "Sí, nos ha ido bien y hemos convertido la visión de mi padre en un imperio honrado. Somos dueños de bastantes restaurantes y clubes en San Francisco y alrededores".

"Me parece una tapadera perfecta para alguna actividad elitista de Bratva", bromea con ligereza, aunque sus palabras calan más hondo, despertando mis sospechas de inmediato.

"Sí, bueno, todos los bastardos rusos que venimos a América debemos ser criminales de Bratva, ¿no?". Me escabullo, confesando la verdad pero adoptando una sonrisa malvada que diría que obviamente estoy bromeando.

Pero creo que ya es suficiente de mi historia personal por esta noche. Mejor parar mientras vamos por delante, porque estamos pisando terreno peligroso.

Me tumbo encima de Camille, inmovilizándola bajo mi cuerpo y arrancándole una risita de sorpresa.

"¿Qué haces?", chilla, contoneándose debajo de mí y dando vida a mi cuerpo.

"Creo que es hora del segundo round", afirmo, buscando la curva del cuello de Camille y chupando la suave carne entre mis labios.

Ella jadea, se le pone la carne de gallina, y yo gruño agradecido cuando sus pezones se endurecen contra mi pecho.

Chupo con más fuerza, sabiendo que va a dejar una marca. Pero me gusta la idea de dejar algo en el cuerpo de Camille. Marcar mi territorio.

Ella gime, arqueándose hacia mí, y sus manos recorren los músculos de mi espalda mientras explora mi cuerpo. Sigo besándola por el cuello hasta la clavícula y por el pecho, lamiendo y saboreando cada centímetro de ella mientras adoro lentamente su cuerpo.

Huele a flores y cítricos y sabe dulce como la miel. Mientras recorro su cuerpo, tomándome mi tiempo, sus dedos se enredan en mi pelo. Se enroscan, tirando ligeramente de las raíces y haciendo que mi polla se ponga rígida de anticipación.

"Dimitri", gime cuando continúo mi delicioso recorrido por su cuerpo y desciendo hasta las redondas y firmes montañas de sus pechos.

"¿Hmm?" Murmuro contra su carne, demasiado distraído por la sensación de su suave piel en mis labios para prestarle toda mi atención.

"Te deseo", suplica.

La miro desde donde mis labios se cierran en torno al duro pezón. Su mirada irradia calor y me consume.

"¿Somos tan impacientes?", me burlo, soltando su pecho con los labios y sustituyéndolos por la palma de la mano mientras acaricio su carne blanda.

Ella gime y sus caderas se mueven debajo de mí, llamando la atención hacia donde necesita que esté. Deslizo la mano lentamente por su vientre hasta la cima de sus muslos. Tengo curiosidad por saber lo mojada que estará.

Jadeando cuando mis dedos rozan su clítoris, Camille se levanta de la cama con las caderas. Encuentro al instante sus pliegues resbaladizos y gimo mientras mi polla palpita de anticipación.

"Ya estás tan mojada para mí".

Camille se muerde el labio con tímida inocencia, luego asiente, la imagen de un ángel caído. Y de repente, no puedo tomarme mi tiempo. Necesito enterrar mi polla dentro de ella y saber cuántas veces puedo hacer que me suplique que la libere.

Esta chica es insaciable y despierta en mí un deseo demasiado embriagador.

Agarrando la base de mi polla, deslizo la punta entre su húmeda raja, recogiendo sus jugos y haciéndola retorcerse. Luego me alinee con su entrada y empujo dentro de ella una vez más.

CAMILLE

Gimo mientras me despierto lentamente, levantándome del sueño y descubriendo que me duele el cuerpo. Tardo un momento en recordar lo que pasó anoche. Y entonces la excitación me recorre la espina dorsal al recordar vívidamente todas las formas calientes en que Dimitri tomó mi cuerpo.

No me extraña que me duela.

Y después de una noche tan larga y llena de sexo, no es de extrañar que me palpite el coño. El dolor en lo más profundo de mi ser me recuerda lo intensamente que me llena ese hombre. Como cuando voy a yoga después de demasiados meses sin sesiones, siento como si me hubieran estirado casi hasta el punto de romperme.

Músculos que ni siquiera sabía que tenía se retuercen al menor movimiento, a punto de acalambrarse por un entrenamiento tan exhaustivo. Me invade una intensa satisfacción mientras me vienen a la mente recuerdos de nuestra noche juntos.

Es casi demasiado bueno para querer despertarme. Pero al final tengo que ir a trabajar.

Al abrir los ojos, por un momento, me confundo sobre la hora que es. La habitación sigue muy oscura, aunque me parece que he dormido bastante. Entonces veo las cortinas opacas que cubren la pared de ventanas. Bloquean el resplandor del día y solo dejan que la luz del sol filtre por los bordes.

Echo un vistazo a la mesilla que tengo al lado y me sorprende al ver que son casi las nueve de la mañana.

No pretendía pasar la noche con Dimitri, pero aquí estoy. Debí quedarme dormida después de nuestra última sesión de sexo a primera hora de la mañana. Sinceramente, no puedo culparme. Nunca había tenido tanto sexo en mi vida: tan bueno, intensamente erótico y profundamente satisfactorio.

Dimitri me arrancó hasta la última gota de placer, minando mis fuerzas y mi energía con su apetito insaciable.

Me doy la vuelta para ver si está despierto y encuentro su lado de la cama vacío. El corazón me

da un vuelco. Me incorporo bruscamente y me envuelvo en las sábanas, cubriéndome los pechos, mientras dirijo mi atención hacia el cuarto de baño. Quizá haya ido a ducharse o algo así.

Pero parece vacío.

¿Significa que ha terminado conmigo? Tuvimos nuestra cita, ¿y ahora está dispuesto a seguir adelante?

La decepción me hace un nudo en el estómago y me doy cuenta, con un remordimiento que se hunde, de que mi plan ha fracasado por completo. Anoche intenté varias veces indagar detalles sobre la vida y los negocios de Dimitri, pero no estoy cerca de averiguar qué le ocurrió a Roy. Los dedos talentosos y los labios pecaminosamente hábiles de Dimitri me distrajerón cada vez que pensé que podría haber encontrado una posibilidad para abordar el tema.

Las lágrimas me escuecen en el fondo de los ojos al darme cuenta de lo fácil que Dimitri me utilizó. Porque mientras yo pensaba que estaba siendo inteligente y utilizando su persistente persecución hacia mí para ganarme mi libertad, él solo quería follar. Follarme en manera muy apasionada.

Desde luego, se hartó.

Soy una estúpida.

¿En qué estaba pensando? Luchando contra las ganas de llorar, salgo lentamente de la cama de Dimitri. Busco en el suelo a la luz tenue que se filtra entre las cortinas opacas, encuentro mi corpiño y me lo vuelvo a poner. Luego hago lo mismo con mi vestido.

Recogiendo mis tacones, que me quité en algún momento de nuestra noche salvaje, engancho los dedos en las correas para llevarlos. No estoy preparada para volver a ponérmelos en mis pies doloridos.

La incomodidad se agolpa en mi vientre cuando me doy cuenta de que mi paseo de la vergüenza va a requerir un taxi. Como Dimitri insistió en recogerme para nuestra cita de anoche, yo había transigido estúpidamente dejando que me recogiera en Le Fleur. Me parece más que insultante que no pensara en ello de antemano. Al menos podría haberme dejado traer mi propio coche.

Por otra parte, supongo que conseguí una comida increíble y un viaje gratis en helicóptero. Aun así, nadie quiere sentarse en la parte de atrás de un coche, oliendo a sexo y llevando el mismo vestido de cóctel que la noche anterior, sin bragas porque las mías nunca volvieron a aparecer.

Abro la puerta de la habitación y me dirijo lentamente hacia las escaleras, pisando despacio mientras empiezo a bajarlas. El cristal frío me sienta de maravilla en las plantas de los pies llenas de ampollas, consecuencia de llevar esos tacones nuevos de tiras.

El aroma celestial del café flota en el aire y se me hace la boca agua al pensar en una taza de líquido caliente. Debe de haberse preparado algo antes de irse. Seguro que es demasiado esperar que dejara un poco en la cafetera para mí. Me vendría bien un poco de dosis de cafeína después de una noche tan larga.

El sonido del chisporroteo me llama la atención y, al llegar a la escalera inferior, mis ojos se dirigen hacia la cocina.

"Buenos días", dice Dimitri mientras echa una segunda cucharada de masa para tortitas en una sartén.

Debía de estar en un rincón de la cocina cuando me asomé por primera vez a la barandilla de la escalera. No le había visto.

Vestido con joggers negros y una camiseta de diseño de aspecto suave que se amolda a su cuerpo esculpido, parece perfectamente a gusto. Su pelo oscuro, con motas plateadas en las sienes, está despeinado de la mejor manera: grita sexo y aún no está peinado tras una noche de sueño.

"Espero que tengas hambre", dice, mirándome de reojo. Se le dibuja una sonrisa perversa en la comisura de los labios.

¿Me estaba preparando el desayuno? ¿Es esa la razón por la que no estaba en la cama conmigo?

Al pensarlo, mi cuerpo se calienta y en mi vientre nacen mariposas. Siendo una chef, nunca tengo el placer de que la gente cocine para mí. Roy siempre insistía en que mi comida era mucho mejor que la suya, así que siempre que comíamos juntos, era una comida hecha por mí. Y, de todas formas, la mayoría de las noches las paso trabajando en Le Fleur. Creo que desde que murió papá nadie me ha hecho una comida.

"No es que me queje, pero pareces demasiado elegante para desayunar", bromea Dimitri con ligereza mientras yo sigo congelada, buscando palabras.

Aún así, me quedo muda mientras intento hacerme a la idea de la realidad de mi situación. No solo Dimitri está aquí, preparándose el desayuno, sino que el hecho de que se haya quedado me llena de un alivio y una felicidad intensos que no estoy preparada para sentir.

No debería querer pasar tiempo con él. Es un asesino, por el amor de Dios. Pero el mero hecho de saber que bajó a prepararme una comida mientras me dejaba dormir... eso lo significa todo.

"Pareces sospechosamente dispuesta a escabullirte sin despedirte", observa mientras espolvorea arándanos frescos en cada tortita y luego les da la vuelta.

Se me escapa una risita nerviosa. "Lo siento. Supuse que te habías ido a trabajar".

La intensa mirada gris de Dimitri me evalúa mientras considera mi afirmación, y parece encontrar poco convincente mi explicación. Con un movimiento suave, desliza las tortitas terminadas en un plato junto al fogón. Luego deja a un lado la sartén y se acerca lentamente a mí.

Su rostro es depredador, sus ojos me siguen como si fuera su presa acorralada. Cuando rodea la encimera de la cocina, doy un paso atrás automáticamente, sintiendo un cosquilleo en los nervios cuando mis instintos me advierten de un peligro inminente.

Pero antes de que pueda girarme para huir, Dimitri acorta la distancia que nos separa en tres largas zancadas.

Se inclina con rapidez y me levanta con fluidez, echándose por encima de su hombro con el mismo movimiento que sus fuertes brazos se cierran alrededor de mis muslos.

"¿Qué haces?". Chillo, con el corazón saltándose a la garganta mientras me lleva como un saco de patatas hacia las escaleras.

Una mano fuerte me golpea el culo y me da un fuerte azote, y vuelvo a chillar mientras mi cuerpo se tensa de anticipación. El calor que irradia por mi piel me recuerda al día en que me tumbó sobre mi escritorio en el trabajo y me dio un buen azote en el culo.

No debería gustarme el castigo, pero hay algo en su dominación juguetona que me revuelve las entrañas.

El estómago me da un vuelco cuando subimos de nuevo a su dormitorio. El suelo se aleja de mí, cada vez más distante a cada paso que da. Colgada indefensa de su hombro, me agarro a su espalda musculosa.

Y entonces me lleva a través de la puerta de su dormitorio, encendiendo las luces mientras avanza.

Grito cuando me deposita sin ceremonias en la cama, dejándome sin peso un momento antes de que mi espalda toque el colchón. Reboto, jadeando, mientras me maravillo de la facilidad con que me zarandea, como si fuera poco más que una muñeca de trapo comparada con su inmensa fuerza.

Dimitri coge un mando a distancia de la mesita auxiliar y las persianas se abren susurrantes a mis espaldas, mostrando el horizonte de San Francisco, el muelle y la bahía.

"Quítate la ropa", ordena, volviendo a centrar su atención en mí. Sus ojos chisporrotean de una lujuria desenfrenada.

Me muerdo el labio y vacilo al mirarle.

Me observa atentamente, el calor de su mirada se vuelve impaciente cuando no me muevo para hacer lo que me dice de inmediato.

"¿Quieres que te ayude?", me ofrece.

Alarga la mano y me agarra por los pliegues de la falda. Jadeo cuando sus manos encuentran la abertura de mi vestido.

Y de un fuerte tirón, me la arranca.

Mi cerebro me dice que debería sentirme ofendida por la profanación de un vestido tan hermoso. Pero la lujuria carnal nubla mi pensamiento, desplegándose en mi vientre cuando él da otro fuerte tirón, abriéndome completamente el vestido para dejar al descubierto mi coño desnudo y mi lencería.

Con el aliento agitándose entre mis labios, me levanto lentamente de la cama mientras fijo mi mirada en la fundida de Dimitri. Y dejo que baje suavemente la tela por mis brazos.

El contraste de su violencia hacia el hermoso vestido azul y su tacto tierno cuando sus dedos empujan la suave tela sobre mis hombros hace que se me erice la piel de gallina.

La prenda arruinada cae al suelo, y una sonrisa perversa ilumina los ojos de Dimitri.

"¿Quieres que te ayude con esta también?", me ofrece diabólicamente.

Mis manos vuelan hacia los cierres de mi corpiño y aflojo los ganchos con destreza.

Un leve rugido de agradecimiento vibra en su pecho mientras la mirada de Dimitri recorre mi cuerpo desnudo. Sin embargo, no me toca. "Ahora, vuelve a la cama", me ordena.

Lo hago y me desplazo hasta el centro de la misma mientras le observo atentamente, con los músculos tensos y temblorosos por la excitación.

"Quédate", me advierte, con los ojos brillantes de lujuria mientras sus joggers se levantan, enseñando su polla que se hincha rápidamente. "Tengo planes para ti", promete en tono sombrío.

Me estremezco ante la mirada hambrienta de sus ojos.

Y entonces, sin decir nada más, se da la vuelta y se va.

DIMITRI

Nunca dejo que las chicas se queden a pasar la noche, pero no pude apartar las manos de Camille una vez que la llevé a mi habitación. Y para cuando terminé mi quinta ronda de sexo profundamente placentero con ella, ya era lo bastante tarde como para no poder ni pensar en llevarla de vuelta a Le Fleur.

Por no mencionar que la sensación de su cuerpo acurrucado contra el mío, con sus curvas amoldándose a mi costado, me llenaba de una intensa satisfacción, un placer que me hacía demasiado cómodo para dormirme.

Me levanté hacia las ocho de la mañana, con el aroma floral de su champú llenándome la nariz mientras ella utilizaba mi pecho como almohada. Había dormido toda la noche, abrazado a ella y estrechándola contra mí.

Al despertarme con una erección furiosa, tuve la tentación de despertarla y comérmela. Pero parecía tan tranquila, y la idea de cubrirla de nata montada antes de comérmela me parecía excesiva.

Así que, en vez de eso, la puse del otro lado y la acaricié suavemente hasta que volvió a dormirse. Luego bajé a la cocina.

Y ahora, mientras vuelvo a bajar para terminar de cocinar, estoy deseando terminar lo que he empezado. Camille tenía un aspecto tan deliciosamente tentador. Sus grandes ojos azules me miraban expectantes, con las piernas enroscadas debajo de ella, como una mascota dócil esperando su golosina.

Sé que ella no es nada dócil. Es una mujer explosiva, dispuesta a enfrentarse a mí cuando la mayoría de la gente cedería por instinto de defensa. Camille no. Me desafía de la forma más sexy, pisando el acelerador y tomando el control de la situación cuando se trata de algo que le apasiona. Como su restaurante.

Y, sin embargo, su lado más vulnerable, que vislumbré anoche - y de nuevo esta mañana - apela a mi necesidad instintiva de protegerla. No quiero que me tema, y me repugna físicamente la idea de hacer algo que pueda herirla.

Mientras preparo unas tortitas recién hechas, pienso en la imagen de ella bajando sigilosamente los escalones de mi habitación. Pude ver el rechazo escrito claramente en su cara. Y aunque se lo quitó de encima, diciendo que creía que me había ido a trabajar, pude ver su tristeza.

Me molesta más que un poco que piense que soy capaz de traerla a mi apartamento, pasar esa noche con ella y simplemente salir por la puerta sin siquiera ofrecerme a llevarla. Puede que sea un capullo cuando se trata de chicas, pero ni siquiera yo soy tan despiadado.

Me concentro en cocinar y termino el único desayuno que he convertido en un arte. Luego, con una bandeja cargada de platos de tortitas, un cuenco de fruta fresca, un bote de nata montada, sirope y dos tazas de café, me dirijo de nuevo escaleras arriba hacia la provocativa mujer que espera en mi dormitorio.

Camille está exactamente donde la dejé, con una almohada a la espalda, las piernas enroscadas debajo de ella mientras sujeta otra almohada contra el pecho.

Sus labios se separan con asombro ante la decadente bandeja que he colocado en medio de la cama.

"Has hecho hasta lo imposible", observa con aprecio, incorporándose con cuidado sin estropear el café.

"Pensé que desayunar en la cama sonaba bien", afirmo. Aunque, en realidad, mis pensamientos habían empezado en un lugar mucho menos inocente. Esto es solamente el principio. Pienso aprovechar al máximo el estado de desnudez de Camille.

"Gracias", dice ella, con una sonrisa cálida, mientras se pone manos a la obra para untar sus tortitas de arándanos con mantequilla y luego cubrirlas con sirope.

Sigo su ejemplo y corto las tortitas, pero espero su reacción antes de darles un mordisco.

"Mmm", gime Camille, con los hombros caídos y los ojos cerrados en un gesto que estoy aprendiendo rápidamente que significa aprobación. "Vale, ¿cómo es que nunca antes habías mencionado ser un maestro de los desayunos?", exige. "Están perfectamente cocinados, y esos arándanos explotan en la lengua".

Me río entre dientes, enarcando una ceja por lo sugerente de sus palabras. Un suave rubor tiñe las mejillas de Camille, que parece darse cuenta también.

"Es casi mi único fuerte en la cocina, pero creo que las tortitas son el nivel justo de desafío para mis habilidades".

Se ríe, con un sonido suave, cálido y almibarado. "Bueno, yo crecí cocinando crepes, así que cualquiera que pueda cocinar una tortita hasta el final sin quemarla tiene un talento considerable en mi libro".

Camille se mete una fresa en la boca y la mastica con ilusión. Su amor por la comida se refleja en cada bocado que da, en la forma en que saborea cada alimento antes de tragarlo. Así es como yo quiero degustarla a ella.

Tiene la almohada bien colocada sobre el regazo, cubriéndole los pechos mientras come, y yo lucho contra la tentación de quitársela. Quiero dejar que disfrute de su desayuno antes de

ponerme a comer como es debido.

Sorbe el café educadamente, parece satisfecha con la moderada cantidad de nata y azúcar que le pongo. La próxima vez que le prepare el desayuno, sabré cómo le gusta.

Después de comerse la mayor parte de la comida, Camille suelta un suspiro de satisfacción y deja el tenedor. "Es el mejor desayuno que he tomado en mucho tiempo", dice.

"Bueno, no te impresiones demasiado. Esto es todo para mí", bromeo.

Camille ladea la cabeza, interrogante, y sus ojos miran las dos tazas de café y el plato casi vacío. La confusión se dibuja en su rostro.

Suelto una risita tenebrosa y me acerco a la bandeja para coger la almohada que tiene pegada al pecho, apartándola con disimulo. "Me he expresado mal. Lo que quería decir es que esto es exclusivamente para mi beneficio".

Recojo la bandeja y la traslado a una mesa auxiliar. Luego, dándome la vuelta, agarro a Camille por los tobillos y tiro de ella por la cama hasta que queda extendida ante mí como una mesa sexy y voluptuosa.

Sus pechos se hinchan, mientras ella respira agitadamente, y sus pezones se fruncen como dos hermosos picos de montaña.

"¡Dimitri!", jadea mientras me despojo rápidamente de la camisa.

Selecciono una frambuesa que aún queda en el frutero y se la pongo delante de los labios.

La excitación parpadea en los ojos azules de Camille, y su exasperación se transforma en silenciosa expectación cuando toma delicadamente la baya de mis dedos con los labios y la mastica lentamente.

Luego cojo la nata montada, le quito la tapa y agito el bote de aerosol.

Camille suelta una risita, y el ligero sonido brota de ella como una fuente, mientras le echo un chorro de la golosina azucarada en cada uno de sus pezones. A continuación, trazo lentamente una línea por el centro de ella, siguiendo entre sus pechos y bajando por su vientre hasta el ombligo. Luego bajo y añado una generosa cantidad en la punta de los muslos.

Termino acercándole la boquilla a la boca y ofreciéndole a Camille una probadita. Ella separa los labios seductoramente, aceptando la oferta, y le echo un chorro de crema blanca en la lengua. Ella gime agradecida, y verla tragar la dulce crema hace que me duela la polla.

Quiero tener esos labios jugosos alrededor de mi pene, verla tragar mi crema y gemir como si fuera tan buena como una toallita roja.

Asomándome, beso el azúcar de sus labios y meto la lengua en su boca para compartir el sugerente manjar. Me trago su suave gemido cuando los dedos de Camille se enredan en mi pelo y sus uñas rozan ligeramente mi cuero cabelludo.

Su mano, firmemente enredada en mis mechones, la sigue mientras me concentro en la nata montada que forma picos alrededor de sus pezones.

Mi pulso se acelera cuando su respiración se vuelve rápida y superficial, y sus pechos suben y bajan de forma espectacular. Chupo la nata azucarada de sus pezones tensos y me deleito con sus gemidos, retorciéndose debajo de mí. Una vez que los duros guijarros de sus finas tetas están immaculados, paso a la línea de glaseado blanco que recorre todo su cuerpo.

"Oh, Dios, qué bien sienta", jadea mientras chupo la crema de su cuerpo, centímetro a centímetro, y luego la lamo hasta dejarla limpia.

"Mmm, sabe aún mejor, te lo aseguro", me burlo.

Los dedos de Camille se aprietan convulsivamente en mi pelo, tirando de las raíces, mientras muevo el cuerpo y me coloco entre sus piernas. Agarrándola firmemente por las rodillas, separo sus muslos, dejando al descubierto su delicioso coño, ya reluciente por su excitación.

Una pequeña montaña de nata montada aún me espera en su clítoris, y me inclino hacia delante, separando aún más sus muslos para poder sorber la dulzura azucarada de su cuerpo.

Camille gime, su cabeza cae hacia atrás y sus hombros se levantan de la cama al contacto repentino de mis labios sobre el sensible bulto.

El sabor de sus jugos se mezcla con el azúcar dulce de mi lengua mientras recorro su sexy hendidura. Aspirando agitadamente, Camille se estremece deliciosamente bajo mis manos cuando paso de comerle cosas a comerle el coño.

Me encanta que, a pesar de que anoche me la follé hasta la saciedad, esta mañana aún esté deseosa de más. Mojada y preparada para mí por haberme dejado comerle nata montada.

Rodeando su clítoris con la lengua, me burlo de Camille, y mis pelotas se tensan al oír sus gemidos. Es la más sexy de las codiciosas, hambrienta de mis caricias y sedienta de liberación.

Alcanzo sus muslos y subo las manos por sus costados hasta encontrar sus pechos. Y mientras la penetro con la lengua, le acaricio las tetas.

"¡Joder!", jadea, con las paredes contraídas mientras la acaricio hasta el fondo y chupo suavemente los labios de su coño.

Encuentro las tensas protuberancias de sus pezones y, esta vez, los pellizco y los hago rodar entre mis dedos, arrancando de sus labios un grito de éxtasis cargado de dolor. Un instante después se libera, y una nueva oleada de jugos me cubre la lengua y la barbilla mientras su clítoris se retuerce contra mi boca.

Su coño palpita, apretándose una y otra vez como si suplicara la polla con la que pretendo llenarla momentáneamente.

Volviendo a apoyarme en las rodillas, me quito los joggers y los tiro a un lado desordenadamente. Luego vuelvo a la dulce línea de sus tentadoras piernas abiertas.

Lamiendo y chupando mi camino de vuelta por su cuerpo, encuentro los labios de Camille. Me besa ferozmente, su lengua penetra en mi boca con un hambre exigente que me hace desearla aún más.

Meto los brazos por debajo de su cuerpo y ruedo hasta que Camille está encima, y su aspecto es

absolutamente deslumbrante cuando se echa hacia atrás para sentarse a horcajadas sobre mí. Apartando sus espesos rizos hacia un lado con un brazo, me observa con una mirada ardiente.

Me toca el pecho con las manos y sus dedos se extienden por mis pectorales mientras gira las caderas sobre mí. La resbaladiza humedad de sus pliegues acaricia mi dura longitud mientras cabalga sobre mi polla, aprisionándola entre mi abdomen y su cálido y tentador coño.

El fuego baila en su mirada mientras la agarro firmemente por las caderas, aplastándola contra mi erección, y casi me corro por la forma tan sexy en que me joroba, como si me provocara con el verdadero placer que está por llegar.

"Dime lo que quieres", respira, volviendo mis palabras contra mí. Y pienso que podría ser la criatura más gloriosa que jamás haya visto.

"Quiero ver cómo utilizas mi polla como tu consolador personal, kotenok", gruño. "Quiero que me cabalgues hasta el olvido".

Camille se lleva el labio inferior entre los dientes y se levanta sobre las rodillas para meterse entre nosotros. Sus ojos atrapan los míos con una mirada lujuriosa mientras alinea la cabeza de mi polla con su entrada.

Y entonces se desliza sobre mi dura polla. Siento cada centímetro resbaladizo y tortuoso de ella mientras se sienta lentamente sobre mí. No se detiene hasta que esté hasta el fondo. Mis músculos vibran de tensión ante la sensación celestial de su coño envolviéndome, su cuerpo curvilíneo en plena exhibición.

Sus gruesos muslos se abren para acogerme, y su culo es tan fácil de agarrar que no puedo resistirme. Vuelvo a pasarle las manos por las caderas y aferro su trasero, lo bastante como para tragarse mi polla.

Camille arquea la espalda mientras peina sus gruesos mechones con los dedos, una imagen de placer erótico mientras empieza a mover las caderas. Un gemido sale de sus labios cuando mi dura polla entra y sale de su apretado vientre, y un gruñido retumbante resuena en mí como respuesta.

Esta chica es Afrodita en carne y hueso, que ha venido a tentarme de una forma que hasta ahora no sabía que necesitaba. Pero cada segundo que estoy con Camille, me vuelvo más y más adicto. Como un drogadicto que necesita desesperadamente una dosis, no puedo dejar de desearla.

Y solo cuando estoy profundamente enterrado en su coño siento el embriagador alivio que necesito.

"Eres tan jodidamente sexy", ronco, amasándole el culo, y cuando se inclina hacia delante para apretarme los pechos, le doy un fuerte azote.

El coño de Camille se tensa deliciosamente a mi alrededor mientras gime.

Luego me agarra la nuca y se inclina para besarme.

"Otra vez", suplica contra mis labios.

Y le azoto la otra mejilla redonda.

Camille me besa profundamente, me agarra por la nuca y me sienta. Y mientras le rodeo la cintura con los brazos, empieza a mecerse contra mí con fuerza.

Rechinando su clítoris contra mi cuerpo, gira las caderas para meterme la polla hasta el fondo y luego vuelve a sacarla. La forma en que me cabalga es segura y provocativa, con sus pechos apretándose firmemente contra mí a cada empujón, sus caderas ondulando, mostrando su flexibilidad y fuerza.

¿Dónde ha estado esta chica toda mi vida? No lo sé, pero ahora me consume. Su apretado coño absorbe cada centímetro de mí mientras me folla lenta pero duramente. Cambio de brazo y rodeo sus caderas con otro mientras la atraigo con más fuerza hacia mí. Empujo hacia arriba, hundiéndome más mi polla con cada movimiento de sus caderas.

"Voy a correrme", gime Camille, sus caderas se mueven con más fuerza mientras su coño se aprieta a mi alrededor.

Me inclino hacia ella, aprisiono su pezón entre los dientes y, como si pulsara un botón, explota a mi alrededor. Chupo con fuerza la carne tensa, haciéndola gemir mientras se retuerce con fuerza, agarrando mi erección como si nunca fuera a soltarla.

Su orgasmo me llena de un placer atroz, y me esfuerzo por aguantar mi carga un poco más. Cuando se calman las últimas réplicas, vuelvo a ponerme encima de Camille.

Ella se aferra a mí, parece haber comprendido cómo nuestros cuerpos pueden moverse juntos. Y mientras ella se tumba boca arriba, yo me arrodillo, levantando sus caderas para cambiar el ángulo.

CAMILLE

"¡O h, Dios!" Gimo mientras Dimitri empuja dentro de mí, golpeando mi punto G.

"Di *mi* nombre", me recuerda con un gruñido.

Porque ahora él es mi Dios. Lo sé sin ninguna duda.

Manteniendo mis caderas en alto, golpea sin piedad mi coño.

"Oooo, Dimitri", gimo entre dientes apretados, con los ojos en blanco cuando el placer se vuelve casi demasiado intenso. Mis dedos se enroscan reflexivamente en las sábanas mientras un hormigueo de euforia me recorre la columna vertebral.

Cambiando de posición para sujetarme con un brazo, Dimitri presiona la yema de su pulgar contra mi clitoris, estimulándome con lentos círculos mientras me penetra profundamente. "Buena chica, malen'kiy kotenok", me elogia, recompensándome por decir su nombre.

Tiemblo violentamente, con el cuerpo totalmente agotado por las veces que me he corrido en las últimas veinticuatro horas. He perdido la cuenta. Solo sé que soy como masilla en sus manos divinas. Conoce cada punto y cada ángulo que me vuelve loca.

Esta nueva posición me aprieta el coño, intensificando la fricción entre nosotros, aunque la excitación de mis dos primeros orgasmos le permite deslizarse dentro de mí con facilidad. La tensión se acumula en la base de mi cuello, enviando un hormigueo de euforia a mis extremidades.

Y aunque acabo de correrme, sé que estoy a punto de tener un tercer orgasmo en cuestión de minutos.

Dimitri gruñe y abro los ojos para contemplar su rostro cincelado. Veo la tensión de sus músculos, las líneas tensas de su cuello. Él también está cerca.

Una vertiginosa expectación me calienta el alma al pensar que volveré a sentir cómo se corre dentro de mí. Me encanta su liberación palpitante, que iguala la potencia de la mía y me empuja a correrme con más fuerza mientras me llena.

Pellizcándome el clitoris entre el dedo y el pulgar, Dimitri hace rodar el pequeño manojito de

nervios, exigiendo mi liberación. Y la intensidad de mi orgasmo estalla en la parte posterior de mis párpados mientras veo estrellas.

Mi clítoris se retuerce exhausto mientras mis paredes se aprietan en torno a su polla, ordeñándolo hasta su propia liberación. Su longitud de hierro se hincha y palpita antes de estallar dentro de mí, vertiendo esperma caliente en lo más profundo de mi coño.

Gimo mientras palpitamos juntos, mi cuerpo guiándole cada vez más hacia mis profundidades.

Y Dimitri me penetra de golpe, con su pelvis aplastando mi clítoris mientras sus caderas se sacuden erráticamente.

"Joder", gime, y me deja caer sobre la cama mientras sale de mí.

Suspiro satisfecha, mirando a Dimitri con los ojos encapuchados. Nunca en mi vida había disfrutado tanto del sexo. Podía perderme en su euforia, caer en el placer como la más dulce y fresca primavera en un caluroso día de verano.

Inclinándose sobre mí, Dimitri me roba un beso rápido y luego rueda fuera de la cama.

"¿Adónde vas?", pregunto somnolienta, con los pensamientos de mi sexo nublándose el cerebro.

Suelta una risita grave y estruendosa y se dirige al baño. "A la ducha. ¿Quieres acompañarme?"

Tarareo agradecida ante la idea de ver el agua mojando su musculoso cuerpo, aunque me cuesta imaginármelo más sexy de lo que ya está. Y lavar de mi cuerpo los restos pegajosos de su tentempié de nata montada suena bien.

Rodando perezosamente sobre un costado, me dispongo a bajar de la cama.

Mis ojos encuentran el reloj que descansa sobre la mesilla de noche y, en un instante, todos los pensamientos sobre sexo desaparecen de mi mente.

"¡Mierda!", jadeo, súbitamente despierta, mientras corro hacia la ducha.

"¿Va todo bien?", me pregunta, y su rostro muestra una leve diversión al levantar las cejas y curvar los labios.

"Llego tarde", le digo, sorprendida de que ya sean más de las once. "Llego muy, muy tarde".

¿De verdad el desayuno y el sexo han durado más de dos horas?

He perdido completamente la noción del tiempo.

Dimitri se hace a un lado mientras me meto en la ducha, y agradezco su agua caliente instantánea.

"Entonces... ¿nada de sexo en la ducha?". Bromea Dimitri.

Le lanzo una mirada estruendosa. "Ni siquiera tengo tiempo de volver a mi apartamento". Se me cae el estómago al darme cuenta de que no tengo nada que ponerme porque mi vestido está hecho jirones en el suelo de su habitación.

Me da una toalla mientras salgo de la ducha más rápida de mi vida: un lavado rápido con su

jabón corporal maravillosamente picante seguido de un enjuague frenético. Luego desaparece del cuarto de baño.

Sigo a Dimitri al dormitorio mientras se dirige a su armario. Y mientras él ordena su ropa, yo me ajusto rápidamente el corpiño a la cintura. Vuelve hacia mí un momento después con una camisa de vestir azul a rayas y un cinturón de cuero.

"Ponte esto", me ofrece.

Y estoy tan desesperada que no me niego. Me encojo de hombros dentro de la camisa extragrande y la abotono rápidamente al mismo tiempo que él remanga las mangas. Luego me ciñe el cinturón alrededor de la cintura, dándome un vestido túnica impresionantemente adecuado para lo que tenemos a mano.

"Creo que podría tener leggings en el coche", me doy cuenta mientras me inunda el alivio. Aunque no es mi estilo típico, estoy agradecida por tener un conjunto que ponerme. Y por muy humillante que sea atravesar el vestíbulo de Dimitri con algo tan corto, tendrá que servir.

"Bueno, pues vamos a ello", me dice, con una sonrisa que se dibuja en su ridículamente atractivo rostro. Dimitri coge del suelo sus joggers y su camiseta y se viste mientras salimos por la puerta.

Entramos en el ascensor y empezamos a descender hacia el vestíbulo antes de darme cuenta de que aún no llevo bragas. Me muerdo el labio y miro el dobladillo de la camisa de vestir para ver si me cubre el culo por completo.

Apenas, con uno o dos centímetros de sobra. Dios mío.

Dimitri toma nota de mi inspección y una risa oscura sale de su garganta. "Creo que esas bragas pueden ser el mejor recuerdo que haya recogido nunca", observa juguetón.

Y antes de que me lo piense dos veces, le doy una ligera palmada en el hombro.

Se ríe, sin inmutarse por mi mal genio, y tira de mí bruscamente contra él mientras me toca el culo por encima de la larga camiseta. "Nadie se dará cuenta cuando lleves leggings", señala.

"Si llevo leggings", matizo, rezando a los dioses del karma para que el par que tiré en el asiento trasero siga ahí. A principios de año metí ropa de deporte en el coche con la esperanza de que me ayudara en mi propósito de Año Nuevo de ir más al gimnasio. Está claro que no ha funcionado.

Dimitri me suelta cuando se abren las puertas del vestíbulo, y yo, cohibida, le bajo la camisa por las caderas mientras me escabullo hacia la puerta.

Llegamos a Le Fleur a tiempo, Dimitri experimenta la velocidad y agilidad de su coche antes de detenerse justo detrás de mi pequeño Volkswagen Escarabajo verde.

"Gracias por esta noche tan divertida", le digo efusivamente cuando se detiene en la acera. "Y por el conjunto".

"El placer es mío", dice Dimitri. "¿Nos volveremos a ver pronto?"

"Ajá". Acepto, saliendo de su coche mientras intento no llamar la atención a nadie.

Su motor ronronea tranquilamente mientras él espera a que desbloquee el coche y me deslice en

el asiento trasero.

¡Aleluya! Tengo leggings, pero no calcetines ni zapatillas. Con suerte, habré escondido algo en mi despacho. Lo hago a veces, en las raras ocasiones en que tengo una reunión de negocios antes de una noche de trabajo en la cocina.

No me molesto en quitarme los tacones, me subo los leggings por encima de las caderas y me aliso el conjunto mientras salgo del coche. El Lamborghini negro de Dimitri sigue al ralentí detrás de mí, y lo saludo con la mano mientras me dedica una sonrisa.

Cuando me apresuro a cruzar las puertas de Le Fleur, su coche se aleja suavemente, incorporándose al tráfico. Y no tengo tiempo de procesar todo lo que ha ocurrido en las últimas veinticuatro horas.

"Bueno, hola", me saluda Hannah, con voz burlona mientras me mira de arriba abajo.

Echo un vistazo a la ridícula combinación de tacones altos, pantalones deportivos y una camisa de vestir que me queda cinco veces grande. No hay muchas cosas en este mundo que me hagan sentir pequeña, pero de repente me doy cuenta de lo grande que debe de ser Dimitri.

"Hoy estás... guapa", me dice con tacto, con una sonrisa que le parte la cara. "¿Has salido un poco tarde?"

"Cállate", le digo sin rodeos, y me dirijo a mi despacho. "Lo siento, llego tarde", añado por encima del hombro.

Hannah me sigue, no dispuesta a dejarme ir tan fácilmente. Uno pensaría que la única ventaja de no tener padres vivos es que podría salir indemne de un paseo de la vergüenza. Pero no, siendo Hannah mi mejor amiga. Es más como una hermana para mí, y cuando se trata de bromas, sabe cómo hacerme sonrojar.

"¿Soy yo, o te has hecho algo diferente en el pelo?", pregunta, mientras sus ojos peinan lo que estoy segura que debe ser un nido de ratas. "¿Y hueles diferente? Además, ¿es una camisa nueva? Es mona, una especie de... ¿elegante informal? ¿Relajada chic?", bromea, cerrando la puerta del despacho tras de sí mientras yo me escondo detrás de mi mesa para buscar unos zapatos.

Levanto la cabeza por encima de la superficie plana y recuerdo que Dimitri y yo también nos acostamos allí. "¿Qué eres, la policía de las preguntas? Si quieres saberlo, pasé la noche en casa de Dimitri", le digo.

Hannah parece ligeramente sorprendida, su expresión burlona se desinfla un poco. "¿Te acostaste con él? ¿No era tu primera cita?"

Teniendo en cuenta mi falta de relación durante toda la universidad y el tiempo que tardamos Roy y yo en alcanzar ese nivel de intimidad, no me sorprende que se muestre incrédula. En circunstancias normales, estaría de acuerdo. Dimitri y yo vamos mucho más rápido de lo que estoy acostumbrada.

Pero estas no son circunstancias normales. Y mi relación con Dimitri es cualquier cosa menos normal. Suspiro pesadamente, dejándome caer en mi asiento rodante mientras me resigno a contarle a Hannah lo que realmente está pasando. Al diablo con llegar tarde. Si la cocina no se ha

puesto ya las pilas, unos minutos más no van a ser suficientes para salvarme el día.

"Quiero decir, no es que te esté juzgando, Cami. No me malinterpretes. El tipo es guapísimo, rico, encantador y muy persistente. Lo que pasa es que normalmente no eres el tipo de chica que se lanza de cabeza a ese tipo de cosas" Hannah viene a sentarse en el borde de mi escritorio, con cara de auténtica preocupación.

"No, tienes razón", digo vacilante, mirándola a los ojos con gran desgana.

Ella espera pacientemente a que continúe, con su mirada color avellana observándome atentamente.

"Vale, pues esto es lo que hay, ¿sabes que estoy casi segura de que Roy fue asesinado?". le pregunto.

"¿Sí?" dice Hannah lentamente, su tono me dice que no ve qué relación tiene eso.

"Bueno, al parecer, era un completo cabrón que pidió un préstamo a un importante banco de propiedad rusa. Puso a Le Fleur como garantía y falsificó mi firma. Luego se jugó todo el préstamo", dije.

"No puede ser", argumenta Hannah. "Eso es totalmente ilegal".

"Sí, bueno, Dimitri parece creer que el contrato es bastante vinculante. Y ahora que Roy está muerto...".

Hannah jadea. "¿El banco ha venido a por tu restaurante?"

"Aparece Dimitri Federov, copropietario de Federov Capital".

Hannah se queda boquiabierta. "¿Es banquero?"

"Bueno, su familia es propietaria del banco. Es más bien un experto en adquisiciones empresariales. Y se ofreció a comprarme Le Fleur en vez de dejarme pagar el préstamo".

"Guau, guau, guau", dice ella levantando las manos. "¿Estás pensando en pagarle a este tipo? ¿Por un préstamo que ni siquiera firmaste?"

"No sé qué más hacer, Hannah. Es decir, creo sinceramente que podría haber matado a Roy porque este dejó de pagar su deuda. Y ahora viene a por mí. Mi negocio".

"Esto es cosa de la mafia, ¿no? Tienes que ir a la policía con esto", insiste.

"¿Y decirles qué exactamente? *Hola agente, ¿se acuerda de mí? La chica cuyo novio murió en el incendio de una casa. Sí, bueno, estoy bastante segura de saber quién lo asesinó y, por cierto, el responsable resulta ser un hombre de negocios muy importante. Puede que hayas oído hablar de él. Es dueño de casi la mitad de los restaurantes de San Francisco. Además, me está chantajeando por mi restaurante. Sí, tiene un documento de aspecto muy oficial que dice que es suyo por derecho. Sí, tiene mi firma, pero juro que no acepté el préstamo. No, en realidad no puedo permitirme pagarlo, pero eso no me motiva en absoluto para hacer creer que es responsable de la muerte de mi novio. Ah, y por cierto, no necesitas pruebas que lo demuestren ni nada de eso, ¿verdad? Estupendo*". Le lanzo a Hannah una mirada plana.

"Pues joder", murmura ella, con los hombros caídos. "Pero espera, ¿por qué demonios vuelves a acostarte con ese imbécil? Me parece que deberías estar corriendo hacia el otro lado".

"Pruebas", afirmo tajante. "Quiero ir a la policía, y estoy segura de que si puedo demostrar que mató a Roy creerán que el contrato era falso. Pero hasta entonces, intento ganar tiempo y acercarme lo suficiente a Dimitri para averiguar qué ocurrió realmente."

"¿Ese es tu plan?", pregunta incrédula.

"Funcionará", insisto. "Ya está empezando a abrirse a mí. Y no es que me guste Dimitri ni nada de eso. Pero fingir que me gusta puede ser la única forma de salir de esta sin perder a Le Fleur". Se me retuercen las tripas cuando las palabras salen de mi boca. Porque, sinceramente, ya no estoy tan segura de que sean del todo ciertas. Al menos la parte de que me gusta Dimitri.

Después de lo de ayer, me siento como si estuviera caminando por la cuerda floja, peligrosamente cerca de caerme mientras intento mantener la vista en el objetivo final, al otro lado.

Hannah suspira pesadamente, se levanta del escritorio y me tira de la silla. "Por favor, prométeme que tendrás cuidado. Este tipo parece peligroso. Quiero decir, si Dimitri es capaz de matar a Roy y descubre lo que estás haciendo... No vayas a hacer que te maten, ¿vale?".

Trago saliva cuando Hannah me recuerda lo mucho que hay en juego. "Tendré cuidado. Te lo prometo", le digo.

Y cuando me abraza, le doy un apretón de agradecimiento. Me alegro de haberle dicho la verdad, pero ahora más que nunca me doy cuenta de que necesito mantener la concentración. No puedo perderme en mis sentimientos por Dimitri. No con mi vida y mi sustento pendiendo de un hilo.

DIMITRI

Mirando por la ventana desde el piso 50, apoyo la barbilla en la palma de la mano mientras por mi mente pasan imágenes de Camille. Su cuerpo curvilíneo desnudo ante mí, el arco de su cuello al encontrar su liberación, la O perfecta de sus labios carnosos al deshacerse a mi alrededor.

El sexo con ella es de otro mundo.

Pero no es lo único que me atrae de ella. La chica es una belleza natural, seguro. Y, sin embargo, no parece tener el ego que suele acompañar a un rostro como el suyo. Es humilde, incluso tímida.

Hasta que haga realidad su deseo.

Entonces se convierte en una reina de la confianza, su apetito supera cualquier pudor mientras desata una fuerza y una sensualidad de otro mundo. Me encanta excitarla y dejarla libre para que sacie sus necesidades.

Y su tenacidad. No es casualidad que tenga tanto éxito como joven chef y empresaria. Mientras que la mayoría podría ceder ante la presión que soporta, Camille parece soportarla con orgullo.

Cuanto más aprendo sobre Camille, más quiero descubrir.

Entró en mi vida como un fuego artificial y ha captado mi atención como ninguna chica lo había hecho antes. Me está volviendo loco.

Quiero volver a verla.

"Dimitri", gruñe Maksim, reclamando de nuevo mi atención.

"¿Hmm? Perdona", me siento en la silla, apartando los ojos de la ventana y de la distancia media en la que encontré la tentadora imagen de Camille en mi cerebro.

"He preguntado cómo iban las cosas con la adquisición de Le Fleur", afirma mi hermano mayor, su expresión tormentosa demuestra claramente su irritación conmigo.

No es que pueda culparle. Mi atención ha sido totalmente inexistente durante todo el día.

Pero ahora, de repente, soy todo oídos. Se me hace un nudo en el estómago al mencionar el restaurante de Camille y la conversación que sé que se avecina. Prometí a mis hermanos un restaurante y un trato hecho durante nuestra última reunión. Y hasta ahora, he fracasado en ambos aspectos. Miserablemente.

Pero la historia de Camille sobre por qué abrió Le Fleur me conmovió, y ahora me cuesta hablar de comprárselo, como si algo por lo que se preocupa tan profundamente no fuera más que otra estrategia empresarial de la familia Federov. Incluso sacar el tema me hace sentir como si deshonrara la memoria de su padre.

Y está claro que le quiere más que a nada. Porque por él lucha con uñas y dientes para quedarse con Le Fleur.

"¿Qué te pasa hoy?" exige Maksim. "Es como si estuvieras a cientos de kilómetros de distancia. Te hago una pregunta, te la repito y sigues sin responder. Bien podría estar discutiendo nuestra cartera con una pared".

"Quizá sea la chef", sugiere Alexei, dando en el clavo.

Y de repente, estoy a la defensiva, erizándome cuando mi hermano pequeño pone el dedo en mi llaga. Puede detectarlo con la aguda precisión de alguien que me conoce de toda la vida, o al menos de toda la suya. Y no tiene miedo de tocarme las narices como haría la mayoría de la gente de San Francisco.

"¿Qué sabrás tú de eso?", pregunto bruscamente, moviéndome en la silla mientras considero cualquier opción viable para salir de aquel tema insoportable.

"¡Oh-ho!", se burla Alexei, apartándose de mí al percibir la ira que hierve en mi pecho. "Creo, Maksim, que nuestro hermano puede haber encontrado por fin la horma de su zapato. Nunca antes habías tardado tanto en cerrar un trato, Dimitri. ¿Significa eso que tus sentimientos por el chef se interponen en tu gran cerebro empresarial?".

"¿Por qué parece que estas reuniones siempre acaban en burlas infantiles entre hermanos?", exijo.

Frunzo el ceño ante Alexei y me niego a responder a su astuta observación. Porque el efecto de Camille sobre mí tiene todo que ver con el motivo por el que no he cerrado el trato. *Le dije que no hablara de negocios en nuestra cita. Creo que nunca antes había pronunciado esas palabras. A nadie.*

Pero ahora que sé lo mucho que el restaurante de Camille significa para ella, me siento aún menos inclinada a volver a sacar el tema de la compra.

"¿Es eso lo que pasa?", exige Maksim, inclinándose hacia delante en su silla.

Me vuelvo para estudiar a mi hermano mayor, sus afilados ojos grises son iguales a los de nuestro padre, su expresión severa es como una imagen especular de nuestro anciano.

Quiero negarlo, decirles a los dos que pueden irse al infierno por dudar de mi capacidad para cerrar un trato. Pero después de mi noche con Camille, no estoy seguro de poder hacerlo. Y lo mejor es sincerarme con ellos ahora, ser transparente con mis hermanos, porque esto también es asunto suyo. Y mis decisiones les afectan tanto como a mí.

Aun así, aunque decida no cerrar el trato con Camille, no dejaré que Maksim intervenga para hacerlo por mí. En esto, respetaré mi decisión. Me aseguraré de ello.

"Sí", afirmo simplemente.

No necesitan oír el cómo ni el porqué de todo esto. Solo que mis sentimientos por Camille están obstaculizando mis intenciones de cumplir el contrato.

"¿De verdad?". La expresión severa de Maksim cambia a una leve sorpresa. Sus oscuras cejas se arquean y la tensión de sus hombros se relaja.

Entonces, para mi asombro, empieza a sonreír.

"Bueno, me alegro por ti si realmente has encontrado a una chica con la que vas en serio", afirma, su tono cambia para coincidir con su expresión. "Empezaba a preguntarme si alguna vez sentarías la cabeza".

"No todos enganchamos a una modelo y le proponemos matrimonio a las seis semanas, Maks", señala Alexei, poniendo los ojos en blanco ante el impulsivo romance de Maksim con Symphony.

Maksim lanza a nuestro hermanito una mirada fría antes de volver a centrar su atención en mí.

"No sé si me atrevería a decir que ya he sentado la cabeza", te explico. "Hemos tenido una cita. Pero admito que estoy en territorio desconocido con esta chica. Es... diferente".

Y con eso quiero decir interesante. Atractivo. Auténtica. Alguien dispuesta a luchar por lo que le importa. Y dispuesta a lanzar bolas curvas. Puede que yo llegara a la situación en el bando opuesto al de Camille, pero en algún momento, no solo consiguió ponerme de su lado. Me ha hecho preguntarme qué es lo que la mueve.

"Bueno... eso es estupendo", reconoce Maksim, aparentemente dispuesto a conceder el tema sin discusión.

No me lo esperaba.

"Estupendo", afirmo.

"Sí, genial", interviene Alexei, con un tono juguetonamente burlón.

"¿No tienes alguna cinta de seguridad que revisar o algo así?". exijo, mirándole de reojo.

Alexei se encoge de hombros. "Pero entonces, ¿quién haría el importantísimo trabajo de atormentarte?".

Gruño de frustración y vuelvo a mirar a Maksim, cuya expresión ha vuelto a ser seria.

"Eso sigue sin darme una respuesta sobre lo que va a pasar con el restaurante", afirma.

Y así, sin más, mi temperamento se levanta de nuevo.

"¡Por el amor de Dios!" espeto, levantándome de la silla y lanzándola al otro lado de la habitación. "Si el préstamo es tan jodidamente importante que no podemos asumir pérdidas por esta vez, entonces lo cubriré con dinero de mi cuenta personal".

Maksim y Alexei me miran atónitos. Ninguno de los dos dice una palabra.

No creo que esperaran que respondiera con tanta contundencia.

La verdad es que yo tampoco me lo esperaba.

Pero acabo de admitir que siento algo por esta chica, y mi hermano solo piensa en el resultado final. No parece importarle una mierda que quitarle el restaurante a Camille pueda destruir mi relación con ella.

No es que me haya tomado la molestia de explicárselo a Maksim.

Pero mi temperamento está al rojo vivo y parece que no puedo refrenarlo. "¿Sabes qué? Ya he terminado por hoy. El resto podéis resolverlo entre los dos. Pero no toques el puto restaurante. Es mío".

Entonces me dirijo furiosa hacia la puerta.

"Dimitri", me llama Maksim.

"¡Eh, vamos! No seas tan sensible", añade Alexei.

Pero cierro la puerta tras de mí y me dirijo a los ascensores.

No suelo ser propenso a la teatralidad, pero cuando se trata de Camille, empiezo a darme cuenta de que no todo lo que hago es del todo cuerdo. Quiero ver adónde llegan las cosas entre nosotros, y estoy dispuesto a hacer lo que haga falta.

Si eso significa comerse una deuda de quinientos mil dólares, estoy dispuesto a hacerlo. Porque después de saber más sobre quién es y cómo llegó a ser la persona que es hoy, me siento menos inclinado a intentar quitarle su restaurante.

Y estoy luchando, ahora más que nunca, con la idea de hacerle pagar la deuda de su novio muerto cuando, en primer lugar, ni siquiera sabía que existía.

CAMILLE

Es un ajetreo largo y duro, la parte delantera de la casa abarrotada y la cocina ocupada. Y de pie frente a la parrilla, estoy chorreando sudor durante casi toda la noche. Para cuando se cierra la cocina, estoy agotada. No ayuda el hecho de que mis músculos hayan necesitado un tiempo de recuperación importante tras mi cita con Dimitri.

Los dos primeros días, me sentí como si me hubiera puesto a levantar pesas, pero ahora, al tercer día, mis dolores y molestias han empezado a desvanecerse. Las imágenes calientes de nuestra noche juntos, menos.

"¡Uf!", dice Louis, secándose la frente y mostrándome una sonrisa mientras empieza a limpiar la cocina.

Le devuelvo la sonrisa y me pongo a limpiar también.

"¿Cami?". La voz familiar de Hannah me llama desde la puerta y, cuando levanto la vista, mueve la cabeza para indicarme que vaya a hablar con ella.

Dejando a un lado mi estropajo de alambre, lo hago.

"¿Qué pasa?", pregunto, quitándome los guantes de goma.

La preocupación dibuja su rostro, y me pregunto si no tendremos un cliente descontento que quiere hablar con el chef.

"Ha vuelto", me dice, sustituyendo todas sus burlas juguetonas por una auténtica preocupación después de lo que le conté el otro día.

Me da un vuelco el corazón y me digo que es porque parece muy preocupada.

"Iré a hablar con él. Gracias". Le dirijo una sonrisa tranquilizadora.

"Está en el bar... Cami..."

"Lo sé, lo sé, *mamá*. Tendré cuidado", bromeo, quitándole las palabras de la boca.

Hannah frunce el ceño, pero me deja mientras se dirige de nuevo al atril.

Me limpio la cara con el puño de la bata de cocinera, respiro hondo antes de atravesar la puerta batiente y dirigirme hacia el bar.

Dimitri se apoya en ella, sin silla, mientras su mano acuna un vaso de vodka bien frío. Está tan guapo como siempre, con el pelo perfectamente peinado y un traje gris que hace honor a sus llamativos ojos grises. Me ve llegar y esboza una sonrisa ganadora.

"¿Noche ajetreada?", me pregunta, indicando las salpicaduras de salsa que llegaron a mi ropa protectora.

Me río. "Todas las noches son ocupadas. ¿Qué te trae por aquí?" pregunto con ligereza, ignorando las mariposas que revolotean en mi vientre.

"Me gustaría llevarte a algún sitio", afirma, inclinándose peligrosamente hacia mí.

Puedo oler el aroma a pino de su colonia mezclado con el picante de su gel de baño. Reconocería ese aroma en cualquier parte después de que permaneciera en mi piel durante todo el día siguiente a nuestra cita. Y mientras respiro profundamente, el tentador aroma me hace la boca agua.

"¿Ahora?" pregunto, obligándome a centrarme en el atractivo rostro de Dimitri. Mi mirada desciende hasta sus labios perfectamente perfilados y me trago las ganas de besarle.

Una sonrisa lobuna curva esos hermosos labios, y cuando mis ojos se levantan para encontrarse con los suyos, me doy cuenta de que me ha pillado mirando.

"Bueno, cuando termines", matiza juguetonamente, y luego echa un vistazo al restaurante vacío.

Se acercan las once y la mayoría del personal ya se ha ido a casa. Solo algunos miembros de la cocina siguen con su trabajo y el camarero está terminando.

"Um, vale. ¿Me das veinte minutos?" Aún tengo que terminar de limpiar y quitarme el uniforme. Eso debería dar tiempo de sobra a los demás para terminar sus tareas e irse a casa.

"Tómate todo el tiempo que necesites", dice, aunque sus ojos relampaguean con una impaciencia que hace que se me estremezca el estómago.

Pero cuando me giro para marcharme, sus dedos atrapan la palma de mi mano. Girándome hacia él, Dimitri me acerca.

"¿Sin beso?", se burla, su mirada de metal líquido pasa de mis ojos a mi boca.

Se me escapa una risita entrecortada y, aunque sé que debo mantener la profesionalidad en mi restaurante, cuando se inclina para reclamar mis labios, no me aparto.

El fuego chisporrotea por mis venas mientras me besa lenta y seductoramente, despertando mi excitación a medida que nuestros labios se mueven juntos en una danza tentadora. Se aparta demasiado pronto, aunque me deja jadeando.

Una sonrisa tímida se dibuja en su rostro. "Para inspirarte a terminar rápido", se burla, soltándome.

La emoción burbujea en mi interior mientras me doy la vuelta y me marcho. Me muevo con un

nuevo propósito mientras termino de limpiar mi puesto y deseo buenas noches a mis compañeros mientras salen por la puerta.

Me digo a mí misma que mi excitación es por la oportunidad de indagar más sobre la muerte de Roy. No porque Dimitri esté aquí. No, estoy decidida a encontrar mis respuestas esta noche, ya sea preguntando a él o, si todo lo demás falla, rebuscando entre sus cosas en busca de pruebas cuando se haya ido a dormir.

Y el sexo que podamos tener solo será para alejarle de mi rastro.

"¿Quieres que me quede?". Pregunta Hannah, entrando por la puerta de la cocina y mirando fijamente al apuesto ruso que me espera en la barra.

"No, estaré bien. Pero gracias", te digo cariñosamente.

Hannah asiente, parece reacia a dejarme a solas con él ahora que sabe la verdad de todo. Aun así, no discute porque puede ver la determinación en mis ojos.

"Que pases buena noche", dice con un gesto de la mano.

"¡Tú también! Hasta mañana".

Vuelvo al trabajo, terminando de limpiar. Luego hago un último barrido para asegurarme de que la puerta trasera está cerrada y todo está apagado. Terminadas las tareas de la cocina, me dirijo rápidamente a mi despacho para quitarme la bata y refrescarme lo mejor que puedo. Luego me reúno de nuevo con Dimitri junto al bar.

"¿Lista?", me pregunta, con los ojos recorriendo mi cuerpo apreciativamente.

La emoción florece en mi vientre.

Vestido con un suave jersey oversize verde caza y unos vaqueros elásticos que se amoldan perfectamente a mis curvas, no es el atuendo más elegante para salir por la noche, pero en realidad no me avisó mucho. Y desde luego es cómodo. "Más lista que nunca", le digo.

Me pone la mano en la espalda y me hace un gesto para que le guíe. Nos dirigimos juntos hacia la puerta, y yo apago las luces a medida que avanzamos. Y la tarea, normalmente espeluznante, de cerrar yo sola de repente me parece tan fácil con Dimitri a mi lado.

Me sujeta la puerta, me deja salir primero y se aparta mientras saco las llaves del edificio del bolso. Una espeluznante sensación de déjà vu me recorre la espalda cuando meto la llave en la cerradura y deslizo el cerrojo con un suave golpe.

Con un cosquilleo en la piel, tengo la misma sensación inquietante de que alguien me observa. Giro el cuello por instinto y miro hacia la esquina donde alguien me observaba la otra noche. Efectivamente, el coche negro vuelve a estar allí, quieto y silencioso. Como una pantera agazapada preparándose para saltar.

Se me eriza el vello de la nuca al distinguir la figura ensombrecida en el asiento del conductor. Y aunque no puedo ver su rostro, estoy segura de que me está observando. Siento que sus ojos siguen todos mis movimientos.

Me estremezco violentamente.

"¿Qué ocurre?". Pregunto Dimitri, frunciendo las cejas al volverse para seguir mi mirada.

Y al igual que la otra noche, en cuanto el desconocido sabe que le han visto, enciende los faros y arranca el motor. Se aparta del bordillo un momento después y desaparece al doblar la esquina, dejándome temblando ansiosamente.

"Alguien me ha estado observando", suspiro, intentando que el miedo no se refleje en mi voz. Pero no lo consigo.

Tengo la clara sensación de que las intenciones de mi acosador son malévolas. Como si estuviera esperando la oportunidad perfecta. La oportunidad para qué, sin embargo, no tengo ni idea.

"¿La persona del coche negro?". Pregunto Dimitri, con expresión afilada mientras sus ojos pasan de mí a la esquina por donde desapareció el coche. Su rostro se vuelve preocupado, la afilada línea de su mandíbula se tensa.

Asiento con la cabeza. "Es la segunda vez que le pillo ahí aparcado. La última vez hizo lo mismo. Espera verme cerrar y luego... se marcha. No sé por qué me vigila. Pero me da miedo".

Otro violento escalofrío sacude mi cuerpo mientras la carne se me pone de gallina. La última vez, conseguí disuadirme de mi inquietud. Pero esta vez, estoy segura de que no es una coincidencia. No es un borracho que se ha quedado dormido. Está aquí por mí.

Dimitri me rodea los hombros con el brazo, tirando de mí para protegerme contra su pecho mientras sus ojos recorren la calle en busca de algún movimiento. Nada. La calle está vacía excepto por nosotros.

"¿Alguien más sabe algo de esto?", me pregunta, empujándome hacia su coche.

"Llamé a Hannah cuando ocurrió la primera vez. Pero entonces no estaba del todo segura de lo que significaba todo aquello. Pensé que tal vez solo fuera una coincidencia... o que habrías enviado a alguien para que me vigilara". Obligo a mi voz a adoptar un tono ligero al añadir la última parte, haciendo que parezca una broma. Después suelto una carcajada nerviosa, y me estremezco al ver lo mal que suena.

Dimitri se pone rígido, sus pasos se ralentizan y me mira. Cuando levanto la vista, su expresión parece ahora más enfadada que preocupada.

"¿Pensabas que haría que alguien te siguiera?", exige, con los ojos brillantes mientras se eriza visiblemente.

Sí. "N-No", tartamudeo, con el corazón a mil por hora. Me parece una idea bastante ridícula ahora que ha salido a la luz. "Lo siento. Es una broma de mal gusto", digo, intentando suavizar la situación.

Y, sin embargo, un intenso alivio me inunda ante la ofensa que le produjo la idea.

Dimitri se ablanda un poco y seguimos hacia el coche, con su brazo aún sujetándome firmemente a su lado.

"Te aseguro", dice al cabo de un momento, con la voz menos enfadada ahora, "que hago perfectamente el trabajo de seguirte sin pagar a nadie para que se siente fuera de tu restaurante".

Esta vez me río de verdad, y se me hace un nudo en el estómago al saber que no está enfadado conmigo.

"Al fin y al cabo, ahora estás conmigo, ¿no?", bromea mirándome.

"Bien pensado", digo sonriendo.

Había tenido mis dudas cuando vi por primera vez el coche negro esperándome fuera del restaurante. Parecía inoportuno pensar que pudiera ser Dimitri. Aun así, es agradable despejar la sospecha de mi mente. Y entonces otra pregunta oscura ocupa su lugar.

Si no es alguien contratado por Dimitri, ¿quién me está siguiendo?

Mi ansiedad se dispara una vez más ante la pregunta para la que no tengo respuesta. En cierto modo, la falta total de sospechosos identificables es casi más desconcertante. Sí, la idea de que un gángster ruso enviara a alguien a vigilarme sería totalmente aterradora.

Pero el miedo a un depredador desconocido intensifica mi preocupación, nublándome el cerebro. Es como entrar en una habitación oscura donde sé que algo peligroso acecha dentro, pero no sé qué es ni dónde puede estar.

El brazo de Dimitri me suelta cuando abre la puerta del acompañante de su coche, y yo me deslizo agradecida en el asiento, temblando incontrolablemente. Él rodea la parte delantera de su coche en un santiamén y se hunde en el asiento del conductor un instante después.

De algún modo, su presencia me reconforta, su fuerza y su tamaño alivian mi angustia, al menos momentáneamente. Y de repente me siento intensamente agradecida de que haya venido a verme esta noche.

DIMITRI

"¿Sigues dispuesta a ir a algún sitio conmigo?", pregunto con preocupación, mirando a Camille en el asiento del copiloto.

Está visiblemente conmovida, con el rostro pálido y los ojos muy abiertos mientras mueve la cabeza, escudriñando la calle desierta. Aunque no parece tan aterrorizada como cuando vio el coche negro en la esquina, sigue profundamente perturbada.

"Creo que sí", dice, volviendo sus ojos azules hacia mí. "Sinceramente, será agradable tener una distracción, distraerme".

Asiento con la cabeza, arranco el coche y salgo a la calle.

"¿Adónde me llevas?", pregunta.

Y aunque me encanta tomarle el pelo, esta vez creo que a sus nervios les vendría bien un respiro, así que no mantendré nuestro destino en secreto. "Un club", le digo simplemente.

"¿*Tu* club?", adivina, su astuta valoración procede de una aguda observación.

Me río entre dientes. "Uno de ellos, sí", acepto.

Camille sonríe, el color vuelve a sus mejillas mientras la tensión se alivia ligeramente de sus hombros. Luego vuelve a centrar su atención en la ventana. Aunque dijo que sería bueno distraerse, está claro que no está preparada para dejar de preocuparse por su acosador.

En el silencio que sigue, considero lo que acaba de ocurrir.

Aunque no insistí en el asunto, me molesta que Camille pudiera pensar que yo enviaría a alguien a seguirla. No soy una buena persona. He hecho las paces con eso. Soy peligroso, agresivo y, desde luego, estoy dispuesto a ignorar las leyes de la sociedad para conseguir lo que quiero.

Pero con Camille es diferente, y aunque sé que no es razonable esperarle, quiero que ella lo crea. Que confíe en mí sin dudarlo.

Lo que me preocupa más que su desconfianza hacia mí es el hecho de que sigan a Camille. Parece no saber quién puede ser o qué puede perseguir, y eso me preocupa. No sé cuáles son las

intenciones de su acosador, pero Camille está claramente asustada por su inexplicable presencia. Y no me gusta que su seguridad pueda verse comprometida.

Le pediré a Alexei que lo investigue mañana a primera hora. Su equipo de seguridad es bueno descubriendo información sobre gente nefasta como ésa. Y hasta que no llegue al fondo de quién es el dueño del coche negro, no dejaré que Camille cierre sola el restaurante. Es demasiado arriesgado.

Al llegar a la discoteca, me detengo ante el aparcacoches y salgo del coche. Camille hace lo mismo, mirando el nombre rosa del club, garabateado en neón sobre el tallo verde de una copa de martini.

"¿Has estado aquí antes?", pregunto, ofreciéndole el brazo a Camille.

Sacude la cabeza y me pone la mano en el pliegue del codo mientras mira hacia la larga cola de gente que da la vuelta a la manzana, innumerables asistentes a la discoteca que esperan para entrar.

"Entonces, te vas a dar un gustazo", le digo, guiándola más allá de la cola de gente que espera y hasta la puerta principal.

"Sr. Federov", me saludan los porteros inclinando la cabeza. Nos abren una puerta doble mientras abren de par en par los cristales.

La música atronadora de la discoteca sale a la calle y nos envuelve cuando entramos en el oscuro local, iluminado solo por coloridos apliques de neón. Los ojos de Camille se abren de par en par mientras seguimos el corto pasillo que se abre a una enorme pista de baile con una barra que bordea una pared. Un DJ ocupa el escenario a lo largo de la pared del fondo, sus mesas resplandecen con luces brillantes mientras gira diales y desliza mandos con confianza.

"Este sitio es increíble", grita por encima del volumen de la música, y levanta la mirada para contemplar los múltiples niveles de balcones - nuestras secciones VIP - que dan a la abarrotada pista de baile.

"Ven", le ordeno, cogiendo su mano entre las mías y conduciéndola hacia las escaleras.

Mi mano se traga sus delicados dedos, y Camille se aferra firmemente a mí para no perderse en el mar de gente. Al encontrar la sección reservada específicamente para mi familia cuando queremos visitarla, Camille y yo nos acomodamos en los sofás de cuero afelpado. Pido una botella de Cristal mientras Camille mira la pista de baile con aparente interés.

Su cuerpo se mece suavemente al ritmo de la música. Ya puedo decir que es una buena bailarina. Se mueve con fluidez natural, parece sentir el ritmo sin siquiera pensar en ello.

"¿Vienes aquí a menudo?", me pregunta, acercándose a mi oído para que pueda oírla sin que grite.

"De vez en cuando. Hace un rato", admito. "Alguien me ha tenido algo preocupado últimamente". Le sonrío perversamente y me recompensa con una tímida sonrisa.

Nuestro champán llega un momento después, y choco las copas con Camille antes de beber un sorbo. Relajados en nuestro sofá, nos sentamos y charlamos un rato, disfrutando de nuestro

burbujeante licor mientras observamos a las bailarinas. Pero a medida que el alcohol hace efecto, Camille parece cada vez más atraída por el palpitante ritmo que mueve el club.

"¿Quieres bailar?", le ofrezco, y ella asiente con entusiasmo.

Cogiéndola de la mano una vez más, me levanto del sofá y la conduzco escaleras abajo hasta la pista de baile. Los cuerpos se mecen y se balancean a nuestro alrededor, los bailarines ignoran quién soy mientras se golpean y se empujan sin preocuparse por nada.

Descubro que no me importa demasiado cuando cojo a Camille en brazos. Porque cada vez que lo hacen, ella entra firmemente en contacto con mi cuerpo. Las caderas de Camille se balancean seductoramente, y se mueve con fácil confianza. Veo por qué le gusta bailar. Es algo natural para ella, se mueve como si nadie la estuviera viendo. Está muy sexy mientras me rodea el cuello con los brazos.

Y cuando se vuelve para apretar su redondo culo contra mí, con la espalda apoyada en mi pecho, me excito al instante.

"Podría mirarte bailar toda la noche", murmuro contra su oreja, rozándola con los labios mientras me inclino hacia ella.

Canturrea sugestivamente y contraataca con más fuerza con las caderas, provocándome. Y aunque no dice ni una palabra, sé que es un desafío, que me reta a seguir bailando con ella aunque me vuelva loco intencionadamente.

Hundiendo los dedos en sus caderas, empujo mi creciente excitación hacia delante, presionándola entre las nalgas. Me recompensa con un gemido de agradecimiento. Como si jugáramos al juego de la gallina, Camille mueve las caderas en respuesta, aumentando la apuesta y haciéndome palpar de necesidad.

Luego se echa la mano a la nuca y me toca el pelo con los dedos. Ladea la cara para mirarme por encima del hombro y me dirige una mirada ardiente. Entonces sus dedos se enroscan en mis mechones y me atrae hacia sus jugosos labios.

Me inclino hacia ella, ansioso por saborearla, y justo antes de que nuestras bocas choquen, Camille tropieza bruscamente contra mi pecho, un agudo jadeo estallando en sus pulmones. La atrapo y la equilibrio con facilidad, ya con los brazos alrededor de su cintura, y la furia burbujea en mi interior mientras desvío la mirada hacia la fuerza perturbadora.

Un chico joven, probablemente de unos veinte años, está de pie ante nosotros, con los ojos desorbitados de horror mientras mira abiertamente el pecho de Camille. Lleva una bebida medio vacía olvidada en la mano. "¡Lo siento mucho!", grita por encima de la música.

Camille parece demasiado aturdida para responder, y aunque me hierve la sangre al ver cómo sus ojos permanecen clavados en sus pechos, miro hacia abajo para ver qué ha pasado. Una gran mancha oscurece el pecho de su jersey cuando la tela húmeda se adhiere a sus voluptuosas curvas. Su pecho se agita conmovido, como si acabaran de rociarla con agua helada. En realidad, la comparación no puede estar muy lejos.

"¿Qué coño te pasa?", gruño, furioso. Agarro con fuerza el polo del tipo y lo empujo hacia delante. Irritado por la imprudencia que le ha llevado a empapar a Camille con su bebida, estoy

dispuesto a ensangrentar a ese idiota.

"Está bien, Dimitri", dice Camille con firmeza, interviniendo rápidamente mientras se recompone.

Gruño, enseñando los dientes al descuidado imbécil, no dispuesta a dejarlo pasar tan fácilmente. El tipo se acobarda bajo mi violenta mirada, encogiéndose ante mí con evidente miedo.

Unos dedos suaves rodean mi muñeca, pidiéndome en silencio que suelte la camiseta del tipo. "Estoy bien, de verdad. Fue un accidente", insiste, moviéndose entre nosotros hasta que tengo que mirarla. "Seguro que no era su intención, ¿verdad?", pregunta, volviendo a mirarle por encima del hombro.

Asiente enérgicamente, con cara de arrepentimiento. "Lo siento mucho, tío. Te juro que no volverá a ocurrir".

"Tienes razón", gruño, dándole una sacudida.

"¿Por favor, Dimitri?", dice Camille cuando sigo sin soltarle el collar. "No es para tanto. Mi camisa se secará. Solo quiero que bailes conmigo".

Su mirada de inocencia me tranquiliza y, aunque nada me gustaría más que castigar a ese idiota por derramar su bebida sobre Camille, le suelto de mala gana.

"Largate", ordeno sombríamente, y el tipo desaparece un instante después, huyendo entre la multitud como si su vida dependiera de ello.

Camille estira los labios en una sonrisa y me mira tímidamente. "¿Por dónde íbamos?", bromea.

Al ver que se encuentra perfectamente tras superar el shock de llevar una bebida fría de forma inesperada, puedo relajarme una vez más. Tirando de ella entre mis brazos, la estrecho, ignorando la forma en que el líquido se filtra de su jersey a las capas de mi traje.

Me rodea la nuca con los brazos, Camille se arquea hacia mí y sus caderas empiezan a oscilar. Me muevo con ella, saboreando la sensación de su cuerpo amoldándose al mío, sus pechos llenos rozándose.

Cuando me atrae hacia ella, reclamo sus labios con avidez, besándola apasionadamente mientras nos movemos al ritmo palpitante. Su lengua se introduce en mi boca, profundizando el beso, y empezamos a besarnos.

Olvidándome de bailar, estrecho a Camille contra mí, mis manos exploran sus curvas mientras ella gime lujuriosamente contra mis labios.

"¿Llevarme a casa?", sugiere, apartándose lo suficiente para mirarme a los ojos.

Su mirada azul me hechiza y, aunque esperaba que la noche acabara en mi casa, de repente estoy deseando salir pronto del club.

Le robo otro beso ardiente, entrelazo mis dedos con los de Camille y tiro de ella hacia la puerta. Suelta una risita conspirativa y tropieza conmigo mientras la guío a través de la masa de cuerpos amontonados.

Mi Lamborghini nos está esperando cuando salimos del club, dejando atrás la música palpitante. Abro la puerta del coche a Camille y me pongo al volante.

Menos mal que las calles están bastante tranquilas a estas horas. Porque pienso batir récords para volver a mi ático esta noche.

CAMILLE

El corazón me salta a la garganta cuando Dimitri se separa del bordillo, con los neumáticos chirriando por el esfuerzo de encontrar tracción. Jadeo, agarro la puerta con una mano y con la otra encuentro la suya en la palanca de cambios.

El ronroneo que retumba en su pecho hace que mi estómago dé un salto mortal, y retiro la mano de la suya, dándome cuenta de que podría necesitarla para conducir. Su mirada se desvía hacia la mía, y el hambre voraz que hay en ella hace que me arda la piel.

Entonces su mano pasa de la palanca de cambios al botón de mis vaqueros. Mi respiración se acelera y se vuelve agitada cuando abre el botón y baja la cremallera de mis pantalones, dejando al descubierto un pequeño triángulo de mis bragas verdes de encaje.

Con una mano en el volante y los ojos en la carretera, Dimitri dobla la esquina a toda velocidad. Al mismo tiempo, sus dedos se abren paso bajo la tela que cubre mi coño.

Sorprendida por la explosión de excitación que me recorre, me deslizo hacia delante en el asiento cuando sus dedos encuentran mi clítoris.

Ya estoy empapada.

Y Dimitri gime apreciativamente cuando sus dedos acarician mi resbaladiza costura.

Normalmente, me aterrorizaría una conducción tan temeraria, pero cuando Dimitri empieza a meterme lentamente los dedos, dos gruesos dígitos presionando dentro de mi entrada, me cuesta concentrarme en otra cosa. Gimiendo, giro las caderas para aplastar mi clítoris contra su cálida palma.

"Codicioso", se burla Dimitri, su voz gotea de excitación.

"Lo dice el hombre que acaba de meterme la mano en los pantalones mientras conducía", respondo sin aliento.

Dimitri suelta una risita grave y oscura, y su mano aumenta el ritmo mientras sus dedos utilizan mi húmeda excitación para aumentar la fricción contra mi clítoris. Gimo lascivamente, dejando que se me cierren los ojos y bloqueo la aterradora visión de los edificios que pasan volando,

deleitándome en la forma en que Dimitri me toca.

"¿Te gusta?", ronca, su sexy acento ruso hace que la pregunta sea mucho más provocativa.

"Sí", gimo, retorciéndome en el asiento.

"¿Te gusta lo suficiente como para correrte antes de que lleguemos a mi edificio?", bromea, y sus dedos se enganchan para acariciarme el punto G.

"¡Joder! Sí!", grito, mi espalda se arquea por voluntad propia.

Ni siquiera sé a qué distancia estamos de su casa porque, ahora mismo, estoy tan consumida por mi intensa excitación que estoy segura de que me correré en cualquier momento. Algo en la velocidad extrema y en la forma en que Dimitri me toca con tanta confianza posesiva me llena de un potente cóctel de adrenalina.

"Más te vale, *kotenok*. Ven antes de que lleguemos a nuestro destino. Si no, puede que tenga que castigarte", me promete sombríamente.

Y aunque estoy deliciosamente intrigada por la juguetona amenaza, ya estoy tan excitada que sé que no podré aguantar para averiguar exactamente lo que tiene en mente.

Mi coño se aprieta en torno a los dedos de Dimitri mientras me precipito hacia la liberación, y cuando aplasta el talón de la palma de la mano contra mi clítoris, caigo al vacío. Grito y me derrito a su alrededor, con el clítoris palpitante y el coño palpitante mientras me corro con fuerza y rapidez.

Dimitri tararea con aprobación, introduciendo sus dedos en mi interior hasta donde se lo permiten mis vaqueros. Se detiene ahí, sintiendo cómo mis paredes lo aprietan sin piedad. Y yo me estremezco con el cálido y hormigueante alivio.

Mientras tiemblo con la última de mis oleadas de éxtasis, él se retira lentamente de mi coño, sus dedos recorren mi clítoris mientras retira la mano de mis pantalones. Agarrando su palma, guío sus dedos hacia mi boca. Y cuando Dimitri me mira, los tomo lentamente entre mis labios.

Chupo su dedo corazón juguetonamente, lamo mis jugos ácidos mientras le muestro lo que quiero hacer con su polla. Como me ha metido los dedos, me ha follado, me ha comido y me ha hecho correrme tantas veces, estoy deseando devolverle el favor.

El fuego carnal arde en su mirada plateada mientras Dimitri me observa chupándole los dedos. Y un gruñido grave brota de su pecho. Sus neumáticos chirrían un instante después, cuando nos detenemos bruscamente.

Sobresaltada, miro por el parabrisas y me doy cuenta de que estamos en un aparcamiento subterráneo.

Me desabrocho el cinturón con dedos temblorosos y salgo del coche, impulsada por la expectación. Dimitri se reúne conmigo en la parte trasera de su coche y me empuja bruscamente contra él, me manosea y me agarra el culo con firmeza mientras aprieta su polla contra mí.

Nuestros labios se encuentran en un violento beso y le rodeo el cuello con los brazos, dejando que me conduzca a ciegas hacia el ascensor. Detenemos nuestra lujuriosa exploración solo el

tiempo suficiente para que Dimitri encuentre el botón de llamada. Entonces reclama mi boca una vez más mientras me empuja con fuerza contra la pared de cemento.

Gimo y mis dedos rebuscan entre los botones de su camisa, decidida a despojarlo de su ropa para poder ver su ancho y musculoso pecho. Cuando llego abajo, le abro la camisa de par en par para mostrar sus abdominales ondulantes. Manteniéndome pegada a la pared con las caderas, Dimitri sigue besándome mientras se inclina lo suficiente para deslizar las manos por debajo de mi holgado jersey.

Unas manos fuertes palmean mis pechos y los amasan apasionadamente.

Jadeo cuando suena el ascensor y se abren las puertas. Dimitri se aparta de mí, su mano encuentra la mía mientras me arrastra al interior del recinto vacío.

En cuanto las puertas se cierran tras nosotros, me arrodillo, mis manos encuentran su cinturón mientras le desabrocho los pantalones. Los dedos de Dimitri me peinan el pelo, apartándome los mechones sueltos de la cara mientras me observa con un deseo fundido.

Saco su polla de los pantalones y trago saliva ante la gloriosa visión de su erección. Lamiéndome los labios, solo vacilo un instante antes de rodear con la boca la gran punta. Es demasiado grande para meterla hasta el fondo, así que agarro la base de su polla con una mano. Y mientras me la trago hasta la garganta, acaricio la longitud expuesta con el mismo movimiento.

El aire sisea entre sus dientes mientras sus dedos se aprietan alrededor de las raíces de mi pelo, provocándome un hormigueo que recorre mi espina dorsal.

He perdido completamente el control. Me siento tan atraída por Dimitri que hago cosas que nunca me hubiera imaginado. Y me encanta.

¿Dar cabezazos en un ascensor?

Nunca me había dado cuenta de lo estimulante que podía ser. Pero me siento intensamente liberada al actuar según mis deseos más profundos, y Dimitri no parece dispuesto en absoluto a impedírmelo.

Un ruso bajo y siseante escapa de sus labios mientras guío su polla dentro y fuera de mi boca. Y aunque no tengo ni idea de lo que dice, suena como una sarta interminable de palabrotas. El sonido sexy de la lengua extranjera me vuelve gelatina por dentro. Y una cálida humedad moja mis pliegues.

Sus manos me acunan suavemente la nuca, instándome a tomar más de su gruesa polla, tanto como pueda. Y lo hago, encontrando un ritmo mientras dejo que la cabeza de su polla presione cada vez más fuerte contra el fondo de mi garganta.

"Eres *jodidamente* sexy", gruñe, meciéndose con mi movimiento.

Por la forma en que se sacuden sus caderas, me doy cuenta de que está haciendo todo lo posible por no reclamar mi boca con más fuerza, y tarareo a su alrededor agradecida. Mi mandíbula ya grita por el esfuerzo de abrirse tanto.

Pero me encanta la forma en que su polla se retuerce como respuesta a mi atención.

Y entonces se abren las puertas, revelando la entrada de su grandioso apartamento.

Dimitri me guía hasta ponerme en pie, sus fuertes brazos son un apoyo de hierro mientras me levanto del suelo.

Me saca en volandas del ascensor y, en cuanto estamos dentro del apartamento, sus labios vuelven a encontrar los míos con avidez.

Sus dedos se enroscan en el dobladillo de mi jersey y, con un movimiento fluido, me lo sube por los brazos y la cabeza. Lo tira a un lado y recorre mi cuerpo con la mirada hasta mis pechos cubiertos de encaje y el botón abierto de mis vaqueros.

Nos juntamos como imanes que encajan. Y le paso la camisa y la chaqueta por los hombros, quitándole sin miramientos la ropa sin tener en cuenta su fina calidad.

Sus dedos me alcanzan hábilmente por detrás para desabrocharme el sujetador.

Lo arrojo lejos de mí mientras sus pulgares se enganchan en la cintura de mis vaqueros y mis bragas, y me los mete por las piernas. Al quitármelos, de repente estoy completamente desnuda en su entrada. Pero no tengo tiempo de cohibirme.

En un instante, los pantalones de Dimitri están en el suelo y sus manos sobre mí. Masajeándome mientras exploran las curvas de mi cuerpo, sus cálidas palmas abrasan mi carne y me vuelven loca.

Yo hago lo mismo y extendiendo los dedos mientras recorro con las manos sus abdominales de tabla de lavar y sus impresionantes pectorales, empapándome de la gloriosa fuerza dura como una roca de su cuerpo.

Me agarro a sus hombros para apoyarme, me pongo de puntillas y le pellizco juguetonamente el labio inferior, chupándolo entre los dientes mientras tiro de él hasta ponerlo a mi altura.

Dimitri gime, siguiéndome con la cabeza, y sus brazos rodean firmemente mi cintura. Luego, con una mano me sube la pierna a la cadera y me levanta del suelo. Con el mismo movimiento fluido, se vuelve para apretarme firmemente contra la pared mientras le rodeo con las piernas.

Jadeo mientras su dura polla rechina contra mi clítoris, inmovilizada entre nuestros cuerpos mientras me mantiene suspendida en el aire.

"Te necesito. *Ahora*", gruñe contra mis labios.

Aferrándome a él con los brazos y los muslos, asiento. Me duele el coño por sentirlo dentro de mí. Y no creo que pueda esperar hasta que lleguemos a su dormitorio.

La lengua penetra en mis labios, Dimitri me besa apasionadamente, sus labios exigentes, su lengua ávida.

Un brazo me sujeta con fuerza mientras con el otro rodea mi muslo para alinear la cabeza de su polla con mi entrada. Una humeante excitación se eleva en mi vientre. Creo que nunca había deseado tanto que alguien me penetrara el coño.

La piel sedosa de su punta se desliza entre mis pliegues, recogiendo mi resbaladiza excitación y haciéndome estremecer de anticipación.

Entonces Dimitri empuja con fuerza dentro de mí, enterrando su polla hasta la empuñadura.

Y su gemido grave y agónico hace que una sacudida de euforia estalle en mi cuerpo.

DIMITRI

Gimo mientras me introduzco en el apretado coño de Camille, mi intensa necesidad de ella supera cualquier autocontrol que pueda poseer.

"¡Sí!". Camille jadea, su cabeza se balancea contra la pared como si sintiera un intenso alivio.

Consumido por mi lujuria, la penetro con fuerza y rapidez, abrumado por la necesidad de conquistarla. Sus paredes se estrechan deliciosamente a mi alrededor. Se le escapan jadeos, cada vez más fuertes, mientras la follo sin piedad.

La visión de sus provocativas caderas contoneándose en la discoteca, la forma en que chocaba juguetonamente contra mi polla... prácticamente me estaba suplicando que la tomara allí mismo, en la pista de baile. Y sabía que si nos hubiéramos quedado mucho más tiempo, eso es exactamente lo que habría ocurrido.

Sus coquetos preliminares me excitaban tan intensamente que tenía que saber si a ella también le excitaban, y joder, estaba mojada cuando le metí la mano en los pantalones en el coche. Sea lo que sea esta atracción que Camille y yo compartimos, es algo más poderoso de lo que había sentido nunca.

Necesité todas mis fuerzas para no correrme en su boca durante el trayecto. Estaba tan jodidamente sexy de rodillas en el ascensor; sus dulces y jugosos labios envolvían mi polla como si fuera el mejor polo que hubiera probado jamás.

Y toda esa acumulación me ha dejado cautivo de la furiosa excitación que palpita en mis venas. Con mis labios consumiendo los suyos, reclamo su cuerpo posesivamente, tomando su coño con avidez, con mi polla palpitando por los gritos de placer que brotan de su boca.

"¿Te gusta irritarme en público?", ronco, con un tono juguetonamente acusador mientras castigo su coño con fuerza.

"Mmm", gime Camille, demasiado embelesada para responder.

"¿Querías que te metiera el dedo allí mismo, en la pista de baile?". Presiono, y la idea me vuelve loco. Tocar a Camille, reclamar su cuerpo allí mismo para que todo el mundo lo vea, para saber que es mío. Que sus deliciosas tetas me pertenecen a mí, no a un gilipollas que derrama su

bebida sobre ellas.

Pero no lo haría porque quiero esos gemidos seductores solo para mí. Quiero ser la única que sepa cómo suenan sus gritos de éxtasis.

Su respiración es fuerte y rápida, el aire caliente me baña la cara mientras ella se aferra a mis hombros, recibiendo mi castigo con un entusiasmo codicioso.

"Dime lo que quieres, *kotenok*", gruño.

"Déjame correrme, por favor, necesito correrme", gime, con sus pechos llenos agitándose contra mi pecho mientras rebotan con cada penetración energética.

Parece una diosa, su cuerpo perfecto rezuma sexualidad, su rostro está consumido por su lujuriosa necesidad. Y su belleza es embriagadora. Mis pelotas se tensan al encontrarme en el umbral de la liberación.

Introduzco la mano entre nosotros y presiono la yema del pulgar contra su clítoris, estimulándola mientras sigo meciéndome dentro de su coño.

"Ven a por mí, *krasivyy*".

Estremeciéndose violentamente, Camille obedece. Sollozando por la intensidad de su liberación, se aferra a mis hombros mientras sus paredes se aprietan en torno a mi palpitante erección. La fuerza de su orgasmo desencadena mi propia liberación, y gruño al penetrarla profundamente, llenándola con mi semilla.

Con el pulso martilleándome las venas, la mantengo apretada contra la pared, enterrada hasta la empuñadura en su interior. Respiramos juntos con dificultad mientras su coño se agita y mi polla palpita. Y poco a poco, nuestro placer disminuye.

"Joder", respira Camille cuando por fin vuelvo a ponerle los pies en el suelo.

Me río mientras ella pone palabras a la intensidad de nuestro clímax. Había perdido la cabeza, mi necesidad de tenerla era tan fuerte. Y ahora una profunda satisfacción me inunda mientras la estrecho contra mí. Todo en Camille es seductor: su ingenio, su fuego, su cuerpo, su voz, su forma de comportarse con silenciosa confianza. Solo sus ojos podrían seducirme.

Y aunque acabo de llegar, al asomarme a sus infinitas profundidades azules, estoy lista para más.

Camille chilla cuando la cojo en brazos y la llevo hacia las escaleras y la cama que me espera.

"¿Qué haces?", chilla, aferrándose a mí mientras subo los escalones con facilidad.

Me encanta su aparente miedo a las alturas, porque cada vez que la subo por las escaleras de cristal, me agarra con más fuerza, apretando su cálido cuerpo contra el mío como si temiera que pudiéramos caernos. Sonriendo perversamente, no respondo porque en mi mente la pregunta es más bien retórica. *¿Qué otra cosa podría estar haciendo además de llevarla a mi habitación para acostarme con ella por segunda vez?*

Pero incluso esta pequeña muestra de ansiedad hace aflorar el protector que hay en mí, y aprieto los brazos en torno a ella, asegurándola contra mi pecho. Su pulso palpita en la vena de su cuello, y me inclino para besarla, provocando un suave jadeo en sus labios.

Abrumado por mi necesidad de reclamar y proteger a Camille, descubro que mis emociones gobiernan mis actos por primera vez en mi vida. Me molesta pensar que algo la asusta. Que alguien la esté observando me perturba profundamente, y casi pierdo la cabeza cuando alguien derramó una bebida sobre ella. No suelo lanzarme a rescatar a la gente, pero con Camille ni siquiera tengo que pensarlo. Es instintivo.

Tenerla aquí, segura entre mis brazos, es el mejor bálsamo. Su suave cuerpo apretado contra mi pecho me llena de un tipo de paz que nunca había encontrado en mi vida. Y haría cualquier cosa por conservar esta sensación.

Llevando a Camille al otro lado del umbral de mi habitación, dejé que la luz del pasillo inundara el oscuro espacio, iluminando mi cama. Y allí la tumbo. La acomodo suavemente en el colchón y me arrastro sobre ella.

Sus rodillas se separan automáticamente, acomodando mis caderas mientras me acomodo entre sus muslos llenos.

Posada sobre ella, estudio su hermoso rostro; el suave botón de su nariz, tan delicado sobre sus labios carnosos y deliciosos. Le aparto los mechones de pelo de la mejilla y me inclino lentamente hacia ella. Camille tiembla debajo de mí mientras le doy un tierno beso en su boca perfecta.

Sus dedos recorren mi columna vertebral, rozando los músculos de mi espalda mientras me hace cosquillas en la piel con un suave toque. Y cuando nuestras lenguas se acarician para encontrarse esta vez, es con una caricia suave y atrayente.

Cada roce es lento y tentador, sintiéndonos mutuamente con una curiosidad que no está impulsada por una necesidad desesperada, sino por algo más íntimo y tierno. Mi polla vuelve a la vida, y la respiración de Camille se vuelve entrecortada, sus pezones se endurecen mientras se presionan firmemente contra mi pecho.

Le acaricio un pecho, pellizcando su tenso pezón entre los dedos mientras masajeo su flexible carne. Y sus uñas rozan ligeramente mi espalda, poniendo la piel de gallina a su paso, hasta que sus manos me agarran el culo.

Empuja mis caderas con más fuerza contra ella, y gimo cuando mi polla se endurece contra el pico de su húmeda raja. Mueve las caderas, desliza la cabeza de mi polla entre sus pliegues, y los labios de su coño envuelven mi pene mientras chilla contra mí.

"Tú eres otra cosa. ¿Lo sabes?". Respiro contra su piel mientras desciendo a besos hasta el hueco de su garganta.

"Hmm", tararea apreciativamente, su movimiento se hace más pronunciado a medida que mis labios la excitan.

El sonido me produce una anticipación eléctrica y mi polla se retuerce, hinchándose aún más.

Intensificando la fricción entre nosotros, balanceo mis caderas al ritmo de las suyas. Las caricias prolongadas me hacen sentir increíblemente bien, aumentando mi excitación.

"Oh, Dios, Dimitri, te deseo", gime, sus dedos presionando mi piel.

"Me tendrás toda la noche", te prometo.

Y ella responde con un gemido goloso.

Deslizándome por su cuerpo, reclamo su pezón con mis labios. Sus dedos encuentran mi pelo, dándome un suave tirón de agradecimiento. Alternando entre hacer rodar el apretado guijarro de su pecho y succionarlo en mi boca, saboreo la sedosa suavidad de su carne y la ansiosa forma en que me responde.

Jadeos de placer brotan de ella, y su cuerpo se retuerce deliciosamente.

Mientras cambio mi atención hacia su otro pecho, mi mano se desliza por su cintura, palpando cada centímetro de piel cremosa hasta que encuentro la línea de su cadera. Rastreando la sensible línea hacia dentro, mis dedos encuentran sus pliegues cálidos y húmedos.

Paso los dedos por su cálida y húmeda costura y me estremezco ante la enorme cantidad de excitación que los recubre. Camille se estremece y mueve las caderas en respuesta. Y cuando presiono con la yema del pulgar el pequeño manojito de nervios de su punto álgido, grita.

Los labios de su coño se crispan mientras su clítoris se agita bajo mi pulgar. Y cuando introduzco dos dedos en sus cálidas profundidades, sus paredes se tensan con anticipación. Poco a poco, la presiono hasta el fondo, deleitándome con la forma en que su cuerpo responde a mí: su núcleo se tensa, sus jugos fluyen sobre mis dedos.

Me tomo mi tiempo, voy despacio y con suavidad porque quiero sentir cada sacudida y escalofrío que provoca mi tacto. Y aunque no quiero confesar lo que siento por ella, me estoy dando cuenta de que haría por Camille cosas que nunca he estado dispuesto a hacer por nadie.

No solo quiero hacerla gritar mi nombre. Quiero darle todo el placer intenso que su cuerpo pueda soportar. Quiero mantenerla a salvo. Quiero hacerla feliz. Haría cualquier cosa por darle la vida de sus sueños.

"Eso sienta *taaaan* bien", murmura.

Y cuando levanto la vista hacia su impactante rostro, tiene los ojos cerrados en una expresión de euforia, y las cejas se le mueven extasiadas. Tarareo alrededor de su pezón y su coño se tensa deliciosamente. Abre los labios y suelta un gemido agudo mientras arquea la espalda.

Está cerca. Lo noto en la forma en que sus músculos vibran de tensión. Temblando debajo de mí, Camille se estira contra la cama como un profeta de Delfos, sus dedos tienen espasmos, agarrando las sábanas a puñados mientras se acerca a la liberación.

Intensificando un poco mi presión, la arrimo más para que caiga en el éxtasis.

"¡Sí! ¡Oh, Dios, Dimitri!", grita, y entonces su coño palpita alrededor de mis dedos, su clítoris se agita bajo mi pulgar.

Su respiración es agitada, su pecho presiona firmemente contra mis labios mientras jadea con el orgasmo que la consume. Mi polla palpita con la necesidad de sentir cómo se derrumba a su alrededor. Pero me obligo a ser paciente. Porque quiero tomarme mi tiempo con ella esta noche. Quiero sentir cada sensación fascinante.

El coño de Camille se aprieta alrededor de mis dedos una y otra vez, empujándome más profundamente dentro de ella mientras su cuerpo me suplica que la llene de semen. Y Dios, lo deseo. Pero me niego a apartar mis dedos de ella hasta que las últimas réplicas disminuyen.

Desplomándose contra la cama, Camille suelta una pesada exhalación. Sus ojos se abren para mirarme con una satisfacción vidriosa. Y cuando una suave sonrisa se dibuja en sus labios, no puedo evitar devolvérsela.

Es tan hermosa, tan impresionante. Me inclino para besarle los labios, y su mano me toma la mejilla en el gesto más dulce de ternura, su pulgar traza una línea en mi carne que la hace arder. Una emoción intensa me consume, y cuando alineo mi cuerpo con el suyo, puedo sentir la conexión que zumba entre nosotros.

CAMILLE

La resistencia de Dimitri es asombrosa. Aunque terminó cuando me tomó bruscamente allí mismo, en su entrada, ya está duro como una roca y listo para más. Pero aunque el sexo feroz y apasionado que hemos estado practicando es supercaliente, esta nueva intimidad es algo totalmente distinto.

Y cuando su polla me aprieta por segunda vez, introduciéndose lentamente en mis profundidades como si estuviera decidido a hacerme sentir cada glorioso centímetro, sé que estoy perdida. Porque esta nueva y suave ternura me golpea directamente en el corazón.

Ya no parece que estemos follando. Parece como si estuviéramos haciendo el amor, y mi corazón se hincha con la intensidad de mis sentimientos por Dimitri. Ya no puedo negarlos. Aunque creía que estaba jugando con él, engañándole para distraerle de que quisiera mi restaurante, me he enamorado de él. Con fuerza.

Y me golpea con una fuerza impresionante cuando Dimitri se balancea lentamente contra mí, encendiéndome los nervios y haciendo que el placer me suba por la espina dorsal. Lento e intencionado, se toma su tiempo. Y, de algún modo, este ritmo tortuosamente lento es exponencialmente más erótico.

En los faldones de mi segundo orgasmo, ya estoy intensamente sensible, mi cuerpo sobreestimulado por la cantidad de placer que me saca como un artista. Nunca nadie me había hecho sentir tan bien. Y, sin embargo, Dimitri lo hace cada vez que estoy con él.

Y no solo eróticamente. Me hace sentir bella. Me hace sentir deseada. Me hace sentir segura y protegida. *Y me hace sentir* pecaminosamente eufórica.

Respirando entre jadeos estremecedores, siento un hormigueo de placer excitado. Cada suave embestida despierta mi cuerpo, y sus suaves labios me embelesan. Sus músculos tensos me rozan, sus fuertes brazos me atrapan en un abrazo tentador.

Y puedo sentir la posesividad protectora que irradia de él. Soy suya. Y si lo quisiera, él podría ser mío. Lo siento en lo más profundo de mi alma.

"Eres tan pecaminosamente deliciosa", ronca contra mis labios, su voz áspera de lujuria.

Gimo, mi coño se contrae en respuesta a sus sensuales palabras. Y a medida que su gruesa y dura erección se desliza dentro y fuera de mis profundidades, avanzo rápidamente hacia otro orgasmo.

Dimitri gime, su polla palpita dentro de mí en respuesta, y el balanceo de sus caderas rechina contra mi clítoris con cada penetración profunda e intensa.

"¡Voy a correrme!" Jadeo, conmocionada, mientras mi núcleo se tensa con mi inminente liberación. Con el ritmo lento y erótico, mi clímax se ha apoderado de mí. Y ahora, de repente, no puedo contenerme. Un hormigueo de euforia me recorre la columna vertebral y me balanceo dentro de él, incapaz de controlar mi cuerpo.

Dimitri gruñe, el sonido es grave y primitivo, y me lleva al límite.

Gritando, exploto alrededor de su polla, mi coño palpita, agarrándolo como una prensa.

"Joder", sisea junto a mi oreja.

Y entonces se sacude hacia delante, presionando profundamente dentro de mí mientras libera una ráfaga de esperma caliente. Me siento tan bien, tan intensamente eufórica, que me derrumbo a su alrededor mientras él se libera enterrado en mis profundidades.

Gimiendo por el placer abrumador, tiemblo en sus brazos, consumida por mi éxtasis. Dimitri respira agitadamente, su pecho me presiona contra el colchón mientras su polla palpita con cada explosión de semilla que me llena.

Y entonces, lentamente, nos detenemos. Con la respiración agitada al mismo tiempo, nos quedamos quietos; mis brazos rodean su fuerte cuerpo mientras él me aplasta suavemente con su peso muscular.

Me da un beso suave y casto en los labios y se separa de mí, mirándome con sus ojos grises. Se tumba en la cama a mi lado, me rodea la cintura con un brazo y me estrecha contra su pecho, acurrucándose por detrás.

Una dichosa somnolencia me oprime los párpados mientras me aparta el pelo del hombro para besarme la tierna piel de detrás de la oreja. Esto, aquí mismo, es una utopía; envuelta en los fuertes brazos de Dimitri, su calor irradiando en mi espalda mientras me estrecha.

Antes incluso de saber lo que estoy haciendo, estoy medio dormida, adormeciéndome con mi satisfacción hasta los huesos. Cuando empiezo a alejarme, un último pensamiento fugaz pasa por mi mente.

Esta noche es la noche en que debo obtener mi respuesta sobre Roy.

Mi cuerpo se pone rígido al pensar en mi antiguo novio y en cómo el hombre cuya cama estoy calentando en este momento podría ser muy probablemente el responsable de su muerte. Mis defensas vuelven a subir al darme cuenta de que he ido demasiado lejos. He bajado la guardia y me he permitido sentir algo que no debía. Me estoy enamorando de Dimitri.

Pero, ¿podría vivir conmigo misma si me enamorara de alguien que no solo es lo bastante mayor como para ser mi padre, sino que está envuelto en una vida de crimen, concretamente un hombre capaz de asesinar por una deuda impagada?

La diferencia de edad es casi una nulidad en mi mente. Aunque la sociedad podría considerarla una brecha demasiado grande, encuentro a Dimitri más cercano a mis intereses intelectuales y lleno de una virilidad y una vida que pocos hombres más jóvenes poseen.

Y creo que podría aprender a aceptar su lado de hombre de negocios despiadado porque no vende drogas ni trafica con mujeres, nada tan descaradamente inmoral. Es el tipo de hombre que sabe lo que quiere y va a por ello.

Pero si es capaz de matar a alguien por dinero, entonces tengo que replantearme lo que estoy haciendo aquí. Necesito un momento para pensar.

"¿Va todo bien?", pregunta Dimitri, percibiendo mi repentina tensión.

Mi corazón palpita y me incorporo rápidamente antes de que él pueda sentirlo palpar en mi pecho.

"Sí. Totalmente. Todo perfecto". Eso no me convenció en absoluto. Carraspeando nerviosamente, busco desesperadamente una excusa. "Es que... se está haciendo tarde y será mejor que me vaya. Tengo que madrugar en el trabajo".

En realidad, de repente me aterroriza saber la verdad sobre la muerte de Roy. Porque si Dimitri lo mató de verdad, no estoy segura de cómo podría vivir con los sentimientos que estoy desarrollando. Empecé a pasar tiempo con Dimitri con la esperanza de descubrir lo que ocurrió realmente para poder encerrarlo. Pero ahora no sé qué hacer. *¿Cómo se supone que voy a seguir adelante a partir de ahora?*

Necesito tiempo. Necesito espacio para aclarar mis ideas. Para pensar.

Porque estas nuevas emociones son demasiado peligrosas.

Recojo las sábanas alrededor de mis pechos y busco frenéticamente mi ropa por la habitación, antes de recordar que está abajo, en el vestíbulo.

"Quédate", insiste Dimitri, mirándome mientras saco la manta superior de su cama para envolverme con ella el cuerpo.

No puedo caminar por su casa completamente desnuda. Toda la intimidad de antes se siente ahora demasiado expuesta. Demasiado vulnerable. Y creo una toga improvisada con la cálida manta, aferrándome a ella como un escudo mientras Dimitri se levanta de la cama.

"¿En serio te vas ahora?", pregunta, con una profunda arruga frunciendo el ceño.

"Sí. De verdad que tengo que irme", insisto, atravesando la puerta de la habitación.

Dimitri me sigue, sin molestarse en ponerse una puntada de ropa. Y su gloriosa masculinidad me hace la boca agua incluso mientras corro por mi vida.

"¿No puedo llevarte de vuelta a primera hora de la mañana?", ofrece, con tono desconcertado.

"¡No! No, últimamente me distraes demasiado. Mañana tengo que ponerme al día de muchas cosas. Y sé que si me quedo, no dormiremos, lo que me dejará completamente inútil".

Bajo las escaleras con paso ligero, ignorando cómo se me revuelve el estómago al ver el suelo

bajo mis pies. En cuestión de segundos, estoy de vuelta en la entrada y recogiendo mis vaqueros del suelo.

"Bueno, al menos dame un momento para vestirme y te llevaré de vuelta a tu coche", dice, recogiendo los pantalones.

"No, en serio, está bien. Totalmente innecesario. Cogeré un taxi. Ya estás en casa y - mirando su hermoso cuerpo desnudo y tatuado, trago saliva - a medio camino de la cama", termino con desgana.

Dimitri se ríe entre dientes, mirándome mientras me visto, y finalmente cede. "No me gusta que te vayas".

La confesión me produce un hormigueo que me recorre la espalda, y la respiración se me entrecorta en los pulmones. En realidad, no quiero marcharme. Preferiría quedarme y olvidarme de las oscuras sombras que acechan entre nosotros.

Pero no puedo olvidar lo que ha pasado. Dimitri mató a Roy. Intenta quitarme mi restaurante. No es una buena persona. Y en algún momento lo perdí de vista. Me enamoré de su encanto de caballero y de su peligrosa apariencia.

No puedo seguir haciendo la vista gorda.

Ya lo sé.

Pero si estoy demasiado asustada para saber la verdad sobre quién mató a Roy, ¿significa eso que estoy dispuesta a renunciar a Le Fleur?

Ni hablar.

"¿Nos vemos pronto?", pregunta Dimitri, acercándose mientras me aliso el jersey y me retiro el pelo de la nuca.

Jadeo ante su repentina proximidad, el calor de su carne desnuda presionando mis pechos. Un fuerte brazo me rodea la cintura mientras la otra mano me pellizca la barbilla, levantando los ojos para mirar el rostro cincelado de Dimitri.

Una pregunta persiste en sus ojos, y sé que mi comportamiento le parece sospechoso. Me doy cuenta. Necesito ser más convincente.

Suelto una risa ahogada y me obligo a calmarme.

"Sí, te veré pronto", prometo, sonriendo a pesar de los nervios que me hacen temblar el estómago.

Y entonces se inclina para besarme. La ternura de sus labios hace estallar fuegos artificiales en mi cuerpo. Con un agudo jadeo, me paralizó, incapaz de moverme, incapaz de respirar por la intensidad de mi atracción.

La pasión con la que me toca es embriagadora, y mi mente se queda en blanco mientras mi cuerpo se funde con él. Le rodeo el cuello con los brazos y le devuelvo el beso. Un gemido de agradecimiento vibra entre nuestros labios.

Y se queda ahí, saboreándome con una dulzura vertiginosa.

Cuando por fin retrocede, me tambaleo, completamente desequilibrada por el mejor beso de buenas noches de mi vida.

"¿Estás segura de que no te quedarás?", insiste, con voz grave y seductora.

Con los ojos muy abiertos, niego con la cabeza, sin confiar en mi voz.

"Entonces, dulces sueños, *kotenok*".

"Tú también", suspiro, y me giro para pulsar el botón de llamada.

Las puertas se abren instantáneamente y entro en el ascensor antes de girarme para echar un último vistazo a su magnífico cuerpo. La sorprendente intensidad de sus ojos detiene mi corazón.

DIMITRI

Sentado en mi despacho, revolviendo papeles sin sentido por quinta vez consecutiva, suelto un suspiro frustrado. Los arrojo sobre el escritorio y me paso los dedos por el pelo, el producto hace que se erice salvajemente.

Anoche no dormí mucho. No puedo quitarme la sensación de que algo le pasaba a Camille cuando se fue con tanta prisa. Después del mejor sexo que he tenido nunca. Podría haber pensado que su ansiedad tenía que ver con su acosador, si no fuera porque todo iba bien hasta ese momento. Parecía más que deseosa de volver conmigo a mi casa.

Diablos, incluso me había chupado la polla en el ascensor sin que yo se lo hubiera pedido.

Pero cuando se fue, parecía preocupada. Por la forma en que eludió mi preocupación, tuve la sensación de que no quería hablar de ello. Clavándome la palma de la mano en los ojos, intento aliviar el dolor de cabeza que no deja de crecer mientras trato de descifrar su extraña marcha. No podré quitarme a Camille de la cabeza hasta que lo sepa.

Mirando el reloj, estoy seguro de que ya estará en el trabajo. Dijo que tenía que madrugar. Pero estoy esperando a que llegue Alexei. Quiero contarle lo del coche negro que seguía a Camille antes de ir a verla.

"Hola, Di".

Alguien golpea el marco de la puerta de mi despacho, y levanto la cabeza para echar un vistazo. Alexei está en la puerta de mi despacho, espiándome, con una mirada divertida.

Hablando del diablo.

"Vaya, ¿has vuelto a trasnochar con tu cocinera francés?", pregunta, esbozando una sonrisa.

Se me levantan los gruñidos de irritación y mi hermano pequeño se ríe.

"Tocona, tocona", se burla. "Supongo que entonces te dejaré con tus pensamientos".

"No, espera", insisto cuando se da la vuelta para irse. "En realidad necesito hablar contigo de algo".

Enarcando una ceja, Alexei entra en mi despacho y cierra la puerta tras de sí.

"Alguien sigue a Camille", afirmo en tono sombrío.

Alexei frunce el ceño, expresión que le hace parecerse a Maksim mucho más de lo habitual. "¿A quién?"

"Eso es lo que quiero que averigües", afirmo. "Un coche negro ha estado sentado frente a su restaurante las últimas noches que ha cerrado. Por lo visto, se marcha en cuanto ella lo ve".

"¿Y no tiene ni idea de quién puede ser?"

"Ninguna", confirmo, frunciendo el ceño al recordar su insinuación de que creía que era yo.

"Lo investigaré", afirma Alexei, dejando de lado sus bromas habituales al asumir su papel de seguridad.

Por mucho que mi hermano disfrute con sus bromas, cuando se trata de protección y seguridad, no confío más en nadie.

"Gracias. Me levanto de la silla y me pongo el traje de chaqueta.

"¿Te vas?" pregunta Alexei, sorprendido.

"Tengo que ir a hablar con Camille", le digo.

Alexei se ríe, y su ceño fruncido se transforma en diversión. "Tío, lo tienes chungo".

"¿Qué?"

"Sentimientos", se burla Alexei. "Te gusta mucho esta chica".

"Cállate", digo, dando un ligero empujón a mi hermano mientras ambos nos dirigimos hacia la puerta. Pero no puedo evitar una sonrisa.

Si soy sincero conmigo mismo, Camille me gusta. Más de lo que nunca me había gustado una chica. Y después de lo de anoche, no puedo negarlo. La conexión que tenemos es de otro mundo. Y quiero pasar con ella cada minuto que esté despierto.

Pero no es por eso por lo que tengo que hablar con ella ahora. Necesito saber qué está pasando. No puedo librarme de esta inquietante sensación de que algo va mal. Algo que ella no quiere decirme.

El trayecto hasta su restaurante es corto y aparco al final de la calle. Por instinto, escudriño la calle en cuanto salgo de mi Lamborghini. Mis ojos se detienen en la esquina donde anoche esperaba el coche negro, pero no hay rastro de él.

Le Fleur bulle de energía en cuanto entro. Aunque el restaurante no abrirá hasta dentro de unas horas, puedo sentir el trabajo de todo el día que precede al ajetreo de la noche.

Solo hay una persona de pie delante, mientras revisa un horario de servicio. Pero el ruidoso tintineo de platos y cuchillos de picar sale de la cocina, llenando la sala delantera que suele albergar una sala de comensales y sus conversaciones.

"Sr. Federov", me saluda la azafata rubia de ojos avellana cuando entro por la puerta.

Es la misma chica que nos pilló a Camille y a mí en su despacho, justo después de la primera vez que nos acostamos. Hannah, creo que se llama, aunque Camille solo lo dijo así una vez. Hannah me escruta con una mirada inteligente, aunque suspicaz. Muy distinta de la mirada de abierto interés que me dirigió la primera noche que vine a Le Fleur.

No puedo culparla. Llevo semanas monopolizando el tiempo y la atención de su jefe. Y por lo que sé, Hannah es tan buena amiga como la que más.

"¿Está Camille?" pregunto, aunque ya sé la respuesta. Vi su pequeño Escarabajo verde aparcado justo fuera.

"Sí, pero está ocupada. Probablemente deberías volver más tarde", dice Hannah, y el tono de su voz me hace sospechar.

Sea lo que sea lo que molestaba a Camille anoche, parece que su amiga podría relacionarlo conmigo. Y me pregunto si Hannah sabe algo que yo ignoro. Pero si Camille tiene un problema, quiero hablarlo con ella directamente.

"Seguro que no le importará la interrupción", afirmo. "Seré rápido". Dando un paso alrededor del puesto de acogida, me propongo cazar a Camille yo mismo si Hannah no me ayuda.

No intenta detenerme, aunque me dirige una mirada hirviente. Con la mandíbula tensa, se vuelve hacia el atril, de espaldas a mí. Desconcertado por la intensidad de su reacción, me detengo y le devuelvo la mirada para preguntarle.

"Camille..." murmura en voz baja, lo bastante alto para que yo pueda captar sus palabras. "... lleva todo este demasiado lejos".

"¿Cómo dices?" exijo, con las banderas rojas encendidas mientras suena una alarma en mi cabeza.

Definitivamente, esta chica sabe lo que sea que Camille no me está contando. Pero más que eso, mi cerebro se fija en la palabra *actuar*. Eso tiene que significar algo, y no se me ocurre ni una sola cosa buena que pueda significar.

Hannah se gira, con los ojos abiertos de horror. "N-nada", tartamudea, claramente sorprendida de que aún esté lo bastante cerca como para haberla oído.

"No, no, definitivamente has dicho *algo*", insisto, acercándome a ella una vez más. "¿Qué es eso?" exijo.

Hannah se esfuerza por encontrar las palabras y sus ojos recorren la habitación como si buscaran algo que pudiera salvarla.

Lentamente, se aleja de mí, su cuerpo disminuye, se repliega sobre sí mismo mientras yo avanzo.

"No me mientas", afirmo con firmeza, subiendo mi temperamento.

La espalda de Hannah choca contra la pared junto al atril, el obstáculo la acorrala mientras mi cuerpo corta cualquier vía de escape. Casi hiperventilando, se agarra al borde del atril para apoyarse. Con los ojos aterrorizados, me observa acortar la distancia que nos separa.

"Dime lo que has dicho", le ordeno, utilizando mi tamaño para intimidarla y sacarle la verdad. Porque está claro que no va a revelar los secretos de su amiga sin luchar.

"P-por favor", jadea, las lágrimas brotan de sus ojos. "No quería decir nada".

Entonces, ¿por qué no querría decirme lo que dijo? Golpeo la pared con los puños a ambos lados de su cabeza, me inclino hacia ella y entrecierro los ojos con una mirada feroz. Hannah suelta un sollozo aterrorizada y se estremece ante mi ira.

"¿Crees que no me doy cuenta de que mientes?". Siseo.

"Lo s-s-siento", solloza ella, temblando mientras su determinación se quiebra.

"¿Qué has *dicho*?" repito. "No me obligues a sacarte la verdad a la fuerza", amenazo sombríamente.

"Que está llevando todo demasiado lejos", suelta Hannah, y sus palabras tropiezan consigo mismas en su prisa por salir de sus labios. Entonces sus ojos se abren de golpe, mortificada por su falta de fuerzas para resistir.

"¿Qué?" Presiono, retrocediendo ahora que ya no se me resiste.

Pero me hierve la sangre por lo que implican sus palabras.

"Puede que Camille mencionara algo sobre acostarse contigo para que te olvidaras de comprar su r-restaurante...". Hannah respira, con el rostro retorcido por el dolor de haber traicionado a su amiga. Parece que no puede verme a los ojos, con la mirada fija en el suelo.

Gruñendo, me alejo de Hannah como si sus palabras fueran un golpe físico.

El dolor que me atraviesa es intenso e insoportable. Aquí estoy, enamorándome de Camille, pensando que tenemos una conexión profunda que podría convertirse en algo real. *¿Y ella ha estado jugando conmigo todo este tiempo? ¿Acostándose conmigo como técnica de distracción?*

Respirando deprisa y con dificultad, Hannah se atreve a mirarme, y palidece ante la furia que encuentra en mis ojos.

Apretando los puños, tiemblo de rabia y mi mirada se desplaza hacia la cocina. En un instante, todo se une. La resistencia inicial de Camille a mis insinuaciones, su negativa rotunda. Luego el cambio repentino e inexplicable cuando *me* besó por primera vez. Mientras yo pensaba que se estaba haciendo la dura, Camille estaba evaluando una oportunidad. Una forma de manipularme.

Ahora recuerdo las burlas de mi hermano Alexei. Cómo por fin he encontrado a mi media naranja. *Nunca antes habías tardado tanto en cerrar un trato, Dimitri. ¿Significa eso que tus sentimientos por el chef se interponen en tu gran cerebro empresarial?*

Todo el mundo podía verlo menos yo. Claro que Camille no me quiere. Entré en su vida exigiendo su negocio solo unas semanas después de la muerte de su novio.

¿Cómo he podido pasar por alto algo tan evidente?

Sé la respuesta antes incluso de haber terminado de pensar la pregunta. Camille es mi debilidad. Siento por ella algo que nunca había sentido por nadie. Me ha engañado, se ha colado en mi

mente. En mi corazón.

Y todo el tiempo, solo le ha interesado proteger su preciado restaurante.

Sé que hay algo más. Este restaurante lo es todo para ella. Es su sueño y está estrechamente ligado al recuerdo de su padre. Pero ahora mismo no puedo pensar más allá de su traición. Camille solo ha estado conmigo para manipularme.

Y esa verdad cala hondo.

La rabia se mezcla con el dolor y me dirijo a la cocina, furioso.

CAMILLE

Mientras estoy en el mostrador de acero inoxidable de Le Fleur, cortando filetes para esta noche, aún no he decidido qué hacer con mis sentimientos por Dimitri. Son tan intensos y reales y, sin embargo, no puedo hacerme a la idea de que probablemente mató a Roy.

Lógicamente, sé que es cierto. Todo cuadra: el momento, el motivo. Pero, por primera vez, quiero que el incendio de la casa haya sido un accidente. No quiero saber que Dimitri mató a Roy porque mi corazón me dice que tenemos algo bueno, profundo y significativo.

Y si supiera que Dimitri no mató a mi novio por una deuda impagada, quizá, esto podría convertirse en algo mágico.

Puedo sentir la conexión entre nosotros. No se parece a nada que haya experimentado antes. Y mi atracción por Dimitri es innegable. Así que, tras saber que mis emociones coinciden con mi deseo físico, de repente me resisto a probar nada que pueda destruir lo que tenemos.

Pero si no encuentro pruebas contra Dimitri, no sé cómo salvaré mi restaurante.

No puedo seguir fingiendo que todo va bien entre nosotros. Aunque no ha sacado el tema desde nuestra primera cita, sé que llegará el día en que Dimitri me reclame el pago.

¿Verdad que sí?

El parloteo del personal de cocina me saca de mi ensoñación cuando Rorey se burla en voz alta de Betsa por su última cita. Sonrío cuando Louis interviene, bromeando con que Rorey solo se lo hace pasar mal porque está celoso.

Me río entre dientes cuando la bulliciosa charla me hace olvidar a Dimitri, aunque apenas sea por un minuto. Es agradable oír que mi vida amorosa no es el único drama por aquí.

Algo golpea con fuerza desde la habitación delantera, y frunzo el ceño, volviendo mi atención hacia la puerta batiente, confusa. *¿Se le ha caído algo pesado a Hannah?* Me debato entre ir a ver cómo está y bajar la mirada hacia mi puesto de trabajo y la carne parcialmente cortada.

Entonces, sin previo aviso, Dimitri irrumpe en la cocina con tal fuerza que la puerta batiente se estrella contra la pared.

"¿Me has *estado utilizando*?", se enfurece, sus ojos arden mientras me acorrala en un instante.

Mi corazón se detiene, mi cuchillo cae al suelo mientras casi me dejo la piel del susto.

Y cuando acorta la distancia que nos separa, su expresión es atronadora. Por primera vez, Dimitri me aterroriza. Su ira parece llenar toda la habitación, quemando el oxígeno del espacio que nos rodea mientras su impresionante cuerpo me hace sentir repentinamente pequeña.

Apoyándome en la encimera en un débil intento de poner distancia entre nosotros, echo un vistazo a mi silencioso personal de cocina. Permanecen inmóviles, con los ojos muy abiertos por el miedo, sin mover un músculo.

"¿Podrías... concedernos un momento?", pregunto mansamente, con la voz temblorosa.

Y aunque puedo ver la preocupación en sus rostros, ni una sola persona vacila mientras se apresura hacia el comedor.

Dimitri se cierne sobre mí, sus ojos observan cómo los últimos de mis empleados desaparecen por la puerta batiente, dejándonos solos. Luego, su mirada de acero se desplaza lentamente hacia mí. Con el corazón latiéndome en la garganta, miro al hermoso y furioso ruso que se alza ante mí.

"Dime que no me *follaste* para distraerme de reclamar tu deuda", gruñe, las palabras mordaces al salir de su boca.

Sus ojos grises brillan con una intensidad que me hace preguntarme si no podría matarme aquí y ahora. Y si su acusación es tan específica, significa que lo sabe, así que mentir no me salvará.

"No puedo", respiro, con los ojos desviados hacia el suelo. El cuchillo que estaba utilizando para preparar la carne yace donde lo dejé caer.

A pocos centímetros de mí, Dimitri me pellizca la barbilla entre el dedo y el pulgar. Luego me levanta la cara, obligándome a mirarle. "Quiero oírte decirlo", dice, con voz grave, plana y mortal.

¿"D-decir qué"? jadeo, con el corazón martilleándome.

"Dime cuál era tu plan. ¿Cómo veías que se desarrollaría esto entre nosotros?"

Tragándome el miedo, intento tranquilizar mi mente. Y aunque me aterra confesarme, espero poder encontrar cierta sensación de paz al otro lado. Porque he tenido muchos conflictos. *Pero, ¿y si no me perdona?*

"Sabía que me deseabas...". Afirmo en voz baja, sin apenas atreverme a respirar. "Y mencionaste en nuestro primer almuerzo que mi rechazo solo hacía que me desearas más. Así que pensé que si me acostaba contigo, te olvidarías de mi restaurante y tal vez podría averiguar qué le pasó realmente a Roy..."

Se me cae el estómago a medida que se me escapan todos los detalles, y no sé si me siento aliviada de que todo haya salido a la luz o si estoy horrorizada por el rumbo que tomarán las cosas a partir de ahora.

Las fosas nasales de Dimitri se agitan y soltandome la cara, se aparta de mí con disgusto. Al ver

los muros defensivos que se levantan a su alrededor, me apresuro a terminar mi explicación. Para contarle cómo cambió todo cuando empezamos a pasar tiempo juntos. Que realmente quiero estar con él, que me encanta pasar tiempo con él y que mis sentimientos por él *son* reales. A pesar de mi intención original.

Pero apenas paso de las dos primeras palabras cuando ya está hirviendo, su rabia brotando de su boca en una violenta retahíla de maldiciones rusas mientras me corta el paso.

"*Suka*", gruñe, paseando su furia por la cocina. "Eres tan superficial y manipuladora como el resto de las mujeres que he conocido. Pensé que serías diferente. Que tendrías una puta alma. Pero debería haberlo sabido".

Sorprendida por el vitriolo de su voz, doy un grito ahogado. Y mis defensas se levantan. "Eh, eso no es justo...", interrumpo, apartándome del mostrador para participar en la discusión. Puedo admitir que mis acciones no fueron del todo honestas y que, en general, están por debajo de mí. Pero no carecían de razón. Me amenazó con quitarme mi negocio, y su ira ahora no parece tenerlo en cuenta en absoluto.

Pero Dimitri no lo acepta. Se detiene en seco y vuelve a encararse conmigo, su inmensa presencia aterroriza en su ira. Y una vez más, retrocedo mientras mi argumento muere en mi boca.

"¿Crees que puedes utilizarme?", exige. "Puedo tener a quien quiera. Cuando quiera. Tengo la riqueza, el poder, el nombre. ¿No crees que podría encontrar el precio que te hiciera abrirte de piernas para mí? ¿Quién eres tú para pensar que puedes *manipularme*?"

El golpe cae bajo cuando apunta directamente a mi autoestima, y las lágrimas me escuecen en los ojos. Pero me niego a dejarlas caer. No puede quitarme lo que valgo, y me hiere profundamente que lo intente. Levantando la barbilla a la defensiva, cruzo los brazos sobre el pecho.

"No aceptaría todo el dinero del mundo para acostarme contigo", replico fríamente. Pero la verdad es tan evidente que mis bravatas resultan patéticamente endebles. Porque me acosté con él. Muchas veces. Sin recibir ni un céntimo. Y joder, me gustaba.

"¿No crees que tienes un precio, Camille?", pregunta, con sus ojos de plata fundidos. "Tu precio es tu restaurante. ¿O es que no lo sabes? Me vendiste tu cuerpo rezando para que te dejara conservarlo. Así que, mientras quieres fingir que eres demasiado buena para ser una puta, has trocado tu cuerpo a cambio de un poco de tiempo".

La sangre se me hiela en las venas y doy otro paso atrás cuando la lucha me abandona. Sus palabras son tan hirientes que no tengo defensa contra ellas, ni capacidad para impedir que se claven profundamente en mí.

Y de repente estoy en espiral, mi dolor y mi arrepentimiento son tan tumultuosos que no veo la forma de salir de este agujero profundo y oscuro. No puedo creer que me enamorara de Dimitri. Que no pudiera ver el odio violento que llevaba dentro. Me hace cuestionar mi cordura por desarrollar sentimientos hacia él. Cuando sospeché desde el principio de lo que es capaz.

Una cosa es segura. Mis instintos de anoche eran correctos. Necesitaba salir, conseguir algo de espacio y aclarar mis ideas. Porque nada bueno puede salir de enamorarse de este hombre.

"No me utilizas, Camille. Estás aquí solo porque yo lo he permitido. Y no pienses ni por un momento que me has manipulado".

Terminada su perorata, Dimitri sale de la cocina dando otro portazo. Echo un último vistazo a sus anchos hombros antes de que desaparezca de mi vida.

Y el silencio que sigue es ensordecedor.

Atónita, me quedo mirando la puerta con los ojos desorbitados durante un largo instante, con el corazón latiéndome con tanta fuerza que puedo oírlo en mis oídos. Apenas puedo creer lo rápido que se han desenredado las cosas entre nosotros. Nunca imaginé que así irían las cosas si Dimitri se enteraba de mi plan.

A pesar del enorme agujero en el pecho que me deja dolorido, al menos puedo sentirme aliviado de que no se pusiera violento. Pero ahora que he visto el nivel de ira del que es capaz, no me cabe duda de que podría matar a alguien que se interpusiera entre él y su dinero, como Roy.

Me estremezco al pensar en lo imprudente que era mi plan.

Pero peor que el intenso miedo que me provocó su ira, me parece más devastadora la pérdida de nuestra dicha momentánea. Porque, a pesar de que nuestra relación se basaba en mentiras, realmente sentía que podía haber encontrado al hombre perfecto para mí.

Eso demuestra lo terrible que es mi gusto en hombres. Pasé de un hombre que acumulaba una deuda que ponía en peligro mi restaurante a un hombre capaz de matar a alguien. Un hombre dispuesto a destruirme por completo. Parece que encuentro relaciones tóxicas incluso cuando no las busco.

Me da un vuelco el corazón cuando la puerta se abre lentamente y me preparo para otra feroz bofetada. Entonces el dulce Louis se asoma tímidamente por el borde de la puerta.

Un intenso alivio consume los angulosos rasgos de mi ayudante de cocina cuando entra en la cocina y el resto del equipo le sigue uno a uno.

"¿Estás bien, Chef?". Pregunta Louis tímidamente.

Asiento entumecida, sin saber muy bien cómo mover los labios.

Lanzando un suspiro, libera la tensión de sus hombros. "Pensábamos que habías muerto", admite, seguido de una risita nerviosa.

Y sin más, mis emociones se derrumban a mi alrededor como un cubo de agua helada. Se me llenan los ojos de lágrimas y estallo en un sollozo agudo. Y mi pobre personal se queda atónito mientras berreo abiertamente delante de ellos.

Abrazándome el estómago, me repliego sobre mí misma, llorando desconsoladamente.

Sin saber cómo ayudar en la situación, se reúnen a mi alrededor, me tocan los hombros con las manos y la preocupación se dibuja en sus rostros. Louis me rodea los hombros con un brazo torpe, intentando consolarme.

CAMILLE

"Buenas noches, Chef", dice Louis, con los ojos aún llenos de preocupación.

"Buenas noches, Louis", digo, forzando una sonrisa.

Contra todo pronóstico, superamos una noche de locura en Le Fleur. Los pedidos eran incesantes, creando un ajetreo que me dejó completamente agotada. Estoy tan agotada que me pesan los brazos mientras limpio la parrilla, y mis tareas se alargan más de lo habitual.

"¿Cami?". pregunta Hannah tímidamente desde la puerta.

"Hola, Banana". Utilizo mi apodo para ella, uno que uso con moderación porque sé que tiene un profundo significado emocional para ella. Pero quiero tranquilizarla, porque esta noche ha venido a verme innumerables veces.

"¿Se han ido todos los demás?", pregunta, entrando en la cocina.

Asiento con la cabeza.

"Solo quería decirte que lo siento muchísimo. Me siento absolutamente fatal por haber dicho nada". Hannah retuerce los dedos formando un nudo culpable.

"No tienes que seguir disculpándote. De verdad. Es culpa mía. Soy la idiota que decidió intentar un plan tan estúpido en primer lugar". Dándole un apretón en el brazo, intento tranquilizarla por enésima vez.

Hannah se resfría. "Pero fui yo quien se lo contó. Y podrías haberte hecho daño".

"Chica, por favor. El hecho es que no me hizo daño aunque estaba más enfadado que una gallina mojada. Y sé lo absolutamente aterrador que puede llegar a ser Dimitri". La verdad es que, aunque nunca me ha puesto la mano encima sin que yo lo deseara desesperadamente, su sola presencia es intimidante, y esta noche su ira era más grande que la vida.

"Sí", asiente Hannah, con cara aún de culpabilidad.

"Por favor, no te culpes", insisto, agarrándola de las manos. "No te culpo lo más mínimo, y sé que no se lo habrías dicho sin una razón".

Hannah asiente, con los ojos llenos de lágrimas. Y la abrazo.

Me rodea la cintura con los brazos y me da un fuerte apretón. "Estaba tan asustada. Y luego pensé que podría hacerte daño, y no sabía qué hacer..."

"Oye, estamos bien. No pasa nada. La gente se pelea", digo.

"Sí, pero la mayoría de la gente no discute con el hombre que mató a su novio", señala Hannah, apartándose para mirarme a la cara.

"Bien dicho", concedo con una sonrisa.

Ella suelta una carcajada. "¿Seguro que estás bien?"

"Si me lo preguntas una vez más, puede que pierda la cabeza".

"Vale, vale". Hannah me da un último apretón y retrocede.

"¿Habéis acabado por esta noche?" pregunto.

Ella asiente y mira por encima del hombro. "Todos los demás se han ido a casa". Luego se vuelve para mirarme. "¿Quieres que me quede y cierre contigo?"

"No. Estoy bien. Saldré de aquí enseguida".

"De acuerdo. Hasta mañana".

"¡Buenas noches!"

Hannah sale por la puerta batiente y, con un fuerte suspiro, vuelvo a la tarea que tengo entre manos. Estoy muy tentada de dejarlo para mañana. Pero si no lo limpio esta noche, por la mañana será diez veces más difícil.

Echándole un poco de grasa, me pongo manos a la obra.

Y en la paz y la tranquilidad, por fin puedo procesar lo que ocurrió entre Dimitri y yo. Fue estúpido por mi parte pensar que podía manipularle. Y la verdad es que me siento mal. Desde que empezamos a salir, solo me ha mostrado amabilidad y respeto. Me ha mostrado lo que se siente al tener una verdadera conexión con alguien.

Roy nunca me lo dio.

Pero esta noche he visto una faceta de Dimitri que nunca antes había visto. Vi su potencial de agresividad cuando se enfrentó a ese chico en el club, el que me derramó una copa encima. Pero cuando se trata de nosotros, siempre ha parecido inquebrantable, su encanto fluye sin esfuerzo sin importar lo que yo le lance.

Así que sus palabras rencorosas me hirieron profundamente, su inesperada entrega fue tan dolorosa como las propias palabras. Pero ahora que he tenido tiempo de pensar en ello, me pregunto si no habrá dicho esas cosas por su propio dolor.

Me duele el pecho por el desastre que he hecho con todo. Lo que parecía una gran idea al principio, ahora me parece una intensa traición por mi parte. Estoy tan confundida y perdida sobre qué hacer a partir de ahora.

Porque ahora que he perdido a Dimitri, me doy cuenta de que estoy casi dispuesta a cederlo todo para estar con él. No sé qué me pasa. *¿Tan mal está que la única persona del mundo a la que quiero acudir en busca de consuelo ahora mismo es el hombre que me está causando todo este dolor?*

Pero desde hace semanas, Dimitri es quien me hace sentir segura, cuidada y escuchada. Y sin él, no sé qué hacer conmigo misma. *¿Puedo volver a la vida que conocía antes de él?*

No estoy tan segura.

Con el corazón encogido, miro alrededor de la cocina y considero que mi trabajo ha terminado. Gimiendo mientras mis músculos protestan por la dura noche, me dirijo lentamente al despacho y me quito la bata de cocinero.

Luego hago un último barrido por el restaurante, comprobando puertas, estufas y luces para asegurarme de que todo está bien cerrado y apagado. Mi cuerpo funciona con el piloto automático, pero mi mente sigue centrada en Dimitri mientras examino la habitación delantera para asegurarme de que todo está en orden. Luego apago las luces y salgo por la puerta principal.

Es una noche fresca, el viento me envuelve con la chaqueta y tiemblo cuando me la cierro antes de rebuscar en el bolso. Un momento después encuentro las llaves, cierro y me dirijo al coche. Emocionalmente agotada, estoy demasiado cansada para saber adónde ir.

A casa, obviamente. Pero con Dimitri, las cosas no están tan claras.

¿Me disculpo?

Aunque lo intentara, no estoy segura de que me perdonara.

¿Acepto que he estropeado las cosas sin remedio?

Eso podría acabar conmigo perdiendo a Dimitri y a Le Fleur. Porque ahora que nuestra relación parece haber terminado, no me sorprendería que me hiciera responsable de la deuda de Roy.

Con los ojos sombríos, me deslizo tras el volante de mi pequeño coche verde y cierro la puerta. Enciendo el motor, pongo en marcha la calefacción para descongelar mi carne helada. Me tomo un momento, intentando despejarme. Y masajeo mis ojos cansados.

Luego, con un suspiro resignado, me abrocho el cinturón de seguridad y pongo el coche en marcha.

Es lo bastante tarde como para que las calles estén vacías y pueda apartarme del bordillo sin tener que incorporarme. Conduzco hasta el final de la manzana y me detengo ante un semáforo en rojo. Y espero. Riendo para mis adentros, miro arriba y abajo por las calles desiertas, preguntándome qué sentido tiene que esté aquí sentada sola, sin otro coche a la vista.

Pero por muy tentada que esté de cruzar el cruce sin más, no me atrevo a levantar el pie del freno. Para calmar mi impaciencia, me agacho y toqueto la radio. Encuentro una emisora que me gusta, la pongo a todo volumen y empiezo a cantar la conocida canción que sale por los altavoces.

Aunque no me apetece mucho cantar, me ayudará a olvidarme de Dimitri y me mantendrá

despierta durante el corto trayecto hasta casa. Cuando levanto la vista, me sorprende ver que el semáforo ya está en verde.

Cuando pongo el pie en el acelerador, mi cochecito salta hacia delante, tan dispuesto como yo a salir pitando para poder acurrucarme en mi propia cama.

Al entrar en el cruce, un movimiento a mi derecha me llama la atención. El corazón me da un vuelco y el estómago se me revuelve incómodo. Y tengo el tiempo justo para girar la cabeza y ver un coche negro que se dirige hacia mí.

Sin faros.

Sus neumáticos chirrían al acelerar rápidamente.

"Oh, mier..."

La fuerza con la que me golpean me hace chocar de costado contra la puerta. Le sigue un extraño sonido de estallido, como aquello de una burbuja gigante. Y con él, el oxígeno parece ser succionado de mi coche.

El mundo gira a mi alrededor mientras grito de puro terror. Aferrada al volante, rezo para que se detenga. Entonces algo enorme me golpea la cara y el pecho.

El aire abandona mis pulmones en un instante mientras siento como si me hubieran dado un puñetazo en las tripas. Y de repente, estoy inmovilizada, ciega al mundo que me rodea. Afortunadamente, mi coche se detiene, dando una última sacudida antes de aterrizar firmemente sobre sus ruedas.

La visión se oscurece en los bordes, parpadeo, intentando dar sentido a lo que veo. Pero todo es blanco. Lenta y dolorosamente, giro la cabeza hacia la izquierda mientras algo chilla con fuerza, como una gran bestia que sufre un dolor agonizante.

Mi corazón se detiene cuando el coche negro entra de nuevo en mi visión. Solo que esta vez se aleja. Sus luces traseras rojas me miran, ominosas en la oscura noche. El pánico me inunda al darme cuenta de lo que ha pasado.

El cabrón me golpeó. Intencionadamente.

A través de la espesa niebla que me nubla el cerebro, intento pensar en lo que debo hacer a continuación. Pero la cabeza me da tantas vueltas que no puedo pensar con claridad. Probablemente aún estoy mareada por haberme dado la vuelta tantas veces.

Solo sé que estoy en peligro. Esto no ha sido un accidente, y si el conductor del coche negro se da cuenta de que no estoy muerta, puede que vuelva.

El terror se apodera de mí y, a través de la intensidad de mi miedo, un pensamiento irrumpe en mi mente, haciendo brillar una luz que ahuyenta a todos los monstruos.

Dimitri.

Hurgo en el bolsillo en busca de mi teléfono, ignoro cómo mi cabeza grita de agonía. Y el alivio me inunda al sacarlo y comprobar que ha sobrevivido.

Marco a Dimitri y me acerco el teléfono a la oreja, rezando para que descuelgue.

Suena y suena y suena hasta que estoy segura de que me enviarán al buzón de voz, y mi estómago se hunde cuando una nueva oleada de rechazo se abate sobre mí. Las lágrimas me escuecen en los ojos y el nudo en la garganta me impide tragar.

"¿Camille?"

El dulce sonido de la voz de Dimitri - por muy seria que esté - me devuelve de golpe a la realidad. Y cuando abro la boca para responder, me sale un sollozo desgarrado.

DIMITRI

Solo en mi ático, me siento en el sofá con la cabeza entre las manos.

Me siento fatal por lo que le dije a Camille. Ni una sola vez he pensado menos de ella porque no tenga el dinero que yo tengo o el mismo nivel de prestigio que conlleva mi apellido. Y sé que no es una puta. Nunca he conocido a una mujer con más amor propio. Y tiene demasiado orgullo como para acostarse con un hombre por dinero.

Solo lo dije para herirla tanto como ella me hirió a mí. Y ahora, me arrepiento inmensamente.

Al mismo tiempo, no puedo volver y disculparme. Porque fue ella quien me utilizó. Jugó conmigo, y odio saber que me enamoré de ella tan fuerte y tan fácilmente cuando ella no ha sentido nada por mí todo este tiempo.

En realidad, su plan funcionó demasiado bien. No solo había dejado de presionarla para que vendiera Le Fleur, sino que además me había hecho creer que había sido idea mía. Qué tonto soy.

La frustración me invade al pensar en lo ridículo que he sido. Pensar que cortejar a Camille sería un reto divertido, que podría hacer que se enamorara de mí. Y mientras tanto, ella tenía otros planes. Le hice el juego, aunque se suponía que yo era el maestro.

Nunca debería haber caído en mi propia mentira: que podría haber encontrado a la mujer de mis sueños.

No, necesito olvidarme de Camille.

Quiero borrarla completamente de mi memoria.

Frotándome la cara con las manos, suelto un profundo suspiro y me pongo en pie.

No sé cómo lo conseguiré, pero estoy decidido a no volver a pensar en la chica.

Con el corazón oprimido, me dirijo hacia las escaleras, sorprendido al comprobar lo oscuro que está el exterior de mi muro de ventanas. He estado tan absorto en mis pensamientos que ni siquiera sé qué hora es. Más de medianoche, según mi reloj.

Por eso me choca cuando mi teléfono empieza a zumbear en mi bolsillo.

Arrugando las cejas, lo saco para ver quién llama, y mi corazón tropieza incómodo en mi pecho.

Congelado a mitad de la escalera, miro fijamente el nombre de Camille que ilumina mi pantalla.

Debería ignorarla. Mandarla directamente al buzón de voz. No quiero oír nada de lo que tenga que decir. *¿Cree que una disculpa a medias va a arreglar las cosas entre nosotros?*

O quizá me llama para restregármelo un poco más. Que mientras yo estaba aquí sentado, aturdido por lo que había aprendido hoy, ella había pasado una noche estupenda en el restaurante y estaba feliz de haberme dejado en paz. Literalmente.

Pero por mucho que lo intente, no puedo ignorarla.

Cierro los ojos y respiro profundamente. Luego respondo.

"¿Camille?" pregunto, acercándome el teléfono a la oreja.

Y mi corazón se detiene ante el sollozo roto que resuena a través de la línea.

"¿Qué ocurre?", exijo, mi enfado se desvanece bajo la inmensidad de mi preocupación.

Pero aunque intenta desesperadamente que le salgan las palabras, Camille no puede pasar de la primera letra de su explicación porque llora demasiado.

"Respira, Camille, respira. Necesito que te calmes y me digas qué te pasa". Se me hace un nudo doloroso en el estómago mientras permanezco de pie, inútil, en las escaleras, incapaz de ayudarla cuando ni siquiera puedo discernir qué ha pasado.

La estática crepita a través de la línea mientras ella sigue mis instrucciones, respirando hondo varias veces antes de volver a intentarlo.

"Tuve un accidente", solloza, con las palabras entrecortadas por el hipo, lo que hace casi imposible entenderla.

"¿Un accidente de coche?", pregunto, mientras la sangre se me hiela y mi mano aprieta el teléfono.

"S-sí", tartamudea, derrumbándose una vez más. "Lo siento mucho. No sabía a quién llamar".

"La policía", afirmo al instante.

"Cierto", dice con hipo. "Qué estúpida soy. Lo siento. Te dejaré".

"No, espera", insisto, la adrenalina me recorre al pensar en ella sentada en su coche averiado al borde de la carretera. "¿Estás herida?" pregunto, con el corazón encogido.

"No lo creo", dice, con voz confusa. Pero mis preguntas parecen calmarla. Al menos, ya no llora histéricamente y su respiración se está calmando.

"¿Y el otro conductor?" pregunto.

"Se dio a la fuga. Creo que se saltó un semáforo en rojo, pero todo ocurrió tan rápido... que no me acuerdo".

"¿Dónde estás?", exijo, encendiendo las escaleras y dirigiéndome hacia el ascensor.

Me indica una intersección a menos de un kilómetro de Le Fleur.

"Voy a buscarte", afirmo mientras el vago sonido de una sirena se emite a través del teléfono.

"¿Dimitri?", susurra, con la voz entrecortada.

"¿Hmm?" Golpeo el botón de llamada, deseando que el ascensor venga más deprisa.

"Gracias", jadea.

Entonces termina la llamada.

Con el pulso acelerado, me meto en el ascensor en cuanto se abren las puertas y bajo impaciente hasta el garaje. La voz rota de Camille se repite una y otra vez en mi mente. Sonaba tan asustada, tan perdida.

Y en este momento, no me importa que me haya herido profundamente. Necesito desesperadamente saber que está a salvo e ilesa. Me preocupa que no recuerde lo que ha pasado. Tal vez se deba a la rapidez con que ocurrió, pero parecía demasiado conmocionada para haber tenido un accidente rápido. Es muy posible que sufriera una conmoción cerebral o se desmayara.

En un santiamén estoy en mi coche y corro hacia el cruce donde ocurrió.

Luces rojas y azules entran por mi ventanilla cuando llego a la escena. Y se me cae el estómago ante la inquietante visión. Camille está de pie junto a un coche de policía, con un agente a su lado. Su rostro manchado de lágrimas parece demacrado, sus ojos hinchados. Y su pelo castaño es un revoltijo de rizos alrededor de la cara. Puede que me equivoque, pero parece que le corre un hilo de sangre por un lado de la frente. Y se está abrazando a sí misma como si fuera a desmoronarse si no mantiene unidos sus pedazos.

El agente parece ajeno a su estado emocional mientras garabatea en el bloc de papel que lleva en la mano. Otros tres coches de policía bloquean la intersección y los agentes uniformados parecen estar acordonando la escena.

La cantidad de cristales rotos esparcidos por el cruce me dice que esto fue mucho más que un simple golpe amoroso. Alguien chocó contra ella a una velocidad muy superior a la permitida en San Francisco.

Entonces mis ojos ven la grúa cuando empieza a levantar su pequeño coche verde de la calle. Se me revuelven las tripas al ver por primera vez la enorme abolladura que ha abollado todo el lateral derecho de su coche.

Si hubiera habido alguien en el asiento del copiloto, seguramente habría quedado aplastado. Y aunque el lado del conductor parece sorprendentemente intacto, todas las ventanillas están destrozadas, como si hubieran estallado por la fuerza del impacto.

Luchando contra el vómito que amenaza con subirme por la garganta, aparco el coche en la calle y salgo de él. Recorro lentamente la escena del crimen y me dirijo hacia Camille y el agente de policía con el que está hablando.

Cuando me acerco, cierra el cuaderno y asiente a Camille. Luego me mira a mí. Un momento

después, Camille gira la cabeza como si percibiera mi presencia.

Una dulce expresión de alivio se dibuja en su rostro y, aparentemente sin pensarlo, empieza a caminar hacia mí. Tras varios pasos, vacila, mordiéndose el labio antes de volverse hacia el agente.

Y aunque no puedo oír lo que dice, ahora estoy lo bastante cerca para oírle responder: "Tenemos todo lo que necesitamos".

Entonces Camille se vuelve hacia mí, sus pies la llevan rápidamente en mi dirección mientras yo me agacho bajo la cinta de precaución.

Un momento después está sobre mí, y sus ojos brillan de lágrimas mientras extiende los brazos para rodearme el cuello. La atraigo hacia mí sin vacilar, abrazándola mientras respiro el dulce aroma floral de su champú mezclado con el sudor salado.

Mientras se derrumba en mis brazos, temblando contra mi pecho, acaricio sus suaves rizos y murmuro seguridades, intentando tranquilizarla.

"Gracias por venir a buscarme", susurra cuando por fin vuelve a tener las lágrimas bajo control.

Cuando levanta la cara para mirarme, se me retuerce el corazón al ver el triste estado en que se encuentra. Parece agotada, con los ojos enrojecidos e hinchados por el llanto, y un nudo de buen tamaño colorea la raya de su pelo sobre el ojo izquierdo. Aunque la sangre ya se ha secado, un pequeño hilillo había corrido por su sien.

Con manos tiernas, inspecciono la herida, moviéndole el pelo para ver hasta dónde llega el corte. Camille se estremece ligeramente, se le cierra el ojo izquierdo mientras el aire sisea entre sus dientes.

"Tenemos que llevarte al hospital", observo.

"No, estoy bien. De verdad. Solo es un pequeño golpe en la cabeza", insiste.

"Camille", le regaño autoritariamente.

"Dimitri", me responde, lanzándome la misma mirada intencionada que intento dirigirle yo. "Solo me costará dinero, y me encuentro bien. Solo un poco alterada".

Aun así, vacilo. Parece más que nerviosa y no me gusta la idea de dejarla sola cuando puede estar conmocionada. Por el estado en que está su coche y su confusión al hablar por teléfono - por no mencionar el bulto de buen tamaño que tiene en la cabeza - diría que las probabilidades son bastante altas.

Suspirando pesadamente, propongo un compromiso. "Bien, si no me dejas llevarte al hospital, al menos déjame llevarte a mi casa a pasar la noche".

Los ojos de Camille se abren de par en par y sus labios se entreabren de asombro mientras el color se agolpa en sus mejillas. Me siento inmensamente agradecido al verla volver cuando estaba tan pálida.

Antes de que pueda discutir, le explico: "Quiero vigilarte durante la noche. Solo por seguridad. Puede que tengas una conmoción cerebral". No quiero expresar mi otra razón: que necesito

desesperadamente tenerla cerca porque mi instinto de protegerla está desbocado en este momento. Solo de pensar en dejarla en su casa se me anudan los hombros de tensión.

"Ah, claro", dice Camille, bajando la mirada al suelo. "Bueno, si no es mucha molestia...", empieza. Luego vuelve a mirarme, con un destello de esperanza iluminando el fondo azul de sus ojos.

Y despierta algo muy dentro de mí.

Algo que hace que el calor inunde mi cuerpo.

"Insisto", afirmo, rodeándole los hombros con un brazo y guiándola hacia mi coche.

Se siente terriblemente inestable, como si se le fueran a doblar las rodillas de un momento a otro. Pero, por la forma en que lleva la cabeza, sé que ninguna persuasión por mi parte va a llevarla a un hospital.

Y aunque nunca lo admitiré, agradezco no tener que perderla de vista.

CAMILLE

Dimitri no deja de mirarme mientras conducimos hacia su ático. Como si pensara que voy a sufrir convulsiones o algo así si no me vigila constantemente.

Y cuando llegamos a su edificio, me rodea la cintura con el brazo y me sostiene en cuanto salgo del coche. Es tan amable, su preocupación es tan evidente que me derrite el corazón. Casi creo que sus acciones podrían ser su forma de disculparse por cómo hemos dejado las cosas hoy en la cocina de Le Fleur.

No dice mucho y, en ese silencio, siento que puedo volver a centrarme por primera vez. El choque en sí sigue siendo un borrón de sonidos aterradores y una sensación de impotencia absoluta al verme zarandeada como un muñeco de trapo.

Pero un pensamiento persistente cosquillea en el fondo de mi mente, como si hubiera olvidado algún detalle crítico.

A estas alturas estoy casi segura, al cien por cien, de que el conductor del otro coche se saltó un semáforo en rojo. Pero no creo que sea eso lo que mi cerebro intenta recordar.

En cuanto estamos en el apartamento de Dimitri, una sensación de calma me envuelve. Aquí estoy a salvo y, mientras suspiro de alivio, mis músculos se relajan por fin. Mis rodillas se doblan inesperadamente, y jadeo mientras me dirijo hacia el suelo en un instante.

Entonces unos fuertes brazos me levantan mientras Dimitri me estrecha contra su firme pecho. Me ruborizo cuando nuestros rostros se acercan y su aroma masculino a cuero y pino me inunda la nariz.

"Lo siento", digo, aunque no estoy del todo segura de por qué me disculpo.

Pero Dimitri no me vuelve a poner en pie. En lugar de eso, me lleva, como a una novia, por sus escaleras de cristal hasta el dormitorio. El corazón me martillea en el pecho, esta vez no por la subida, sino por nuestra proximidad.

Y cuando me lleva a su impresionante baño principal y me sienta en el borde de su bañera con patas de garra, casi suspiro de alivio. Porque tenerlo tan cerca hace cosas raras en mi cuerpo.

Hace correr el agua de la bañera, echando sales de Epsom y burbujas mientras yo miro.

"¿Qué haces?", pregunto. Cuando frunzo el ceño, la piel desgarrada de mi sien me da un tirón y me estremezco de dolor.

Los ojos grises de Dimitri no pasan nada por alto, y se dirigen hacia el bulto de mi cabeza con preocupación. "Preparándote un baño. Probablemente mañana te sentirás fatal. Pensé que un baño de sales de Epsom te ayudaría un poco".

Luego se vuelve hacia los armarios de su cuarto de baño para revolverlos.

Agradezco el momento de intimidad mientras las lágrimas me escuecen ante su empatía. Este es el hombre del que me enamoré: alguien que está ahí en el momento en que lo necesito, dándome cosas que ni siquiera sabía que necesitaba.

Abre el fregadero y pasa una toallita bajo el agua. Luego, con las herramientas en la mano, se vuelve hacia mí. Se me corta la respiración cuando se arrodilla delante de mí. Con ternura, me limpia la cara con el paño húmedo y caliente.

Mis ojos se cierran ante la gloriosa sensación. Como el más suave de los masajes. Noto un ligero tirón cuando se pone a trabajar sobre la sangre que se me pega a la piel. Pero su atención es tan lenta y cuidadosa que no me duele en absoluto.

Luego vuelve al mostrador para recoger un algodón, al que aplica agua y jabón.

"Esto puede escocer un poco", advierte, volviéndose hacia mí.

Tuerzo la cara para prepararme para el dolor y aspiro bruscamente cuando me da un ligero golpecito en el bulto de la cabeza. Definitivamente está magullada y dolorida, pero a medida que me aclimato, el dolor me parece perfectamente razonable.

Dimitri termina mi tratamiento médico aplicando pomada antibiótica al corte y cubriéndolo con una venda. Luego se vuelve hacia la bañera y cierra el grifo.

"Te daré un poco de intimidad", afirma, y se me retuerce dolorosamente el estómago al ver las diferentes casillas en las que estamos ahora. Ayer, él mismo me habría desnudado sin dudarlo un instante.

Luchando contra una nueva oleada de lágrimas, asiento con la cabeza.

"Solo... sigue hablándome para que sepa que no te has desmayado y has empezado a ahogarte".

Me río a mi pesar. "Vale".

En cuanto sale del baño, me desnudo y me meto con cuidado en la bañera. Se me escapa un profundo gemido de agradecimiento cuando el calor envuelve mis músculos anudados, ayudándolos a desenredarse uno a uno.

"¿Va todo bien ahí dentro?", llama desde la otra habitación.

"Muy bien", gimo, hundiéndome de nuevo contra la bañera.

Permanezco allí media hora entera, Dimitri controlándose y recordándose que hable cada vez que guardo silencio demasiado tiempo. Pero el baño es celestial. Y cuando por fin salgo del

agua, está casi tibia.

Me seco rápidamente y me envuelvo el cuerpo con la toalla antes de comprobar por primera vez mi reflejo en el espejo. Me veo completamente agotada, y el chichón de la cabeza ya se está poniendo morado, pero el baño ha dado buen color a mi piel. Y, en general, estoy bastante impresionada por la forma en que me encuentro.

"Toc, toc", dice Dimitri junto a la puerta, y me giro para encontrarlo con una camiseta de gran tamaño y unos pantalones de pijama. "Pensé que preferirías dormir con algo un poco más limpio y cómodo", dice, entregándomelos.

"Gracias". Sonríó mientras la fibra sensible se me tensa de nuevo.

Su dulzura es casi más dolorosa que el accidente de coche. Y es un duro recordatorio de lo que he perdido. Me pongo la ropa prestada de Dimitri y pienso en qué lugar ocupo en todo esto.

¿Puedo vivir con un hombre que sería capaz de matar a alguien como Roy?

La pregunta me ha estado rondando la cabeza desde que Dimitri y yo hicimos el amor anoche. Pero ahora, surge una segunda pregunta que hace que me duela el pecho de pérdida.

¿Puedo vivir sin Dimitri si mató a Roy?

De repente no estoy tan segura.

Con ese pensamiento fresco en la mente, salgo del baño, aseada y lista para acostarme.

"¿Te encuentras mejor?", me pregunta Dimitri, y sus ojos recorren rápidamente mi cuerpo antes de dirigirse de nuevo a mi cara.

"Como una persona nueva. Gracias".

Sonríe suavemente. "Entonces vamos a meterte en la cama".

Me da un vuelco el corazón ante la sugerencia, aunque sé que probablemente no lo dice en el sentido que yo espero. Me señala su cama de matrimonio, me ayuda a meterme bajo las sábanas y se asegura de que tengo suficientes almohadas para aliviar mis dolores.

Luego, con un movimiento de cabeza, se endereza. "Vendré a verte a lo largo de la noche", promete.

Y se me hace un nudo en el estómago al ver el significado de sus palabras. No piensa quedarse en su habitación. Me duele el corazón y no puedo evitar alargar la mano para cogerla. Dimitri se detiene, sus ojos se posan en nuestros dedos enlazados y luego suben para mirarme a los ojos.

"¿Te quedas conmigo?". Respiro, mi vulnerabilidad me impide hablar más allá de un susurro.

Una intensa agonía cruza su rostro y luego desaparece. Asiente con la cabeza y me muevo para hacerle sitio. Cuando Dimitri se acomoda en la cama a mi lado, me acurruco cerca de él, respirando su maravilloso aroma, empapándome del calor de su cuerpo.

Me rodea con el brazo, tirando de mí mientras uso su pecho como almohada. Y me siento tan bien, tan bien. Mi cuerpo se calienta, mi corazón se acelera cuando sus dedos acarician suavemente mi brazo. Y me atrevo a pensar que él y yo podríamos estar bien.

Inclinando la cabeza, le doy un ligero beso en el cuello, y Dimitri no me rechaza. Así que vuelvo a hacerlo. Su mano se detiene en mi brazo y me muevo, apoyándome en el codo para mirarle a la cara.

Su expresión es ilegible, sus ojos un charco plateado de emoción, y me inclino tímidamente para besarle los labios. Una atracción eléctrica me atraviesa en el punto de unión, y mi corazón se estremece cuando sus manos me agarran suavemente por los brazos.

Me atrevo a ir más allá y le recorro con la lengua la comisura de los labios. Dimitri inspira bruscamente, separa los labios y me devuelve el beso. Una vertiginosa excitación me recorre por dentro, y me muevo para apoyar mi peso en su pecho, sin llegar a colocarme a horcajadas sobre él, pero avanzando lentamente hacia allí.

Las lenguas danzan al encuentro del otro, nuestro beso se profundiza en un instante y gimo mientras el alivio me consume. Quizá, después de todo, no estemos sin arreglo. Sus manos me acarician suavemente la cara y separa nuestros labios para que sus ojos puedan mirar profundamente los míos.

Me miran a la cara y luego me miran el vendaje, como si buscaran alguna señal de que mi herida pudiera ponerme en peligro.

"Estoy bien", insisto. "Solo te quiero a ti". Mi tono es suplicante mientras temo un rechazo inminente.

Pero tras un momento de vacilación, Dimitri parece ceder y su determinación se desmorona. Vuelve a acercar mis labios a los suyos y me besa apasionadamente. Unas manos fuertes exploran mi cuerpo con una ternura estremecedora mientras siguen mis curvas hasta las caderas, y me guía el resto del camino sobre él.

Lo hago con avidez, abriendo las piernas para sentarme a horcajadas sobre él mientras me recuesto sobre su pecho, sin romper nunca nuestro beso. Me toca con avidez, recorriendo mis caderas llenas y mi culo redondo, subiendo por mi cintura afilada y llegando hasta mi espalda.

Sus manos se deslizan bajo el suave tejido de la camiseta extragrande. Y cuando guía la camiseta por encima de mi cabeza, levanto los brazos voluntariamente. Luego es su camiseta, y mis dedos se enroscan bajo el dobladillo, subiéndolo por encima de sus abdominales. Se sienta, con sus músculos flexionándose deliciosamente, para permitirme quitarle la camiseta.

Sus fuertes brazos me rodean, tirando de mí contra su pecho; mis pechos se elevan en voluptuosos montículos mientras él los aplasta entre los dos. Y entonces sus manos trabajan en la corbata que sujeta mis pantalones del pijama.

El aire sale a borbotones de mis pulmones mientras hago lo mismo con los suyos, con los dedos temblorosos de anticipación. Hace solo unas horas, estaba segura de que nunca volveríamos a hacer esto. Ahora, mi corazón se acelera mientras mi cuerpo anhela profundamente a Dimitri y la intensidad de nuestra conexión.

Nuestros labios permanecen entrelazados mientras nos despojamos a ciegas de la ropa que nos queda, un acto torpe y, sin embargo, mucho más excitante. Me desea. Sigue queriendo estar conmigo, y ese conocimiento hace que el resto de mis problemas se desvanezcan en la nada.

Introduzco la lengua entre sus labios con una confianza recién descubierta, lo beso hambrienta, y Dimitri gime, su pecho vibra contra mí mientras nuestros cuerpos se enredan formando un nudo perfecto. Siento la barra de hierro de su polla hinchándose y palpitando entre nosotros, suplicando estar dentro de mí.

Moviendo las caderas, me agacho y agarro su impresionante erección para guiarla hasta mi entrada.

Unas sensuales palabras en ruso se deslizan entre sus labios mientras me hundo lentamente sobre su hinchada circunferencia, y mi cuerpo se estremece de euforia ante la intensa penetración. Sus manos me agarran con fuerza por las caderas mientras me guía sobre su polla.

"Dios", gimo, la sensación de su deslizamiento en mis ya húmedas profundidades es tan intensamente excitante que estoy a punto de correrme.

Sentada, profundizo su penetración, apoyando ligeramente las manos en sus musculosos pectorales mientras empiezo a girar las caderas. Dimitri gime, y el sonido me produce un escalofrío. Rechinando contra él con más fuerza, encuentro mi ritmo.

Tengo los músculos magullados y agotados y, sin embargo, estoy tan excitada que no me importa. Necesito tanto a Dimitri que haría cualquier cosa por estar con él ahora mismo. Levanta una mano y me acaricia el pecho, despertando mi sensible pezón mientras pellizca y hace rodar la punta hasta que se convierte en un duro guijarro.

Él hace lo mismo con la otra mano, acunando mis dos pechos mientras me manosea deliciosamente. Y mientras me balanceo sobre él, me inclino hacia sus palmas, mis manos cubriendo las suyas para demostrarle cuánto me gusta su tacto.

Arqueo la espalda, dejo que mi cara se incline hacia el techo y mis gemidos se hacen más fuertes a medida que avanzo hacia la *liberación*. Dimitri me enloquece, me hace desearlo tan intensamente que parece que no puedo saciarme.

Sus manos se mueven, saliendo de debajo de las mías mientras guía mis dedos para que ocupen su lugar. Obedezco la orden silenciosa, apretándome los pechos para que la carne flexible rezume entre mis dedos. Y las manos de Dimitri siguen la curva de mi cintura hasta mis caderas una vez más.

Entonces una mano se desplaza hasta la punta de mis muslos, y su pulgar presiona suavemente mi clítoris. Grito mientras sacudidas de placer eléctrico me recorren la espina dorsal, y mis caderas se mecen con fuerza sobre su polla, intensificando la fricción a medida que aumento el ritmo.

"Ven a por mí, *kotenok*", ronca su voz, grave e imperiosa.

Y tengo que obedecer. Gimiendo con la intensidad de mi liberación, me corro con fuerza y rapidez, con mis paredes apretando su polla como si estuviera desesperada por mantenerlo dentro de mí.

DIMITRI

Mis pelotas se tensan ante la pecaminosa sensación de Camille orgasmando encima de mí. Su belleza sensual es embriagadora, y estoy tan completamente consumido por ella que no puedo contenerme.

Cada vez que me besa, pierdo la cabeza por completo. Aunque me preocupa sinceramente que tenga una conmoción cerebral, no parece importarle lo más mínimo, y no puedo pensar con claridad cuando empieza a tocarme.

En cuanto nuestros labios se juntaron, me rendo.

No pude resistirme. Tenía que tenerla.

Sé que voy a arrepentirme, pero sus labios centelleantes encienden mi cuerpo. Y su apretado coño hace que mi cuerpo se acelere y la folle una vez más.

Solo que esta vez, guardaré mi corazón. Porque sé que no puedo pensar que esto entre nosotros no sea más que lujuria. Puede que su cuerpo sea celestial, pero tiene la capacidad de enviar mi alma directamente al infierno, y no volveré a enamorarme de ella.

El placer de su liberación es agonizante, y mi polla palpita mientras ella me ordeña con fuerza, suplicándome que me corra con ella. Pero no lo haré. No hasta que esté bien follada.

Si vamos a hacer esto, quiero dejar marcada en su mente nuestra última noche juntos.

Camille se ralentiza, sus caderas se detienen mientras se deshace encima de mí. En su éxtasis, parece incapaz de mantener su glorioso ritmo.

Pero aún no he terminado con ella.

Le rodeo la cintura con un brazo y desplazo nuestro peso, rodando sobre ella. Jadea ante el repentino cambio de gravedad, y sus labios se entreabren sensualmente cuando la aprieto contra el colchón, inmovilizándola con mi peso.

Me inclino hacia ella y la beso violentamente en los labios. Camille gime, sus dedos se enredan en mi pelo y me devuelve el beso con fervor.

Disfrutando de la sensación de sus réplicas revoloteando alrededor de mi dura polla, penetro dentro ella a un ritmo constante.

Aunque quiero follármela a tope, tampoco quiero ir demasiado lejos por si resulta herida. Así que, por mucho que la necesite, intento contenerme.

Perdida en la agonía de la pasión, Camille parece no importarle su cabeza. Sus gritos salen de sus labios con tentador placer, y sus pechos se agitan contra mi pecho.

"¡Sí, Dios mío!", jadea, con las piernas rodeando mis caderas mientras la empujo profundamente.

Y noto cómo se aprieta en torno a mi polla mientras se acerca rápidamente a un segundo clímax. Se siente tan bien, sus pliegues húmedos lamiendo mi pene, permitiéndome entrar y salir de su apretado agujero con facilidad. Y mi polla palpita mientras la sangre corre por mis venas.

Jadeando, Camille estalla a mi alrededor, su coño palpita y su clítoris se retuerce contra mi pelvis mientras mantengo mi ritmo. Una intensa satisfacción me consume mientras la dejo en mis manos. Puede que pensara que podía utilizarme, pero soy yo quien controla su cuerpo. Su placer. Y quiero demostrarle a qué renunció el día que decidió manipularme.

Camille mueve las caderas debajo de mí, impulsada por su excitación, y su resbaladiza excitación gotea por su raja. Gimiendo lascivamente, me besa en la garganta, erizándome el vello de la nuca.

"*Blyat*", maldigo mientras mi propia excitación aumenta hasta el punto de la combustión. No podré aguantar mucho más. Su coño es demasiado pecaminoso.

"Por favor, Dimitri, por favor, por favor", suplica, su tono casi lloroso de necesidad.

Y aunque ya se ha corrido dos veces, me suplica más. Gruñendo, martilleo dentro de ella, perdiéndome por completo. Camille grita con cada embestida, los sonidos de su placer aumentan la presión mientras mis pelotas palpitan y se tensan.

"¡Oh, Dios, me corro!", jadea como si le sorprendiera poder correrse tantas veces seguidas.

Y aunque quiero seguir penetrándola todo lo que pueda, sé que no podré aguantar otro de sus clímax estremecedores. Con un gruñido bajo, la penetro hasta la empuñadura mientras encuentro mi propia liberación.

El esperma brota de mí en potentes chorros mientras palpítamos juntos. Y la humedad caliente la llena hasta que se derrama alrededor de mi polla. Mientras derramo cada gramo de mí mismo en sus profundidades, un nuevo vacío ocupa su lugar en mi pecho.

Y, de repente, mi intención de demostrar lo mal que lo ha hecho resulta contraproducente. Porque ahora solo me siento más manipulado. Está claro que está dispuesta a utilizarme para su propio placer, incluso después de haber dejado claro que no siente nada por mí.

Después de todo, me las he arreglado para caer en su trampa una vez más.

Mi polla palpita con un último y traicionero estallido de placer. Y salgo de ella sin contemplaciones. Sin dejar de respirar con dificultad, me alejo de ella, cojo mis joggers y me los pongo.

Un momento después salgo de la cama, cojo la camisa del suelo y me la pongo bruscamente por encima de la cabeza.

"¿Qué haces?". Pregunta Camille, con voz atónita, mientras se incorpora para verme vestirme.

"Me voy", afirmo sin rodeos, con un tono llano.

"¿Por qué?", respira ella, cambiando a llorosa en un instante.

Pero estoy demasiado enfadado para responder.

"¿Ya no quieres estar conmigo?"

Suena tan rota y triste, y eso me devuelve la rabia.

"Eso es muy rico viniendo de ti. Eres tú quien ha fingido sentir algo por mí para conseguir lo que quieres", digo con desprecio, dirigiéndome hacia la puerta.

Levantándose de la cama, Camille me arrebató la camiseta que parece casi un vestido cuando se la pone, y se la pone mientras me persigue fuera de la habitación. "Dimitri, espera. Por favor, deja que te lo explique", me suplica mientras me sigue escaleras abajo.

Girándome en la base de ellos, me vuelvo hacia ella, con la ira latiendo en las venas mientras arremeto contra ella. "¿Explicarme? ¿Qué podrías tener que explicar? Creo que todo está jodidamente claro, Camille. Y no estoy de humor para ser tu juguete ni tu puto consolador".

Luego me giro para alejarme furiosa una vez más.

"Dimitri", solloza, sus delicados dedos rodean mi muñeca.

Se me retuerce el corazón al oír su angustia y, aunque estoy más que furioso, no puedo dejarla así. Con el cuerpo rígido, me vuelvo de nuevo hacia ella. Lloro en silencio, las lágrimas se deslizan por sus mejillas mientras sus ojos me imploran que la escuche.

"Es cierto que mi plan inicial era utilizar el sexo para acercarme a ti y poder salvar mi restaurante, pero en algún momento me enamoré de ti. Estoy enamorada de ti, Dimitri. Lo estoy desde hace tiempo. Y no soporto la idea de perderte por haber sido tan estúpida al principio".

Mi corazón palpita ante su confesión. Esas palabras significan para mí más de lo que jamás pensé que podrían significar. De alguna manera, lo cambia todo. No sé qué decir porque saber que sus sentimientos son reales marca toda la diferencia del mundo. Podría encontrar la forma de superar su traición si ella me quiere de verdad. Porque estoy loco por ella.

"¿Me quieres?", pregunto con la voz cargada de incredulidad.

"Más de lo que jamás imaginé posible", confiesa, dando un paso adelante para colocar su mano sobre mi corazón. Sus ojos azules me miran, sus emociones insondables mientras me implora en silencio que la crea. "El único obstáculo que no sé cómo superar es el hecho de que estés dispuesto a matar gente", murmura, con las lágrimas fluyendo ahora con más libertad.

"Espera, ¿qué?" Frunzo el ceño ante el comentario que surge de la nada.

"Bueno... Roy", empieza como si intentara entrar de puntillas en un tema que sabe que me va a enfadar.

Y me quedo paralizado, atando cabos poco a poco a medida que voy descifrando lo que intenta decir. Ella había hecho comentarios sueltos aquí y allá, insinuaciones sobre quién podría haber matado a su novio, pero yo no había pensado nada al respecto porque no tenía nada que ver con su muerte.

Como una bomba masiva, Camille ha dejado caer sobre mí información explosiva, y yo permanezco atónito, intentando formar un pensamiento coherente mientras trato de juntar las palabras. Quiero defenderme, aclarar que Roy murió por su propia estupidez, no por mi mano.

Pero más que eso, quiero hablar de *nosotros*. De lo mucho que significa para mí que ella diga que me quiere. Porque, sin duda, yo también estoy enamorado de ella. En realidad, estoy loco por Camille desde el momento en que la conocí. La quiero más de lo que he querido nada en mi vida.

Mis labios se entreabren, las palabras se me atascan en la garganta mientras lucho por expresarme a través de mi asombro absoluto. Pero antes de que pueda hablar en mi defensa, se abre el ascensor de mi apartamento.

Camille salta cuando nos volvemos para mirar al invitado inesperado, y Alexei entra en mi casa. Frunzo el ceño, confuso por la inusual intrusión. Deben de ser cerca de las tres de la mañana. Y por la expresión de su cara, algo va terriblemente mal.

"¿Por qué no contestas al teléfono?", exige en ruso, con tono cortante, sin un ápice de su típica chanza.

"Yo..." No lo había oído sonar, y miro a mi alrededor, preguntándome dónde lo habré puesto.

"Da igual, no importa. Olvídate del teléfono. Tenemos que irnos", suelta Alexei.

"¿Qué? ¿Por qué?", ronco, cambiando automáticamente a nuestra lengua materna, con el corazón saltándome a la garganta.

"Mamá está en el hospital", dice secamente, visible su impaciencia.

"*Blyat*", maldigo, mis pies me llevan hacia delante antes de que mi cabeza tenga tiempo de procesar lo ocurrido.

"¿Dimitri?" pregunta Camille detrás de mí, y su voz suena tan perdida y vulnerable que hace que me duela el corazón.

Me giro para mirarla a los ojos y veo el miedo escrito en su rostro. Y parece tan frágil y pequeña que me desgarran por dentro.

"Quédate aquí", suplico en inglés. "Volveré". Miro hacia mi hermano, la duda me asalta, pero la intensidad de su preocupación me hace tomar una decisión más firme. "Tengo que irme", afirmo, volviéndome hacia Camille. "Pero... quédate aquí".

Luego me uno a mi hermano cuando entra en el ascensor. Echo un último vistazo a Camille antes de que se cierren las puertas, y su expresión parece totalmente rota. Me destroza el corazón.

CAMILLE

El shock de que alguien entre en el apartamento de Dimitri en medio de la conversación más dura que he tenido nunca me deja aturdida.

No sé quién es el tipo, pero basándome en lo parecidos que son sus rasgos a los de Dimitri y en el hecho de que los dos tienen más o menos la misma edad, supondría que son hermanos. Parece quizá unos años más joven que Dimitri y varios centímetros más bajo. Pero es igual de guapo y, si cabe, aún más musculoso.

Su breve intercambio tiene lugar en un ruso apresurado, del que no sé ni una sola palabra. Y me quedo boquiabierta cuando Dimitri se aleja de mí como si fuera lo más fácil que ha hecho nunca.

Cuando Dimitri y su hermano desaparecen juntos en el ascensor, de repente me siento inmensamente vacía.

No tengo ni idea de lo que acaba de pasar. Quizá el plan de Dimitri era que me fuera con él desde el principio. Y dado que mantuvieron toda la conversación en ruso, solo puedo suponer que se trataba de algo que no querían que yo entendiera.

Con los pies pegados al suelo, me quedo mirando las puertas del ascensor durante un largo rato después de que se haya ido. Dimitri me dejó sola en su enorme apartamento, sin una palabra de explicación. Ni un ápice de remordimiento.

No te muevas. Eso es todo lo que dije.

Le hablé con todo mi corazón y mi alma, exponiéndole mi vulnerabilidad y mis emociones más profundas en un intento de reparar la brecha que había surgido entre nosotros.

Y no me dio nada a cambio.

Todo fue en vano. La falta de reciprocidad de Dimitri y su tono brusco cuando me dijo que me quedara lo dicen todo. Soy como una mascota a la que ahora no tiene tiempo de disciplinar. No importa si estoy enamorada de él. Ya no siente nada por mí.

Quizá alguna preocupación persistente, y quizá un sentido de la responsabilidad por mi seguridad - solo Dios sabe por qué - porque vino a recogerme cuando le necesité, incluso después de su

enorme reventón.

Aun así, la forma en que se apartó de mí en cuanto terminamos de acostarnos lo dice todo. Físicamente, puede que se sienta atraído por mí, y si le llevo al límite, incluso sigue dispuesto a follarme. Pero ahora solo es eso. Se ha apartado emocionalmente por completo. *Ya no me quiere.*

Quizá, alguna vez, podríamos haber sido felices juntos. Pero ahora se interponen entre nosotros demasiadas cosas. Mi traición, el destino de mi restaurante. Las palabras hirientes de Dimitri antes de abandonar Le Fleur. El asesinato de Roy.

Respiro profundamente, estremecida, mientras considero todo lo que acaba de ocurrir entre nosotros. Porque por fin me he armado de valor para decirlo, para revelar mi temor de que Dimitri matara a mi novio. Y el hecho de que él no lo haya negado es toda la confirmación que necesito.

Un hombre inocente habría mostrado cierta sorpresa o conmoción. Habría sido fácil defenderse, objetando que me había equivocado. Pero Dimitri no dijo ni una palabra. Se puso rígido y me miró con ojos inescrutables mientras se negaba a confesar su culpabilidad.

Aunque ahora estoy segura de que nunca sabré exactamente qué le ocurrió a Roy - cómo Dimitri lo mató - no necesito seguir indagando. He obtenido toda la información que él va a darme. Y sé con certeza que Dimitri lo asesinó.

Con el corazón encogido y las lágrimas cayendo por mis mejillas, me obligo a darme la vuelta y subir las escaleras hasta la habitación de Dimitri. Me detengo en la puerta y sollozo mirando la cama donde he pasado tantas horas aprendiendo lo que significa que alguien me satisfaga tan completamente.

Es curioso, pero en mi intento de descubrir lo que le ocurrió a Roy, aprendí mucho sobre mí misma. Lo que debo sentir cuando alguien quiere complacerme de verdad. Aunque solo sea por eso, puedo agradecerse a Dimitri. Porque nunca volveré a conformarme con alguien como Roy. Alguien egoísta, a quien le importa un bledo *si* acabo, y mucho menos cuántas veces.

Me duele recuperar la felicidad que encontré con Dimitri. La anhelo con cada fibra de mi ser. Pero si soy sincera conmigo misma, no era real. Porque la conexión que teníamos se basaba en mentiras y engaños. A fin de cuentas, mi atracción se debía a nuestra conexión física y a lo bien que podía hacerme sentir. Hay que reconocer que es un maestro en eso.

Pero el resto no es más que una fantasía que me inventé en la cabeza para sentirme mejor por haberme enamorado de un asesino.

Pero ahora ya está hecho.

Necesito afrontar los hechos.

Y recoger los pedazos rotos de mi vida para poder seguir adelante.

Le despojo lentamente de su camiseta extragrande y me la acerco a la nariz, aspirando su olor por última vez, antes de doblarla cuidadosamente y dejarla sobre la cama. Doblo también los pantalones de su pijama, de forma metódica y deliberada, porque siento la peligrosa tentación de llevármelos conmigo. Aferrarme a un trocito de nuestra felicidad todo el tiempo que pueda.

Pero es mejor arrancar la venda de un tirón.

Me dirijo al baño y me pongo mi ropa. Está sucia de una dura noche en la cocina seguida de un traumatizante accidente de coche. Pero tendrán que servirme hasta que llegue a casa.

Miro mi cara en el espejo y me sorprende la mirada hueca y atormentada de mis ojos. El vacío que produce saber que este es el final de mi romance que consume mi alma.

Y aunque me mata irme, sé que tengo que hacerlo.

Porque despedirme de Dimitri solo va a hacer que las cosas sean más difíciles. Y no estoy segura de tener fuerzas para esperar hasta que vuelva.

Llamo a un taxi y pulso el botón de llamada del ascensor. Luego bajo en él hasta el primer piso. Me repongo durante el trayecto, respiro hondo y me limpio las lágrimas de la cara.

Angustiada, sé que mi vida nunca volverá a ser la misma. No puedo volver a como eran las cosas antes de que Dimitri entrara en mi vida. Ahora soy una persona diferente.

Lo único que puedo hacer es seguir adelante a partir de ahora. Y aunque me desgarrar saber que tengo que vivir sin él, estoy decidida a sobrevivir a esto también. Deslizándome en el asiento trasero de mi Uber, miro por la ventanilla mientras oscuros pensamientos consumen mi mente.

Tengo nuevos retos a los que enfrentarme ahora que mi plan para demostrar la culpabilidad de Dimitri se ha desbaratado por completo. Vuelvo al punto de partida para perder a Le Fleur. Porque estoy segura de que Dimitri no lo dejará escapar sin luchar. Y tiene la documentación para demostrar que mi restaurante es suyo por derecho.

Lo mejor que puedo hacer ahora es volver a pagar el embargo a plazos. Rezo para que eso sea suficiente para satisfacerle. Y quizá, me deje quedarme con Le Fleur.

Mi taxi llega delante de mi pequeña casa y me bajo del asiento trasero con un murmullo de agradecimiento. Mientras saco las llaves del bolso y subo lentamente por la acera hasta la puerta, tengo la sensación de que este lugar ya no me parece mi hogar.

No de la misma manera que el apartamento de Dimitri.

Claro que esta casa me resulta familiar y contiene la mayoría de mis posesiones. Pero se siente tan... vacía sin la presencia protectora que llena el gran hogar de Dimitri.

Cierro bien la puerta tras de mí y dejo caer el bolso al suelo. Me desnudo y me dirijo a mi dormitorio. No me molesto en buscar ropa limpia antes de meterme bajo las sábanas.

Haciéndome un ovillo, me abrazo a las rodillas y dejo que mis emociones fluyan libremente mientras me permito una noche para sentir plenamente la pérdida que me consume.

Mañana volveré al trabajo y podré dejar todo esto atrás. Pero ahora mismo, solo necesito procesar las intensas emociones que me tragan en un profundo agujero negro.

DIMITRI

El alivio me inunda cuando entro en la habitación del hospital y veo a mi madre sentada en la cama, con su débil cuerpo espantosamente delgado en una endeble bata de hospital. Maksim ya está allí con ella, y le cambia las almohadas de sitio para que esté más cómoda.

"¿Qué ha pasado?", exijo mientras Alexei y yo entramos a grandes zancadas en la habitación, dejando que la puerta se cierre tras nosotros.

"Supongo que sufrió una intoxicación alimentaria que la dejó débil y mareada", explica Maksim. "Se desmayó y la encontraron en el suelo. La han conectado a una vía intravenosa y ahora está mucho mejor".

"Estoy bien, chicos. De verdad", insiste, con voz débil.

Alexei se acerca a su cama, se arrodilla y agarra la pequeña mano de ella con las suyas. Mientras él le aprieta los nudillos contra los labios, ella le peina el pelo para apartárselo de la cara. De los tres, siempre ha sido un niño de mamá, el buen hijo que va a visitarla todos los domingos.

Pero aún me mata ver a mi madre tan frágil. Se está haciendo mayor y ya no es la misma, mentalmente, desde que murió mi padre. Últimamente ha estado muy enferma, así que cuando Alexei me dijo que estaba en el hospital, ni siquiera lo pensé. Simplemente fui.

"¿Qué haces paseando cuando estás mareada?", pregunto con voz ronca y preocupada.

Una sonrisa de complicidad se dibuja en el rostro de mi madre cuando me mira a los ojos. Me conoce mejor que nadie y no se deja engañar por mi tono duro. Lo ve como lo que es: la expresión de mi profundo amor por ella y la preocupación que me corroe cuando temo por su seguridad.

"Bueno, no puedo estar sentada todo el día, querido. Y no me he mareado hasta que me he levantado". Extendiéndome una mano, me hace un gesto silencioso para que me acerque a su cama.

Doy un paso adelante para cogerle la mano, y sentir sus dedos calientes contra mi palma me tranquiliza y me dice que está bien. Le aprieto suavemente la mano antes de soltarla y retroceder de nuevo.

"Nos alegramos de que te encuentres mejor", afirma Maksim, poniéndose a mi lado mientras Alexei sigue junto a nuestra madre, con la mano en el hombro.

Suena un ligero golpe en la puerta, y todos nos volvemos para ver cómo un médico entra en la habitación, con una bata blanca de laboratorio y un estetoscopio colgando del cuello.

"Buenos días", saluda, aunque aún no ha salido el sol. Sus ojos se dirigen a mí y a Alexei, observando a las nuevas personas que han entrado en la sala. "Me llamo Dr. Fields. Ordené aquí las pruebas iniciales para la señora Federov cuando fue ingresada. ¿Cómo se encuentra, señora?", pregunta amablemente, hojeando los papeles prendidos a su portapapeles.

"Perfectamente, Doctor", le asegura ella con una sonrisa.

Asiente con la cabeza y frunce el ceño al leer su historial.

Cruzando los brazos sobre el pecho en una postura especular a la de Maksim, pregunto: "¿Cuál es el diagnóstico?".

"Intoxicación alimentaria, seguro. Sra. Federov, ¿va usted a cazar bayas?", pregunta, y sus ojos se desvían para encontrarse con los de ella a través de las gafas.

"¿Cómo dices?", pregunta ella, confusa.

"Bayas, ¿alguna vez las recoges y las comes? Quizá mientras exploras zonas boscosas en un paseo o algo así", replantea el médico.

"Nunca", confiesa ella, con expresión desconcertada.

"La razón por la que lo pregunto es que su análisis de sangre indicaría que has estado expuesta a una fruta venenosa, concretamente a una relacionada con la planta chokeberry, también conocida como *belladonna americana*", explica.

Miro de reojo a Maksim, mis instintos hacen sonar una campana de alarma en mi mente. Podría ser una coincidencia, pero *¿cuándo iba a estar mi madre expuesta a bayas venenosas por casualidad?*

"Oh, bueno, tengo varios arbustos de bayas en mi finca, y mi cocinero me hizo ayer mismo una tarta de arándanos de postre", dice como si eso aclarara cualquier confusión.

Pero la explicación solo intensifica mi sospecha.

"Si es así, recomendaría que evitara comer cualquier fruto de esos arbustos hasta que un profesional le confirme que son comestibles. Los arándanos rojos pueden ser confundidos fácilmente con arándanos azules por alguien que no sepa la diferencia. Pero tienes suerte de no haber comido más de la cuenta. El nivel de toxinas en su torrente sanguíneo es considerable. Un poco más y la dosis fácilmente podría haber sido letal".

Mi corazón tartamudea al pensar en lo cerca que estuve de perder a mi madre. Al mirar su rostro bondadoso, estoy furioso. No me importa si fue un error o no. Voy a desgarrar a ese cocinero miembro por miembro.

"¿Se recuperará?" pregunta Alexei, con la voz cargada de ansiedad.

El Dr. Fields asiente. "Afortunadamente, los líquidos y los electrolitos ayudan mucho a que el cuerpo elimine el veneno y, si se encuentra mejor, puede que no necesitemos tomar ninguna otra medida. Sin embargo, quiero mantenerla aquí al menos las próximas veinticuatro horas para asegurarme de que su recuperación es estable y sigue mejorando."

Maksim asiente. "Por supuesto".

"Volveré a revisar su situación dentro de unas horas", dice el médico, encontrándose con la mirada de mi madre. "Si necesitas algo, pulse el botón de llamada".

"Gracias, doctor", dice mi madre, con la mano acariciando los nudillos de Alexei de forma reconfortante.

En cuanto el médico sale de la habitación y la puerta se cierra tras él, Alexei se vuelve hacia nosotros. "Ese cocinero tiene que irse", afirma con firmeza.

"¡Alexei!", regaña nuestra madre, mirando a su hijo menor. "Seguro que ha sido un accidente. Anton es un buen hombre. Si hablamos con él, descubriremos que fue un error honesto, como dijo el doctor Fields".

"No, Alexei tiene razón", afirmo, mi instinto me dice que no ha sido un accidente. "No podemos correr ese riesgo. Aunque no lo haya hecho intencionadamente, está claro que no sabe lo suficiente sobre los riesgos que corre, y tú no estás en condiciones de ser su conejillo de indias".

Maksim asiente. "Quiero que se vaya. Hoy mismo".

"De acuerdo", decimos Alexei y yo simultáneamente.

"Estáis exagerando", insiste mamá.

"Mamá, sabes que esto no es algo que podamos tomarnos a la ligera", afirma Alexei, con tono amable pero firme. "Tenemos demasiados enemigos. Y no vamos a jugarnos tu vida por si algún cocinero idiota comete un error".

"Además, crecimos comiendo las bayas de esa propiedad, y nunca nos había pasado algo así. No me dirás que se encontró con la única planta de chokeberry que nos ha faltado todos estos años", añade.

"Podría haber surgido sin que lo supiéramos. Es una propiedad grande, chicos, y por muy bien que la mantengan los jardineros, podrían pasar por alto fácilmente una planta nueva que empezara a crecer en el perímetro", insiste mi madre.

Maksim y yo compartimos una mirada aguda, y yo asiento con la cabeza.

"Los jardineros también se pueden alejar".

"¡Dimitri!", nos regaña nuestra madre.

"Esto no es una discusión", me respalda Maksim.

Y al verse claramente superada en número, mi madre se encoge, con los hombros caídos en señal de derrota.

"¿Te ocuparás tú?", pregunta Maksim, volviéndose hacia mí.

Asiento con la cabeza. "Iré directamente allí". Sé que Maksim tiene que cerrar un importante acuerdo en unas horas. Yo debía participar en la reunión, pero él tendrá que hacerlo solo. Y Alexei no se separará de nuestra madre hasta que estemos seguros de que no corre peligro inminente.

Señalando hacia el tejado del hospital, Maksim dice: "Coge el helicóptero".

Levantando una ceja, le pregunto: "¿De verdad?". Todos queremos a nuestra madre, pero ese medio de transporte para llegar hasta aquí parece un poco excesivo, incluso para mi hermano mayor.

Se encoge de hombros. "Symphony y yo estábamos pasando el fin de semana en Carmel", explica.

Mi ceja se levanta un centímetro más. "Entonces, ¿dónde demonios está ahora?".

"Decidió quedarse porque el hotel y el balneario ya estaban reservados", dice, con un tono que me advierte de que no vaya allí.

Pero estoy tan tenso que no puedo evitarlo. "¿Tu madre ha sido trasladada de urgencia al hospital tras sufrir un colapso y tu prometida ha pensado que tenía más sentido quedarse y pasar un fin de semana de spa sola que venir a ofrecerte apoyo emocional?", le pregunto secamente.

Maksim se eriza visiblemente. "¿Te parece que necesito apoyo emocional?", gruñe.

"A mí me parece que necesitas un baño de realidad, hermano".

"¡Chicos, nada de peleas!". Suplica mamá, e inmediatamente me arrepiento.

Definitivamente, no debería provocarle en su presencia. "Tienes razón. Lo siento, mamá", le digo suavemente, volviéndome hacia ella. Aprieto un beso en la frente de mi madre y me voy un momento después.

Dirigiéndome al helipuerto de la azotea del hospital, le digo al piloto mi destino en cuanto subo a bordo. Momentos después, estamos en el aire, rumbo al norte, hacia la finca familiar.

Por mucho que me repugne ser el encargado de despedir al personal responsable, soy el más indicado para el trabajo. Porque podría tratarse de un ataque selectivo, y yo soy quien sabe cómo obtener respuestas.

Interrogaré exhaustivamente al personal hasta que llegue al fondo del asunto, y si descubro que alguien envenenó intencionadamente a mi madre, garantizaré que se comerán el resto de esa tarta de arándanos para que veas lo que pasa cuando jodes a la familia Federov.

No es hasta después de aterrizar en Sonoma y buscar mi teléfono para llamar a Camille que recuerdo haberlo dejado en mi apartamento. Frustrado y esperando que lo entienda cuando vuelva a la ciudad con una explicación, me pongo a entrevistar al personal de mi madre en cuanto llegan a trabajar.

Se necesitan días de interrogatorios agotadores para llegar al fondo del asunto. Otro para deshacerse del cadáver del cocinero culpable después de que por fin confiese haber traído las bayas para su tarta. Pero por mucho que lo intentara, no podía conseguir una explicación para su

acto de traición. Se lo llevaría a la tumba.

Para demostrar su culpabilidad sin lugar a dudas, le hago terminar hasta el último bocado del postre envenenado. Verle ahogarse en su propio vómito en menos de una hora es el momento más satisfactorio de la penosa prueba.

Al final, no me importa cuál sea su razón para intentar matar a mi madre. Cualquiera que pudiera dañar un pelo de la cabeza de esa santa de mujer merece morir de la muerte lenta y dolorosa que tuvo Antón.

Pero mi trabajo aún no ha terminado. Después de ocuparme del culpable, el siguiente paso es investigar a los nuevos empleados y contratar solo a quienes pueda confiar plenamente el cuidado de mi madre.

Tardo tres días enteros trabajando sin descanso para solucionar toda la debacle. Aunque sé que mis hermanos harían un trabajo igual de minucioso protegiendo a nuestra madre y asegurándose de que está rodeada de personal en el que podemos confiar, me alegro de haber sido yo quien se ocupara de ello.

Me da una sensación de seguridad que no tendría si lo hubiera dejado en manos de otra persona.

Pero cuando llego a mi ático a última hora de la tarde, después de mi último día, estoy a punto de desplomarme de cansancio.

Mi casa está vacía cuando llego. Y no puedo culpar a Camille por haberse marchado. Tres días son demasiados para que se mantenga alejada de su restaurante, aunque tenga una conmoción cerebral. Solo espero que se haya cuidado en mi ausencia. Aunque conociendo lo testaruda que es, no me sorprendería que volviera al trabajo a la mañana siguiente de su accidente.

Encuentro la ropa que me pidió prestada doblada ordenadamente en la esquina de mi cama y, por alguna razón, me decepciona saber que no se la puso en casa ni la guardó.

Pero un dilema emocional cada vez.

Cuando duerma un poco, encontraré a Camille a primera hora de la mañana y podremos tener la conversación que me muero por terminar desde que me dijo que me quiere.

CAMILLE

Las llamas lamen alrededor del filete cuando le doy la vuelta en la parrilla y luego me vuelvo hacia el plato de pollo que estoy preparando a su lado. El ajeteo del jueves por la noche me produce una sensación de alivio al apartar mi mente de Dimitri y de los nudos nerviosos que me han atenazado el estómago durante todo el día.

"¡A emplatar!" llama Betsa, moviéndose por la cocina para recoger el sol que estoy salteando antes de volverse hacia Louis para la salsa.

Desde que envié al mensajero a casa de Dimitri con un cheque que contenía mi pago por la deuda, he estado subiendo de adrenalina. No sé nada de él desde la noche de mi accidente. Han pasado días desde que me dijo que me quedara quieta, y me pregunto si lo dijo en serio o si solo estaba esperando fuera del edificio de su apartamento, vigilando que me fuera antes de volver a entrar.

Tardé en armarme de valor para enviarle mi pago. Pero hoy, con el apoyo de Hannah, por fin estaba preparada para solidificar mi intención de romper con Dimitri. Lo que significa que tengo que hacer frente a la deuda que Roy me impuso.

Transfiero una chuleta de cerdo con costra de pistachos a un lecho de patatas, me giro para recoger la salsa de la estación de salsas de Louis, y luego acerco el plato a la lámpara de calor.

"¡Pedid!" llamo al timbre.

Unos pasos rápidos me indican que un servidor está en camino, pero no me detengo a charlar. Tengo muchos más pedidos que atender.

Volviéndome hacia los fogones, compruebo mi filete antes de pasar a la siguiente entrada de la fila.

Pero un ruido sordo procedente de la habitación delantera me llama la atención. Las voces acaloradas se hacen cada vez más fuertes, y miro hacia la puerta batiente con el ceño fruncido.

"¡No, no puedes entrar ahí!" oigo gritar a Hannah, y entonces la puerta batiente estalla hacia dentro, revelando la impresionante figura de Dimitri.

Vestido con un traje fino a medida, el pelo peinado a la perfección y esa barba bien recortada coloreando su fuerte mandíbula. Está tan devastadoramente guapo como siempre. Sus anchos hombros llenan la puerta por un momento, ocultando a Hannah. Entonces su mirada plateada se fija en mí y camina en mi dirección.

Una pizca de pánico me atraviesa y, al mismo tiempo, me irrita el hecho de que haya decidido que necesita verme ahora - después de casi cuatro días de silencio absoluto - en medio del ajeteo de la cena.

"Lo siento, Cami", exclama Hannah, con la cara enrojecida por el disgusto. "No me ha escuchado. ¿Quieres que llame a la policía?".

Con el corazón palpitante, me obligo a adoptar una máscara de calma mientras noto cómo aumenta la tensión entre el personal de cocina. No tenemos tiempo para otra de las broncas de Dimitri, y por su cara, está cabreado. Al menos esta vez, no parece que esté hecho una furia.

"No pasa nada, Hannah", afirmo, y luego dirijo la mirada a Dimitri cuando entra en mi espacio personal.

Percibo a Louis boquiabierto a mi lado y le lanzo una mirada de advertencia.

"Será mejor que no dejes que se rompa esa salsa", le digo, indicándole que siga con sus tareas como si no pasara nada fuera de lo normal.

Y aunque tiemblo por la creciente furia de Dimitri a mi lado, intento hacer lo mismo. "¿Qué quieres?" pregunto al alto y amenazador intruso, esforzándome por mantener un tono firme mientras vuelvo a centrar mi atención en la parrilla.

"¿Por qué me has enviado dinero?", exige, empujando el cheque delante de mi cara. Su voz es llana y llena de rabia.

"¿No es evidente?" pregunto, intentando mantener la calma, aunque me tiemblan las manos al sacar el filete de la parrilla y llevarlo a la tabla para poder cortarlo en medallones.

"No juegues conmigo, joder. No has contestado a ninguna de mis llamadas".

"¿Estás de broma?" exijo, bajando de golpe el cuchillo y girándome para mirarle de frente. "¿Desde cuándo coges el teléfono? Lo último que supe de ti fue que te habías largado de tu apartamento *hace tres días* sin dar ninguna explicación. *Quédate aquí*. No soy tu perro, Dimitri. Tengo una vida, un negocio, responsabilidades. ¿Y quieres enfadarte conmigo por no coger el teléfono?". Burlándome, me vuelvo hacia la estufa.

"¿Ni siquiera vas a dejar que te lo explique?", gruñe, con las manos en puño mientras arruga el cheque.

"¿Por qué debería hacerlo? Sabes, con tu silencio dices mucho más de lo que pareces darte cuenta. No necesito que me lo expongas como si fuera un niño. Ya he captado el mensaje. Hemos terminado. Así que coge el dinero y déjame en paz".

Pero no lo hace. Permanece inmóvil, con su ira fluyendo en oleadas mientras me mira fijamente.

Las lágrimas me escuecen en los ojos, empañando las notas de pedido que cuelgan delante de mí

y que tengo que rellenar, y sé que no voy a conseguir hacer nada mientras él esté empeñado en discutir conmigo.

Gruñendo de frustración, me giro para mirar a Dimitri de frente. "¿No ves que estoy ocupada?", le exijo. "Creo que por fin estamos de acuerdo, ¿por qué no puedes aceptar la cuenta y dejarme en paz?".

"¿Solo coger el cheque? ¿Me estás tomando el pelo?" Dimitri me agarra de la muñeca y me mete el papel arrugado en la mano. "Si volvemos a hablar de negocios, entonces bien, véndeme Le Fleur. Ese es el trato que te ofrezco".

"No", afirmo con rotundidad, el dolor y el rechazo aumentan mi mal genio hasta que estoy justo en la cara de Dimitri, fulminándole con la mirada, aunque sé lo imprudente que puede ser. "Nunca tendrás Le Fleur. Este restaurante es *mío*. Pagaré aquella estúpida deuda. Solo necesito un poco más de tiempo".

"Aunque te lo permitiera, este pago es inferior", gruñe, indicando el cheque arrugado que tengo en la mano como si le ofendiera. "Debes varios meses de pagos más los intereses de demora".

Como un interruptor, ha pasado a ser un hombre de negocios frío y despiadado. Y siento la intensidad de la presión que ejercerá ahora que no me abro de piernas para él. Este Dimitri es algo que no sé muy bien cómo manejar. Pero lo que más odio es ver el acero en su mirada, el gélido distanciamiento que me dice que a partir de ahora no hay esperanza para nosotros.

Y en un instante, siento el peso aplastante de saber sin lugar a dudas que hemos terminado. Las lágrimas corren por mis mejillas sin control mientras mi rabia y mi pérdida se mezclan en una emoción abrumadoramente intensa.

"¡Bien!" grito. "¡Te daré el dinero si eso significa que no tengo que volver a verte!"

Las fosas nasales de Dimitri se agitan mientras me mira con una furia desenfrenada. Su rostro cincelado parece impactante incluso en su rabia, y me desgarran enfrentarme a él, mirar a los ojos del hombre del que me estaba enamorando y saber que me odia. Que mi confesión de amor no significaba nada para él.

"A mí me vale", afirma con frialdad, apartándose de mí y enderezando su fino traje negro. "Espero recibir lo que me debes mañana cuando cierren los bancos". Sus ojos se dirigen al personal de cocina, que permanece terriblemente inmóvil detrás de mí.

Luego se da la vuelta sin decir palabra y atraviesa la puerta de la cocina.

Temblando de pies a cabeza, aprieto con fuerza el cheque arrugado en mi puño y deseo que cesen mis lágrimas. Pero solo caen con más fuerza. Conteniendo un sollozo, me froto las mejillas con rabia y me vuelvo hacia la estufa.

El pollo está quemado, la piel chamuscada, y cuando me apresuro a sacarlo del fuego y tirarlo a la basura, lo pierdo por completo. Dejo caer la sartén de nuevo sobre el fuego, me apoyo en la encimera con las palmas de las manos y lloro.

Lo odio. Derrumbarme delante de mis empleados. Perder la confianza para mantener mi negocio en marcha. Ver a Dimitri salir de mi vida. Es demasiado.

¿Cómo me he hundido tanto en tan poco tiempo?

El moratón de mi sien palpita mientras mi pulso ruge en mis oídos, recordándome el tierno tacto de Dimitri cuando me lavó la cara tras el accidente. Ese es el hombre que quiero en mi vida. El que lo dejaría todo para cuidar de mí cuando lo necesito.

Pero no puedo reconciliarme con esta otra persona. El hombre de negocios frío y calculador que puede deshacerse de mí sin pensárselo dos veces porque cometí un error. Ese es quien mató a Roy. Ése es quien va a arrebatármelo todo.

A menos que encuentre el dinero para pagar a Dimitri antes de mañana, perderé a Le Fleur.

"¿Chef?" pregunta Louis tímidamente.

Dios, lo que mi personal debe pensar de mí. No solo es la segunda pelea que presencian en una semana - seguidas ambas veces por mis crisis - sino que ahora también saben que tengo una deuda que podría costarme el restaurante y que estaba teniendo una aventura con el tipo al que debo dinero. ¿Cuánto tiempo más puedo esperar que se queden si creen que Le Fleur acabará en manos de Dimitri?

"Estoy bien, Louis", le aseguro, haciendo caso omiso de su preocupación mientras me repongo rápidamente, intentando salvar lo que me queda de dignidad.

Intento sonreír, pero por su expresión de preocupación, me doy cuenta de que no me convence en absoluto.

"Siento mucho que hayáis tenido que ver eso", digo, volviéndome para mirar a todos los que están en la cocina. "No volverá a ocurrir".

"No tienes nada de lo que disculparte", dice Betsa con firmeza, acercándose para agarrarme la mano.

Rorey, mi pâtissier, asiente con la cabeza, y Louis está de acuerdo.

"Gracias", respiro, dedicándoles esta vez una sonrisa sincera, aunque acuosa. "¡Uf!", suelto un profundo suspiro y me abanico la cara. "Vamos a recomponernos y a pasar bien el resto de la noche, ¿vale?". digo, animándome.

Mi equipo me devuelve la sonrisa, volviendo a sus puestos un momento después con un renovado sentido del propósito. Pero mientras vuelvo a mi línea de entradas y me pongo a trabajar para recrear el plato de pollo arruinado, no puedo evitar sentir la pesadez en mi corazón.

Porque por muy fuerte que quiera parecer, necesité todo lo que había en mí para enfrentarme a Dimitri. Enfrentarme a él de nuevo cuando lo dejé todo por él y no tenía nada que decirme. Quizá podría entender que necesitara un minuto para calmarse, pero...

Acaba de irse.

Durante tres días.

¿Qué podría ser tan importante para que no pudiera responder a un "te quiero" antes de desaparecer así de la faz de la tierra? Creo que eso lo dice todo.

Tengo que aceptar los hechos. Dimitri y yo hemos terminado.

DIMITRI

Me paseo frente a la pared de ventanas que dan a la oscura bahía y gruño de rabia. Llevo horas echando humo desde mi enfrentamiento con Camille y no consigo encontrar un momento de paz.

Que Camille pueda pensar que yo soy el malo, que tiene derecho a tratarme con malicia o desprecio cuando es ella quien me ha mentido, me llena de una rabia que me enrojece la vista.

He terminado.

Me cansé de intentar comprenderla. De preocuparme por su triste historia y por el restaurante que tanto le importa. Puede hacerme pasar por el villano todo lo que quiera, pero fue ella quien me utilizó. Me mintió, manipuló mis emociones y ahora quiere fingir que soy yo el que no tiene alma.

Puede que no sea tan despiadado como para quitarle el restaurante de Camille, pero estoy muy tentado por despecho. Si quiere convertirme en el malo, ¿por qué debería intentar detenerla? Me cabrea saber que se ha metido tanto en mi pellejo. Estoy a punto de tomar represalias. Pero una cosa es segura: no voy a dejar que se libre ahora. No cuando ella quiere fingir que yo soy el imbécil.

Desesperado por desahogarme, necesito hablar con alguien. Porque pasear solo por mi apartamento no está haciendo nada para resolver mi ira.

Saco el teléfono del bolsillo y marco a Maksim, aunque sé que es tarde.

"Da", responde, con un tono distraído, como si no se hubiera tomado la molestia de mirar quién llamaba.

"He dejado de ser la marioneta de Camille Anderson", gruño, yendo directamente al grano. "Voy a dejar que pague el préstamo".

"¿La chef?", pregunta confundido.

"Sí. Resulta que ha estado jugando conmigo todo este tiempo. Pensó que acostarse conmigo me disuadiría de llevarme su restaurante".

"Bueno... no se equivocaba, ¿verdad?", observa con leve diversión.

"No tiene gracia", gruño. "Y tú no estás ayudando". Camino con más firmeza por el suelo de mármol, con el puño apretado a mi lado mientras agarro el teléfono con más fuerza junto a la oreja.

"Lo siento. Continúa", dice, aunque puedo oír la sonrisa en su tono.

La historia completa brota de mí en un instante, el dique de la emoción se libera al contárselo todo a mi hermano. "Bueno, ahora que he descubierto que solo me estaba utilizando, quiere que parezca que el gilipollas soy yo. Primero me cuenta la triste historia de que su restaurante era un sueño de su difunto padre y, sin embargo, dejó que el vago de su novio pidiera un préstamo poniendo su restaurante como garantía. El contrato lleva su firma. Ella lo firmó. Y eso la hace responsable de pagarlo desde que su novio murió".

"De acuerdo", acepta Maksim pacientemente.

"Pero yo soy el idiota que dejó que me cegara ante la verdad. Me engañó durante *semanas*, haciéndome creer que podríamos tener algo. Estaba dispuesto a perseguirla y perdonarle el préstamo. Y luego, resulta que todo el puto asunto era mentira. Y cuando me enfrenté a ella, me dio una explicación, llorando, de que había cambiado de opinión, aunque no iba a contármelo. Tuve que enterarme por su amiga".

"Eso es duro", observa Maksim.

"Ni de coña... eso no es lo peor. La noche que llevaron a mamá al hospital, Camille me dijo que me quería. Y lo siguiente que sé es que me envía un cheque sin darme ninguna explicación. Así que voy a su restaurante para que me explique la lógica, y me dice que hemos terminado. Que no quiere saber nada más de mí y que la deje en paz. Es tan ilógica y manipuladora como todas las demás. Por eso las chicas son tan jodidamente problemáticas".

La cola se queda en silencio durante unos segundos mientras siento que mi temperamento se desescalo ligeramente, y aminoro la marcha hasta detenerme, girándome para apoyarme en el cristal mientras contemplo el cielo oscuro iluminado por el puente Golden Gate.

"¿Esto ha sido esta noche?", pregunta finalmente.

"Sí. Me estoy volviendo loco intentando decidir si debería llevarme el restaurante para enseñarle a no joder con tiburones".

"Te tiene así de loco, ¿eh?", pregunta Maksim, impresionado.

Gruñendo de frustración, me alejo del cristal y me desplomo en el sofá. "No sé que me pasa, pero tampoco la voy a dejar libre. Si quiere hacer pagos, los aceptaré. Pero después de eso, se acabó. No dejaré que ninguna mujer se meta en mi pellejo".

"Nunca te había oído ponerte tan nervioso por una chica. Eso tiene que decir algo", observa Maksim con calma, y luego deja que la simple afirmación cale hondo.

"Sí, pues será la primera y la última vez", gruño.

"De acuerdo", dice mi hermano, pero su tono indica que lo duda.

"¿Qué?", exijo, con la irritación a flor de piel.

"Creo que no eres sincero contigo mismo si dices que has terminado pero sigues dispuesto a aceptar pagos de un préstamo que lleva meses vencido."

"¿Crees que entonces debería quedarme con el restaurante?", digo brusco.

"Yo no he dicho eso. Dejo este acuerdo en tus manos, hermano. Solo quiero que tomes tu decisión con los ojos bien abiertos. Me parece que aún tienes asuntos pendientes con aquella chef".

Las palabras de mi hermano me hacen reflexionar y me masajeo las sienes mientras asimilo lo que dice.

"Mira, tómate la noche. Piénsalo bien. Quizá por la mañana tengas una perspectiva diferente. Puede que no. Pero está claro que te ha enfadado lo suficiente como para que no tomes una decisión definitiva esta noche".

"De acuerdo", refunfuño. "Gracias por dejarme descargar".

"Oye, estamos en esto como una familia. No llegamos donde estamos si no nos cubrimos las espaldas mutuamente".

"Gracias, Maks. De verdad".

"Cuando quieras".

Al terminar la llamada, me quedo mirando el teléfono un largo rato, considerando las palabras de mi hermano. Me siento mejor después de haber vocalizado mi dolor y mi frustración. Y quizá tenga razón. Necesito tomar una decisión lógica, no emocional.

Mientras cierro el teléfono, la hora parpadea en la pantalla:

23:18.

Camille debe de estar a punto de cerrar, imagino. Pronto cerrará.

Me irrita que Camille sea lo primero que se me pase por la cabeza. Es cierto que acabo de hablar de ella. Pero, ¿por qué iba a pasar directamente a lo que ella estaría haciendo ahora mismo?

¿No debería estar pensando en la reunión que tengo por la mañana y en cómo he malgastado valiosas horas de sueño fumando por alguien que no quiere estar conmigo?

Me levanto del sofá, me meto el móvil en el bolsillo y me dirijo hacia las escaleras. Pero algo no va bien. Se me eriza el vello de la nuca cuando mi mente vuelve al hecho de que Camille debería estar cerrando ahora.

Y en un instante, me viene a la mente el coche negro sentado en la esquina.

La persona que la ha estado vigilando.

He estado tan metido en la crisis del envenenamiento de mi madre que ni siquiera me he puesto en contacto con Alexei para ver si ha hecho un seguimiento del coche sospechoso.

Y eso es todo lo que hace falta para que mi mente salte al accidente de Camille. Aquel en el que un conductor se saltó un semáforo en rojo en mitad de la noche, la arrolló y se dio a la fuga.

Es demasiado para creer que sea una coincidencia.

Y si este acosador pasó de vigilar a Camille a atropellarla con su coche, ¿cuánto tardará en hacer su siguiente movimiento?

Llevo días dejándola vulnerable y expuesta, sin pararme a pensar que su vida podría estar realmente en peligro.

Y, de repente, mi dolor y mi rabia parecen intrascendentes ante algo malo que le ocurra a Camille. No me importa lo que haya hecho. No soporto la idea de que alguien la ataque.

No tengo ni idea de quién es esa persona ni de por qué podría estar tan interesada en Camille, pero ahora no es el momento de acribillar la respuesta. Si estoy en lo cierto, el resto del personal de Le Fleur ya debería haberse marchado, lo que significa que Camille está allí sola.

Con el corazón palpitante, me dirijo hacia el ascensor de mi ático, llamando a Camille mientras avanzo.

El teléfono suena y suena, pero ella no contesta.

Con la ansiedad haciéndome un nudo en las tripas, entro en el ascensor y aporreo el botón que me lleva al garaje, luego pulso las flechas para cerrar las puertas.

Hola, soy Camille. Ahora mismo no puedo contestar al teléfono. Si llamas en horario de restaurante, ¡ya sabes por qué! Pero deja un mensaje y te llamaré en cuanto pueda.

El teléfono emite un pitido, enviándome al buzón de voz, y suelto una larga retahíla de palabrotas rusas mientras finalizo la llamada y vuelvo a intentarlo.

"¡Contesta, contesta!" gruño mientras suena por segunda vez.

Pero es inútil. No va a responderme. No sé si es porque me odia o porque ya está muerta. Pero la posibilidad de esto último es demasiado horrible para soportarla.

Hola, soy Camille. Ahora mismo no puedo contestar al teléfono. Si llamas en horario de restaurante, ¡ya sabes por qué! Pero deja un mensaje y te llamaré en cuanto pueda.

Renuncio al teléfono cuando me envía al buzón de voz por segunda vez, me lo meto en el bolsillo y observo cómo los números del piso van bajando lentamente.

En cuanto se abre la puerta del aparcamiento, corro hacia mi Lamborghini. El motor ronronea un segundo después y salgo en un tiempo récord.

Porque no puedo librarme de esta horrible y desgarradora sensación de que voy a llegar demasiado tarde.

CAMILLE

Sentada en mi despacho, repaso los recibos de la semana, comprobando mis cálculos antes de archivarlos. Sé que debería hacer esto cuando mi cabeza esté en un lugar mejor, pero ahora mismo no me puedo imaginar yéndome a dormir, así que será mejor que lo haga antes de la fecha límite de mañana.

De todos modos, me ayudará a agotar el cerebro, así no me pasaré la noche en vela debatiendo si tomé la decisión correcta sobre Dimitri. Apartarle de mi vida ha sido una de las decisiones más difíciles que he tenido que tomar. Pero es la correcta.

Pienso.

Es un criminal, un asesino. Y no me quiere.

Necesito aclarar mis ideas. Pero eso no alivia el doloroso dolor, el hueco y enorme agujero en mi pecho que palpita cada vez que pienso en su nombre.

El restaurante está tranquilo, Hannah se ha marchado hace casi una hora, lo que me deja a solas con mis pensamientos y la cuenta del negocio que no se va a equilibrar sola. Necesito encontrar el dinero con el que pagar a Dimitri mañana, y prefiero no esperar a mañana para hacerlo.

Arráncame la venda para que pueda dejar de pensar en el vacío que vendrá. Nunca imaginé que pudiera enamorarme tanto de alguien. Ni siquiera Roy, mi novio de más tiempo, puede compararse con los sentimientos que he desarrollado por Dimitri en tan poco tiempo.

No sé cómo caí tan duramente en mi propio engaño. Por otra parte, no esperaba que alguien pudiera conmoverme como lo hizo Dimitri. Me demostró lo que realmente significa conectar con alguien, aunque no estuviéramos hechos el uno para el otro.

Tengo que dejar de torturarme con fantasías.

No es el príncipe azul que sigo haciendo pasar por él.

Es un asesino a sangre fría, que no solo asesinó a mi novio, sino que además viene a por mi restaurante para cumplir una deuda que no me corresponde pagar.

Suelto un suspiro, dejo el siguiente fajo de recibos y me froto la cara con las manos. Entonces

hago una pausa.

¿Hay olor a gasolina?

Me tapo la nariz con las manos e inhalo profundamente, preguntándome por qué puedo oler a gasolina si ahora mismo ni siquiera tengo coche. El mío está destrozado y, hasta que pueda permitirme comprar otro, iré en taxi por la ciudad. Así que no tiene sentido que huela a gasolina, y lo único que inhalo es la loción de lavanda que guardo en el baño de mujeres.

Frunzo el ceño y miro hacia la puerta del despacho.

Entonces se me hace un nudo en el estómago.

Estaba tan perdida en mi cabeza cuando cerré la cocina. Tiene que ser olor a gas y no estoy segura al cien por cien de haber apagado los fogones. No es que el gas ya debiera haber llegado hasta aquí, pero no puedo permitirme cometer errores como ese. El aparato industrial tiene la capacidad de incendiar este lugar si se me ocurre dejar un quemador encendido durante la noche.

Levantándome de la silla, corro hacia la puerta y la abro.

El olor procede sin duda de la cocina. Y los vapores se hacen más potentes a medida que me dirijo hacia allí.

"Mierda", jadeo, corriendo por el pasillo hacia la puerta batiente mientras la alarma de incendios se activa, chillando en mis oídos. No puedo creer que sea tan malo como para activar los detectores de humo tan rápidamente.

Irrumpo en la cocina y me horrorizo ante lo que veo.

No es solo un quemador que olvidé apagar. Todos están encendidos al máximo, el gas ruge en la estufa mientras las llamas de medio metro de altura lamen el aire con avidez. El humo nubla el techo y crea una neblina pardusca en el interior de la habitación.

Como cocinera, estoy acostumbrado al calor, pero esto es algo totalmente distinto. En cuestión de segundos, estoy empapada en sudor, el aire caliente es seco y abrasador. Me absorbe la humedad de la piel, cociéndome con su intensidad rápidamente creciente.

Toso mientras los vapores me queman la garganta hasta llegar a los pulmones, y me tapo la nariz y la boca con un brazo. Luego entro en la habitación. Tengo que apagar la cocina antes de que el fuego se propague o, peor aún, explote el edificio. Toda mi vida está en este restaurante, y si el edificio se viene abajo, no puedo imaginar dónde me llevará eso.

Con el corazón agitándose en mi pecho, avanzo cautelosamente, dividida entre mi instinto de correr y mi necesidad de salvar mi restaurante. Y a cada segundo, las llamas suben más alto, danzando hacia el conducto de ventilación que se supone que debe liberar el humo al exterior. Alguien debe de haberla cerrado, porque el humo ondea a su alrededor, evitando la salida.

En el fogón, contengo la respiración y me descubro la cara para alcanzar los mandos. Necesito cortar el flujo de gas. Pero justo cuando mis dedos se cierran en torno a los diales, una explosión de calor estalla ante mí, el aire nocivo se enciende alrededor de mis palmas mientras el calor me chamusca las mejillas.

Gritando ante las dolorosas ampollas que me salen de repente en los dedos, caigo de espaldas al suelo. Me palpitan las manos por la carne chamuscada, pero lo peor es que mi reacción vocal me ha metido tanto humo en las vías respiratorias que apenas puedo respirar.

Toso violentamente, sé que tengo que hacer algo, pero no me atrevo a intentar tocar de nuevo la estufa.

Presa del terror, miro desesperadamente alrededor de la habitación en busca de algo, cualquier cosa, que pueda ayudarme. Y mis ojos se posan en un extintor.

Con los pulmones ardiendo, me arrastro a gatas hacia ella, desesperado por salvar a Le Fleur.

Otro estallido de llamas ondula hacia fuera, haciéndome estremecer, y de repente, el fuego cobra vida propia. Crepita por el techo, las tablas de cortar que recubren la pared, las encimeras; consume todo lo que encuentra para quemarlo como leña.

"No, no, no", sollozo, arrastrándome más deprisa.

Pero el aire está tan cargado de humo que me invade otro ataque de tos, tan fuerte e implacable que me deja jadeando y mareado. Y cuando por fin vuelvo a tener los pulmones bajo control, la habitación se agita ante mí, haciéndome casi imposible identificar cuál de los extintores es el verdadero.

Mierda.

Sé que estoy en una mala situación. El gas lleva abierto demasiado tiempo, llenando la habitación de humos que me revuelven el estómago y me confunden el cerebro. El fuego se está extendiendo más rápidamente de lo que creía posible.

Y estoy tan mareada por el dolor y la inhalación de humo que no sé muy bien dónde está la puerta. Pero lo único que puedo pensar es que *no puedo perder mi restaurante*. El pánico me invade al darme cuenta de que podría morir aquí. Y aún así, siento como si me arrancaran el corazón del pecho al ver mi cocina envuelta en llamas.

Me balanceo peligrosamente, agradeciendo estar ya en el suelo cuando mi visión empieza a nublarse. Voy a desmayarme. Un calor sofocante me envuelve, seguido del aterrador sonido de las placas que se rompen al quedar expuestas a temperaturas superiores a su durabilidad.

Pero sigo arrastrándome hacia delante y, tras varios intentos, mis dedos se cierran en torno al metal del extintor. Es insoportable intentar accionar la boquilla con los dedos quemados, pero lo consigo, giro el cabezal hacia una pared de llamas y aprieto el gatillo.

No ocurre nada.

¿Y ahora qué hago?

Al parecer, mi última esperanza de salvar mi cocina decidió irse permanentes, dejándome impotente para detener la destrucción de mi hogar lejos de casa.

Las llamas casi me rodean ahora, su camino parece rodearme con maliciosa intención.

Tengo que salir de aquí.

Pero cuando me giro para encontrar la puerta, el suelo se levanta a mi encuentro.

Los pulmones gritan pidiendo alivio, mi visión se oscurece, y descubro que mi cerebro está demasiado nublado para hacer nada al respecto. No estoy recibiendo suficiente oxígeno. *Dios, no puedo morir aquí. Así no.*

Y entonces una sombra oscura se cierne sobre mí.

El miedo se apodera de mí y mis instintos me dicen que corra, que corro un peligro muy real. Pero no consigo que mi cuerpo coopere. Las rodillas me tiemblan y se me doblan cuando intento ponerme en pie, y grito al empujar el suelo con las palmas de las manos llenas de ampollas.

Unos brazos fuertes me levantan un momento después, pero estoy demasiado débil para luchar contra ellos.

¿Fue este quien provocó el incendio?

Pero entonces, ¿por qué no me dejarían morir?

Ahora mismo nada tiene sentido para mí.

Mi cabeza se tambalea peligrosamente mientras pierdo la noción de lo que está arriba y lo que está abajo.

Mis pensamientos son inconexos, disparándose como hilos de una tela de araña que conducen al olvido.

"No te atrevas a morirte", gruñe una profunda voz masculina.

Me produce un escalofrío. Intento concentrarme en la voz, girando la cabeza en su dirección, aunque el movimiento hace que el estómago se me revuelva violentamente. A punto de vomitar, parpadeo varias veces mientras intento comprender la visión que tengo sobre mí.

El rostro de Dimitri aparece a la vista.

Como un ángel vengador, parece más que furioso, la afilada línea de su frente me dice que está en pie de guerra. Igual que cuando irrumpió en mi cocina esta tarde.

Pero no tiene sentido.

¿Estoy alucinando? ¿Recuerdo la última imagen clara que tengo de él en mi cabeza? La luz que brilla alrededor de su rostro como un halo así lo sugiere. Debo de estar soñando con él.

¿Por qué si no iba a estar aquí? ¿ahora?

No puede ser. Este es el intento desesperado de mi mente por llamarle antes de que muera. Porque puedo sentirlo. El frío repentino, la intensa oscuridad. Me rodea, atravesando mi cuerpo como un cuchillo.

Me sorprende que la muerte por el fuego pueda sentirse tan horriblemente fría, y me estremezco violentamente mientras me consume.

Durante una fracción de segundo, siento como si la gélida garra de la muerte hubiera despertado todos mis sentidos, intensificando mis nervios hasta que realmente puedo sentir el sólido

músculo de mi alucinante salvador. Huelo el aroma a pino de su colonia. Saboreo la sal de su sudor en mis labios.

"Quédate conmigo", murmura, su voz es un eco lejano.

Y entonces una oscuridad tenebrosa me envuelve, arrastrándome a lo más profundo del olvido.

CAMILLE

El incesante pitido de mi despertador me saca lentamente de un horrible sueño en el que una sombra inquietante se cernía sobre mí. Cuchillo en mano, la figura desconocida se había reído mientras me hacía profundas líneas en las palmas de las manos, incendiando mi piel. Pero fue la alegría con la que me hirió lo que más me aterrorizó. Como si mi dolor le produjera una sensación de satisfacción a la que yo no podía encontrar sentido.

Gimiendo, abro los ojos a la fuerza, desesperada por arrancarme de la pesadilla.

Algo brillante y fluorescente me fulmina, con una luz apática y dura.

Un dolor agudo me atraviesa el cráneo ante el repentino y violento ataque, y entrecierro los ojos. Pero me niego a cerrar completamente los ojos y permitir que esa sombra espeluznante vuelva a entrar en mi visión.

Poco a poco, el mundo que me rodea adquiere una definición más nítida. El sonido que confundí con la alarma es, en realidad, un monitor cardíaco, que acelera su ritmo a medida que mi cerebro se concentra, alertándome de las sábanas blancas y la barandilla rígida que me rodean. Una mascarilla de plástico silba contra mi cara, forzándome a respirar aire fresco por la nariz a intervalos regulares.

Mis manos palpitan con un latido singular y, cuando las levanto lenta y dolorosamente, descubro que no solo están vendadas con gasas blancas y limpias, sino que también hay varios tubos que salen de mis brazos, líquido que gotea de una bolsa suspendida a mi lado mientras se desliza por mis venas.

Estoy en un hospital.

Respirando hondo, intento recordar qué demonios ha ocurrido para que me encuentre aquí.

¿Un accidente de coche?

No, eso fue hace días. ¿No?

Recuerdo vívidamente la noche que siguió a mi accidente. El sexo que mantuvimos Dimitri y yo, seguido de una pelea que aún me duele por la pérdida y el rechazo.

Sintiéndome confinada por la mascarilla que me cubre la cara, me agarro a ella, la aprieto entre mis dos palmas palpitantes y me la arranco de la cabeza. Y aunque me arden los pulmones por el aire estéril de la habitación, ahora me siento menos claustrofóbica.

Lentamente, las imágenes se filtran en mi mente. El comedor vacío de Le Fleur, las llamas lamiendo la pared de la cocina, el humo ondeando en el techo como una nube oscura y ominosa; y luego esa figura inquietante y sombría que me infunde miedo.

Frunzo el ceño cuando la imagen del rostro de Dimitri flotando sobre mí destaca entre todas las demás. Como un dios de fuego, su rostro está rodeado de una luz dorada que parpadea sobre su piel con un detalle asombroso.

Ahora lo recuerdo. Estaba en el restaurante y hubo un incendio. La cocina había ardido en un instante. Y cuando había intentado apagarlo, había sido víctima del humo. El fuego se había propagado tan rápido que no tuve tiempo de pensar en mi propia seguridad. Me había consumido tanto intentar preservar mi preciado sueño.

¿Me ha sacado Dimitri del restaurante?

No, eso no tiene sentido. Estuvo allí antes por la noche. Pero se marchó enfadado después de nuestra pelea. Lo último que le dije fue que no quería volver a verle. Y él me dijo que le parecía bien.

El dolor me atraviesa el pecho mientras ahogo el nudo que tengo en la garganta.

Sin atreverme a permitirme albergar esperanzas, fuerzo mi cuerpo para sentarme, aunque mis manos gritan cuando las utilizo para impulsarme hacia arriba. Y aun así, miro a mi alrededor, por si mi visión pudiera ser cierta.

Una cosa es segura. Definitivamente estoy en el hospital.

Pero no hay rastro de Dimitri.

Me lo habré imaginado.

Me invade una intensa decepción y lucho por contener las lágrimas que me escuecen en el fondo de los ojos. No sé quién me ha traído aquí, pero me sorprende el nivel de esperanza que tenía de que mi visión hubiera sido real.

Entonces me doy cuenta de otra cosa. Si mi restaurante se incendió y acabé en el hospital, significa que no conseguí apagar el fuego. Y no permanecí consciente el tiempo suficiente para llamar a los bomberos. Solo Dios sabe cuánto tardó alguien en darse cuenta del humo y sacarme del edificio.

Y mientras yo me desmayaba intentando salvar la situación, toda mi vida puede haber ardido hasta los cimientos. He perdido todo por lo que he trabajado tan duro. Mi restaurante y la visión de mi padre, desaparecieron en un instante.

Un sollozo me sacude el cuerpo y la aguda respiración desgarr mis pulmones en carne viva como una sierra. Toso violentamente, me doblo sobre mí misma, con los músculos acalambrados mientras mi cuerpo intenta rechazar el horrible hecho de no poder respirar.

Consumida por la miseria, lucho por calmarme, por hacer pequeñas respiraciones hasta que mis toses agónicas se apagan. Entonces me desplomo contra las almohadas, intensamente agotada.

No sé qué debo hacer ahora. Mi restaurante, mi vida, ha desaparecido. Y no solo tengo que encontrar la manera de reconstruirlo, sino que también tengo que conseguir el dinero que ya no tengo para pagar el préstamo que Roy pidió a mi nombre.

Me invade un resentimiento repentino e intenso por la situación en que me puso mi novio, y luego, inmediatamente, se desvanece en un mar de culpa al darme cuenta de lo angustioso que debió de ser para él si, de hecho, murió en el incendio de aquella casa. Qué manera tan horrible de morir. *¿Y lo cerca que estuve yo de sufrir el mismo destino?*

Estremeciéndome violentamente, cierro los ojos, deseando olvidar la aterradora sensación de asfixia que me invadió cuando empecé a perder el conocimiento. De todas las formas de morir, creo que quemarse podría ser la peor. No quiero volver a sentir la sensación de impotencia y estrangulamiento que he sentido esta noche.

Me sobresalto cuando un suave chasquido me avisa de que alguien entra en mi habitación.

Abro los ojos bruscamente y, al girarme hacia la puerta, veo a un médico vestido de blanco que entra con un portapapeles en la mano. Parece mayor, quizá de unos sesenta años, con el pelo canoso ralo sobre la frente arrugada. Pero sus ojos están llenos de inteligencia.

"Ah, está despierta, señorita... Anderson", dice, demorándose un momento mientras señala mi nombre en la hoja de papel. "Soy el Dr. Downy. ¿Cómo se encuentra hoy?"

"Bien", ronco, luego me aclaro la garganta al darme cuenta de que sueno como una víctima terminal de cáncer de pulmón. "¿Qué ha pasado?"

"Un caballero la sacó de un incendio en la cocina. La han tratado por quemaduras leves en las manos y la cara. Nada que deba causar cicatrices permanentes. Lo que más nos preocupa es el grado de inhalación de humo que has sufrido. Parece que te has dañado un poco los pulmones".

"¿Pero qué ha pasado con el restaurante?" pregunto, con la voz ronca y la garganta hinchada hasta el punto de dolerme.

"En realidad, no puedo saberlo. Pero teniendo en cuenta el estado en que te encontrabas, diría que el incendio fue bastante extremo. ¿No recuerdas nada?" Me mira atentamente por encima del portapapeles, como si mi respuesta pudiera ser crítica para mi bienestar mental.

Luchando por extraer las imágenes nebulosas de mi mente, veo con perfecta claridad la estufa a todo volumen, las llamas lamiendo el aire como si buscaran una fuente de alimento adecuada.

"Fue un incendio de gas", empiezo y me aclaro la garganta.

"Sé que es incómodo, pero intenta no hablar mucho. No queremos dañar tus cuerdas vocales mientras te recuperas. Toma". El Dr. Downy cruza la habitación para acercarme a los labios un vaso de agua con pajita.

De repente, intensamente sediento, me lo trago.

"Haré que una enfermera traiga más agua", me asegura, dejando la taza a un lado. "¿Recuerdas

algo más?"

Sacudo la cabeza y recuerdo mis esfuerzos por alcanzar el extintor. "No conseguí hacer funcionar el extintor. Fue más o menos cuando me desmayé".

El Dr. Downy asiente, vuelve a mirar mi historial y garabatea algo en la hoja de papel. "Bueno, señorita Anderson, parece que ha tenido mucha suerte. Aparte de quemaduras leves y algunos signos leves de dificultad respiratoria, parece que tú y el bebé os pondréis bien. Espero una recuperación completa".

Mi corazón se detiene, mi sangre se convierte en hielo en mis venas cuando las palabras del médico se registran en mi mente.

"Perdon, ¿qué?" pregunto, segura de haberle oído mal.

"No creo que sufras ningún daño permanente mientras te lo tomes con calma y...".

"No, no. La parte del bebé", aprieto, mi ansiedad aumenta mientras empiezo a sudar frío.

"Ah". La cara del médico muestra una leve sorpresa y vuelve a echar un vistazo a mi historial, como si quisiera confirmar su afirmación. "Según los análisis de sangre, parece que está embarazada, señorita Anderson", afirma.

Entonces sus ojos vuelven a dirigirse a los míos, como si se escandalizara de que yo no lo supiera ya.

Pero no puedo. Tomo la píldora. Desde hace años...

Pero cuando Roy murió, ¿no me quedé sin nada durante unos días?

En aquel momento no había pensado que importara. No pensaba liarme con nadie cuando Roy apenas estaba en la tumba.

No, no puede ser eso. Volví a tomar anticonceptivos cuando Dimitri y yo nos acostamos. ¿Verdad?

¿Cuánto tiempo podría tardar la píldora en volver a acumularse en mi organismo?

Oh, Dios.

Se me cae el estómago, siento que podría estar enferma.

Con el pulso retumbando en mis oídos, miro boquiabierta al tranquilo médico, preguntándome cómo es posible que pueda afirmar algo tan monumental con la misma facilidad con que me diría que está lloviendo fuera.

"¿Estoy... embarazada?" jadeo, con el corazón en la garganta.

DIMITRI

En la inmaculada sala blanca de la sala de espera del ala de recuperación de quemados, camino con el teléfono en la oreja mientras mantengo una conversación en ruso, ignorando las miradas de reojo de otros familiares y amigos que esperan a sus seres queridos.

Aunque llevé a Camille al hospital hace horas, sigue inconsciente. Algo que el médico me aseguró que es bueno, ya que sus pulmones están lo bastante abrasados como para que se sienta incómoda cuando se despierte. Así que cuanto más tiempo duerma, menos probabilidades tendrá de agravar la inhalación de humo.

Aparte de eso, no me dan nada porque no soy pariente de Camille. Y ahora mismo, me estoy dando patadas por no haberles dicho que soy su marido. Porque la agitación de no saberlo me está subiendo por las paredes. Como una bestia atrapada, no puedo quedarme quieto. Pero tampoco puedo marcharme. Si Camille despierta, quiero estar aquí, para oír que está bien de sus propios labios. Necesito ese consuelo con una desesperación que nunca creí posible.

Al menos me dejan sentarme en la habitación con ella. Supongo que me dan puntos por ser quien la trajo al hospital en primer lugar. Salí para no molestarla con la llamada de Maksim y Alexei.

"El incendio fue sin duda intencionado", afirma Alexei. "Encontramos latas vacías de acelerante en el contenedor de atrás, y la cerradura de la puerta de la cocina estaba manipulada. Parece que los bomberos consiguieron salvar la mayor parte de la zona del restaurante, pero la cocina está destrozada y apuesto a que los daños causados por el humo van a ser una pesadilla de arreglar."

Me erizo, furioso con el bastardo responsable. "Tiene que ser la misma persona que la ha estado siguiendo. Estoy seguro de ello. ¿Has conseguido algo más sobre quién es?"

"Lo siento. No lo he hecho", dice Alexei, con tono agitado. "Con mamá en el hospital... se me ha olvidado".

Gruñendo de frustración, camino por el suelo estéril del hospital. "Ya lo entiendo. Pero, ¿quién es ese cabrón y por qué tiene a Camille como objetivo?"

"Es un acto de guerra", afirma Maksim.

Ha estado callado durante la mayor parte de la llamada, pero su declaración ahora me hace

reflexionar. Está seguro de sí mismo. Puedo oírlo en su tono.

"¿Cómo lo sabes?"

"Hemos recibido una amenaza, enviada a la oficina esta mañana. Indica que este es solo el primero de muchos ataques por venir".

"¿Quién lo ha enviado?" interrumpe Alexéi.

"No lo dice, pero es alguien que nos quiere atacar. Y se están adentrando en nuestro territorio. Dicen que hemos ocupado el trono durante demasiado tiempo y vienen a por nuestro negocio", afirma Maksim.

"¿Qué tiene eso que ver con Camille?", ronco, pasándome los dedos por el pelo mientras me siento pesadamente en una silla. "¿Significa esto que tiene un acosador y *que* nuestro nuevo y desconocido enemigo va a por ella?"

"Cobardes", refunfuña Alexéi en voz baja.

Estoy con mi hermano.

Si quieres empezar una guerra, mírame a los ojos y dime que vas a tomar lo que es mío. No vayas tras una mujer vulnerable para enviarme un mensaje solo porque ves una oportunidad. Es el camino del cobarde.

"No lo sé. Parece una coincidencia demasiado grande para no estar relacionado. Pero, Dimitri, si van a por su restaurante, probablemente significa que te han estado vigilando. Se han fijado en ella porque creen que llegarán a ti", afirma Maksim, con un tono objetivo, aunque su observación me inunda de culpa.

Yo soy la razón de que le hayan pasado cosas malas a Camille.

La ansiedad me hace un nudo en el estómago ante la posibilidad real.

Y también me cabrea. *¿Qué clase de canalla iría a por una mujer inocente y desprevenida para demostrar lo que piensa?* La furia me desgarras, haciendo que mis manos se aprieten y tiemblen.

"Encontraremos quién es", me asegura Alexei.

"Puedes empezar buscando pequeños coches negros con los guardabarros delanteros destrozados", afirmo.

"Eso es extrañamente específico", observa secamente Alexei.

"Este gilipollas destrozó el coche de Camille chocando contra ella la noche que mamá acabó en el hospital".

Un silbido grave emite a través del teléfono.

"¿A quién has cabreado, *Di*?" pregunta Alexei.

Me he estado haciendo esa misma pregunta. Pero no se me ocurre nadie en concreto a quien haya torturado recientemente. Aparte de Camille. Ella ha sido mi principal objetivo durante semanas. Pero el ataque parece dirigido, y si no es a Camille a quien intentan enviar un mensaje, entonces

definitivamente debo ser yo.

Sacudo la cabeza y la dejo colgar mientras miro al suelo. "No lo sé".

"Mi equipo llegará al fondo del asunto", me asegura Alexei.

"Mantenme informado", afirmo.

Cierro la llamada y me meto el móvil en el bolsillo mientras me levanto. Cuando miro hacia las puertas que designan el ala de recuperación de quemados del hospital, me invade la intensa necesidad de volver a ver a Camille, de verla dormir profundamente y asegurarme de que está a salvo.

Odio que mi asociación con ella pueda haberla llevado al hospital, que esté herida a causa de la vida que llevo. Estoy acostumbrada a la ansiedad que provoca la vulnerabilidad de mi madre por ser quienes somos.

Hemos crecido conociendo el peligro de dirigir una Bratva. Pero nunca he tenido una relación lo bastante larga como para pensar en que la mujer que amo se encuentre en esa misma situación. Y en cuanto pienso la palabra, sé que es verdad. Sigo queriendo a Camille, aunque me duela profundamente su decisión de alejarme.

Pero después del incendio de su restaurante, no puedo culparla por no querer estar cerca de mí. Y respetaré su decisión en cuanto esté seguro de que está a salvo sin mi protección.

Salgo de la sala de espera y me dirijo por el pasillo a la habitación de Camille, con la ira hacia el hombre responsable de haberla puesto aquí hirviendo lentamente en mi pecho. Quiero ver cómo la vida abandona sus ojos, saber con certeza que no puede volver a ir tras ella. Casi me lo arrebató todo, y me deja un vacío agonizante pensar en un mundo sin Camille en él.

El médico está a punto de salir cuando me acerco, y su mirada fija me encuentra. "Está despierta", me informa con una suave sonrisa. "Parece lo bastante fuerte como para recibir una visita. Y estoy seguro de que está deseando hablar con el hombre que le salvó la vida. Solo... mantén una conversación ligera. Ha sufrido una fuerte conmoción y dudo que tenga fuerzas para hablar durante mucho tiempo".

Difícilmente me siento su salvador. Al parecer, soy la razón por la que la eligieron como objetivo. Pero no necesito decirlo. "Gracias, Dr. Downy".

Con una inclinación de cabeza, se marcha por el pasillo, y yo doy las últimas zancadas para abrir la puerta de la habitación de Camille, ansioso por verla.

Si es posible, está más pálida que cuando la traje aquí, y la culpa me corroe las entrañas al ver su estado. Ahora que está despierta, parece que el shock de la realidad se está apoderando de ella, dejándole los ojos muy abiertos y las manos temblorosas sobre el regazo.

Entonces sus ojos se vuelven para encontrarme. La emoción estalla en mi pecho. *Alivio, gratitud, amor*; seguidos rápidamente por una necesidad feroz y consumidora de protegerla del bastardo que le hizo daño.

"Dimitri", ronca, con la voz entrecortada mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

Cruzo la habitación en tres largas zancadas hasta situarme junto a su cama de hospital, y mi ira se intensifica al mirar sus manos vendadas. Quiero coger una, abrazarla y consolarla, pero no quiero agravar su dolor. Así que, en lugar de eso, permanezco impotente a su lado, con la mandíbula apretada por el esfuerzo de contener mi furia.

"Creía haber soñado que venías a buscarme", murmura, mirándome con ojos llenos de emoción. "Pero estás aquí. Eso significa que sí me sacaste del fuego. Me salvaste... ¿verdad?"

Se me hace un nudo en la garganta y aprieto los dientes mirando por la ventana que proyecta una suave luz alrededor de la habitación. Se hace el silencio entre nosotros mientras me esfuerzo por responder, porque todo vuelve a mí en un instante.

Camille tendida en el suelo de la cocina de Le Fleur, demasiado débil para arrastrarse fuera de la habitación, con las manos tan dolorosamente ampolladas que gritaba cuando intentaba usarlas... me había aterrorizado. Parecía tan indefensa rodeada por el muro de llamas que envolvía la cocina.

Casi llegué demasiado tarde.

Y cuando la levanté del suelo, por un momento pensé que podría haberlo estado. Cayó sin vida en mis brazos, con la cabeza ladeada como la de un muñeco de trapo. Estaba desesperado por alejarla del peligro, pero los pocos minutos que tardé en sacarla fuera, antes de confirmar que seguía viva, fueron de los más largos de mi vida.

Solo su pulso débil y filiforme cuando la llevé al coche me dio un poco de alivio. Pero el trayecto hasta el hospital no fue menos angustioso. Camille se desplomó inconsciente contra el asiento, mortalmente pálida y temblando violentamente a causa de las heridas.

Me tiemblan las manos de rabia ante el hecho de que alguien pudiera hacerle algo tan terrible a Camille solo para enviar un mensaje a mi familia. Quiero asesinar al responsable. De la forma más brutal posible.

"¿Dimitri?", pregunta tímidamente. "¿Qué ocurre?"

¿Aparte del hecho de que estuvo a punto de morir?

Merece saber lo que está pasando. Que alguien no solo la vigila.

Intentaron matarla.

Dos veces.

Todo para enviarme un mensaje. La cocina de Le Fleur está arruinada por mi culpa.

Pero ella ya ha dicho que quiere terminar conmigo. No me atrevo a decirle que soy la razón de que sigan ocurriendo cosas malas. Y no puedo decirle que alguien la quiere muerta. Solo conseguiría asustarla y hacer que deseara más que me alejara de ella.

Creo que ya no puedo. Aunque quiera darle la vida que desea, me asalta la intensa sensación de que dejar sola a Camille va a ser imposible. Me produce dolor solo pensar en alejarme de ella. Planeo encontrar a quien provocó el incendio y matarlo antes de que pueda hacer nada más para herir a Camille. Así tal vez ella nunca necesite saberlo.

"Dimitri, háblame", suplica.

Sacudo la cabeza y me giro mientras lucho contra mi conflicto interior. No es algo que quiera contarle. Pero tampoco es justo ocultárselo. Merece saberlo. Comprender el peligro que corre por mi culpa.

"¿Estás enfadado?" Su voz tiembla ligeramente, su miedo aumenta aunque no sabe ni la mitad.

Gruño de frustración y me peino el pelo con los dedos.

"Sí", respondo con sinceridad. Pero no me atrevo a decir por qué.

CAMILLE

Mi estómago cae dolorosamente. *Él lo sabe. Dimitri ya sabe que estoy embarazada.* Se lo habrá dicho el médico. Y no está contento.

La intensidad de mi emoción al descubrir que estoy embarazada fue una embriagadora combinación de alegría y miedo. Al principio, la conmoción me dejó sin habla y, desde entonces, me ha costado recordar aquellas semanas entre la muerte de Roy y la entrada de Dimitri en mi vida para saber cómo es posible que esto haya sucedido.

Una cosa es segura. Es de Dimitri. Roy y yo no habíamos intimado en... ni siquiera recuerdo cuánto tiempo. Meses seguro. Y Dimitri es el único con el que he estado desde entonces.

Pero ser madre no era algo que hubiera previsto en este momento de mi vida. Y ahora parece el peor momento posible para enterarme de que estoy embarazada, porque todo por lo que he trabajado tan duro acaba de arder en llamas. Literalmente.

Sin embargo, ser padre es algo en lo que pensé mucho tras la muerte de mi padre. Siempre he pensado que quería tener una familia propia algún día. Mi padre era uno de mis mejores amigos, una persona a la que llevo en el corazón, y sería increíble tener esa relación con mis propios hijos.

Así que, aunque el momento es terrible, estoy preparada para la aventura de ser madre.

Pero parece que Dimitri está en una página totalmente diferente.

"Di algo", le suplico, con el corazón destrozado por su ira.

Dimitri vuelve a sacudir la cabeza, con la furia reflejada en el rostro mientras camina dentro de mi habitación de hospital. En realidad, parece lívido, como si tuviera que esforzarse mucho para no romper algo.

No quiere hablar conmigo de nuestra inesperada situación, y presionarle solo parece agravar su enfado.

Un intenso rechazo me golpea el pecho al darme cuenta de lo sola que estoy. Porque está claro que no me quiere ni a mí ni al bebé. Puede que me haya salvado la vida, pero sigue sin quererme.

Esa es la pura verdad.

Después de toda la disputa que ha habido entre nosotros, puedo entender que se sienta así, pero sigue doliendo profundamente saber que no siente lo mismo que yo.

Por un instante, cuando entró en la habitación, pensé que habría cambiado de opinión. Que el fuego le había hecho darse cuenta de que no quería perderme. Sus ojos buscaron los míos con una ferocidad que me aceleró el corazón. Y estaban llenos de una intensa emoción, que leí como alivio al ver que estoy bien.

Pero ahora ni siquiera puede hablarme, está muy disgustado por lo del bebé.

Bueno, si está tan enfadado por ello que ni siquiera podemos mantener una conversación civilizada, entonces vale. Puedo hacerlo sola. Porque *no voy a renunciar a mi bebé*. No me importa que sea totalmente inesperado o que acabe de perder mi única fuente de ingresos en un incendio. Ya amo al pequeño ser que crece dentro de mi vientre y, de repente, es lo único que importa.

La furia protectora me desgarró al pensar que podría querer que me deshiciera de él.

Probablemente le preocupe que insista en que se ocupe él. Pero si no quiere tener nada que ver conmigo ni con nuestro hijo, entonces no lo quiero en nuestras vidas. Podemos estar bien sin él.

"¿Qué? ¿Estás enfadado porque se ha quemado el restaurante?", ronco a través de mi áspera garganta, arremetiendo contra él porque ni siquiera tiene la decencia de hablarme de lo que está pasando. "Eso es lo único que querías en primer lugar, ¿no? Y ahora que se ha destruido, no me quieres. De todas formas, no sé por qué te molestaste en salvarme".

Dimitri frunce el ceño, sus ojos brillan con fuego cuando se vuelve hacia mí. Y no puedo evitar las lágrimas que brotan de mis ojos ante su mirada inescrutable.

"Bueno, encontraré la forma de devolverte el dinero para que dejes de preocuparte", siseo, con la voz quebrándose dolorosamente mientras unas lágrimas saladas me escuecen en la garganta.

"¿Hablas en serio? ¿Ya hemos vuelto a eso?", exige, sus primeras palabras hacia mí son mordaces.

Cubriéndome el vientre protectoramente con los brazos, miro fijamente al hombre que me ha arrancado el corazón y lo ha pisoteado más veces de las que puedo contar.

"¿No es eso lo único que realmente ha habido entre nosotros? ¿Un préstamo que viniste a cobrar? Bueno, no puedes quedarte con mi restaurante porque ya no existe, así que supongo que tendrás que aceptar los pagos que pueda darte. ¿O vas a matarme a mí también?", exijo, con la voz temblorosa por la rabia más que por el miedo.

Puede intentarlo, pero no dejaré que me haga daño ni a mí ni al bebé.

"¿Qué?", gruñe, cerrando los puños, y mis ojos bajan hacia el gesto agresivo.

"Tienes que irte", ronco con toda la autoridad de que soy capaz.

"Camille, tú..."

"¡Fuera!" Grito, superada por mis emociones, mientras las lágrimas caen por mis mejillas.

Dimitri se pone rígido y retrocede un paso, como si le hubiera golpeado.

"¡Fuera! Fuera de mi habitación!" Vuelvo a gritar, mi voz aumenta con la intensidad de mi dolor y mi rabia.

Un momento después, varias enfermeras irrumpen por la puerta y se detienen para contemplar la escena.

"Señor, lo siento, pero tiene que irse", afirma una, adelantándose para interponerse entre Dimitri y yo.

"No me voy", gruñe, sin apartar los ojos de los míos mientras inclino la barbilla desafiante.

"¡Quiero que te vayas!" Sollozo, y una tos horrible y asfixiante me sacude el cuerpo, doblándome mientras lucho de repente por respirar. Mi cuerpo palpita mientras mis emociones golpean mis músculos agotados y agravan mis pulmones ardientes.

"No está en condiciones de alterarse tanto", dice la misma enfermera mientras varias más vienen a interponerse entre nosotras.

Intentan dirigir a Dimitri hacia la puerta, acorralándolo en lugar de tratar de obligar al musculoso hombre a ir a ninguna parte. Con la mandíbula desencajada, parece dispuesto a discutir mientras sus ojos grises centellean, observándome atentamente.

Entonces la lucha parece abandonarle. "Está bien". Sin decir nada más, sale de la habitación.

Y aunque pongo cara de valiente, sigo teniendo la sensación de que se lleva mi corazón cuando se va.

Enroscando los brazos alrededor de las rodillas, entierro la cara y lloro abiertamente, con el dolor de mis sollozos desgarrándome los pulmones.

Una mano suave me acaricia la espalda mientras una de las enfermeras intenta calmarme.

"Quizá debamos considerar la sedación", murmura alguien cuando mis lágrimas no parecen detenerse.

Levanto la cabeza y miro alrededor de la habitación, buscando al culpable. "No, podría hacerle daño al bebé", afirmo.

Pero necesito calmarme. Siento los pulmones en carne viva y quemados, y me duele solo respirar.

"Túmbate e intenta respirar lenta y pausadamente", me indica la enfermera que me frota la espalda. "No te sedaremos, pero necesitas calmarte si quieres evitar causarte daños permanentes".

Asiento con la cabeza y hago lo que me dice, intentando inspirar por la nariz y espirar por la boca. Un momento después, la enfermera me da un vaso de agua con una pajita. Lo bebo despacio, y siento alivio en la garganta seca cuando el líquido frío se desliza por ella.

"Gracias", murmuro, intentando encontrar una postura cómoda contra las almohadas.

Pero me siento tan vacía, y una profunda tristeza me aprieta el pecho al saber que Dimitri se ha ido. *¿Por qué ahora siempre que le veo acabamos peleándonos?*

Me mata ver lo mucho que han cambiado las cosas entre nosotros. Estaba muy enfadado conmigo por acostarme con él para salvar mi restaurante. No creo que pueda superarlo. Mi esperanza de que pudiéramos encontrar el camino de vuelta el uno al otro, de que pudiera perdonarme, ha desaparecido.

Ni siquiera un niño podría unirnos.

No puedo creer que rechace a nuestro bebé sin ni siquiera una conversación. Que supiera con tanta certeza que no quiere un hijo que hemos hecho juntos. Puede que no estemos en el mejor momento, pero creo que un bebé tiene prioridad sobre los sentimientos heridos.

La cólera que vi en él me aterroriza que pueda llegar a esperar que me deshaga de ella. Abalanzarme sobre él, gritar como lo hice... fue todo instinto, un intento de distraerle el tiempo suficiente para que no mencionara lo impensable.

Pero ahora, mientras las enfermeras se retiran lentamente de la habitación, dejándome en paz, me siento completamente sola. Y una tristeza profunda y carcomida me invade, agobiando mi cuerpo.

Estamos solos tú y yo, pequeño, pienso, mirándome el vientre y cubriéndolo con una mano protectora.

CAMILLE

Cuando Hannah se detiene delante de mi casa, miro la pequeña estructura y respiro aliviada. Dos días en el hospital antes de que por fin confiaran en que podía mantener mis niveles de oxígeno por mí misma.

"¿Seguro que no quieres que entre? Estaré encantada de ayudarte a lavarte el pelo. Lo que necesites", dice.

"No, estoy bien. Gracias. El médico ha dicho que puedo desenvolverme para ducharme. Seguro que puedo arreglármelas". Le doy un fuerte abrazo a mi amiga antes de salir de su pequeño Honda azul y dirigirme a mi casa.

Estos últimos días han sido agotadores, intentando abrirme camino a través del tumulto de emociones para averiguar adónde ir a partir de ahora. Dimitri no ha vuelto para intentar hablar de lo que ha pasado, lo que solidifica mi determinación de hacer esto por mi cuenta.

Si puede alejarse de nosotros tan fácilmente, entonces hice bien en decirle que se fuera.

Al menos he tenido a Hannah junto a mí y ha sido un apoyo maravilloso mientras intentaba superar mis emociones. "Lo solucionaremos, Cami. Este no es el final de Le Fleur, y un bebé es solo una bendición más para darnos esperanza cuando la vida nos parece desalentadora", me aseguró.

Me paso esas palabras por la cabeza una y otra vez. Gracias a Dios que tengo una amiga tan dulce y leal.

Dispuesta a lavarme el aroma ahumado del pelo, me dirijo directamente a la ducha para asearme, y me tomo mi tiempo para quitarme las vendas de las manos, revelando la carne viva que hay debajo. Mis palmas se han curado considerablemente, las ampollas se han calmado y parecen más anillos rojos que las ronchas hinchadas y furiosas que eran antes.

Me doy una ducha rápida, limpiándome lo mejor que puedo sin agravarme las manos. Cuando termino, las envuelvo en gasas limpias, como me indicó el Dr. Downy. Luego me pongo un vestido holgado y una rebeca abierta y calentita.

Es casi lo bastante tarde como para que sea la hora de cenar, así que me dirijo a la cocina para

alimentarme, aunque la idea de comer me resulta menos atractiva en estos momentos. En realidad, nada me ha sentado bien desde mi último enfrentamiento con Dimitri. Y aunque me pregunto si será una señal temprana de mis inminentes náuseas matutinas, creo que tiene que ver con la horrible sensación de pérdida que no consigo quitarme de encima.

Con lágrimas en los ojos, me presiono el vientre con la palma de la mano y deseo sentir la vida que crece en mi interior, alguna señal que me indique que no estoy sola. Quizá si fuera a Le Fleur, podría ayudarme a saber dónde estoy realmente.

Hannah dijo que no es un montón de escombros como yo había estado imaginando. Y podría hacerme sentir mejor estar de vuelta en un lugar que se siente más como un hogar que la cocina en la que estoy ahora. Además, estoy harta de preguntarme y preocuparme. Estoy lista para seguir adelante, para ver adónde puedo llegar a partir de ahora.

Pido un taxi, ya que aún no he encontrado un coche, recojo mi bolso y salgo a la calle para encontrarme con una tarde maravillosamente suave. Aún no ha oscurecido del todo, aunque el sol proyecta un tono dorado sobre las colinas de la ciudad, creando sombras de color púrpura intenso allí donde la luz ya no llega. Tras una breve espera, mi chófer y yo intercambiamos un breve saludo mientras me deslizo en el asiento trasero.

Me lleva a la ciudad y me deja en la esquina donde está Le Fleur, un edificio de ladrillo rojo con un aspecto espantosamente vacío y sin vida, aunque ahora es cuando suele empezar el ajetreo.

Doy las gracias al conductor, salgo del coche y permanezco varios minutos en silencio delante del restaurante, mirando la fachada. Desde aquí parece que no ha pasado nada, aparte de la cinta amarilla de precaución que acordona la entrada.

Pero este es mi edificio, y no hay nadie cerca para decirme que no puedo entrar.

Aparto la cinta, introduzco la llave en la cerradura y abro la puerta. Luego me agacho para evitar la cinta de precaución al entrar.

El fuerte olor a humo me llena la nariz, aunque nada de él espesa visiblemente el aire del comedor. Cubriéndome la cara con una esquina de la rebeca, enciendo el interruptor de la luz y me siento aliviada cuando la habitación vuelve a la vida.

Como un cementerio, en el comedor hay mesas y sillas vacías, los restos de mi negocio ahora que no es seguro que los clientes estén aquí. Por suerte, el bar parece haber quedado intacto, donde el alcohol y los depósitos de CO₂ para las bebidas de las fuentes habrían empeorado exponencialmente las cosas si el incendio hubiera llegado tan lejos.

La puerta batiente de la cocina es el primer indicio visual de una perturbación. Cuelga ligeramente torcida, su peso soportado por una bisagra doblada.

Me acerco tímidamente, con el corazón en un puño, mientras me preparo para los daños que estoy a punto de ver. Porque sé que la cocina está destrozada. Me quedé el tiempo suficiente para ver lo destructivo que llegó a ser el fuego.

Con cuidado, abro la puerta, la bisagra gime dramáticamente a cada centímetro.

Se me saltan las lágrimas al ver mi cocina, normalmente inmaculada. La mayor parte de las

paredes están cubiertas de carbonilla negra, y las tejas del techo tienen un agujero hecho a fuego, que deja al descubierto las vigas que sostienen el techo como las costillas de un animal gigante.

El metal retorcido muestra lo caliente que llegó a ser el fuego, y un buen número de utensilios de cocina se han fundido hasta quedar irreconocibles. Las puertas del congelador y el frigorífico parecen carbonizadas por el fuego, pero siguen intactas, y me pregunto si habrán conseguido sobrevivir a la destrucción.

La despensa no tuvo tanta suerte. Parece que las cajas y tarros de alimentos secos y no perecederos fueron el combustible más fácil para las llamas. No me atrevo a ir más allá para ver si hay algo salvable entre la mezcla. El suelo está lleno de cristales rotos y estanterías caídas.

Suspirando, atravieso la cocina hasta la salida trasera y abro la puerta para ver qué aspecto tiene la parte posterior del edificio. El ladrillo exterior está manchado de negro, pero me alegra comprobar que la estructura en sí parece decentemente sólida.

Con mucho trabajo, quizá pueda salvar el edificio, aunque los daños son cuantiosos. Aún no sé si mi seguro cubrirá lo ocurrido, pero ahora que estoy aquí, estoy decidida a salvar mi negocio, el restaurante que mi padre y yo habíamos hablado de abrir durante tantos años.

Salgo de la cocina y me dirijo a mi despacho. Milagrosamente, el fuego no ha llegado hasta aquí, así que aún tengo mi portátil y mis libros.

Suspirando, me acomodo detrás de mi escritorio y abro el ordenador. Lo primero es lo primero, necesito saber cuál es mi balance final, qué he ahorrado que pueda destinar a la reconstrucción. En cuestión de minutos, mi optimismo disminuye considerablemente.

Sin el dinero que ingresan los clientes que cenan aquí cada noche, me voy a retrasar rápidamente en el pago de la hipoteca. Y no es que el banco vaya a perdonarme el préstamo porque mi negocio esté en suspenso indefinidamente.

Volviendo a hacer números, lucho por contener el peso aplastante de mi realidad. No veo cómo podré mantener este negocio en funcionamiento, conservar a mis empleados durante los meses que puede llevar arreglar la cocina arruinada. Necesitaré un gran préstamo a menos que mi seguro lo cubra todo.

Y lo peor de todo es que, con mi nombre y mi negocio ligados al préstamo que Roy pidió contra Le Fleur, estoy segura de que mi crédito se ha arruinado. Más allá de las lágrimas, me cubro la cara con las manos y dejo que esa horrible verdad se hunda.

Siento que el peso del mundo se asienta sobre mis hombros cuando el panorama general aparece ante mí. Estoy segura de que quiero quedarme con mi bebé. Pero, sinceramente, no sé cómo voy a hacerlo sola.

Y para colmo, me encuentro echando de menos a Dimitri desesperadamente. La pérdida de su preocupación protectora y de su confianza inquebrantable me deja en un estado de miedo e incertidumbre constantes. Y echarle de menos solo intensifica mi confusión porque sé que no me quiere. Por no mencionar el hecho muy real y evidente de que es un asesino.

Mató a Roy, y aunque egoístamente anhele volver a mi estado de feliz ignorancia de antes de saberlo, cuando podía fingir que teníamos una relación factible, sé que no puedo tenerlo cerca de

mi hijo.

Aun así, eso no disminuye mi dolor.

Algo cruje al otro lado de mi puerta, y mi corazón se acelera cuando mi cerebro salta irracionalmente hacia Dimitri. Antes de que pueda apartarlo de mi lógica, la idea de que tal vez ha cambiado de opinión y ha venido a buscarme me recorre el cerebro.

Conteniendo la respiración, me levanto de la silla, con la esperanza por encima de la cautela, mientras mantengo la mirada fija en la puerta.

Y entonces, en un instante, mis instintos entran en acción.

Claro que no es Dimitri. Si quería reconciliarse, sabía dónde encontrarme. Pero no he sabido nada de él desde que me dejó en el hospital.

Lo que significa que, a menos que el incendio del restaurante haya provocado daños estructurales que yo no haya visto, alguien más está aquí conmigo. En el edificio que está claramente señalizado para disuadir a cualquiera de entrar.

Un violento escalofrío me recorre cuando de repente siento mi despacho como una jaula. Si el intruso me encuentra aquí, no tendré adónde huir.

Con el corazón laténdome en los oídos, me arrastro hacia la puerta, intentando no hacer ruido.

Lentamente, con cuidado, giro el picaporte y abro la puerta un poco, lo suficiente para asomarme al pasillo.

No hay nadie.

¿He imaginado el sonido? ¿Estoy oyendo cosas?

Probablemente mis nervios han soportado demasiado estrés durante la última semana, y ahora cualquier pequeño sonido me dispara. Pero no puedo evitar la sensación de que alguien está aquí conmigo.

Salgo al pasillo y me dirijo de puntillas hacia el comedor, con la esperanza de asegurarme de que estoy sola. Como mínimo, debería cerrar la puerta principal. Pero ahora que me estoy asustando, empiezo a arrepentirme de haber venido.

Debería irme.

Al llegar al final del pasillo, me asomo cautelosamente al comedor, escudriñando las mesas y las sillas en busca de algo fuera de lo común. El aire sale de mis pulmones en un suspiro cuando me encuentro sola. Aliviada, me dirijo hacia la puerta principal, dispuesta a escapar. Puedo volver mañana. A plena luz del día, quizá con Hannah aquí para detener mi imaginación hiperactiva.

"Dispara". Me detengo a medio camino de la puerta, al darme cuenta de que me he dejado el bolso en el despacho, con el teléfono, la cartera y la posibilidad de llamar a un taxi.

Al volverme, mi corazón se detiene cuando un destello de movimiento capta mi atención. Y cuando me vuelvo para mirar hacia la puerta batiente que da a la cocina, me encuentro con una figura vestida de negro, de pie, con los ojos oscuros observándome a través del hueco de un

pasamontañas.

La adrenalina inunda mi cuerpo mientras mi miedo se dispara, y me paralizó al darme cuenta de que corro un peligro muy real.

En ese momento de vacilación, el intruso gana ventaja, entrando en acción de un salto mientras acorta la distancia que nos separa con una rapidez aterradora.

Sin tiempo para pensar, sin tiempo para gritar, giro sobre mis talones para huir.

Con el corazón martilleándome en el pecho, corro hacia la puerta. Mis dedos se cierran en torno al picaporte, pero aún tengo las manos agarrotadas por las quemaduras, no funcionan a pleno rendimiento, y antes de que pueda forzar la puerta para abrirla, él está sobre mí.

Agarrándome un puñado de pelo, el hombre me tira hacia atrás, y grito cuando la maniobra me echa la cabeza hacia atrás y me lanza hacia el suelo.

Caigo con fuerza, y mi trasero aterriza en el suelo enmoquetado mientras el impacto sacude todo mi cuerpo. Pero no voy a darme la vuelta y morir.

En cuanto caigo al suelo, ruedo para alejarme de mi atacante y me pongo a cuatro patas mientras cambio de dirección para escapar por el pasillo hacia la salida de emergencia.

"¿Adónde crees que vas?", pregunta el hombre, su tono tranquilo y llano le hace mucho más aterrador.

No está enfadado. No está emocionado de ninguna manera. Ni siquiera está sin aliento. Se está burlando de mí. Y su fría confianza me hiela hasta los huesos.

Aun así, consigo ponerme en pie y esprintar con todas mis fuerzas para alejarme de él.

Los pies golpean detrás de mí, y sé que es demasiado rápido. Nunca conseguiré escapar. Agarro las sillas que encuentro a mi paso y las arrojo detrás de mí, intentando entorpecer su persecución. Me arden los pulmones por el esfuerzo al que no debería someterlos tan pronto después de su trauma, y jadeo en busca de aire.

No me atrevo a tomarme un segundo para mirar detrás de mí, para ver si mis esfuerzos dan resultado. Pero llego al vestíbulo.

Y entonces unas manos fuertes encuentran mi espalda, empujándome hacia delante con tal fuerza que caigo en picado hacia el suelo. Mis rodillas golpean el suelo y grito mientras mis palmas vendadas detienen mi caída antes de que mi cara toque la alfombra.

Entonces, una mano fuerte me rodea el tobillo y me tira de espaldas. Arrastrándome hacia él, pone fin a mi intento de huida. Gritando como una loca, intento llamar la atención sobre mi situación. Tal vez, alguien que pasee por el restaurante pueda oírme.

El dolor me aprieta la garganta, acortando mi grito, y estoy segura de haberme vuelto a lesionar la carne viva dañada por la inhalación de humo. Pero mi sentido de la autoconservación supera cualquier otro pensamiento.

"No te muevas", me ordena el hombre, como si creyera que voy a obedecer.

Entonces abre un cuchillo de aspecto cruel que me produce un escalofrío.

"Por favor", le suplico, intentando zafarme del tobillo. "Por favor, no quiero morir", sollozo.

"No es nada personal, cariño", promete. "Solo te has hecho amiga de la familia equivocada".

Con el corazón parado, me invade un terror glacial al enfrentarme a mi propia muerte. Voy a morir aquí esta noche. Pero lo que me llena de puro pánico es mi incapacidad para salvar a mi bebé.

"¡No, no, no!" grito, agarrándome a su muñeca para retrasar mis últimos momentos. "Por favor, no me mates. Por favor, por favor. Te daré lo que quieras. Pero, por favor, no me hagas daño. Estoy embarazada. Por favor, por favor, no le hagas daño a mi bebé". sollozo, mirando a mi agresor enmascarado mientras intento encontrar una pizca de empatía.

Pero no encuentro nada en sus fríos ojos.

"Lo haré rápido", me asegura, como si me estuviera arrancando una venda. Entonces me arranca la mano de la muñeca y levanta el cuchillo.

La angustiada incapacidad para salvar la vida de mi hijo me abrumea y me pongo en posición fetal, intentando protegerme el vientre mientras cierro los ojos. Preparándome para el dolor agonizante que vendrá después, me tensa.

Pero no llega.

En cambio, un dolor agudo me retuerce la muñeca y, de repente, me encuentro libre al oír un fuerte golpe.

Al abrir los ojos con incredulidad, encuentro a mi agresor en el suelo, otra figura lucha violentamente con él por la propiedad del cuchillo.

Debería huir. Sé que debería, pero no puedo apartar los ojos de la espantosa escena. La nueva figura, más grande, lleva claramente las de ganar, y su ataque por sorpresa deja a mi posible asesino en desventaja. Pero su lucha no termina en un instante. Caen por el suelo, chocan contra una mesa y las sillas se les echan encima.

Entonces el cuchillo cambia de mano, y el hombre más corpulento lo arranca de los dedos del enmascarado. Lo baja sin vacilar, clavandoselo en el costado a mi atacante con práctica facilidad. Los ojos de mi atacante se abren de par en par, conmocionados, y un instante después, el cuchillo le atraviesa la garganta, abriéndole un profundo tajo que le hace ahogarse en sangre.

Su cuerpo se sacude, convulsionándose mientras lucha por respirar, sus dedos arañan el brazo del segundo intruso. Y mientras la vida se agota lentamente de sus ojos, el hombre que ha vencido se levanta lentamente. Las sillas se mueven a su alrededor mientras se levanta y se vuelve lentamente hacia mí, con el cuchillo suelto entre las manos.

Y mi cuerpo se entumece ante la rabia asesina de sus ojos.

DIMITRI

Vuelvo a llamar al hospital e intento controlar mis emociones mientras tamborileo con los dedos sobre el escritorio y miro el cielo oscuro por la ventana del despacho.

Me tortura la culpa y el arrepentimiento por la forma en que dejé las cosas con Camille. Nunca debí dejar que mi ira me consumiera como lo hice. Pero me sentí tan abrumado al ver su miedo y su vulnerabilidad que no pude expresarme. No quería que supiera que soy la razón de su dolor. Soy la razón por la que alguien prendió fuego a Le Fleur.

Y antes de que pudiera encontrar las palabras para expresar mi furia contra el hombre que intentó arrebátarmela, ella perdió los estribos. Lo admito, no debería haber dejado que su comentario sobre el préstamo se me metiera en la piel. Estaba claramente angustiada y probablemente confundida por el motivo de que yo estuviera allí cuando nuestra última conversación terminó en una bronca por el embargo que había creado su novio.

¿Pero sugerir que lo único que quería era su restaurante?

No podía contener mi mal genio. Porque después de todo lo que ha pasado entre nosotros, ¿cómo puede no saber que estoy loco por ella? Si no, ¿por qué iba a seguir volviendo para torturarla cuando está claro que no me quiere?

Intenté volver a entrar, para ver a Camille en el hospital después de recuperar el control de mi temperamento. Pero el personal se negó a que la viera. Me consideran un obstáculo para su recuperación y, evidentemente, ella no me quería allí. Así que, en lugar de eso, la he estado llamando para ver cómo estaba varias veces al día.

Las recepcionistas no me dicen gran cosa, pero al menos sé que sigue viva y recuperándose por mis frecuentes preguntas.

"Santa María, soy Joyce. ¿En qué puedo ayudarle?"

"Llamo para preguntar por una paciente, Camille Anderson".

"¿Camille Anderson?", confirma la recepcionista, dando golpecitos en el teléfono mientras busca información sobre Camille. "Umm, parece que le han dado el alta esta misma tarde".

"¿Qué?", exijo, con el pulso acelerado. "Nadie dijo nada al respecto cuando llamé esta mañana".

"Lo siento, pero no podemos dar información confidencial. Solo podemos confirmar si un paciente está aquí o no".

Gruñendo de frustración, cuelgo el teléfono. Sé que es su trabajo, pero el hospital ha hecho imposible vigilar a Camille. Como su agresor seguía suelto, quería estar allí en cuanto le dieran el alta, aunque ella no quisiera verme.

Pero sé adónde irá.

Cojo la chaqueta del respaldo de la silla y ni siquiera me molesto en ponérmela mientras salgo corriendo del edificio de Federov Brothers Investments.

Minutos después me dirijo a toda velocidad hacia Le Fleur, ansioso por ver que Camille está a salvo. Y tal vez podamos terminar la conversación que empezamos. Solo que esta vez estoy dispuesto a contárselo todo. Por duro que vaya a ser, sé que es necesario si tengo alguna esperanza de reconciliarme con ella.

Al aparcar frente al edificio vacío, mis sospechas se confirman al ver las luces encendidas del comedor. Aparco el Lamborghini y salgo del coche, echando un vistazo a la calle por costumbre.

Cuando mis ojos se posan en un pequeño sedán negro aparcado casi una manzana detrás de mí, me detengo. El guardabarros nuevo y reluciente capta el resplandor de la farola, contrastando fuertemente con la pintura desgastada y las manchas de óxido que cubren el capó y las puertas. Se me revuelve el estómago y se me encienden las alarmas. Es el coche que la ha estado acechando.

Vuelvo a mirar hacia el restaurante. Esta vez, cuando miro a Le Fleur, busco alguna señal de altercado, pero aparte de que las luces están encendidas, no encuentro nada. Todo está tranquilo. Puede que dentro esté el dueño del coche negro, no Camille.

Una sonrisa malvada curva mis labios al pensarlo. Si está ahí dentro, está a punto de enfrentarse a las consecuencias de sus actos.

Me acerco sigilosamente a la puerta principal, manteniéndome agachada para que nadie me vea acercarme. Y aunque la cinta de precaución indicaría que nadie debe entrar en la estructura, cuando giro el picaporte, este cede fácilmente. La puerta ya está desbloqueada.

Un grito me hiela el corazón cuando abro la puerta.

Camille.

Todo sentido de la precaución me abandona mientras empujo la puerta y me agacho bajo la cinta en un instante, entrando en el restaurante sin vacilar.

"Por favor, no me mates", solloza, su súplica me desgarrar el corazón, pero no la veo desde donde estoy. "Por favor, por favor. Te daré lo que quieras. Pero, por favor, no me hagas daño. Estoy embarazada. Por favor, por favor, no le hagas daño a mi bebé".

¿Bebé? Cruzo la habitación en un instante, siguiendo el sonido de su voz hasta encontrarme con la horrible visión de un atacante enmascarado que se cierne sobre ella, cuchillo en mano.

Mi vista se pone roja de rabia.

"Lo haré rápido", promete con calma, su voz apática ante el terror de ella.

Por supuesto que sí.

Consumido por una furia violenta, me lanzo hacia delante, clavando mi hombro bajo la axila del tipo y lanzándolo por los aires mientras impido que dañe a Camille con su espada.

Es fuerte, claramente hecho para este tipo de trabajo, pero yo soy más fuerte. Y no me vio venir. Estaba demasiado concentrado en la víctima que tenía a su alcance. Cuando se giró para mirarme, ya estaba encima de él.

Al chocar contra la base de una mesa, luchamos por la posesión del cuchillo, y yo muestro los dientes, gruñendo en silencio por mi determinación de matar a ese hombre a cualquier precio. Porque es el responsable del incendio, del accidente de coche, de aterrorizar a Camille durante semanas.

Quiero matarle lentamente, hacerle sufrir por lo que ha hecho. Pero más que eso, necesito que Camille esté a salvo, y el tiempo es esencial. Así que cuando le arranco la hoja de la mano, no dudo en clavarle el cuchillo en la carne blanda del vientre. Y cuando el dolor le incapacita, acabo con su vida con un nuevo y violento tajo en la garganta.

La lucha se acaba en un abrir y cerrar de ojos.

Con la respiración agitada en mis pulmones, me levanto lentamente, negándome a apartar mi mirada de él hasta que veo la luz abandonar sus ojos, el último suspiro de aire escapando de sus labios. La adrenalina me recorre las venas mientras me giro lentamente hacia Camille. Y mi corazón se retuerce dolorosamente.

Parece aterrorizada, con los ojos muy abiertos mirándome como si fuera un demonio salido directamente del infierno. Al darme cuenta del espectáculo que debo de estar dando, tiro el cuchillo a un lado, intensamente consciente de que mis manos están salpicadas de sangre brillante y espantosa.

"Camille", murmuro en voz baja para intentar calmar su miedo. Luego me arrodillo lentamente ante su figura temblorosa y extendiendo las manos, con las palmas hacia arriba, para demostrarle que no quiero hacerle daño.

Por un momento insoportable, pienso que podría huir. Está mortalmente pálida, su cuerpo tiembla violentamente. Sus ojos me miran con incredulidad.

Y entonces me echa los brazos al cuello, sollozando incontrolablemente mientras hunde su cara contra mi piel.

"Shhh", la tranquilizo suavemente, acercándola y deleitándome con la sensación de su cuerpo cálido, suave y vivo apretado contra mi pecho. Siento un dulce alivio mientras respiro profundamente, abrumadoramente agradecida de que esté a salvo. "Estás bien", digo en voz alta para tranquilizarme tanto a mí como a ella. "Ahora estás a salvo".

Sus lágrimas disminuyen lentamente y se aparta un poco para mirarme. Me estrecho contra ella y me niego a soltarla. Pero ella solo se mueve lo suficiente para juntar nuestros labios. Y entonces

me besa, sus dedos se enroscan en mi pelo, su boca cubre la mía con desesperada avidez.

Le devuelvo el beso con la misma fiereza, todos mis sentimientos hacia ella estallan en mi cuerpo. Solo puedo pensar en que está a salvo. Su agresor ha muerto. Y se siente tan bien entre mis brazos.

Entonces, como un eco de un recuerdo lejano, me vienen a la cabeza sus últimas palabras: *estoy embarazada. Por favor, no hagas daño a mi bebé.*

Separo nuestros labios y me separo de ella de un tirón, cuando la traición me golpea como un puñetazo en las tripas. Camille parece conmocionada, su equilibrio se tambalea cuando la suelto en un instante para poner espacio entre nosotros.

"¿Estás embarazada y nunca me lo has dicho?", exijo, con el dolor en el tono y la voz ronca. "¿Cómo? ¿Por qué?"

Tengo la sensación de que cada vez que me extiendo, cada vez que intento cuidar de Camille, cada vez que hago algo para protegerla o mostrarle lo que siento, se descubre alguna nueva mentira o secreto que me ha ocultado. Y esta traición es mucho peor que las anteriores. *¿Planeaba ocultarme a mi hijo? ¿Es posible que me odie tanto?*

Camille entreabre los labios, pero no emite ningún sonido mientras me mira fijamente, con los ojos muy abiertos.

"¿Pensabas hablarme alguna vez del bebé?", gruño, con los nervios a flor de piel mientras me pregunto cuánto tiempo hace que lo sabe y no ha dicho ni una palabra.

Se le nubla la cara y frunce las cejas, enfadada, mientras se aparta de mí. Cruzando los brazos sobre el cuerpo, se pone inmediatamente a la defensiva. "¿Estás de broma? Fuiste tú quien me echó primero", suelta, con los ojos azules encendidos.

Una aguda carcajada estalla en mí, incrédula. "Eso es de ricos", me burlo, " viniendo de la mujer que fingió desearme, la mujer que se acostó conmigo para no pagar una deuda. Nunca te he mentado, Camille. Pero parece que no puedes dejar de mentirme".

"Tienes razón, Dimitri. No mientes. Solo que no admites la verdad", responde ella, con un tono tan duro y dolido como el mío. "¿Como qué me dices del hecho de que mataste a Roy cuando no pudo pagar su deuda a tiempo?"

Se me desencaja la mandíbula ante la acusación repentina y descarada que me deja totalmente perpleja. Desequilibrado, intento ponerme al día, mi mente se apresura a recordar esta conversación tan familiar. Y entonces caigo en la cuenta. Casi me lo dijo la noche que tuvo el accidente de coche. La noche que me dijo que me quería.

Había olvidado por completo que había insinuado lo de la muerte de Roy. Entre las prisas por ir al hospital a ayudar a mi madre y el hecho de que quería hablar de mi relación con Camille más que de su novio muerto, ese detalle se me había olvidado.

Pero está claro que Camille se lo ha estado guardando todo este tiempo. Parece que lo ha hecho contra mí. Su rostro se llena de convicción al verme vacilar. Y puedo verla construyendo un caso federal cada vez que no le doy una explicación.

CAMILLE

La gama de emociones que revolotea por el rostro de Dimitri refuerza mi enfado. No puedo creer que esté enfadado conmigo cuando sigue sin admitir que mató a Roy, y por la forma en que se tambalea, sé que no estaba preparado para que lo afirmara tan descaradamente.

Cuando habla, es lo último que espero que diga. "¿Por qué, en nombre de Dios, iba a matar a Roy Lochte por retrasarse en los pagos?".

"Bueno... porque... eso es lo que hacéis", insisto, frunciendo el ceño confundida por su pregunta. *¿Cómo voy a entender el razonamiento de la violencia mafiosa?*

"Sería un plan de negocio estúpido si fuera por ahí matando a cualquiera que se retrasara en sus pagos", señala, y su enfado se suaviza mientras la diversión tiñe su tono. "La mitad de nuestros beneficios proceden de los intereses".

Dimitri sonríe suavemente mientras yo me quedo boquiabierta, dispuesta a discutir, a presionarle para que diga la verdad. Pero su lógica es tan sólida que no sé qué decir.

"Yo no maté a tu novio, Camille".

"Alguien mató a Roy", insisto con vehemencia.

Lo siento en las entrañas. Su muerte fue demasiado conveniente, demasiado artificiosa. *¿Por qué si no lo encontrarían en el incendio de la casa de un tipo cualquiera cuyo nombre no había oído nunca?* La policía vino a hacer preguntas por una buena razón, y no voy a creer que un incendio accidental pilló a Roy por sorpresa en pleno día. No después de mi experiencia de primera mano. No, estaba muerto antes de que aquella casa ardiera en llamas.

"Lo sé", dice Dimitri con calma, y ahí está de nuevo, esa completa falta de conmoción u horror.

"¿Cómo es posible que lo sepas por cierto, si no le mataste tú?", le exijo, con los nervios a flor de piel. Lo está haciendo otra vez, me está tomando el pelo, pasa de puntillas sobre la verdad para no tener que admitir el papel que desempeñó en la muerte de Roy.

El humor de Dimitri se desvanece ante mi tono acusador. "Envié hombres a seguir a Roy cuando se retrasó en los pagos. Se suponía que debían darle una paliza, intimidarle, recordarle por qué

tenía que estar al día en los pagos... quizá sacudirle para cobrar intereses extra. Pero Aleksandr Volkov llegó a él primero. Mis hombres dijeron que Aleksandr disparó a Roy porque se metió demasiado en una deuda de juego en los casinos de Volkov y cabreó a Aleksandr. Supongo que fue allí donde malgastó el dinero de mi préstamo, y se retrasó en los pagos cuando no pudo recuperar el dinero. Debíó de hacer apuestas muy malas".

Mi corazón se hunde cuando la verdad queda por fin al descubierto, cuando se pone de manifiesto todo el alcance de la traición de Roy. Creo a Dimitri. *¿Por qué iba a mentir?* Y su explicación tiene demasiado sentido.

Sabía que Roy tenía problemas con el juego. Sabía que le apasionaban las apuestas deportivas antes de perder su trabajo. Siempre me había puesto nerviosa, aunque él me había asegurado que lo tenía completamente bajo control, que solo era por diversión.

Nunca imaginé que tendría la osadía de pedir un préstamo a mi nombre para seguir con su obsesión después de perder sus ingresos.

Sorprendida, miro a Dimitri sin saber qué decir.

«¿De qué otra forma pensabas que me acercaría a ti?», me dice.

Otro punto justo. Sacudo la cabeza, estupefacta, y la frustración aparece en el rostro de Dimitri. Pero la oleada de alivio que me invade me deja casi mareada. Dimitri no mató a Roy. Y aunque ahora es oficialmente un asesino - ya que mató a mi agresor - creo que nunca en mi vida he estado tan agradecida.

"¿Sabes qué? Esto no viene a cuento", gruñe Dimitri, y su irritación se pone al rojo vivo en un instante. "¿Por qué estamos hablando de tu novio muerto? Por lo que a mí respecta, te utilizó y fue un desperdicio de aire. Creo que la cuestión más importante que estás eludiendo es cómo pudiste no decirme que estabas embarazada. ¿Pensabas abortar? ¿Creías que intentaría impedírtelo, así que decidiste no hablar conmigo?"

Se me revuelve el estómago ante esa horrible insinuación, pero mi temperamento vuelve a rugir ante la forma en que me señala con el dedo. "Fuiste tú quien dejó claro que no me querías ni a mí ni a nuestro bebé", respondo, con lágrimas en los ojos una vez más.

La cabeza de Dimitri se echa hacia atrás, aparentemente confundido. "¿De qué estás hablando?"

"Tú. En el hospital. El médico me dijo que estaba embarazada nada más despertarme, y mientras yo aún intentaba hacerme a la idea, tú probablemente habías tenido horas para procesar la información, para ponerte nervioso. Cuando llegaste, ni siquiera podías hablar, estabas tan alterado".

Se me quiebra la voz cuando me invade el doloroso recuerdo de cómo no podía mirarme a los ojos de tan enfadado que estaba. "Pensé que me exigirías que me deshiciera de él si seguía presionándote para que habláramos de ello. Y no quería renunciar a ello, así que decidí que tendría a nuestro bebé contigo o sin ti".

El silencio se extiende entre nosotros mientras Dimitri me observa con ojos ilegibles. Se me saltan las lágrimas al darme cuenta de que he dado en el clavo. No quiere este bebé, pero ahora que estamos teniendo la discusión, se ha dado cuenta de que no podrá convencerme de que lo

aborte.

Recogiéndome en mí misma, siento que se abre un profundo abismo en mi pecho, dejándome en carne viva y devastadoramente rota.

No nos quiere.

Ahogo un sollozo, intentando no mostrar mi dolor, pero el vacío dolorido es tan devastador que no puedo respirar.

Y entonces unas manos fuertes me acercan mientras los brazos de Dimitri me envuelven. "¿De verdad fue entonces cuando te enteraste de lo del bebé?", respira y su enfado desaparece en un instante. "¿Por eso te enfadaste tanto cuando volví a la habitación?".

Esta vez, no puedo contener el sollozo y asiento con la cabeza mientras revivo el doloroso recuerdo con vívidos detalles. Irradiaba rabia, como si le acabaran de decir que le había contagiado una enfermedad incurable. Y después, cuando se marchó enfadado, el silencio absoluto que me ha mostrado desde entonces.

"Oh, Camille", suspira, acariciándome la espalda mientras me mete la cabeza bajo la barbilla. "El médico no me dijo nada porque no somos parientes ni estamos casados. Solo me dejaron quedarme porque fui yo quien te trajo. Pero después de nuestra pelea, no me dejaron volver a verte. Tampoco me dijeron nada, salvo que te habían dado el alta esta noche".

Confundida, frunzo el ceño mientras me echo hacia atrás para mirarle a los ojos, con la respiración entrecortada y errática mientras intento calmar mis lágrimas. "Pero entonces... ¿por qué estabas tan enfadado?".

Dimitri suelta un pesado suspiro, la misma resistencia a hablar que se bloquea al apretar la mandíbula, los tendones levantándose bajo la piel. Pero esta vez, supera esa reticencia.

Su mirada plateada busca la mía, mira profundamente en mi alma, casi como si buscara el perdón. Y la intensidad de su emoción me hace palpitar el corazón.

"Volví después de hablar con mis hermanos. Recibimos un mensaje de alguien que se atribuía el incendio. Lo provocaron intencionadamente, probablemente uno de mis enemigos". Sus ojos se dirigen hacia el hombre enmascarado que yace muerto en el suelo.

Mi corazón se detiene cuando me golpean todas las implicaciones de sus palabras. Podría haber muerto - múltiples veces - porque alguien quiere hacer daño a Dimitri.

"Estaba furioso porque te puse en peligro sin querer, y nunca podría perdonarme que te mataran por mi culpa". Su voz baja, sus ojos vuelven a dirigirse a los míos, y encuentro el mismo infierno furioso en sus profundidades.

Me llena de alivio saber que no estaba enfadado por lo del bebé, que no está enfadado conmigo ahora. Al menos no por eso. Pero sigue sin arreglar el problema mayor de nuestra relación.

Porque se fue en mitad de nuestra conversación sobre cómo nos juntamos en primer lugar. Sobre cómo me acosté con él para encontrar respuestas sobre Roy. Y no importa si podemos superar todo lo demás, si no puede perdonarme por eso, no veo cómo podemos seguir adelante juntos.

"No querías ser responsable de mi muerte", confirmo, con los ojos caídos al suelo mientras leo entre líneas. "Pero eso no cambia el hecho de que no quieras estar conmigo", murmuro.

"¿Por qué dices eso?"

"Porque derramé mi corazón ante ti. Sabía que había cometido un terrible error, que nunca debí intentar manipularte porque estoy enamorada de ti. Y tú no dijiste nada. Simplemente... saliste por la puerta", afirmo, intentando mantener un tono objetivo, pero la verdad me hiere en lo más hondo. "Está claro que no me quieres. Puede que antes sintieras algo por mí. Pero ahora se ha acabado y me siento tan estúpida, sobre todo después de saber que ni siquiera mataste a Roy".

Resoplando, me limpio furiosamente las lágrimas que empiezan a resbalar por mis mejillas una vez más.

Y luego se ríe.

El rico sonido llena la habitación vacía, haciendo que las mariposas estallen en mi estómago incluso cuando su risa me duele.

"¿Qué tiene tanta gracia?" exijo, mirándole fijamente mientras se deleita con mi remordimiento.

"Tienes una lógica terrible", observa, con una sonrisa radiante aunque intente reprimirla. "Si no quisiera estar contigo, ¿por qué seguiría apareciendo para salvarte?"

Es un buen punto, para el que no tengo fácilmente una respuesta. "Porque... ¿te sentirías culpable si yo muriera?". Sugiero, pero esa teoría tiene agujeros.

Está claro que no siente remordimientos por la muerte de mi agresor, así que no es que le agobie ser responsable de la muerte de alguien. Entonces me doy cuenta de otra cosa.

"Espera, ¿cómo has sabido cuándo venir a salvarme? Tanto en el incendio como cuando me atacaron hace un momento, llegaste justo a tiempo. Como si estuvieras esperando el momento adecuado".

Una sonrisa torcida adorna los labios de Dimitri en una expresión de enternecedora timidez, como si estuviera a punto de confesar una vergonzosa debilidad. "Me siento muy protector contigo, un impulso que parece que no controlo. A veces me hace perder la cabeza. Después de enterarme de lo del coche negro que te vigilaba, empecé a preocuparme por tu seguridad. Y cuando tuviste aquel accidente, mi instinto me dijo que no era una coincidencia, que alguien intentaba hacerte daño".

Sacude la cabeza, mirando al suelo. "Después de nuestra pelea, y entonces mi madre acabó en el hospital...".

"Espera, ¿qué?" Mis ojos se redondean mientras mi corazón martillea en mi pecho. "¿Cuándo ha ocurrido? ¿Está bien?"

Dimitri frunce el ceño. "Bueno, sí. Ya ha salido del hospital, pero... Camille, tú estabas allí. Alexei - mi hermano - lo dijo allí mismo, delante de ti".

Enarcando una ceja, me pregunto si es posible que hable en serio. "Dimitri, yo no hablo ruso".

La luz de la comprensión amanece en sus ojos grises. "No sabías..."

"Desde mi punto de vista, fuiste tan dulce y amable después de mi accidente, que pensé que quizá estábamos bien. Y luego tuvimos un sexo increíblemente bueno, lo que me hizo pensar que me habías perdonado. Pero después te marchaste enfadado conmigo por haberte mentido - cosa que entiendo - pero cuando me desahugué, te pedí perdón y te dije que te quería, no tuviste nada que decir. Te fuiste con un tío cualquiera sin dar explicaciones. Sin reciprocidad. Nada".

El dolor hueco de mi pecho vuelve con toda su fuerza, mis últimas palabras se apagan.

Acariciando mis mejillas con manos fuertes, Dimitri levanta mi mirada, acercando mi rostro al suyo. "Quise decirte te quiero en cuanto me dijiste lo que sentías. Pero entonces apareció mi hermano, y no pude hacerlo después de enterarme de que mi madre estaba en el hospital. El momento no era el adecuado, y pensé que podría estar muriéndose... y tardaron días en arreglarlo todo para que pudiera volver a casa sana y salva. Así que, cuando volví, ya no estabas".

"¿Esperabas que esperara durante *días*?" le exijo, pero en realidad no estoy enfadada. Mi corazón da saltos mortales porque estoy segura de que me acaba de decir que me quiere.

Dimitri suelta una risita, captando el humor en mi exasperación. "Sabía que tenías cosas mejores que hacer que esperarme. Pero entonces fuiste y me enviaste un cheque, y casi me vuelvo loco porque pensé que ya habíamos superado todo eso".

"Sí, nunca había visto a nadie enfadarse tanto por recibir dinero", me burlo sin aliento.

La calidez llena su mirada plateada cuando el pulgar de Dimitri acaricia mi mejilla con ternura, la suave sonrisa que curva sus labios llena de comprensión.

"Te quiero, Camille. Eres lo mejor que me ha pasado nunca. Y estoy encantado de que estés embarazada. Quiero estar contigo, ser padre de nuestro hijo. Si aún me aceptas".

CAMILLE

Una profunda alegría me llena y de repente estoy llorando lágrimas de felicidad. Últimamente lloro tanto que solo puedo esperar que sea porque mis hormonas están haciendo efecto.

A Dimitri se le cae la cara. "Oh, Dios, por favor, no llores", murmura, con cara de auténtica angustia.

Y aunque las lágrimas siguen cayendo, empiezo a reírme. "No, son lágrimas de felicidad, te lo prometo", digo, pasando los dedos por su pelo y atrayendo su frente contra la mía.

Soltando un suspiro de alivio, Dimitri se ríe mientras me inclina la barbilla para besarme.

Burbujas de excitación estallan en mi vientre y le devuelvo el beso con entusiasmo. La intensidad de mi felicidad me deja mareada y temblorosa mientras me aferro a él, deleitándome en la sensación de sus fuertes brazos a mi alrededor.

No me importa que estemos sentados en el suelo de mi restaurante dañado por el humo ni que Dimitri lleve la sangre de un hombre que intentó matarme. Lo único que necesito ahora es sentirle cerca de mí, saber que me quiere y decirle lo que siento.

"Te quiero", digo con vehemencia entre beso y beso. "Te quiero mucho y quiero tener este bebé contigo".

Dimitri gime, sus labios me recompensan con besos centelleantes y, cuando por fin nos separamos, ambos respiramos con dificultad. Sus ojos se dirigen a mi vientre y coloca una cálida palma sobre mi abdomen.

"No puedo creer que vaya a ser padre", respira, con la voz llena de asombro.

Suelto una risita, cubro su mano con la mía y le beso la sien.

Entonces sus ojos, profundos y llenos de emoción, se desvían para encontrarse con los míos. "Sé que es repentino, y te prometo que volveré a hacerlo de la forma correcta, pero ¿quieres casarte conmigo?".

"¿Qué?" Mis ojos se abren de golpe ante la propuesta totalmente inesperada.

"Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti. Llenas mis días de alegría y mi vida de ilusión. Quiero formar una familia contigo y tratarte como la diosa que eres. Así que, Camille Anderson, ¿quieres casarte conmigo?".

Las lágrimas me nublan la vista mientras asiento con la cabeza, abrumada por la felicidad. "Sí", jadeo. "¡Sí, me casaré contigo!".

Y esta vez, cuando me besa, es como si adorara mis mismos labios.

Mi mente es un borrón de imágenes y emociones mientras Dimitri me levanta y me lleva a su casa. Me tiemblan tanto las piernas por haber estado a punto de morir que agradezco su fuerza, y me encanta cómo me abraza.

Su mano se separa de la mía en el trayecto de vuelta a casa solo para hacer una llamada rápida íntegramente en ruso. Y cuando le pregunto, lo único que me dice es que se están ocupando del muerto de mi restaurante.

Me estremezco ante la honestidad brutal de su afirmación, aunque me revela una nueva intimidad en nuestra relación. No más secretos, no más mentiras. A partir de hoy, somos un equipo, inseparables.

En el ascensor que sube al ático de Dimitri, me abraza, bañándome la cara con besos suaves. Y aunque son gestos tiernos, encienden mi cuerpo. Me cuesta creer que, después de todo lo que he pasado, pueda desearle como lo hago.

Pero tras casi una semana sin él, mi cuerpo anhela estar con él, reafirmar nuestra centelleante conexión.

"Debería... ducharme", dice cuando entramos en la gran entrada.

"Te acompaño", ofrezco, mordéndome el labio juguetonamente.

Dimitri suelta un gruñido de anticipación. Cogiéndome de la mano, me conduce a través del salón abovedado hasta sus escaleras de cristal. Las subimos rápidamente, su entusiasmo iguala el mío. Y cuando llegamos al baño principal, sus manos están sobre mí en un instante.

Sonriendo mientras me despoja de la rebeca abierta, me pongo a trabajar en los botones de su camisa. Él me ayuda, se quita la blusa sucia un momento después y la tira a un rincón. Luego se pone a trabajar en sus pantalones mientras yo me subo el vestido suelto por la cabeza.

Abre el grifo mientras me quito las bragas y el sujetador, y él se mete dentro, cogiendo el jabón para limpiarse las manos con vigor. Le sigo al interior de la lujosa ducha de pared de roca con puerta de cristal.

Cierro la puerta y atrapo el vapor en nuestro interior mientras la última espuma rosa se desliza por el desagüe. Luego le quito el jabón, dispuesta a apreciar plenamente este momento.

Empezando por los hombros, le enjabono con el jabón picante mientras la alcachofa de la ducha vierte agua sobre su impresionante figura. Me tomo mi tiempo para frotar la espuma sobre sus músculos tensos y las hermosas llamas de su tatuaje.

"Gracias", murmuro mientras trabajo, mirándole a través de las pestañas.

"¿Para qué?". Su voz profunda es seductora mientras sus labios se curvan en una sonrisa suave y divertida. "Eres tú quien me baña", señala. "Debería darte las gracias".

Sacudo la cabeza mientras le devuelvo su amable sonrisa. "Por salvarme la vida". Interrumpo mi ritual de limpieza, apoyo la palma de mi mano vendada sobre su corazón y le miro profundamente a los ojos. "Me salvaste dos veces sin preocuparte por tu propia seguridad. Viniste a buscarme después del accidente de coche, incluso cuando aún estabas enfadado conmigo. Me salvaste, Dimitri. De muchas maneras, y no sabes cuánto te agradezco tenerte en mi vida".

Tarareando apreciativamente, Dimitri tira de mí para acercarme, metiéndome bajo la ducha caliente mientras me besa. "Te salvaría todos los días del resto de mi vida si eso significa que puedo tenerte", murmura.

"Te lo prometo". Me pongo de puntillas, le rodeo el cuello con los brazos y le beso profundamente, pasando la lengua entre sus labios.

"Dios, eres sexy", ronca, y lentamente se arrodilla ante mí, con las manos apoyadas suavemente en mis caderas mientras me besa el pecho y entre los pechos hasta el vientre. Allí se detiene, murmurando suavemente a nuestro hijo que crece. "Tú y yo tenemos un trabajo que hacer. Tenemos que mantener a salvo a tu madre porque es algo especial, ¿sabes? Somos las dos personas más afortunadas del mundo".

Una alegría abrumadora me calienta el cuerpo ante la forma dulce y paternal en que susurra a nuestro hijo, compartiendo un secreto con él, aunque habla lo bastante alto como para que yo me entere. Le peino el pelo con los dedos, sonriéndole, y cuando levanta la vista para mirarme, puedo ver el amor desbordante que siente, el asombro por la pequeña vida que llevo dentro, la profunda devoción que siente por mí.

Entonces sus ojos parpadean con picardía mientras una mano se desliza por mi muslo para agarrarme la rodilla.

"¿Qué estás...?", empiezo, mi desconfianza aumenta.

Y entonces me engancha la pierna por encima del hombro, sus fuertes manos me mantienen firme mientras me hace mantener el equilibrio sobre un pie. Jadeo cuando su cabeza se inclina hacia delante para darme un beso en la punta de los muslos y sus labios rozan mi clítoris.

Oh, joder, qué bien sienta.

Dimitri hace el amor en mi coño con su boca, y nunca había sentido nada tan tentadoramente eufórico. Sus dedos presionan suavemente la carne de mis caderas mientras trabaja, y los músculos de sus hombros se contraen cuando se inclina hacia delante para tener mejor acceso.

Jadeando mientras lame y besa mis sensibles pliegues, tiemblo ante el intenso placer.

Con las caderas balanceándose hacia delante, me encuentro perdida en el tentador placer. Mi coño palpita de repentina necesidad, ansiosa por tenerlo dentro de mí, por sentir ese alivio que solo Dimitri puede proporcionar.

"Mmm, Dimitri", gimo, mis dedos se anudan en su pelo.

Y su lengua presiona con más insistencia entre mis pliegues, acariciando hacia arriba hasta que pasa la punta por mi clítoris. Me estremezco y mis piernas se vuelven gelatinosas ante el agonizante placer. No sé cómo se supone que voy a mantenerme en pie mientras él hace esto, pero, de algún modo, eso lo hace aún más excitante.

Cada vez que repite el movimiento, una euforia crepitante me recorre la columna vertebral, convirtiendo mi deseo en un fuego constante hasta que me derrito por dentro y mi cuerpo se tensa con el clímax en aumento.

Sus labios se cierran alrededor del sensible manojito de nervios, y grito mientras un hormigueo de excitación me recorre el cuerpo, llevándome justo al precipicio. Y cuando succiona, metiendo mi clítoris en su boca para que pueda recorrerlo con su lengua, eso es todo lo que hace falta.

Jadeando por lo repentino de mi liberación, me apoyo en sus fuertes hombros, sosteniéndome mientras me tiemblan las rodillas. Sus manos soportan mi peso mientras él sigue chupando y lamiendo mi clítoris, forzando cada estremecimiento de mi cuerpo mientras mi coño se aprieta, ansiando su dura polla.

El pecho se me agita al respirar profundamente, los pulmones me arden por el esfuerzo, pero me doy cuenta de que no me importa. La intensidad de mi placer supera con creces el dolor de mis heridas.

Dimitri vuelve a apoyar mi pie en el suelo, permitiéndome mantenerme en pie mientras él se levanta lentamente. Sus manos nunca se separan de mis caderas, asegurándose de que no me caiga. Y entonces se eleva sobre mí, sus ojos de metal líquido me miran con un calor que me enciende la piel.

"Tienes el mejor sabor del mundo", ronca, sus labios cubren los míos mientras me atrae firmemente contra su pecho.

Mis palmas encuentran sus pectorales, mis dedos se extienden por su suave piel. Al romper nuestro beso, Dimitri baja la mirada y sus manos encuentran las mías, y las sujeta suavemente, con el rostro desenchajado al ver mis vendas por primera vez.

"Las estás mojando todas", observa, preocupado.

"No pasa nada. Me lavaré y me vendaré las manos cuando acabemos", le aseguro. "Ahora bésame, prometido", le ordeno, y la palabra me produce un escalofrío vertiginoso.

El deseo carnal en la mirada de Dimitri me deja sin aliento. Y entonces me reclama los labios, su lengua se desliza entre mis dientes para compartir el sabor de mis jugos. Gimiendo de agradecimiento, le beso con ferocidad.

Unas manos fuertes me guían para que me dé la vuelta, aunque sus labios siguen manteniendo los míos cautivos, y Dimitri me aprieta contra la áspera pared de piedra de la ducha. El fresco aroma de la roca húmeda me llena la nariz, y jadeo cuando mis pezones encuentran la superficie fría y áspera.

Presionando con fuerza su polla entre mis nalgas, Dimitri me muestra lo excitado que está, y hace que mi estómago se estremezca de anticipación. Su pie encuentra el interior del mío y empuja hacia fuera, separando mis piernas.

Obedezco de buen grado, arqueando la espalda para facilitarle el acceso. Y cuando su sedosa polla encuentra mis resbaladizos pliegues, mis dedos se enredan en su pelo, profundizando nuestro beso mientras le muestro lo ansiosa que estoy de que me llene.

Presiona dentro de mí con agonizante ternura, su dura polla estirando mis apretadas paredes mientras sus dedos me agarran las caderas, guiándome lentamente hacia atrás mientras él se balancea hacia delante. Y se me escapa un gemido sensual ante la intensa satisfacción de sentirme completa una vez más.

"Dios, te quiero", respira Dimitri contra mis labios, y mi coño se aprieta de excitación.

El aire sisea entre sus dientes en una fuerte inspiración, y su polla se retuerce dentro de mí. Vuelve a salir unos centímetros antes de volver a apretar, y cuando empezamos a movernos juntos, noto cómo asciendo rápidamente hacia un segundo orgasmo.

No sabía que hacer el amor pudiera ser tan estremecedor. Cuando lo hicimos la primera vez, estaba tan asustada por mis sentimientos que no pude disfrutar plenamente del momento. Pero ahora, me sorprende lo intenso y poderoso que es que me demuestre de la forma más íntima lo que significa para él.

Con una mano sujeta firmemente mi cadera, Dimitri me rodea con la otra, sus dedos encuentran mi clítoris para estimularme e intensificar mi placer.

"Oh, sí", gimo mientras él rodea el diminuto nódulo, su polla deslizándose dentro y fuera de mí al mismo ritmo tentador.

"¿Te gusta, *kotenok*?", me ronronea al oído, su voz grave me revuelve el estómago.

"¡Sí!", jadeo, mi clítoris se retuerce mientras mis paredes se tensan alrededor de su eje.

Dimitri gime, sus embestidas se vuelven cada vez más firmes, cada penetración profunda y satisfactoria.

"¿Qué quieres, Camille?", pregunta, con la voz ronca por la intensidad de su necesidad. Y mi nombre en sus labios me llena de una profunda y consumidora satisfacción.

"Quiero que me hagas el amor toda la noche", suplico. "Dios, quiero que te corras dentro de mí".

Tararea apreciativamente, sus dedos giran más deprisa mientras aumenta la presión sobre mi clítoris. Me estremezco violentamente, mientras una ardiente lujuria devora mi cuerpo.

"Te llenaré tanto de semen que gotearás", promete, con voz oscura y tentadora.

"Oh Dios, por favor, por favor, por favor", suplico, mi clítoris palpitando mientras mi excitación se dispara.

"Di mi nombre, *kotenok*", me ordena, haciéndome gemir de anticipación.

"Por favor, *Dimitri*", le suplico.

Con un brazo rodeándome firmemente la cintura, me estrecha mientras se clava en mi punto G y rodea mi clítoris con firmeza. El suave roce de la roca sobre mis duros pezones me estimula aún más, y cuando sus dientes se cierran suavemente sobre el lóbulo de mi oreja, estoy rendida.

Grito y vuelvo a empujar con fuerza sobre su polla mientras me corro con fuerza, mis paredes se estremecen eufóricas, mi clítoris espasmódico por la intensidad de mi orgasmo. Y me estremezco al sentir cómo el esperma caliente estalla en lo más profundo de mis entrañas mientras Dimitri se corre conmigo.

Me invade una vertiginosa excitación, sabiendo que este es el tipo de placer que experimentaré el resto de mi vida. La intensa satisfacción de tener un hombre que me hace correrme, y que encuentra su propia liberación provocándome un éxtasis tan intenso.

La profundidad de nuestra conexión me abruma, la forma en que comprende mi cuerpo sin siquiera intentarlo. Dimitri es un hombre completo; un amante que apenas puedo creer que pueda reclamar como mío.

Y me llena de profunda satisfacción que él y yo vayamos a formar una familia juntos. Cuando los dos bajamos del subidón de nuestro clímax simultáneo, él sale de mí y yo me vuelvo hacia él.

"Espero que estés preparada para una gran familia porque me encanta hacer bebés contigo", murmuro mirándole juguetonamente.

"Podemos tener tantos como quieras", promete, sus ojos se iluminan con una calidez cariñosa.

Y mientras me estrecha contra su pecho, sus labios encuentran los míos en un beso apasionado, me alegro de que este sea mi para siempre. Puede que el camino hacia la felicidad haya sido tortuoso y lleno de peligros. Pero con Dimitri a mi lado, nada me parece inalcanzable.

Con él, creo que el "felices para siempre" podría ser algo más que un cuento de hadas.

EPÍLOGO

Dimitri

"O s declaro marido y mujer. Puedes besar a tu novia", dice el oficiante, y antes de que la palabra *novia* haya salido de su boca, mis brazos rodean a Camille mientras la inclino hacia atrás para darle un beso profundo y apasionado.

Chilla, sus manos me agarran los brazos como un tornillo de banco, y sé que luego me echará la bronca por haberla asustado, cuando el bebé está a punto de nacer. Era un riesgo poner la boda tan cerca del momento en que podría llegar el bebé, pero Camille realmente quería casarse antes de que llegara nuestra hijita.

Estoy más que encantado de llamarla mi esposa y no fue demasiado difícil organizar la tranquila ceremonia en menos de nueve meses. Pero el lugar que Camille quería, el Conservatorio de Flores del parque Golden Gate, solo tenía unas pocas fechas disponibles con tan poca antelación, sobre todo teniendo en cuenta la necesidad de celebrar la boda en el interior en marzo.

El centenar de invitados que llenan el pabellón profiere bulliciosos vítores, y Camille se derrite contra mí, sus brazos me rodean el cuello mientras abraza el coqueto beso.

Y cuando la vuelvo a poner en pie, rompiendo nuestro beso, sus ojos brillan, su sonrisa es tan grande que deja ver todos sus dientes blancos como perlas.

"Es un placer presentaros por primera vez al Sr. y la Sra. Dimitri Federov", dice nuestro oficiante, con voz jubilosa, mientras nos volvemos para mirar a nuestros familiares y amigos.

La familia del restaurante de Camille grita, su amiga Hannah radiante desde la primera fila, representando a lo más cercano de su familia viva.

En mi lado del pasillo, mi madre me sonríe, con los ojos brillantes de lágrimas. A su lado, Alexei se mete los dedos en la boca para soltar un silbido de lobo ensordecedor, y Maksim le lanza una mirada mientras Camille rompe a reír vertiginosamente.

Levantando las manos en el aire, doy a los testigos reunidos una última oportunidad de vitorear antes de acompañar a Camille de vuelta por el pasillo hacia las puertas del pabellón.

"Por si alguien no se ha enterado, la recepción empezará dentro de una hora en el nuevo local de Le Fleur, en el muelle 39", añade nuestra recepcionista mientras salimos.

Guío a Camille hasta mi Lamborghini, que está delante, con las palabras *Just Married* - *Recién casados* - pintadas con spray en la luna trasera y latas decorativas atadas al parachoques de mi pobre coche.

"¿Alexei?", pregunta ella, asimilando la visión.

"¿Cómo lo has adivinado?" gruño.

"Creo que me gusta su sentido del humor", dice y suelta una risita mientras yo le frunzo el ceño.

Pero solo dura un momento, porque este día es demasiado especial para dejar que nada me deprima. Soy marido y pronto seré padre con dos de las niñas más preciosas que un hombre puede pedir.

Estoy deseando conocer a la pequeña Hailey y, mientras tanto, pienso pasar una noche de bodas maravillosa con su madre.

Ayudo a Camille a sentarse en el asiento del copiloto, espero a que se acomode antes de cerrarle la puerta y dirigirme al lado del conductor.

Estoy bastante emocionado por la recepción, porque también será la primera vez que Camille vea el producto acabado de Le Fleur. No abrirá hasta dentro de tres meses, cuando ella esté lista para volver al trabajo.

Pero en lugar de reconstruir en el minúsculo lugar que ocupaba porque era donde podía permitírsele, opté por complementar el pago de su seguro para que pudiera tener su restaurante en el lugar de sus sueños, justo al lado de *Fisherman's Wharf*.

Para colmo, le pedí que eligiera toda la decoración mientras yo me encargaba de los contratistas, así que, aunque sabe cómo se supone que debe ser Le Fleur, no lo ha visto desde que el antiguo plano fue destripado para dar paso a su visión.

"¿Estás lista?", pregunto mientras aparco delante del embarcadero.

"Sí". Me sonrío, radiante de felicidad, y me inclino sobre la consola para robarle un beso.

Entonces me bajo y doy la vuelta al coche para ayudarla a salir. Es tan adorablemente redonda en su embarazo que cuesta un esfuerzo guiarla con seguridad desde el asiento bajo, y creo que quizá tenga que cambiar mi coche deportivo por algo que se adapte mejor a una familia. Camille no se ha quejado ni una sola vez.

Su vaporoso vestido blanco es sencillo y elegante, con mangas casquillo y escote corazón que deja ver sus apetitosos pechos en un tejido vaporoso de cuentas. Pero la falda está hecha de un material suave que abraza su barriguita, llamando la atención sobre su embarazo en lugar de intentar ocultarlo, pero permitiéndole estar cómoda.

Creo que renunciar a sus tacones por un par de zapatillas de tenis deslumbrantes fue la única pérdida dura de Camille, pero con el embarazo se convirtió en una necesidad. Y agradezco que tenga unos buenos zapatos mientras la conduzco por la fachada del edificio hasta el azul celeste

con un letrero floral y la letra cursiva que indica Le Fleur.

Con los ojos llorosos al ver el cartel por primera vez, Camille contempla maravillada el restaurante de sus sueños. "Me encanta", exclama.

"Espera a entrar", le insto, apretándole un beso en la sien.

Con dedos temblorosos, acepta la llave que le tiendo y abre las puertas de cristal esmerilado. Abro una mientras ella abre la otra, entrando en el atrio que limitará la cantidad de aire frío que pueda entrar en el restaurante.

Al abrir el segundo juego de puertas de madera maciza, Camille las abre de par en par y se queda boquiabierta ante el interior del restaurante. Adornado con extravagantes lámparas de araña rizadas que parecen encajes goteando diamantes, el local de vigas vistas resplandece con una romántica luz amarilla.

Aplicques a juego ocupan las paredes sobre cada cabina, y unas escaleras curvas conducen al segundo piso, donde un balcón abierto da al comedor inferior. Las sillas y mesas de madera rústica recuerdan a una casa de campo francesa, y las enredaderas verdes que serpentean alrededor de las vigas de madera maciza dan al espacio una atmósfera de bosque casi de cuento de hadas.

Ya está preparada para la recepción, las mesas engalanadas con fina plata y delicada vajilla.

La cocina, que se extiende a lo largo de la parte trasera, está expuesta al comedor con una media pared que muestra los electrodomésticos de acero inoxidable. El servicio de catering ya bulle en el espacio, dando los últimos toques a la cena para los invitados de la boda.

Junto a la media pared hay una única mesa para novios, que nos mantiene ligeramente separados de nuestros invitados.

"Oh, Dimitri, es perfecto. Creo que nunca he visto nada tan mágico", respira Camille, mientras sus ojos recorren lentamente el espacio abierto para apreciar su grandeza.

"Me alegro de que te guste. Eso es todo tuyo. Es tu visión, tu negocio, tu sueño. Yo solo contraté el trabajo manual", le digo, guiñándole un ojo.

"Te quiero", respira, girándose para rodearme el cuello con los brazos y besarme.

"Yo también te quiero", murmuro, apretando la frente contra la suya.

"Consigue una habitación" se burla Alexei, irrumpiendo por la puerta con brío.

Camille se ríe y me da otro rápido beso antes de girarse para aceptar su abrazo de felicitación. Momentos después, nuestros invitados entran en tropel y nos felicitan calurosamente antes de dirigirse a las mesas.

Por fin, todo el mundo está sentado y el personal de servicio está más que pendiente de que a cada uno de nuestros invitados se le proporcione una copa de champán. Camille y yo nos dirigimos a la mesa de los novios, donde levanto una copa mientras ella encuentra sidra espumosa en la suya.

"A mi increíble esposa", le digo, "y a todos los familiares y amigos que han podido celebrar hoy

nuestra unión. Nunca supe que me faltaba una parte del alma hasta que encontré a Camille, y ahora no puedo imaginar cómo he vivido sin ella."

"*¡Za zdaróvye!*" gritan mis hermanos al unísono, y el resto de nuestros invitados siguen su ejemplo, intentando el brindis ruso con brío.

Cuando nos instalamos en la mesa, la comida empieza a salir de la cocina, empezando por la ensalada mientras los camareros se apresuran a distribuir el primer plato.

"Creo que este es oficialmente el día más feliz de mi vida", dice Camille calurosamente, con una sonrisa contagiosa. "Ojalá mi padre pudiera verme hoy".

Una pizca de tristeza tiñe su tono, y tomo su mano entre las mías, llevando sus nudillos a mis labios.

"Ojalá hubiera podido conocer al hombre que crió a alguien tan especial como tú".

Las lágrimas brillan en los ojos de Camille, pero suelta una suave carcajada. "Sabes, ese es el primer lugar donde me besaste", observa.

Repitiendo la acción, me río con ella. "Así es como me gané tu corazón, ¿verdad?".

"Desde luego, has captado mi atención", reconoce.

Entonces jadea, con los ojos desorbitados, como si acabara de recordar algo.

"¿Qué?" pregunto, divertido.

"Dimitri, yo... creo que acabo de romper aguas", respira ella, con las mejillas sonrojadas.

"¿Ahora?" pregunto, enarcando las cejas.

"Sí, ahora mismo".

La emoción me recorre porque eso significa que el bebé está en camino. "Vale, entonces, vamos a llevarte al hospital".

Camille palidece, y sus dedos se aprietan en torno a los míos mientras su mano libre se desparrama sobre la mesa, con los ojos cada vez más abiertos.

"¿Qué ocurre?"

"Vaya, Dios, sí, definitivamente estoy de parto", confirma, con la voz tensa por lo que solo puedo suponer que es su primera contracción.

Y en un instante, pierdo la calma. Me levanto de la silla y la ayudo a levantarse de la suya.

"¿Ya es la hora?" pregunta Hannah, a mi lado un instante después.

"Ajá". Camille asiente espasmódicamente.

"¿Cogeré tu bolsa de viaje y nos veremos en el hospital?", sugiere.

"De acuerdo". Levantando la voz mientras nos abrimos paso entre el mar de mesas, digo: "Lo siento, todo el mundo. Disfrutad de la cena y del baile. Nos vamos a tener un bebé".

Nos aclaman cuando Hannah y yo le damos a Camille una salida por la puerta doble, y luego la llevo a toda prisa al coche mientras la amiga de Camille se dirige en otra dirección. Apoyada pesadamente en mis brazos, Camille me agarra asustada, con la respiración errática.

"Respira lenta y pausadamente, ¿recuerdas?", digo.

"Claro", acepta ella, casi hiperventilando.

"Estarás bien. Estoy aquí", le prometo, rodeándola con un brazo mientras la ayudo a subir al coche.

"Mmmm", gime ella, mordiéndose los labios cuando la golpea otra contracción.

"Respira, mi amor", le ordeno, ahuecando su mejilla y acariciándola suavemente.

Esta vez hace lo que le digo, inspira por la nariz y suelta el aire por los labios. Lo hace una segunda vez, y sus hombros empiezan a relajarse mientras sus ojos me buscan con alivio.

"¿Mejor?"

Asiente y le doy un ligero pellizco en la barbilla antes de retroceder y cerrar la puerta.

Esto es lo que hay. No puedo creer que esté ocurriendo. Mi corazón late de emoción mientras corro alrededor del coche hasta el asiento del conductor. Cuando pongo el coche en marcha, con los ojos fijos en la carretera mientras me dirijo al hospital, la delicada mano de Camille encuentra la mía.

Agarro sus dedos con seguridad y me los vuelvo a llevar a los labios.

Y cuando nuestros ojos se encuentran por un momento, puedo ver la misma euforia que siento reflejada en su mirada azul. Este es el primer día de nuestra gran aventura juntos.

Y estoy impaciente.

EPÍLOGO EXTENDIDO

Alexei

Odio el ballet - o eso creía - pero lo soporto porque a mi madre le gusta mucho, y para los rusos es un pecado que no les guste algo tan profundamente arraigado en nuestras tradiciones.

En realidad, la bailarina principal de la representación de esta noche me ha hechizado. Nunca había visto a nadie moverse con una gracia tan sobrenatural. Su cuerpo perfecto parecía flotar por el escenario, captando mi atención y arrancándome de mi típico estado de aburrimiento.

Es una agonía cuando hace una última reverencia fluida y el telón cae, robándola de mi vista.

"Ha sido sencillamente impresionante", dice mi madre, con la voz entrecortada al borde de las lágrimas por la conmovedora actuación.

"Sí", respiro, con los ojos clavados en el escenario mientras mis músculos se tensan.

"Parece que estés a punto de vomitar, hermano", observa secamente Maksim desde su asiento junto al mío.

Él y su prometida, Sinfonía, nos acompañaron al ballet esta noche. Pero no Dimitri y Camille. Con un nuevo bebé en casa, no han tenido mucho tiempo ni energía para venir a una representación como esta. Aunque habría preferido que viniera Camille en vez de la prometida de mi hermano mayor. Me pone los dientes de punta.

"¿Sabes qué? Puede que sí", digo distraídamente, levantándome de la silla para pasar junto a mi hermano y su prometida sin dar más explicaciones.

Pero tengo una misión.

Encontrar la bailarina.

Me dirijo hacia la parte trasera de la casa y sé que tendré que pasar por seguridad. Pero no me importa. Tengo que conocerla. Aprender su nombre.

"Lo siento, no hay público entre bastidores", me confirma un fornido guardia de seguridad, levantando una mano cuando llego a la rampa que conduce a los camerinos.

"Claro, por supuesto. Pero yo no soy un espectador", me farolizo rápidamente. "En realidad formo parte del equipo de seguridad".

"¿En serio?", pregunta, enarcando las cejas con sorpresa. Pero cuando escruta mis anchos hombros y mi físico en forma, parece más inclinado a creer mi historia.

"Oh, sí, yo..."

"¿Alexei?" Sergei, uno de mis nuevos reclutas, sale de una puerta que hay al final del pasillo y se acerca.

"¿Conoces a este tipo, Serg?", pregunta el otro guardia de seguridad, volviéndose hacia él.

"Ah, sí. Dirige una de las principales empresas de seguridad de San Francisco. ¿Estás aquí por negocios?", pregunta, volviéndose hacia mí.

"Más o menos. Necesito hablar con la prima..."

"Sí, claro. Su camerino está al final del pasillo. A la izquierda".

El otro guardia de seguridad le lanza una mirada penetrante, pero no dice nada.

Pobre Sergei. Sé que me estoy aprovechando de nuestra relación laboral, pero nada va a impedir que conozca a esta chica. Y es suficiente para que pase al guardia que, de otro modo, me habría hecho la vida imposible.

Pasando de lado entre ellos, me dirijo directamente al final del pasillo y encuentro el título *Principal* que marca la puerta del camerino. Conteniendo mi impulso de irrumpir en su camerino, respiro hondo y llamo.

"Entra", responde amortiguada, con voz autoritaria de acento ruso.

Así lo hago, atravesando la puerta y cerrándola tras de mí un instante después.

Aquella belleza de pelo negro se interrumpe con un grito ahogado al verme en el espejo y se gira.

Aún totalmente maquillada, lleva el pelo recogido en un moño alto y apretado que acentúa sus prominentes pómulos. Ya ha empezado a desnudarse, y mi cuerpo responde con avidez a la visión de sus hombros desnudos y del escote que se forma entre sus pechos cuando se sube el traje para cubrirse.

En un instante parece lívida. Su pintura facial plateada y negra, que imita los ojos de un cisne, hace que sus ojos esmeralda parezcan aún más fieros al chispear. "¿Qué haces aquí? Creía que eras una de las chicas que reparten flores. No deberías estar aquí. Fuera!", ladra.

"Lo siento, pero no puedo hacerlo. No hasta que sepa tu nombre".

"¿Crees que puedes irrumpir en mi camerino exigiendo mi nombre y esperar que te lo dé?". Inclina desafiante su afilada barbilla, manteniéndola en alto con impresionante dignidad, aunque está claramente enfurecida por mi presunción.

"En realidad, esperaba que dijeras que sí a una cita", presiono, dando un paso lento hacia ella.

No se le escapa nada, sus ojos se desvían hacia mis pies para observar su movimiento antes de

volver a parpadear hacia mi cara. "No salgo con hombres extraños que entran en mi camerino sin avisar", dice con voz gélida.

"Alexei Federov", le ofrezco despreocupadamente, mostrándole una sonrisa ganadora. "¿Y tú eres...?"

"Nadia... Lukyan", dice fríamente tras un momento de vacilación. Sus agudos ojos permanecen vigilantes.

Es rusa. "¿Ves? Ahora ya no somos extraños", bromeo.

Y para mi deleite, se ríe. El sonido es suave y melódico, una clara contradicción con su comportamiento duro y brusco. Sus hombros, delgados pero atléticos, caen cuando se relaja, lo que indica que me la estoy ganando a pesar de su actitud.

"Ahora que nos conocemos bien, ¿me dejas que te lleve a una cita?". Doy otro tímido paso adelante.

"No", dice, rechazándome por segunda vez, aunque esta vez una sonrisa juguetea en la comisura de sus labios carnosos y acorazonados.

"Sabes, la mayoría de las chicas venderían su alma por una cita conmigo", señalo, cansándola con insistencia mientras acorto lentamente la distancia que nos separa.

"Bueno, yo no soy como la mayoría de las chicas", dice desafiante, ajustándose los brazos sobre los pechos mientras los mantiene cubiertos con maestría.

"Ya lo veo", reconozco con aprecio, admirando abiertamente su perfección.

Se eriza ligeramente, frunce los labios, pero puedo ver el brillo de la satisfacción en su mirada orgullosa. "Bueno, quizá si quieres un sí, deberías ir a probar con alguna de esas otras chicas, porque mi respuesta sigue siendo no".

"¿Qué hace falta para que salgas conmigo?". Detengo mi aproximación a pocos metros de ella, demorándome en el límite de su espacio personal.

Nadia se mantiene firme, sin una pizca de miedo en su porte, aunque mi proximidad la obliga a mirarme a la cara. Entrecierra los ojos en señal de advertencia silenciosa. "Mucho más que el esfuerzo que has hecho", afirma, y aunque su voz es aguda, puedo ver el brillo de la risa en sus ojos.

Disfruta de las bromas.

Puede que me esté diciendo que no, pero su resistencia es lo bastante coqueta como para que intuya que se está formando un juego entre nosotros. Un juego en el que tendré que romper sus defensas si quiero obtener mi recompensa. Cuando engancha un dedo bajo su barbilla y acerco mis labios a escasos centímetros de los suyos, una tensión eléctrica crepita entre nosotros.

Pero esta fogosa mujer ni se inmuta.

"Muy bien, Nadia Lukyan", murmuro, clavando la mirada en sus llamativos ojos verdes. "Acepto tu desafío. Pero te prometo que acabarás cediendo ante mí".

"En tus sueños", respira, su voz grave y sensual, su sonrisa petulante desafiándome a hacer lo peor.

[Continúa leyendo la historia de Nadia y Alexei aquí.](#)

